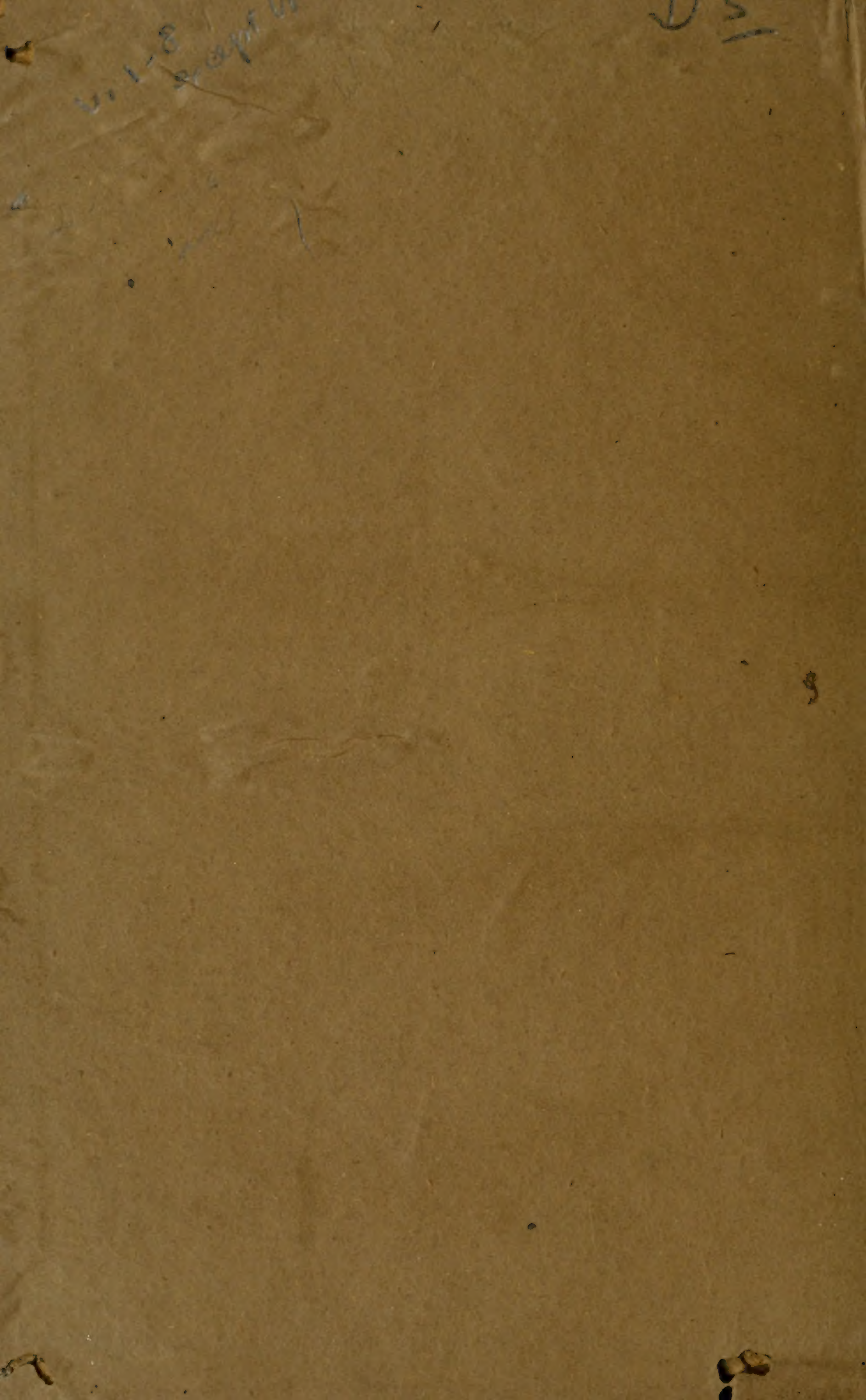

3 1761 07967902 3





HISTORIA

DEL

PERÚ INDEPENDIENTE

POR

M. NEMESIO VARGAS.

Vol. 1

> *Ni sus discursos, ni sus cartas, ni el panegírico de Trajano colmaron de gloria á Plinio, como la línea en que predijo á Tácito que su historia sería inmortal.*
>
> VARGAS.



LIMA

IMP. DE LA ESCUELA DE INGENIEROS

POR JULIO MESINAS

1903

DEDICATORIA

á RUBÉN y NEMESIO.

Hijos míos:

He puesto vuestro nombre al frente de este libro, para darle el crédito y respeto que inspira la enseñanza paterna, cuyos fines son, inducir al bien, practicar la virtud é inculcar en el alma el hábito de decir siempre la verdad.

La declaración de ésta me promete muchos disgustos y sinsabores. Nada contraría tanto á los hombres como el ser descubiertos. El historiador veráz cosecha el odio del denunciante, sin otra compensación que el aplauso tardío de la posteridad.

En mi labor he tenido que combatir ideas preconcebidas, doctrinas generalmente aceptadas, juicios admitidos por casi todos los historiadores; los respetos del favor, las condescendencias del agradecimiento y las bajezas de la adulación.

Á algunos héroes, que son la admiración de los pueblos de este continente, los he reducido á nuestro nivel, sin hacerles mayor agravio; porque no obstante sus pasiones y vicios, flaquezas y debilidades, nada hay sobre la tierra más grandioso que el hombre.

La poesía ha perdido algo, es cierto; pero en cambio ha ganado mucho la prosa. La prosa es la historia.

Temed á Dios; respetad á la autoridad; huid de la dependencia del fisco; sed llanos en vuestro trato; dejad la tiesura, el orgullo y el reposo dormido para los estúpidos; abandonad la difícil tarea de saber mandar á los pedantes, á los presumidos y á los necios, que no se estremecen ante el juicio de la historia; y no olvidéis que los altos fines de la ciencia y del arte, que son los que más ennoblecen al hombre, solo se pueden conseguir con el estudio, la constancia y la meditación en una vida apacible, sin ambiciones ni envidias, teniendo por ley la obediencia, por afán el trabajo, por descanso los libros y por placer supremo el hacer el bien.

Vuestro padre.

M. Nemesio Vargas

Lima, Abril 7 de 1903.

PRÓLOGO

Por dos años disfruté del privilegio de traer á mi estudio los libros de la biblioteca, y en los días de fiesta y ratos libres que me dejaban mis clientes, me dedicaba á tomar apuntes sobre la historia de mi patria.

No pudiendo continuar en esta tarea, por estar abierta la biblioteca á las horas que funcionan los tribunales, á fin de no perder el fruto de ella, he escrito sobre los hechos de los dos primeros años de la independencia, que, en mi concepto, tengo por bien averiguados.

Esta obra es el testimonio de mi diligencia, y la publico, para acreditar que no fué en vano la concesión que se me hizo.

Para evitar las notas que hacen pesada la lectura, me limito á indicar las fuentes en que he bebido, á fin de que acuda á ellas el crítico, el investigador, ó el que quiera poner término á la presente historia.

MENDIBURU.—Diccionario histórico biográfico del Perú.
STEVENSON.—(Secretario de Cochrane), Memorias.
LORD COCHRANE.—Memorias.
CONDE DE DUNDONALD.—Memorias.
PAZ SOLDÁN.—Historia del Perú independiente.
Id. Guerra de la Confederación
BULNES Id.

T. Sutcliffe.—20 años en el Perú.
C. Calvo.—Anales de la América Latina.
General Ducoudray Holstein.—Memorias de Bolivar.
Conde de Torata. Guerra Separatista del Perú.
General Camba.—Memorias.
F. Larrazábal.—Vida de Bolivar.
Antonio Ulloa.—Memorias secretas de América.
General Blanco.—Document. para la vida del Libertador.
O'Leary.—Memorias.
Irrisari—Hist. crít. del asesinat. del Gr. Mar. de Ayacucho.
Mariátegui.—Anotaciones á la historia de Paz Soldán.
General Miller.—Memorias.
Torrente.—Revolución hispano-americana.
Mitre.—San Martín y la guerra de la emancip. americana.
E. Quesada.—Reliquias de San Martín.
Riva Agüero.—Exposición—1824.
Antonio J. Reyes—Memorias sobre la 1.ª escuadra de Chile.
General José María Paz.—Memorias.
Pruvonena
Odriozola.—Documentos históricos.
Proceso de Gómez.—Alcázar, Espejo, inédito.
General Arenales—Memorias.
Correspondencia inédita de Pezuela, La Serna.
Medina.— La Inquisición.
Proceso inédito de Jeremías.
Memorias inéditas del archivo de Indias.
La Fuente.— Viaje á Chile y á las provincias de la Plata.
La Floresta española americana.
Espejo.—Entrevista de Guayaquil, y los manuscritos y estuches pertinentes de la biblioteca de Lima.

HISTORIA

DEL

PERÚ INDEPENDIENTE

CAPITULO I.

Me propongo escribir la historia contemporánea de mi patria, desde que sacudió el yugo español, hasta la época en que estas líneas se escriben. Introducción

Historia de grandes y complicados sucesos profetizados por el genio: ilación monótona de revueltas incesantes que finalizan siempre con la apoteósis del usurpador.

Experiencia dolorosa que acredita, que rotas las cadenas de la servidumbre aun resta mucho á un pueblo para llegar á ser libre.

Yo referiré cómo las huestes españolas vencidas en Chile, el Orinoco y el Plata, vinieron por fin á rendir en Ayacucho los pendones de Castilla: cómo ante la guerra del Perú, por el número y disciplina de las tropas, los aprestos bélicos, la topografía del lugar, las evoluciones militares, y sobre todo, la gravedad de las consecuencias, todas las demás separatistas son meros preludios de emancipación: cómo los libertadores preconizaron con el ejemplo el absolutismo del poder y la arbitrariedad administra-

tiva; cómo después de la independencia un ambicioso vulgar depuso al héroe cuya espada había afianzado el pabellón de la patria: mal precedente que cundió de tal manera que, en adelante, el poder fué el patrimonio del más atrevido: cómo un gran estadista reparó un error histórico, reanudó lazos rotos por celos políticos, y unificó el progreso de dos países, que nunca debieron dejar de ser hermanos: cómo la envidia y el temor de un codicioso vecino, indujo á un grupo de aventureros á encabezar una invasión en la que perdió el Perú la supremacía del continente de que disfrutaba desde la época del coloniaje; cómo el país llegó así á ser presa del militarismo, y el cuartel, el escabel más seguro para mandar la república: cómo la ley suprema de los gobernantes fué mantener su autoridad, aunque para ello fuera menester hollar el suelo nacional con la planta del extranjero; cómo merced á esta sucesión interminable de pretendientes audaces, el mérito y el talento se alejaron de la administración, cosecha de los viles: cómo los puestos del Estado fueron la recompensa de los pronunciamientos, de la adulación ó del crímen; cómo el derroche de la hacienda pública, la consolidación, y el beneficio de los veneros de riqueza con que nos dotara el cielo, las consignaciones, crearon una prosperidad ficticia, caracterizada, nó por el progreso de la industria sino por la rapidez con que se enriquecieron los consignatarios; cómo luego que el cohecho invadió la magistratura, y el servilismo y el soborno el santuario de las leyes, conocidos aventureros em-

prendieron obras públicas colosales, en cuyo presupuesto se cotizaba la firma del ministro y el asentimiento de la legislatura; cómo un miope financista nos declaró en bancarrota estando en posesión de inmensas riquezas, desdeñó la formación de una escuadra que las defendiera, y decretó un monopolio, sin provecho para el fisco, fuente de fraudes escandalosos y de una guerra de devastación y de latrocinio; cómo en ésta al lado del valor heroico, no superado en Troya ni en Esparta, se vió á la ineptitud en el mando y al aliado traicionar la causa común; cómo un atrevido barquichuelo guiado por la caballerosidad, trazó en el mar una estela luminosa que en vano sería buscar un destello igual en las páginas de la historia; cómo al primer descalabro, un inepto dejó el mando y el país, de los que se apoderó un conspirador sempiterno para sacrificar en el Sur á un ejército de bravos, relegar á viejos guerreros de temple reconocido, obligar al fisco por una deuda de millones injustificable, y rodearse de una corte de farsantes que, en el momento de la prueba, con él, huyeron despavoridos, dejando atrás diviciones con las que la serenidad ó la desesperación hubieran arrancado aún al invasor la palma de la victoria; cómo se pretendió prolongar la resistencia en las breñas, después del desarme de la guardia nacional, respeto postrimero de la insolencia del contrario; cómo durante la ocupación, la perfidia enemiga indujo á sembrar la discordia á la ciencia y al valor esclarecidos, hasta arrancar de éste la desmembración del territorio: cómo el egoismo político expidió una

ley electoral para entronizarse en el poder, consumando así el desprestigio del Cuerpo Legislativo; cómo el vencedor, ávido de conquistas y de oro, negándose á la devolución de las provincias cautivas, se atrajo la reprobación del continente y aún de las mismas naciones que en la lucha le brindaron sus simpatías; cómo las guerras civiles recrudecieron después de la nacional, y, volvieron los ríos de sangre, el dominio de la espada, los ministros complacientes, las cámaras serviles; las visitas de consulados y legaciones de forma; las prebendas administrativas; las elecciones en manos de los prefectos y la proclamación del sucesor en el primer mandatario; cómo en fin, merced á esta cadena no interrumpida de iniquidades, sobrecoje al filósofo y al estadista la duda matadora, si será más conveniente para la tranquilidad de la vida, el desarrollo del comercio y la industria, el adelanto de las ciencias, el vuelo de las artes, la estabilidad de las instituciones y el señorío de la ley, la quietud forzada de la servidumbre que la agitación, á intérvalos repetidos, de las guerras de la libertad.

Maltratos á los indios.

España no consideró jamás como un fuerte capital el señorío sobre veinte millones de súbditos. El oro y la plata constituían la riqueza, y para conseguirlos, nada importaba que desapareciera de la faz de la tierra el peon que los extraía y beneficiaba. A nadie se lé ocurrió que el trabajo manual, es el factor principal de la especulación y de la comodidad, y de allí la indiferencia é inhumanidad con que se trató al indio, cuya laboriosidad, explotada conveniente-

mente por la administración, habría quintuplicado la renta del fisco y hecho progresar á la industria en todos sus ramos.

La pluma se detiene al describir los horrores cometidos contra los pobres indios en el largo trascurso de tres siglos. Es preciso recordar que somos hijos de una religión que perdona todas las culpas y excusa todas las debilidades, para no estallar de indignación contra los que fueron nuestros antepasados. Tan cierto es que ante la verdad y la justicia no hay vínculos de sangre, y que el reo, muy lejos de tener en su descendiente al defensor obligado, descubre en él al acusador y al juez.

Los repartimientos eran la distribución sistemática anual de mercaderías, que hacían los Corregidores á los indios, pagaderas á plazo que nunca excedía de un año. Aparte del tocuyo y la bayeta, les daban objetos inútiles, todos á subido precio, no bastando la indignación del abuso á sofocar la hilaridad que despierta, el capricho de vender medias de seda á pobres infelices de pata en el suelo, y la fantasía de calarle anteojos á cholos imberbes con vista de lince. Una tarifa fijaba el precio, la cual no variaba sino cuando subían las mercaderías. Si el pago se hacía en granos, siempre se cotizaban éstos á menor precio del que tenían en plaza.

Como se sospechará, el indio revendía el artículo inútil al vendedor por la mitad de su precio real, y trabajaba tres ó cuatro meses en el campo ó en las minas para pagar el resto.

Dábase el nombre de pongos, á los indios que servían á los Curas y Corregidores, nada más

que por la comida. No solo tenían que obedecer á los amos sino al último sirviente de la casa. y unos y otros, sin distinción, los trataban con el más alto desprecio. Sin darles dinero se les mandaba traer un artículo; y eran castigados por desobedientes si no lo traían, y por ladrones en caso contrario.

Costumbre española, que en mi niñez llegué á ver por lo arraigada que estuvo, fué la de llamar al primer indio que pasaba por la calle. quitarle el poncho y no devolvérselo, hasta que hubiese barrido y limpiado de balde toda la casa.

En tiempo de cosecha los cobradores de repartimiento para hacerse pago, cargaban no solo con los granos y bestias del indio sino con los pertenecientes á personas extrañas.

Si, como ya hemos dicho, el indio revendía el artículo, tenía entonces que pagarlo indefectiblemente á los seis meses, y de no hacerlo, pasaba á la cárcel, y en caso de fuga se prendía á la mujer y á los hijos.

Mita era la distribución sistemática que se hacía de los indios en los obrajes, minas y haciendas para que trabajasen en ellas durante cuatro meses del año. Los mitayos recibían de jornal 20 reales por semana, y se les abonaba medio real por leguaje. Esto era lo dispuesto por la ley, que no tenía por cierto nada de justa, pero en realidad la mita era el pretesto para someter á los indios á la más espantosa servidumbre.

En las minas el tratamiento pasaba de lo creíble. Familias enteras entraban en ellas y no volvían á ver la luz del día. En veinte años hubo

hombre que no salió de una mina. Estaban sepultados vivos.

Tantos crímenes inauditos llegaron al extremo que el arzobispo Loayza, el padre Miguel de Agia y otros sacerdotes, para aliviar su conciencia, se retractaron de lo que habían dicho y sostenido sobre la conveniencia de forzar á los indios á trabajar en las minas de azogue de Huancavelica.

Una vez que con estos atentados adquiría una fortuna el Corregidor, no se ocupaba absolutamente de su provincia; pueblos, valles y caminos yacían en el mayor abandono, y poco á poco fueron desapareciendo esos monumentos estupendos de la laboriosidad de los incas.

Generalmente los Corregidores no trabajaban con capital propio, sino que buscaban habilitadores de mercaderías, á quienes pagaban subido interés; de aquí que, á su muerte, los acreedores se presentaban al gobierno solicitando permiso para nombrar un recolector, el cual era siempre un mozo brutal y arbitrario, que llenaba su cometido apelando á toda clase de tropelías.

Otro filón de los Corregidores era el repartimiento de los ricos: un día visitaban una hacienda, mañana otra, y así las demás del valle, llevándose de aquella el buen potro, de ésta los panes de azucar y la chancaca, y de las demás, los granos, cereales y verdura para el sustento de la familia. ¡Desgraciado del hacendado ó chacarero que no recibiera como mandato la menor insinuación!

No siempre se soportaron pacíficamente estos

crímenes y vejámenes: algunos pagaron con su sangre abusos propios y responsabilidades ajenas: tales fueron los Corregidores Ulloa de Huamalíes, D. Jerónimo Sugasti de Chumbivilcas, y los de las provincias de Chayanta y Tinta que murieron despedazados por los indios.

Aun los párrocos explotaban inhumanamente en la sierra á sus feligreses. Una pobre viuda cargada de hijos, fue á contratar el entierro de su finado esposo: quería una simple misa *de requiem*, sin ceremonias, para economizar los quinientos pesos que constituían toda la herencia. El Cura insistía en hacer un entierro de cruz alta, con cantores y orquesta, prometiendo sacar en el acto al alma del purgatorio; y á la observación materna que el gasto la incapacitaría para sostener á sus hijos, le respondía su paternidad que no tuviera cuidado, que así como á las aves que pueblan el aire, sin padre ni madre, no les faltaba que comer, así Dios, desde lo alto de los cielos le mandaría lo necesario. Devolviéndole el argumento, la viuda le dió á entender que más le mandaría al que no estirase á los pobres, y despidiéndose, dejó avergonzado al Cura.

No fué tan avisada la de un tal Solis, cacique de Quiquijana, á quien se le hizo pagar 500 pesos por el entierro.

Al hacer la visita anual, cobraban los derechos parroquiales de los que habían fallecido el año anterior: casaban á los indios por la fuerza con el mismo objeto, y si no bautizaban á los nonatos era porque el sacramento exige la presentación. Su entrada en los pueblos era una pascua florida: cohetes, camaretas, gritos y repi-

ques incesantes la anunciaban á los vecinos, y luego celebraban seguidas todas las fiestas del año, para sacarles á los mayordomos lo que importaba cada una. De esta manera vivía el indio abatido, sin aliento para el trabajo, estando persuadido que todo el fruto de sus fatigas tenía que ir á sepultarse en los bolsillos del Cura y del Corregidor.

Las quejas al Gobierno ó al Obispo eran inútiles. Uno y otro nombraban para informe á la autoridad civil ó eclesiástica vecina: y como el comisionado era tan criminal como el acusado, por espíritu de cuerpo favorecía á éste, exonerándole de responsabilidad. Si el visitador era un extraño, los acusados le sobornaban, y un crímen más sepultaba para siempre la verdad.

No era un suceso inaudito que los azotes que propinaba el Cura, hicieran eco á los del Corregidor.

También eran cómplices de estos delitos los habilitadores que temían perder ganancias y capital; de manera que se puede decir que el comercio, la política y la religión, se enlazaban en espantoso contubernio para oprimir al desvalido.

Algunas familias dominadas por la desesperación regresaron á las selvas. Refiérese que los indios de Carabaya, perseguidos por los acreedores del Corregidor, abandonaron sus chozas y se trasladaron á la montaña, en la que se dedicaron, creyéndose seguros, á cultivar una vasta extensión de terreno. No se sabe cómo llegó esto á noticia de ellos, y en el acto mandaron fuerzas para exigirles el pago de los repartimientos atrazados. A las repetidas exigen-

cias de pagar lo que no tenían, el anciano patriarca de la familia, se levantó un día enfurecido, y cogiendo á uno de sus nietecitos por los piés lo estrelló contra las rocas, protestando que prefería matarlo á verlo sufrir en la servidumbre.

Durante un levantamiento, un grupo de indios rebeldes se precipitó de la alta cima del Puquina-Caucari, para no caer en poder de los españoles.

Para remate de males, súbditos y mandatarios trataban á los indios, de palabra y por escrito de *ociosos é ingratos*, que los complementos del crímen son siempre la falsedad y la calumnia.

Según los conquistadores, los repartimientos tenían por objeto sacar al indio de la molicie, habituarlo al trabajo y convertirlo en elemento de progreso. Desgraciadamente los que se proponían esta buena obra eran crueles hasta la barbarie; y además, la experiencia acredita que el único incentivo de la actividad del hombre es el interés personal. Durante el largo período del Virreynato, fué un principio generalmente aceptado, que el obrero debía trabajar como una bestia en provecho del amo hasta rendir la vida.

Este inhumano sistema no podía producir sino súbditos viles, abyectos y desgraciados. El Marqués de Otero, notó en la provincia de Huánuco, libre de repartimientos, porque los indios ayudaban á los misioneros de la montaña á catequizar infieles, que el pueblo vestía y comía mejor que el de otras provincias, revelando una alegría y vivacidad que en vano se buscaría en cualquier otro lugar sujeto al pago.

Para concluir este doloroso punto, no hubo tradición que se castigara á un Corregidor: los juicios de residencia terminaban por abandono: lo mismo pasaba con los Curas: en doce años no se vió un reo. El sistema salvador del mandatario y del clero, era añadir á la exacción lo que bastara para sobornar al Visitador y al Juez.

Con semejantes progenitores empecinados en el mal y enemigos mortales de la justicia, sus rudos descendientes no podían elevarse á la categoría de hombres libres, sino después de cinco ó seis generaciones dedicadas exclusivamente á inculcar en la juventud, en el hogar y en la escuela, mayor respeto por la vida humana y sentimientos más generosos y cristianos.

CAPITULO II.

Estado del Virreinato

El Perú fué sin disputa la más importante de las colonias españolas. Su nobleza, su población, su comercio, sus minas, sus ciudades fueron superiores á las de los otros Virreinatos de Sud-América, y la cultura, modales y civilización de los limeños, en nada disentía de los hombres más bien educados de la metrópoli. La Universidad de San Marcos era frecuentada por los hijos de los sud-americanos acaudalados, que en ella recibían una instrucción casi igual á la que se daba en las Universidades europeas.

Pero á la vez que Lima era el centro de la inteligencia, lo era también del poder colonial; y por esto fué que así como estallaron en el

Perú los primeros gritos de emancipación, así también contó el Gobierno con mayores elementos para sofocarlos en su cuna. Si el Perú fué el primer rebelde, fué también el último emancipado. Los vencedores de las huestes españolas en uno y otro hemisferio, no dormían tranquilos sobre sus laureles, mientras no extrajeran del palacio de los Virreyes la enseña de Pizarro. Abascal y Pezuela miraron los movimientos de Venezuela y Buenos Aires con el desdén de otras tentativas revolucionarias.

El último extertor de la agonía de la raza india, había sido la revolución de Tupac Amaru á fines del siglo XVIII, que la postró al extremo de no haber podido despertarla ni el grito de gloria de los invasores, ni los ayes de las guerras de emancipación. Ella continúa siendo el poderoso factor de los gobiernos para hacerse respetar, y de los revolucionarios para trastornar el orden público y llevar á cabo sus planes subversivos, sin que se halla descubierto el medio de convertirla en elemento de progreso, ó de devolverle siquiera aquella laboriosidad agrícola que la caracterizó durante el Imperio de los Incas.

Soldado indio

Reclutada para formar los cuerpos realistas, disciplinada por hábiles capitanes, su desdén por el peligro, su pié infatigable y su parvidad, que no han tenido ni tienen rivales en los ejércitos del mundo, fueron puestos á contribución para contrarrestar durante quince años los esfuerzos de los independientes.

De aquí se desprende una triple consecuencia: ninguna de las secciones Sud-America-

nas se creyó libre mientras existiera el Virreinato del Perú: no tan pronto los vencedores de Sur y Norte, se sacudieron el polvo del combate, emprendieron entusiastas la marcha sobre Lima: Ayacucho, epílogo del poder español, fué el prólogo de la verdadera emancipación americana.

Habitantes

La población del Alto y Bajo Perú no pasaba de más de dos millones de habitantes; la mitad eran indios; 50,000 negros; 400,000 mestizos, zambos y mulatos, y 140,000 españoles, poco más ó menos. Entre ellos no existían ni existen aún lazos ó cohesiones de ninguna especie; sus hábitos, gustos, costumbres, bebidas, cantos, bailes y vestidos son totalmente diferentes, y aún en el dejo al hablar se distingue á los nacidos en la sierra.

Con diferencias tan sustanciales, con una población tan heterogénea, era poco menos que imposible unificar las ideas y sentimientos, primer paso y necesidad de toda evolución política.

Primeros levantamientos

Iguales gérmenes de revuelta habían en el Perú que en los otros países Sud-Americanos. Tan incubada estaba la revolución en él como en cualesquiera de ellos; pero no pudiendo contarse con la masa principal del pueblo, la redención tenía que venir de fuera, porque quince años de humillación bajo los Incas y los Virreyes la habían hecho indiferente á todo cambio de gobierno. Esto explica porqué fracasaron en su cuna, los movimientos separatistas que estallaron en el Perú en distintas ocasiones; al paso que en Venezuela y Nueva Granada, en las provincias del Río de la Plata y Chile se vieron coro-

nados por el éxito, sin que las fuerzas propias de estos países necesitaran de auxilio extraño. Era cuestión de sociabilidad. El indio de entonces como el de ahora no tenía condiciones para ser emancipado; el criollo amaba la libertad, y entusiasta, rendía la vida por sus principios. Las colonias españolas se levantaron y con sólo sus esfuerzos triunfó el liberalismo. En el Perú fué menester que la invasión precediera y estimulara la revuelta. La augusta ceremonia de la emancipación no podían inaugurarla sino bayonetas extranjeras.

Conociendo á fondo la índole de sus súbditos, Abascal tuvó la sagacidad de oponer á los independientes el indio disciplinado, dándole á la guerra separatista el carácter de una lucha intestina interminable.

Tan grande desventaja la descubrió el genio y se afanó para hallar un medio de evitarla.

La revolución de Tupac-Amaru sacudió hondamente el espíritu nacional, y al extinguirse dejó en el pueblo hondas raíces.

Aguilar 1805 En 1805, un minero, D. José Gabriel Aguilar, pasó al Cuzco y comunicó al doctor Ubaldo su proyecto de independizar al Perú creando una monarquía incaica. Ubalde adoptó la idea con calor, y conociendo que era menester contar con el apoyo de la indiada, por no ser ellos hombres de prestigio, interesaron al regidor D. Manuel Valverde, descendiente de los antiguos Incas, á D. Carlos Mejía, hombre influyente, y éste al médico D. Justo Justiniani, quien se atrajo al cacique de Ilave, y á Valverde, que comprometió al padre lector fray Diego Barranco.

Desgraciadamente, queriendo los conjurados hacer popular el movimiento, se ganaron al defensor de naturales D. Marcos Dongo, hombre hablador y poco prudente, amigo de un tal Lechuga, que no tan pronto se informó de lo que se trataba, lo denunció al Oidor Berriozabal, en 25 de Junio.

Gobernaba el Cuzco el Conde Ruiz de Castilla, y no queriendo dar crédito á la noticia, Lechuga ocultó en la pieza inmediata á su dormitorio al Oidor y al Secretario, y fingiéndose enfermo, llamó á Ubalde para hacerle hablar.

Todo quedó descubierto y se abrió un juicio, en el que Aguilar y Ubalde fueron condenados á muerte, la cual recibieron en la plaza mayor el 5 de Diciembre de 1805. Los sacerdotes cómplices fueron desterrados á España, y Dongo fué condenado á 10 años de presidio en Africa.

Mateo Silva 1809

Cuando la noticia de la invasión francesa en España ocasionó el movimiento de Quito, el abogado Mateo Silva, natural de Lima, fraguó una conspiración en 1809, bajo el gobierno de Abascal, con el objeto de crear una Junta autonómica. Tomaron parte en ella D. Antonio María Pardo y D. José Antonio Canosa, gallegos; D. José María García, D. Juan Sanchez Silva, D. Pablo Zorrilla, D. José Santos Figueroa, el subteniente D. José Bernardo Manzanares, el cadete D. José Gaete y otras personas. Informado Abascal por un tal Millán, y luego por Ortega y Verdugo, ordenó la prisión de los conjurados en 26 de Septiembre de 1809. Silva fué condenado á 10 años de presidio; su hermano Remigio, á quien después veremos de-

sempeñar un importante papel en la guerra de la emancipación final, fué absuelto. Los demás fueron mandados, unos á Juan Fernandez, otros al presidio de Valdivia y otros á España. Silva murió en las casas-matas del Callao en 1816.

Anchoris 1810

En 1810 se renovaron las denuncias y las prisiones. Esta vez le tocó al Dr. D. Ramón Eduardo Anchoris, natural de Buenos Aires, y mayordomo del Arzobispo de Lima, en cuyas habitaciones se reunían el Cura de Chongos, D. Cecilio Tagle, su hermano Mariano, el abogado Saravia, el joven Miralla, argentinos todos, residentes en Lima; el italiano José Boqui y la señora Brígida Silva, ansiosa de vengar á sus hermanos Mateo y Remigio. Alma de la conspiración fué el joven Riva-Agüero, audaz, emprendedor, patriota y ansioso de adquirir un nombre.

Riva-Agüero.

Había estado algunos años en Europa, y al pasar por Buenos Aires, á su regreso, había contraído amistad con los hombres que entonces figuraban en la política, quienes le inspiraron el vivo deseo de trabajar por la independencia de su patria. Denunciada la conspiración, Anchoris fué puesto en uno de los calabozos de Santa Catalina, y después se le pasó á Cadiz, de donde regresó á Buenos Aires y Chile, contrayendo, al pasar, amistad con el General San Martín.

A Riva-Agüero no se le pudo probar nada; y no inspirando sino meras sospechas, se le confinó á una provincia del interior.

Zela 1811

El 20 de Junio de 1811, día en que el General Goyeneche dió un golpe severo á las armas argentinas en Huaqui, se pronunció en Tacna el

joven Francisco Antonio Zela, con tan mala suerte, que en el acto fué prendido por los españoles y encerrado en un calabozo, en el que murió después de cuatro años de sufrimientos.

No sería justo dejar sepultado en el olvido á los que manifestaron ideas separatistas, sin atrever á pronunciarse contra el gobierno de España. El Dr. Vicente Morales Duares, elocuente orador y jurisconsulto limeño, mereció por su talento que se le nombrase diputado del Perú á las Cortes españolas, en las que contribuyó con su palabra y su pluma, á la expedición de la ley de imprenta y á la formación del código, jurado en Cadiz el 19 de Mayo de 1812. Morales Duares

El otro campeón fué el Dr. D. José Baquíjano y Carrillo, que en público se atrevía á decir, que la América debía ser independiente, añadiendo, *que no veía hombres capaces, ni colaboradores en alta escala, para la ejecución de tan grandiosa idea*. Baquíjano llegó á dominar á todas las inteligencias americanas de su tiempo. Nadie pretendía sobreponérsele; y con decir que á sus piés vió postrada á la envidia, se comprenderá el gran ascendiente que ejercía sobre sus conciudadanos. Su reputación salvó los límites estrechos del Perú y del continente, y se extendió á los países europeos. Sus disertaciones y opúsculos, que bajo el nombre de Cephalio publicó en el *Mercurio Peruano*, llamaron la atención de todos los literatos y publicistas de entonces. Baquíjano 1812

Esta popularidad, que en Lima no había conseguido hombre alguno, se manifestó con mayor entusiasmo, cuando en 20 de Febrero de 1812, la

Regencia le nombró Consejero de Estado, con la renta anual de 12,000 reales. El cabildo y los vecinos compitieron en agasajar al agraciado. Su casa fué visitada por todas las clases sociales, y despertando la estimación general que había sabido conquistarse un criollo, los celos de Abascal, se admitió la denuncia del sargento Planas, que algunos amigos de Baquíjano querían proclamarlo Jefe del Estado, y se dictó orden de prisión contra todos ellos. Las calles se llenaron de tropa y cerca de la casa del supuesto caudillo, se situó la artillería. A éste se le remitió á España, y la Corte le confinó á Sevilla, donde entregado á sus estudios y rodeado del aprecio de cuantos le conocieron falleció en 1818.

Con él se puede decir que murió el liberalismo en el Perú, ó más bien diré, sus manifestaciones, que desde 1814 quedaron casi prohibidas con la limitación del uso de la palabra en las asambleas, prescrita en la nueva Constitución española.

J. J. Castillo 1813

Casi inmediatamente siguió el levantamiento del Regidor Juan José Castillo, de Huánuco, en 13 de Febrero de 1813. Con 1500 hombres se apoderó del puente de Ambo y esperó á los realistas que venían á las órdenes del Intendente de Tarma D. José Gonzales Prada. El encuentro fué reñido; los amotinados perdieron 250 hombres; Castillo y sus cómplices, Rodriguez y Haro, fueron pasados por las armas, y á cuchillo, más de cien habitantes de los pueblos de Huánuco, Ambo y Yancocha.

La ola revolucionaria pasó del centro á las provincias del Sur. Cuzco, Arequipa, Moquegua y Tacna entraron en acción movidas por D. Julían Peñaranda, descendiente de los Incas, el que habiendo venido del Cuzco á Tacna, arrastró á la revuelta al Gobernador del distrito D. Manuel Calderón, al General García Rivero, al Comandante Gomez y á las autoridades y vecinos principales de Moquegua. La circunstancia de estar pastando en el valle 200 caballos de los realistas, de los que se apoderaron los insurgentes, apresuró el movimiento (3 de Octubre 1813) que, de otro modo, habría tenido lugar después del encuentro que se esperaba de un día á otro, entre el ejército argentino y los realistas en el Alto Perú. Las fuerzas revolucionarias se componían de 200 hombres de caballería, armeros en su mayor parte, y 170 hombres armados de fusiles, al mando del capitán Paillardelle; y con ellas se encaminó á Arequipa para propagar y apoyar el pronunciamiento. En el primer encuentro la guarnición de Arequipa dió buena cuenta de los amotinados; Paillardelle cayó prisionero; fué condenado á ser pasado por las armas, y habiendo escapado milagrosamente de este peligro, su negro destino lo condujo dos años después, á ser fusilado injustamente por sus amigos en Buenos-Aires, á la caída de Alvear. Peñaranda 1813

En 1814 la rebelión tomó mayor incremento. Esta vez se ponía al frente de ella un hombre que por su idioma, raza y hábitos acusaban su real descendencia de los Incas: se llamaba Pumacahua, cacique de Chincheros, que había alcanzado el grado de Coronel de milicias, contri- Pumacahua 1814

buyendo á sofocar la revolución de Tupac Amaru. Más tarde (1809), obtuvo el mismo grado en el ejército, y á fines de 1811 se le ascendió á Brigadier. Mientras Goyoneche se batía por el Rey en el Alto Perú, Abascal mantenía el orden á su retaguardia por medio de Pumacahua, y cuando se levantaron los partidos de Pacages, Omasuyos y Larecaja, este jefe, unido al cacique de Azángaro, D. Manuel Choquehuanca, arrojó y dispersó á los sublevados á uno y otro lado del Desaguadero, barriéndolos hasta Potosí. En 1812 fué nombrado Gobernador y Presidente accidental del Cuzco, y sofocó un motín encabezado por el abogado Dr. D. Rafael Ramirez y 30 personas más.

Las comunicaciones constantes con Buenos Aires, ya por medio de los prisioneros del Alto Perú que se remitían al Cuzco, ya por los periódicos que hablaban de libertad é independencia: el trato con personas ilustradas, la aureola de gloria que circundaba á los que con Tupac Amarú habían caído proclamando la autonomía del Perú, indujeron á Pumacahua á seguir las huellas de este heroico caudillo.

Un motín que estalló en el Cuzco en 3 de Agosto de 1814, entre un soldado y un seminarista, dió lugar á que los compañeros del segundo maltratasen al primero, por lo que en represalias la tropa atacó al colegio, y el pueblo, capitaneado por los hermanos D. José, D. Vicente y D. Manuel Angulo se apoderó del cuartel. Pumacahua estaba á la sazón en Urquillos: llamado por los revolucionarios para ponerlo á su frente, aceptó la oferta y procedió con presteza á bus-

car armamento, organizar tropas y equiparlas para ponerse en campaña.

Una vez que se sintió fuerte para expedicionar dividió su ejército en tres columnas; una envió á Huamanga al mando de Béjar y Hurtado de Mendoza: otra á Puno y La Paz bajo la dirección de Pinelo y el cura Muñecas; y con la tercera, muy superior á las anteriores, se puso en marcha para Arequipa con D. Vicente Angulo.

Desgraciadamente la tropa no estaba armada: solo tenía unos cuantos fusiles y algunos cañones, que en lo demás, había poca diferencia entre ella y las huestes de Huascar ó de Atahualpa. Con flechas, chuzos y macanas no era posible vencer á los españoles, y ni el fervor del entusiasmo podía libertar al caudillo del reproche de temerario. En la Apacheta de Cangallo el General Picoaga, secundado por el Brigadier Tristán, el Intendente Moscoso, el Coronel Valle y otros le salieron al encuentro, pero con tan mala suerte, que en la refriega todos cayeron prisioneros, no escapando sino Tristán.

Picoaga y el Intendente Moscoso fueron pasados por las armas de orden de los Angulo, sin conocimiento de Pumacahua. Al entrar éste en Arequipa un gentío inmenso salió á recibirle y le invitó á hablar. La emoción se apoderó de él; un nudo se le formó en la garganta y no pudo articular sino las siguientes palabras: «No poder hablar......me palpita mucho la colazón!»

Formó una Junta de gobierno cuya principal ocupación consistió en acopiar el mayor número de fusiles, espadas y armas de todo género. En esto llegó la noticia que el General Ramirez

había batido el 2 de Noviembre en Achocaya, á Pinelo y Muñecas, y temiendo Pumacahua que se le cortara la comunicación con el Cuzco, dejó Arequipa el 30, que en el acto ocupó Ramirez.

Pumacahua se mantuvo en el Collado y aprovechó de un respiro de dos meses que le dió Ramirez, para reorganizar sus tropas. Estas eran muy numerosas, pero no disponía sino de 600 fusiles y de 37 piezas de artillería, que dió en llamar *viborones*, en contraposición á las culebrinas españolas.

Con tan pequeño ejército, de nada valieron las fuertes posiciones y la triple línea de defensa de Umachiri. El 14 de Marzo se acercó Ramirez y con un ataque en forma desconcertó y puso en fuga á los indios, sin que pudiera contenerlos el ejemplo y valor de Pumacahua. Obligado al fin á huir, fué apresado por los indios contrarios de Marangani, y llevado donde Ramirez, lo trató éste con desprecio y deliberada crueldad. Abierto el juicio, su único trámite fué la declaración del reo á la que siguió la sentencia condenatoria. El 17 de Marzo se le ahorcó en la plaza de Sicuani y se le descuartizó; un brazo se dejó allí y la cabeza se remitió al Cuzco para escarmiento de los rebeldes.

Melgar

En represalias de la muerte del Marqués de Valde-Hoyos, en la Paz, y de las ejecuciones de Picoaga y Moscoso en el Cuzco, fueron fusilados los tres Angulo, D. Gabriel Béjar y el famoso poeta Melgar, cuyas composiciones como las de la poetisa Safo, pasarán á la posteridad, por ser la expresión fiel de los quebrantos inefables

del alma adolorida por el desamor, los celos y el desengaño.

A las primeras noticias de la venida de San Martín, Riva Agüero que no dormía pensando acabar con el poder español, para alentar á los expedicionarios, publicó en Buenos Aires un libro en 1816, con el epígrafe *Obra escrita en Lima, en el centro de la opresión y del despotismo;* teniendo cuidado, como se supondrá, de no poner su nombre.

Otro movimiento separatista de alguna magnitud, tuvo lugar el 21 de Julio de 1818. Los conjurados se reunían en la huerta de Presa, Abajo del Puente, en el café de San Agustín y en la panadería de Bellavista, de un tal Castro, lugares todos en que el concurso de gente no podía inspirar sospecha. Se proponían tomar el Real Felipe y los buques de la bahía del Callao, y á la señal de un cañonazo, soltar los presos de la cárcel que estarían provistos de llaves forjadas de palacio, para dar muerte al Virrey y á los principales ministros y autoridades. Llegado el día ya designado, con el pretexto de hacer un contrabando, se llevaron al Callao á los no comprometidos, y se reunieron en número de treinta ó cuarenta en la Corcha de los Cables, que era una extensa ramada en la que se torcían las járcias de los buques. Los conjurados debían reconocerse con la palabra *Pedro*. Con taban con algunos soldados y clases de la fortaleza: estaban armados de sables y pistolas, y se habían provisto de gorras de cuartel y vestidos iguales á los de la guarnición. Además de los principales, que luego mencionaré, estaban com-

prometidos el negro *Lele*, el presbítero Gregorio Amestoy, que los había mantenido en comunicación con los presos de la cárcel, y un tal D. Guillermo, que nunca ha de faltar un inglés para contar el suceso. Es indudable que este movimiento se verificó de acuerdo con los liberales de Chile, porque se había determinado que una vez tomado el castillo, se mandara á San Martín un emisario por mar, para invitarle á que pasara al Perú. Desgraciadamente, un chileno llamado Bernardino Escobar y un tal Vicente Begoña, denunciaron la conspiración, de manera que cuando los conjurados llegaron al glacis de la fortaleza, un nutrido fuego á quema ropa, los dispersó y puso en fuga. La mayor parte de ellos fueron apresados, y si algunos se escaparon fué, por el oportuno aviso que les dió el cabo Saura de la guarnición, que se desertó.

Gomez; Espejo y Alcázar 1815.

El consejo de guerra presidido por el Coronel Monet, condenó á la pena de horca á D. José Gomez, que poco antes había conspirado con Paillardele: á D. José Casimiro Espejo, á D. Nicolás Alcázar, y á los ausentes D. Carlos Zabalbúru, D. José María Pagador, D. Mariano Casas y D. Lorenzo Valderrama: á diez años de presidio, á D. José Román Telles, á D. Mateo del Campo, á D. Tomás Olivares y á D. Nicolás Piñateli, debiendo todos ser remitidos á España; á ocho años, á D. José Olivera y á D. Juan de Dios Careaga: á seis, á D. Juan Ojeda, á D. José Genaro Rivera, á D. José Durán de Castro, á D. Pascual Hurtado y á D. Francisco García, á quien se mandó al presidio de Chagres en Panamá: á cuatro años, á D. José Córdova; y á dos, á

D. Miguel Córdova, á D. Juan de Dios Bazán, á D. Prudencio Florián y á D. José Portales. D. José Barbosa fué multado en mil pesos y remitido á Guayaquil por dos años. D. Tomás Balarezo fué condenado á dos meses de prisión; y D. Nicolás Rodriguez á un año de servicios agregado á las armas. A los reos ausentes D. José León, D. Andrés Villamar, D. N. Rivó, Fray Francisco Díaz, al negro *Lele* y sus compañeros Nicolás Palacios y Manuel Zúñiga, se les reservó la pena para cuando fueran aprehendidos; y se le mandó abrir causa á José Palacios, á quien se acababa de tomar. Dispuso, además, la sentencia, que al presbítero Gregorio Amestoy, y á los coristas mercedarios Fray Antolín Paz y Fray Manuel Valverde, se les remitiera á España; dándose parte al Arzobispo de la conducta punible del Dr. D. Manuel Gonzales para que le impusiera la pena consiguiente; y por último, al cabo José Saura se le condenó á volver á casas-matas, hasta que se viera si resultaba culpable luego que se tomaran á los reos ausentes.

El 2 de Enero de 1820, la ciudad de Lima presenció la ejecución de los desgraciados patriotas Gomez, Espejo y Alcázar.

Fernandez Paredes y García

De Chile mandó San Martín dos espías en la Montezuma, con la segunda expedición de Cochrane. Ambos eran limeños y se llamaban D. Francisco Fernandez Paredes y D. José García. El primero había ido á Chile con Osorio y cayó prisionero en Maypú: el segundo desertó del ejército realista é ingresó en el Alto Perú en el ejército de los Andes. Vinieron á Lima trayendo la firma en blanco de San Martín, para en-

trar en relaciones con los patriotas, acopiar fondos, lanzar proclamas, gastar solo en lo muy preciso, y lo que es más curioso, espiarse recíprocamente por no inspirar confianza ninguno de ellos. Sus cartas debían ir firmadas respectivamente con los seudónimos de Cario y Mario.

Llegados á Ancón, enterraron en el desierto la correspondencia que traían en tarros de lata, y recibidos y guiados por D. Remigio Silva, penetraron en Lima burlando la vigilancia enemiga. No tan pronto se conoció su misión, se les dió cuanta plata necesitaron. Paredes se internó á Huaylas, y García para quedarse con el dinero recibido, denunció á su compañero y á las personas que le habían acogido favorablemente. Paredes logró escaparse. En mérito de esta denuncia, el 27 de Marzo de 1820, Riva Agüero, el Cura Tagle, el padre Carrión, Mancilla, los médicos Pezet y Devoti, el presbítero Morales, el profesor de la escuela náutica Carrasco y D. Lucas Fonseca, fueron reducidos á prisión y sometidos á juicio; pero por más investigaciones que se hicieron no se pudo descubrir delito alguno.

Este fué el último esfuerzo aislado que hiciera el Perú para conquistar su independencia. Era menester que el impulso viniera de fuera: y lo que es más, que se atacara al poder español en el centro de sus recursos, lo cual fué previsto y llevado á cabo como veremos en breve por el cálculo, el heroismo y el genio.

En recompensa de tantos sacrificios el Congreso del año 23, declaró á Ubalde, á Aguilar, á

Pumacahua y á Vicente Augulo beneméritos á la patria, y ordenó que se les considerara siempre entre los más celosos defensores de la independencia nacional.

CAPITULO III.

Condición del Virreinato

Gran parte del continente americano era libre, y otra no pequeña se batía por emanciparse cuando el Perú gemía aun bajo dura servidumbre. 23,000 soldados aguerridos, mandados por los más expertos generales españoles; un puerto defendido por fortalezas inexpugnables; una nobleza muy superior en número y riqueza á la del resto del Virreinato, y lo que es más, una población casi completamente peninsular, pues sólo en Lima se contaban diez mil españoles, eran motivos para no considerar libre á la América del Sur en tanto que el Perú no fuera redimido.

El héroe de Viluma y Vilcapuguio se inquietaba poco de los triunfos de los separatistas en el Tucumán ó en el Apure, y no dudaba un momento que para surcar triunfante las aguas del Magdalena, del Orinoco ó del Plata, bastaba que se le mandase una orden real de Madrid. Aun no se daba cuenta que los abusos de la administración habían hecho imposible la subsistencia del poder español, y que los pueblos podían ya constituirse y dirigir sus destinos. Se perseguía al súbdito que proclamaba la independencia, y no se cortaba el mal reprimiendo al gobernante que conculcaba la ley.

A principios del siglo XIX, la dominación española había llegado á ser intolerable. En lo civil, en lo político, en lo judicial reinaba el más duro despotismo: tan absoluto era el Virrey en el Virreinato como los Intendentes en sus provincias y los Sub-delegados en sus partidos.

Administración en general

Todos ellos ejercían el poder ejecutivo y el judicial en primera instancia, y aun cuando se asesoraban en los juicios, esta medida no era sino un pretexto para disculpar ó disfrazar la mala fé. Los Virreyes y Magistrados eludían, á su arbitrio, las leyes y las órdenes de la Corte. Las Audiencias sentenciaban en secreto ó clandestinamente, sin fundar sus votos. La justicia era española, es decir, con poca ó ninguna probabilidad para los criollos; y no se dictaba sino en cuestiones de poca monta, que en las graves disponía de ella la generosidad, la influencia ó el favor. Leyes malas, trámites eternos, costas crecidas, derechos de justicia pagados por las partes; Magistrados ignorantes, venales, serviles: por capricho se podía seguir un juicio; por conveniencia jamás.

Sin embargo de que por mandato real se debía preferir en los empleos de honor y de confianza á los hijos de los conquistadores y pacificadores, era muy común verlos desempeñados por advenedizos desconocidos. Era creencia general que los extranjeros eran más inteligentes que los criollos, y de allí, que á éstos se les tratara con desdén y se les vejara con repetidas muestras de desconfianza.

Empleos

« Jamás eran Virreyes, dice un escritor, ni « Gobernadores, sino por causas muy extraor-

« dinarias; Arzobispos y Obispos, pocas veces: « diplomáticos nunca: militares, solo en calidad « de subalternos; nobles, sin privilegios reales, « en fin, no podían ser ni Magistrados, ni finan- « cistas, y casi ni aun comerciantes,» todo en contradicción de lo que aconsejara el buen sentido y disponía el Rey para hacer adelantar á estos países.

La instrucción preparatoria era muy deficiente, y, por mandato expreso poco difundida. El bello sexo no recibía ninguna. La ignorancia debía servir de baluarte á la honestidad. Los hombres estudiaban poco en las capitales, y sólo las primeras letras en las provincias. Tres Universidades, la de San Marcos de Lima, la de San Antonio Abad en el Cuzco y la de San Cristóbal de Huamanga, conferían el doctorado á empíricos dogmáticos que, por recitar algunos apotegmas en latín creían representar á la ciencia. La medicina no se basada en la observación, sino en necias y rutinarias teorías. El emético, el clister y la lanceta eran aún los tratamientos heroicos de la terapéutica. El derecho era el aprendizaje de memoria de las leyes civiles, sin elevarse á su origen, ni descender á investigar los principios fundamentales en que reposan la sociedad y el Estado; si bien hay que convenir que el defecto era universal, pues, con poca diferencia, como ya hemos dicho, lo mismo pasaba en las Universidades europeas. En todo el Perú no había sino tres colegios y seis seminarios. Instrucción

Las costumbres eran demasiado libres; libertad que se traducía en los vestidos estrechos Costumbres

femeninos que delataban las formas, en los bailes y cantos deshonestos, entre los que indicaremos la zamacueca y la canción del estornudo; en las adivinanzas y juegos de prendas, escuelas de la malicia, en que despertaba la inocencia, se infiltraba la culpa y recibía los primeros embates el pudor.

El clero estaba completamente relajado. La belleza y la gracia se anidaron muchas veces en las celdas, y no pocas el improvisado galán se quedó estupefacto al dejar de noche á su amada en la portería del convento. Hubo muger galante que por sus amoríos mereció el apodo de la *Inquisidora;* y algunas bulas vinieron de Roma por los ataques al pudor en el tribunal de la penitencia. En secreto se refería que presuntas endemoniadas apagaron al exorcista. Provincias enteras como la de Chachapoyas, cambiaron de color y raza, merced en parte á la unción prolífica de la comunidad vecina. Muchos cantares y coplas populares que brillaron por la gracia y la elegancia, la chispa y la licencia, brotaron de la péñola festiva de más de un voluptuoso y salado reverendo. La costumbre de rezar el rosario y de hacer novenas en casa, no reconocía sólo por origen la piedad de la madre de familia, sino que algunas veces fué un homenaje de respeto al tonsurado progenitor.

Justo es decir en favor de los sacerdotes, que el mayor número estuvo en favor de la independencia, y que sólo se oponía á ella el alto clero. El obispo de Trujillo quiso reaccionar cuando el movimiento de Torre Tagle; y eran realistas declarados los Obispos de Charcas.

Cuzco, Maynas, Huamanga, y encubiertamente el de Arequipa.

Este cuadro deplorable que entristece el ánimo, lo compensa la contemplación del orden, moralidad, instrucción y disciplina que nos ofrece hoy el clero regular y secular, bajo la recta y sabia administración de nuestros Prelados, Obispos y Metropolitano; los cuales, dicho sea en justicia, habrían llenado mejor su cometido, si siempre se hubiesen mantenido estudiosamente alejados de nuestras contiendas políticas.

El clero no tiene horizonte: su misión es muy alta: todo es zenit para él: su actitud perenne, señalar el cielo.

Matrimonios

Por reales cédulas estaban prohibidos los matrimonios que relajasen las distinciones y neutralizasen las gerarquías, de donde los ricos y nobles tenían carta abierta para seducir á las de la clase media ó de humilde posición, corriendo sólo el riesgo de pagar una pequeña multa.

Imprenta

Establecida la imprenta en Lima desde 1584, no se publicaba en 1790 en el Virreinato sino el *Mercurio Peruano*, periódico bisemanal, en 8.°

Diversiones

Las diversiones públicas consistían en las corridas de toros, que se verificaban los lunes en la plaza mayor, á la entrada de algún Virrey, nacimiento ó coronación de un príncipe; los paseos á Amancaes, y las fiestas y procesiones religiosas que se celebraban á cada paso con un lujo deslumbrador.

Comercio

El comercio era una torpe especulación administrativa. En tres siglos no hubo estadista que pusiera de manifiesto la ruina que ocasionaba el

monopolio. Las ferias de Panamá y Cartagena, la casa de contratación de Sevilla, el comercio en naves sueltas por el cabo de Hornos, pasaron sucesivamente sin dejarle al gobierno el tesoro que se prometía, ni la esperiencia fruto del desengaño. La llegada de un buque al Callao era un acontecimiento. En seis años, de 1790 á 1795 entraron 31 bastimentos. No había más puerto para comerciar con América que Sevilla; después se habilitó á Cadiz, y en 1700 á algunos otros más. España dominó durante 300 años sobre medio millón de leguas cuadradas, quince millones de blancos, negros, indios y mestizos, y el consumo de la América meridional nunca pasó de 60 millones de pesos. De 1784 á 1794 se importaron 46 millones y se exportaron 59, comprendiendo en este cálculo á la provincia de Guayaquil, al mineral de Potosí y á la provincia de la Paz.

En 1778 apareció el nuevo reglamento de libre comercio que defraudó todas las espectativas. La decantada libertad era para los peninsulares, y así los derechos nunca fueron menos de 40 por ciento y á veces excedían del precio del artículo.

Las producciones extranjeras pagaban derechos de importación en Cadiz, derechos al salir y derechos al ingresar á América. Los paños de S. Fernando y de Segovia se vendían á 25 pesos la vara; y el quintal de fierro á 30; y en estado de guerra con otro poder marítimo, los precios ultramarinos se triplicaban con el peligro; y así en la guerra con Inglaterra el último subió á 100 pesos.

El comercio terrestre yacía abrumado por las guías y tornaguías y los impuestos comunales de

tránsito, de manera que algunas veces se pagaba más del 400 por ciento del importe de la mercadería.

Agricultura

La agricultura se hallaba en estado primitivo. Sin el fierro no puede progresar, y este artículo como acabo de decir, era carísimo: los campos no producían sino lo que bastaba al consumo. El mercado más próximo fijaba la cantidad de tierras que se habían de labrar en cada valle. A ningún agricultor se le ocurrió que Lima, Panamá ó Puertocabello no podían pagar por sus productos lo que Cadiz, Amsterdam ó Londres. Vinos, paños y aceites producía España, y para asegurar su expendio, se prohibieron en América los telares, el cultivo de la vid y del olivo, y en general toda clase de industrias y manufacturas. No se comprendía aún el beneficio que reportarían la metrópoli y la colonia del libre cambio y de la producción libre. El único sistema salvador era el proteccionismo, é incurriendo Pezuela en este lamentable error, una vez que Chile se declaró independiente, estimuló la producción del trigo en los valles de Trujillo, Chancay y Cañete, prohibiendo la introducción de la harina y demás productos similares.

Libre cambio

Inmigración

Las ventajas de la inmigración fueron desconocidas. Según las leyes 1–7 y otras del Tit. 21–libro III de la R. de Indias, ningún extranjero podía pasar á América, ni internarse, so pena de la vida y pérdida de sus bienes. El peninsular antes de partir, tenía que someterse á una seria investigación. La España parecía tener miedo de sus propios súbditos, y lo tenía realmente de sus colones. No había espíritu de iniciativa.

de empresa ó de asociación en ningún ramo, con excepción de la minería. Cada cual trabajaba para sí con el corto capital de que disponía. Una empresa fuerte dividida en acciones de poco valor, para que el pequeño capital, el artesano y el menesteroso empleasen en ella sus economías, habría sido irrealizable.

La colonia feudo del Rey

Con un sistema económico tan absurdo, no es extraño que en cinco años [1790-1794] las rentas públicas ascendiesen á 23.000,000 y los gastos á 19, quedando en beneficio del erario una suma relativamente insignificante.

Descubierta la América con las arras de la reina Isabel, no formó parte de la monarquía sino del peculio del Soberano, el cual por medio del Consejo de Indias legislaba sobre ella, representándolo en lo administrativo el Virrey, y en lo judicial la Audiencia, sin que las leyes de las Cortes la afectasen más de lo que obligaban á los otros feudos. Consecuencia lógica de esta falta de cohesión entre la España y sus colonias fué, que á la vacancia del trono en 1808, los vasallos se creyeron libres, y que los cabildos, haciendo uso de un legítimo derecho, convocasen á los vecinos para deliberar sobre sus intereses y los graves asuntos de Estado. La fuerza y altivez que dá la unión, renovó en estas asambleas el espíritu de las antiguas comunidades, y el pueblo se sintió con vigor para hacer frente á sus reyes.

Españoles y criollos

Marcada era la diferencia entre españoles y americanos. «Trescientos años, dice Mitre, no « habían podido establecer vínculos de ninguna « especie:» y según Jorge Juan y Antonio Ulloa

« basta ser europeo ó chapetón, como le llaman para declararse contrario á los criollos: y suficiente el haber nacido en Indias para aborrecer á los españoles.»

El idioma que revela la nacionalidad; las costumbres que facilitan el trato; la religión que hermana los ánimos; la familia, en fin, que unifica las ideas y sentimientos, así como los intereses, no llegaron á fusionarlas. El clima y la latitud marcaron las preferencias paternas. El hijo nacido en la metrópoli era mejor que los habidos en la colonia. Los indios eran peores que bestias: los negros, algo más que esclavos. Las castas, tratadas con el más alto desprecio. Rezagos de estos inhumanos sentimientos, es la facilidad con que aún en el día apelamos, en la menor rencilla ó desabrimiento á echarle en cara su raza á nuestro contendor.

El soplo de libertad que difundió por los aires la revolución francesa, salvó todos los obstáculos y restricciones administrativas. Aun sin libros y sin periódicos, la tierra llegó á imponerse de los derechos del hombre. España se vió invadida; abandonó de hecho sus colonias, y reconcentró sus fuerzas para no dejarse aherrojar al carro triunfal del dominador de Europa. Revolución francesa

Las Juntas gubernativas que con este motivo se formaron en Quito, Buenos Aires, Chile, La Paz y Caracas en 1810, para desconocer al francés, fueron los primeros pasos hacía la autonomía, por haberse proclamado en ellas al principio que «americanos y españoles tenían los mismos derechos». Es propio de nuestra naturaleza apropiarnos lo que precariamente poseemos:

y muchas virtudes se necesitan para desprenderse, después de gobernar, de la vara del poder.

Establecido el régimen constitucional en España en 1812, se palió el descontento de los miembros de las Juntas gubernativas cesantes, dándoles representación en las Cortes. El remedio reagravó la dolencia. La ambición aumentó el número de los descontentos, y el conocimiento adquirido, con la residencia en España, de la impotencia de ésta para regir sus colonias, engendró el deseo ardiente de luchar para independizarlas.

Diputados á Cortes

Digo lo anterior, porque á las Cortes debía mandar España 36 diputados, y la América solo 12, uno por cada Virreinato ó Capitanía. Los cabildos de provincia elegían tres representantes para sortear al que debía representarla ante el Real Acuerdo, y éste, presidido por el Virrey, nombraba tres electores, para designar por suerte al diputado á Cortes. Algún tiempo después se dispuso, que fueran treinta los diputados americanos, tocándole cinco al Virreinato de Lima. Mientras llegaban los propietarios, se nombraban en Madrid suplentes que ejercieran el cargo.

Demás es decir que en ambas elecciones siempre salió favorecida la generosidad ó la influencia.

Logias

Por entonces aparecieron en Londres, esas asociaciones secretas, cuyo origen se atribuye con razón al General Miranda. [*] De allí se pro-

[*] Miranda, primer apóstol de la emancipación de Sud-América, consagró toda su vida á la libertad de ella. Su patriotismo, su abnegación, su constancia y su desventura, servirán á la posteridad de noble ejemplo. Delito grave cometió

pagaron á América y á la misma España, con el nombre de «Sociedad de Lautaro ó Caballeros racionales.» Su asiento principal fué Cadiz donde se afiliaron ¡rara coincidencia! San Martín y Bolivar, y se contaron entre sus miembros al Conde de Puño-Rostro y á otros títulos de la nobleza española.

De allí partieron O' Higgins para Chile y Lima; Bajarano para el Ecuador; Baquíjano para el Perú; los canónigos Freítas y Cortés Madariaga para Chile y Venezuela. Se les encargó que en sus comunicaciones designaran á la Logia con el signo 0–0: á los miembros con una H. Su leyenda mística eran las letras U. F. V. «unión, fé, virtud ó victoria.» El Perú se denominaba Nemea; Lima, Salamina.

San Martín y Alvear las establecieron en Buenos Aires, y fué tan grande la influencia que ejercieron en los actos públicos de uno y otro, que muchos, sin ellas, no se podrían explicar. Como en las sociedades carbonarias, la Logia exigía de sus miembros el secreto y la obediencia ciega. Se ignora si la Logia de Buenos Aires era matríz ó sucursal; á éstas se les llamaba también ventas.

El primer grado de iniciación de los neófitos era el compromiso solemne de trabajar por la in-

---

Bolivar al ordenar su prisión. Feo borrón en su patria, el no haberle levantado todavia una estátua, Su retrato en el municipio de Caracas, muy lejos de corresponder á su talla histórica, la empequeñece, porque no basta recordar á quien puede servir de modelo de grandes virtudes cívicas. La fé en los principios excusa las faltas; los sufrimientos engrandecen, y todo lo purifica la muerte en las cadenas.

dependencia americana: el segundo, la profesión de fé del dogma republicano prestando el juramento siguiente: «Nunca reconocerás por gobierno legítimo de tu patria, sino á aquel que sea elegido por la libre y expontánea voluntad de los pueblos; y siendo el sistema republicano el más adaptable al gobierno de las Américas, propenderás por cuantos medios estén á tu alcance para que los pueblos se decidan por él».

E. E. U. U. y la América Lat.

Hubo elementos, fuerza, decisión y patriotismo mientras duró la guerra de la independencia, pero pasado el ardor del entusiasmo se presentó el deseo de mandar, el ansia por manejar las rentas, la especulación, algo más, ese monstruo ajeno á todo sentimiento noble y verdadero el interés personal. Faltaban las virtudes cívicas, la constancia, la cultura y moralidad que requiere la república. De allí los grandes contrastes que el tiempo viene haciéndonos palpar entre la República de Estados Unidos y las que se formaron de las colonias españolas. Aquella es una manifestación perenne de desinterés y de civismo: éstas un cúmulo de ambiciones personales y de pasiones viles; allí se estableció sobre sólidas bases la libertad: aquí se arraigó hondamente la anarquía: el norte americano disfruta de las delicias de la paz, de las facilidades y ventajas de la industria y el comercio, de los adelantos de las ciencias y de las artes: los colones españoles viven pensando en la revolución, en el nuevo cambio de ministerio, en el partido que subirá al poder, y mientras que en la gran república figuraron grandes genios y acabados políticos, nuestra carrera histórica no ha sido

sino una serie no interrumpida de ambiciones vulgares, anhelos ruines y actos criminales. Dorrego fué asesinado en Buenos Aires por Lavalle; Blanco en Bolivia por Ballevian, Belzu por Melgarejo, Daza por un particular; el General Guerrero en México; el inmortal Sucre en Bernucos; Monteagudo, los Generales Quirós, Salaverry, Vallerriestra, Fernandini, Morán, el Presidente Balta, los tres Gutierres y Pardo en el Perú; en el Ecuador, los Generales Mires, Castillo y Otamendi en Guayaquil; Maldonado y García Moreno en Quito; Saenz en Batán; los Coroneles Lopez en Latacunga, Franco en Esmeraldas, Klinger en Cayambe; Morazán y Barrios en Centro América; Portales en Chile; los Generales Barreiro en Angostura, Serviez en Casanare, Heres en la Guayana; y estoy por creer que el despotismo hizo menos víctimas del poder en las satrapías de Asia, que la democracia en las repúblicas latino-americanas.

Los que no se degradaron con el crímen, no aspiraron sino á vivir á costa del Estado.

Es una observación dolorosa pero justa, que desde los primeros años de la independencia, el Fisco de todas estas repúblicas, se ha constituido en padre adoptivo de los inútiles y en padrino obligado de los hijos de los ricos. Hombres acaudalados que en la industria ó el comercio, habrían duplicado su capital en pocos años, convirtiendo á sus hijos en máquinas productoras, dándoles aquella altivez que caracteriza al buen ciudadano, emplearon su actividad en las antesalas de palacio, importunando al Presidente y á los Ministros en busca de destinos para la numerosa prole. Empleomanía.

El empleo que debía darse al mérito indigente, lo obtenía el hijo adocenado de buena familia, cuyo apoyo compraba el Gobierno, no obstante que la inopia del primero, era una garantía cierta de exactitud y diligencia, de conservación del orden y del cumplimiento del deber.

Parece que la libertad nos hubiera traído este síntoma grave de prematura decadencia. Así como en los tiempos de los emperadores romanos, los hombres se dedicaban á la pesca de legados como el medio más seguro para hacer fortuna; así en Sud-América la caza de puestos públicos por el servilismo y la adulación, constituye la ocupación de la mayoría, la cual cree más profícuo este medio indigno de medrar, que el cultivo de la palabra, el ejercicio de la industria ó la explotación honesta del talento.

Educación tan defectuosa tenía que producir indefectiblemente caracteres blandos, pero sin virilidad; hombres de buena índole, pero incapaces de valer por sí mismos; honrados dependientes, pero sin espíritu de iniciativa: y de aquí la dificultad de encontrar un sujeto competente para implantar ó dirigir una industria, ó ponerlo al frente de una empresa comercial.

Hogares opulentos improvisados mendigos del Tesoro. Presidentes y Ministros, de Grandes Limosneros. La virtud política más conservadora, la caridad.

Mayor exigencia fiscal el pago del favorito cuyo empleo nadie conoce, que cubrir una partida del presupuesto.

He aquí la lepra que carcome á las que fueron colonias españolas.

La ignorancia dictando leyes: la mala fé en el solio de la justicia; la pereza en la administración. Cúmulo de empleados inaparentes; renta pública agotada por las condescencias sociales y políticas, y lo que es peor, peligro incesante de revuelta cada vez que se trata de cortar con mano severa una organización tan absurda: he aquí las consecuencias.

Este porvenir espantoso no se escapó al genio de Bolivar: « Sin mis hechos y sin mi fama,» decía, « estaríamos sometidos al yugo español, « hasta que llegara la época de la emancipación « natural. Hoy ha sido prematura, pero nadie « tiene el poder de detener los acontecimientos.» En otra ocasión, dijo: « la democracia necesita « entrar por grados: es el alimento del adulto, y « dado al niño como la carne al recien nacido. « Los hombres útiles, los de más experiencia se « separarán de los negocios, y entre el egoismo « y las ambiciones vulgares se labrará la desgra- « cia de la América. ¿No debo pues dudar si he « hecho un bien ó un mal con haber conquistado « la independencia? Es un absurdo creer que « pueda darse reyes á la América española, des- « pués que la hemos enseñado á despreciar la di- « nastía española.» Profesía de Bolivar

En carta al Dr. E. Vergara, de Campo de Buijo, frente á Guayaquil, le dice: « Me ha te- « nido tan melancólido estos días la perspectiva « de la América, que ni la caída de La Mar y « los servicios que nos ha hecho el Perú en su « mudanza, me han consolado; y antes por el « contrario han aumentado mi pena, porque esto « nos dice claramente que el orden, la seguri-

« dad, la vida y todo, se aleja cada vez más de « esta tierra condenada á destruirse ella misma » y ser esclava de la Europa.»

En carta á Sucre de la Magdalena (Perú, Mayo 12, 1826), le dice: « Muchos tiranos van á le- « vantarse sobre mi sepulcro, tiranos que serán « otros Silas, otros Marios que anegarán en san- « gre sus guerras civiles.»

Profesía del General Heres

Otro campeón de la independencia, el General Heres, le escribía también á Sucre, de Guayaquil, Febrero 28, 1827: «En América no puede « seguirse el régimen constitucional, porque los « pueblos ignorantes y sencillos se dejan aluci- « cinar y conducir por hombres sin patriotismo « y sin ninguna virtud civil. Estos hombres cla- « man contra los gobiernos hasta que obtienen « el poder; y luego que lo consiguen son unos « déspotas insoportables. Los trámites legales « sólo producen la impunidad y el aliento de los « malos para trastornar el Estado. La cuestión « está reducida á esta sencilla alternativa: cons- « titución y ruina del Estado y de los hombres « virtuosos, ó absolutismo y orden y paz. Noso- « tros sabíamos cuánto pasaba en el Perú, y por « religiosos observantes de los principios libe- « rales, hemos perdido en un día la obra de mu- « chos años: hemos entregado á una república « entera al desorden y á la anarquía; y con no- « sotros hemos arruinado á los hombres buenos. « La lección ha sido terrible; pero se me ha gra- « bado mucho para que pueda olvidarla: Dios « sabe lo que será en lo sucesivo.»

Tampoco careció España de ministro que señalase el peligro y la manera de conjurarlo. Un

gran estadista, el Conde de Aranda, pronosticó en 1783, año del nacimiento del Libertador, la independencia de las colonias americanas, y aconsejó á España desprenderse de ellas conservando sólo Cuba y Puerto Rico.

Príncipes de la familia real gobernarían México, el Perú y la Costa Firme, y todos estarían bajo el Rey que asumiría el título de Emperador.

Abandonar lo que se posee en la espectativa de mejorar de posición es tarea muy árdua. La España desdeñó un consejo que la habría hecho una de las naciones más poderosas de la tierra.

CAPITULO IV.

Después de la victoria de Chacabuco, San Martín aprovechó de su prestigio, para pedir al Gobierno de Buenos Aires medio millón de pesos, hombres, caballos y armas para invadir el Perú. Provistos de estos elementos fijó su Cuartel General en Mendoza, y se dedicó con el mayor empeño á disciplinar, ejercitar y equipar sus tropas. Sabido esto por Pezuela, le ordenó á La Serna que invadiese el territorio argentino avanzando hasta el Tucumán, como antes había hecho Abascal cuando el sitio de Montevideo: pero ahora como entonces bastaron los gáuchos para mantener á raya á los españoles. Cuartel general en Mendoza

En 10 de Noviembre de 1817, San Martín mandó en comisión al Mayor argentino Domingo Torres, á Lima, con dos despachos, uno sobre cange de prisioneros, y otro proponiendo evitar Domingo Torres

la guerra y el derramamiento de sangre, dejando que Lima eligiera libremente su forma de gobierno. Ambas propuestas fueron rechazadas.

La verdadera misión de Torres era aprovechar la buena voluntad del Comodoro Bowles, jefe de la escuadra inglesa en el Pacífico, para servir á los independientes; ganar para éstos antes de comenzar las hostilidades el carácter de beligerantes, y enviar un agente al Perú para la guerra de zapa que, dicho sea de una vez, no fué tan fructuosa como había sido en Chile. Canterac no era Osorio, ni Pezuela, Marcó del Pont.

Torres inspiró sospechas y fué alojado en una fortaleza y vigilado de cerca. A pesar de todo, por medio de la Señora Brígida Silva, de la que ya hemos hablado en la conspiración de Anchoris, se comunicó con el hermano de ella Remigio, con Riva Agüero, Quirós, Lopez Aldana y otros decididos patriotas, á quienes trasmitió la palabra de orden de los expedicionarios.

En cuanto á Remigio Silva y al Teniente Coronel argentino, José Bernardo Polledo, que eran muy amigos, Torres les ordenó, antes de partir para Chile, que se quedaran en Huacho para recibir los despachos de fuera; les señaló las caletas de desembarco, y les dió los planos de señales y la clave para descifrar los primeros.

A principios de Enero dejó el Perú, llevándose un estado minucioso del ejército español, cuarteles, existencias en parques y arsenales, estado de la escuadra, los planos de los fuertes, y los pormenores de la expedición de Osorio; si bien ya se tenía noticia de ella en Chile, por la lancha chilena Fortuna, que había apresa-

do á la fragata mercante española Minerva y al bergantín Santa María de Jesús.

Sellada en Maipú (15 de Abril 1818) la independencia de Chile, pasó San Martín á Buenos Aires á buscar recursos y concertar con el General Belgrano la época en que debía atacar á los españoles por el Tucumán, para apoyar la expedición al Perú. Nuevos emisarios secretos llegaron á Lima, de los que era agente principal un americano alto, seco, llamado Pablo Jeremías, que se hacía pasar por médico para penetrar en todas las casas sin inspirar sospechas. San Martín en B. Aires Jeremías

No se sabe cómo se relacionó con el Dr. Villarán, profesor del Seminario de Santo Toribio, y con los estudiantes del mismo, D. Manuel y D. Enrique Gonzales. El primero, que era ya presbítero, le dió carta de recomendación para su padre, jefe del correo en Ocros; y Jeremías, envuelto en su larga capa y apoyado en su nudoso bastón, recorrió los pueblos de Acos, Chiquián, Recuay y otros de la provincia de Cajatambo, buscando simpatías á la causa é incitando á todos á un levantamiento. El presbítero fué apresado y sometido á juicio, y Jeremías pagó por algún tiempo, en la cárcel de Guayaquil, su engaño y atrevimiento.

Sigamos nuestra relación.

Pueyrredón no sólo negó el medio millón, sino que ordenó, según he dicho, que San Martín, marchase á sofocar la revolución que había estallado. San Martín renunció el mando para hacerse el necesario y conseguir el dinero ofrecido; y á no ser por la grave enfermedad que le Gran paso de San Martín

sobrevino hubiera sido un gran tropiezo su desobediencia.

Escuadra española

De España había salido para las costas de Chile, en diez trasportes, convoyados por la fragata María Isabel, de 50 cañones, una división de 3.000 hombres. Uno de los trasportes, el Trinidad, se separó del convoy: la tripulación mató á sus jefes y se entregó en Buenos Aires, y de allí pasó la noticia á Chile, que ordenó al Almirante Blanco, esperase á la fragata en el puerto de Talcahuano. Con este fin se dejaron flotando en mar y tierra las banderas españolas, ardid funesto, trasmitido por herencia, que ha reportado á Chile más bochornos que utilidades. Merced á él, la María Isabel, el San Fernando, el Atocha y el Escorpión fueron apresados, no escapando sino la Esperanza. Además de su valiosa correspondencia, conducía la fragata dos batallones del regimiento Cantabria de 1600 hombres; un regimiento de caballería de 609 plazas y 800 artilleros. Mandaba la expedición el Capitán Dionisio Capaz, y la tropa, el Teniente Coronel Fausto del Hoyo. Dos trasportes más fueron apresados después con 700 hombres. Uno quedó abandonado en Canarias: tres se adelantaron y dejaron en el Callao 500 hombres, y el último, la Especulación, desembarcó más tarde en el mismo puerto, parte del batallón Cantabria que mandaba Cevallos, yerno futuro de Pezuela. Como último detalle de esta desgraciada expedición agregaremos, que una cuarta parte de la tripulación falleció en la travesía víctima del escorbuto.

Después de este valioso refuerzo, se incorpo-

raron á la escuadra chilena, el bergantín argentino Intrépido, llamado también Maypú, y el Galvarino que mandaba Guisse.

Entretanto San Martín, que ya estaba algo restablecido de sus males, y de mejor ánimo con la renovación del ofrecimiento del dinero, se apoderó de los fondos que el correo de Chile llevaba para los comerciantes de Buenos Aires, y libró contra el tesoro público á favor de los interesados, como único medio que halló á la mano para no demorar la partida de las tropas. Toma del correo

A fines de Octubre volvió á Chile, y teniendo noticias favorables de sus emisarios, lanzó en 13 de Noviembre su primera proclama á los limeños, en la que les ofreció su próxima emancipación política.

Las palabras de O' Higgins, después de Chacabuco: « Este triunfo y cien más serán insignifi-« cantes si no dominamos el mar », habían impresionado mucho á los chilenos; y así, con el mayor celo y puro patriotismo se dedicaron á adquirir naves de guerra, y á carenar y abastecer las que ya tenían.

Con dos millones de renta anual realizaron este prodigio: sostuvieron 800 hombres; acogieron y mantuvieron al ejército de los Andes; emprendieron obras públicas de ejecución inaplazable y aun tuvieron un sobrante anual. Abnegación y pureza, que contrasta con la dilapidación administrativa de las demás repúblicas sud-americanas; que salvó á un pueblo viril, y en seguida le lanzó entusiasta á redimir al esclavo. Patriotismo chileno

En homenaje á la verdad es menester decir, que el fervor por la escuadra amenguó con la

victoria final. Mientras se temió á la mano férrea del dominador, nada hubo que reprochar al civismo; pero una vez que en Maypú quedó afianzada la independencia, mucho trabajo le costó á San Martín inducir al Gobierno á expedicionar al Perú; y es que aun las más grandes empresas deben ser estimuladas por la conveniencia, para contar con el éxito, porque después del más pequeño triunfo entra la calma en las operaciones, por ser el reposo consecuencia y término fatal de los esfuerzos humanos. Dueño Chile del mar, no temiendo ya ser invadido, quiso deshacerse de los buques; aun fijó carteles para vender los cinco trasportes de la María Isabel, y á no mediar el enojo de San Martín, la subasta se habría verificado.

En tierra hubo la misma desentendencia. Creían que O' Higgins era sostenido por las bayonetas argentinas, y como no había con qué pagarlas, estaba tan disgustado el pueblo como el gobierno y las tropas.

Pero estas resistencias fueron obra de los obstruccionistas ministeriales: en nada afectan al patriotismo de la nación, dispuesta siempre á batirse hasta lanzar del último reducto de América al poder español.

En esta crisis, San Martín concertó los ánimos con la brillante idea de retirarse. Como por encanto desaparecieron las desavenencias, y todos se pusieron á trabajar con ahinco para completar los aprestos de la escuadra, que pronto se halló lista para darse á la vela.

Se le buscó un Almirante, y se tuvo la fortuna de encontrar un héroe.

Educado Lord Cochrane en la escuela poco delicada del corso, no era de muy rigurosos principios morales, ni nada escrupuloso en cuestión de intereses. Altanero, vanidoso, valiente hasta la temeridad, no admitía que nadie le mandara, y, con estas cualidades unidas á la munificencia, era el ídolo de sus marineros que se habrían dejado matar por él. Lord Cochrane

Como marino y jefe de una expedición naval, Lord Cochrane en su tiempo no tuvo rival. A sus órdenes, sus oficiales se creían invencibles: poseía el secreto de trasmitir su heroismo á su gente, que se lanzaban al abordaje hacha en mano, tan ansiosa de los laureles de la gloria como de los favores de la fortuna.

Amaba á su mujer con delirio, tipo de la elegancia y de la belleza, que en la plaza de Huaura hizo prorrumpir al ejército patriota en gritos de admiración y entusiasmo, al verla en silla de lado, arrebatar al brioso potro que cabalgaba. La tenía con el lujo de una princesa, y no bastándole su sueldo para sostener su rango, prefirió sacrificar su dignidad y fama póstuma, á merecer, por falta de fondos, un reproche conyugal.

Un hombre de estas cualidades, tenía por la fuerza que suscitar los celos de Guisse, de Spry y de otros capitanes ingleses que ya servían en la escuadra; á quienes les asistía además el temor de ser pospuestos en los ascensos, á los oficiales que había traído Cochrane en su comitiva. Algunos resolvieron separarse del servicio por no estar bajo sus órdenes; lo que sabido por el Contra Almirante Blanco Encalada, se apresu-

ró á hacer pública manifestación de someterse á Cochrane: ejemplo noble de abnegación, en beneficio de la patria, que venció todas las resistencias atrayendo á los más desobedientes.

Primera expedición al Perú

O' Higgins había comprado la fragata mercante Windham, de 44 cañones, y la había bautizado con el nombre de Lautaro; pero es conveniente hacer notar que el primer buque que enarboló la bandera chilena, fué el bergantín Aguila de 16 cañones, el cual fue apresado en Valparaiso, después de Chacabuco, atraído por las banderas reales que, de orden de la república, se habían dejado flotar en los fuertes. Se le cambió el nombre por el de Pueyrredón.

En 16 de Enero de 1819, salió la escuadra para las costas del Perú. La componían la fragata O'Higgins, antes María Isabel, que llevaba la insignia de Almirante y la mandaba el Capitán Forster; el San Martín de 50 cañones, Capitán Wilkinson; el Lautaro, Capitán Guisse; la Chacabuco de 20 cañones, Capitán Carter, y el Galvarino de 18 cañones. Durante la travesía se supo que el Antonio había salido del Callao para Cadiz llevando un tesoro. Cochrane cruzó en todas direcciones para darle caza, y no hallándolo, hizo rumbo al Callao para atacar á la escuadra española.

Formaban ésta las fragatas Esmeralda y Venganza con 44 cañones cada una: las corbetas mercantes, Milagro, San Juan Bautista y Begoña con 18 cañones cada una: la fragata Gobernadora con 16: la Comercio con 12: la Presidenta, la Castilla, la Bigarrera, cuyo armamento se ignora: las corbetas Sebastiana y Resolución

con 34 cañones cada una; la Veloz con 22 y los bergantines Pezuela con 18, Maypú, Potrillo, el pailebot Aranzazu y otros buques con 37 cañones, haciendo un total de 350 cañones, protegidos por 160 piezas, de las fortalezas Real Felipe y San Miguel.

Sabía Cochrane que en tierra esperaban buques americanos, y que durante el Carnaval, ricos y pobres se entregaban á un juego desenfrenado. Forjó unos despachos anunciando la llegada de los buques; dejó al San Martín detrás de la isla, á la Chacabuco cruzando afuera, y enarbolando en la O'Higgins y la Lautaro, pintadas como buques americanos, la bandera de los Estados Unidos, penetró algunas millas en la bahía. Escuadra en el Callao

Hacía tiempo que de tierra se habían avistade buques extraños, pero no se sospechaba que fueran enemigos. El Virrey mandó alistar la escuadra y los fuertes, y vino de Lima el 28 de Febrero, á presenciar un simulacro naval. Como se levantase la neblina y no pudiera ver las maniobras, se embarcó en el bergantín Maypú, apresado no hacía mucho á los chilenos, y el teniente Sevilla que lo mandaba, lo llevó muy cerca de la isla de San Lorenzo; allí avistaron una fragata española de guerra que parecía venir de largo viaje. El Virrey mandó reconocerla, pero Sevilla alegó que estando á bordo la primera autoridad no podía correr los azares de la guerra, y á toda prisa regresó al Callao. Esta fué la salvación del Virrey.

El buque avistado era la O'Higgins, que habiendo apresado pocas horas antes una lancha Escape de Pezuela.

cañonera con 20 hombres, oyó los cañonazos del simulacro, y entró en la bahía para tomar informes. La seguía la Lautaro en unión de la que rompió sus fuegos contra la plaza, sin sospechar que el bergantín que huía, fuera una presa capaz de cambiar radicalmente la faz de los acontecimientos.

Ataque al Callao

De tierra se les contestó con tal brío que pronto Guisse tuvo que retirarse herido. Cochrane, viéndose solo, clavó en la O'Higgins la bandera de Chile, avanzó hasta el fondeadero, largó anclas y paseándose alegremente por la cubierta, comiendo manzanas, soportó impasible, por dos horas, un fuego horroroso de cañón y fusilería, abatiendo con su arrojo el orgullo español.

No es ajeno de la historia el hecho sorprendente, que en este día memorable, le acompañaba un hijo suyo, menor de siete años, el cual andaba de arriba á abajo por el buque y jugaba en la cubierta sin cuidarse de las balas, como en un día ordinario.

El 29 volvió al ataque con la O'Higgins y la Lautaro, y obligó á las cañoneras á ponerse bajo batería,

Propuso entonces al Virrey canjear los presos y 37 más encontrados en la isla de San Lorenzo, detenidos allí desde las batallas de Ayoma y Huaqui, por los patriotas encerrados en casasmatas. Se le contestó, que después de Maypú los independientes habían rechazado una propuesta igual, y tratado coma espía al comisionado D. D'Olaverriague. Este fué un español, perito en idiomas, factor de la Compañía de Filipinas, que llevó á Chile la misión ostensible de canjear

cuatro prisioneros de casas-matas que llevó en la Ontario por los de Maypú, cuando en realidad iba para informarse y dar cuenta de los preparativos de invasión al Perú. Por entonces no estaba San Martín en Chile, y no había con quien entenderse ni á quien entregarle las cartas de Pezuela. Los chilenos adivinaron el plan, y una vez hecho el canje lo despidieron; pero, desgraciadamente, después que D'Olaverriague había llenado su cometido.

En 1.° de Marzo hizo Cochrane una manifestación naval en la bahía del Callao, desplegando en primera línea ocho fragatas, y en segunda, diez y siete trasportes llenos de soldados vestidos con ostentosos y variados uniformes, para aparentar mayor fuerza de desembarco de la que realmente tenía. Mandó á tierra una nota declarando bloqueada toda la costa de Guayaquil á Atacama; que la bandera neutral no cubriría la mercadería enemiga, y que los neutrales no tenían sino ocho días para salir de los puertos.

Se arregló un laboratorio de explosivos en la isla bajo la dirección de Miller, jefe de la guarnición de la escuadra, pero con tan mala suerte, que á los pocos días tuvo lugar una explosión, de la que resultó herido el mismo Miller y diez hombres más. Miller

El 22 de Marzo, la O' Higgins entró de noche á la bahía, remolcando al bergantín Lucero, y lo arrojó contra la escuadra: el brulote encalló á tiro de pistola, y fué echado á pique por las balas razas del Castillo de S. Rafael.

Viéndose sola la O' Higgins, porque la Lauta-

ro y el S. Martín menos veleros no pudieron seguirla, regresó á su fondeadero en la isla. Tres días después, las lanchas cañoneras fueron á buscarla á allí: pero unas cuantas andanadas, las obligaron á refugiarse bajo las baterías.

Escuadra en Huacho

Falta la escuadra de agua y provisiones, se hizo á la vela para Huacho dejando al frente del Callao á la Chacabuco con Carter. Los huachanos recibieron con entusiasmo á los libertadores y les proporcionaron toda clase de auxilios, por lo que más tarde, diez de ellos, fueron aprehendidos por el Teniente Coronel Cevallos, y la mitad pasados por las armas.

El 18 de Abril, llegó el Contra-Almirante Blanco con el Galvarino, y se hicieron al Norte, apresando en Supe 70,000 pesos y extrayendo en Huarmey 60,000 del bergantín francés Gazelle. Blanco fué mandado á bloquear el Callao con el San Martín, la Chacabuco y el Pueyrredón.

Forster en Paita

Cochrane llegó á Paita el 13, destacó á tierra al capitán Forster con 100 hombres, el cual puso en fuga á la guarnición y saqueó la ciudad, sin respetar ni la iglesia. Para reparar en parte este atentado, el Almirante obsequió al párroco mil pesos. En la bahía apresó una goleta de la que extrajo algunos cañones, cacao y botijas de aguardiente.

El 5 de Mayo, la O' Higgins partió al Sur, reconoció el puerto de Supe, y mandó á tierra á Forster con un destacamento que se internó en en la campiña. Allí cayó en una emboscada de fuerzas superiores de infantería y caballería, que lo destrozaron: los pocos que pudieron escapar bajo la hábil dirección de Miller, se repu-

sieron y aun tomaron la ofensiva, obligando á los españoles á retirarse. Ocho días después regresaron éstos; pero habiéndose parapetado los patriotas en una buena posición no se atrevieron á atacarlos, y se retiraron nuevamente.

150 esclavos, algunas cargas de azúcar y cabezas de ganado fueron el botín de esta expedición. A los esclavos se les dió libertad, y la escuadra, en parte, se dirigió al Callao, y en parte á Huarmey, donde tomó salitre, y continuó á Guambacho para hacer aguada.

En el primero de estos puertos fué donde reveló, por primera vez, el joven Vidal, ese arrojo temerario que le caracterizó toda su vida. Separado de su tropa, fué atacado por dos dragones, uno de los que le partió la cabeza de un sablazo. Vidal le contestó con brío singular: lo desarmó y tomó prisionero; y al otro lo puso en fuga. Vidal

Cochrane al llegar al Callao, supo que fastidiado Blanco Encalada de la demora de la escuadra y por la falta de víveres, había levantado el bloqueo y tomado la ruta de Valparaiso, por lo que no pudiendo hacer nada con los pocos buques que le quedaban, siguió el mismo rumbo y arribó al puerto el 17 de Junio. Blanco fué sometido á juicio.

Tal fué el primer jaque directo que recibió el dominio español en el Perú. Había perdido el mar, y con él, la seguridad del litoral. Miles de puntos de ataque quedaban abiertos á los libertadores. Cochrane sólo, llenaba el Pacífico.

Si esta expedición al Perú no fué de resultados definitivos, por lo menos dió á conocer que habían muchos partidarios de la independencia,

que podían contribuir á derrocar un gobierno minado ya por su base.

CAPITULO V.

Trat. de las Prov. U. U. y Chile. Fb. 5 de 1819

Las Provincias Unidas y el Gobierno de Chile celebraron un tratado, en 5 de Febrero de 1819, por el que garantizaban la independencia del Estado que se formase en el Perú cuando la capital fuera libre, y se comprometían á arreglar amigablemente el pago de los gastos, y á retirar sus fuerzas tan luego que aquél se estableciera. Los negociadores fueron por parte de Chile, D. Antonio José de Irrisari, y de las Provincias Unidas, D. Gregorio Tagle.

En seguida se armó y abasteció la escuadra, solicitando de los comerciantes de Valparaiso y Buenos Aires un pequeño empréstito, con la garantía del tratado. Esta no fué aceptada, y O' Higgins tuvo que dar su fianza, y San Martín la del nuevo Estado, para conseguir 80,000 pesos con los que se hicieron los últimos preparativos.

Cochrane quiso llevar buques á vapor, pero el gobierno no accedió á ello. En Valparaiso hizo preparar por el ingeniero Goldsack, cohetes á la Congreve, que había aprendido á confeccionar con el inventor en Woolwich. Un experimento que se hizo dió muy buenos resultados.

Antes de partir para el Callao, mandó al Sur al Pueyrredón, al Intrépido y al Motezuma, á vigilar el paso de la expedición naval que se esperaba de la península, y con el grueso de la escuadra se hizo á la vela el 12 de Setiembre.

La componían los buques de la primera, exceptuando la Chacabuco, y además, la fragata Independencia de 28 cañones, y los buques Victoria y Jerezana que debían servir de brulotes. Traía además, cerca de 400 hombres de desembarco al mando del Teniente Coronel Charles, segundo, el Mayor Miller, y gran cantidad de cohetes y diferentes clases de explosivos. En Coquimbo recibieron alguna tropa más, y el 17 continuaron al Callao, donde se discutió el plan de ataque [28 Set.]. El 30, Cochrane mandó un cartel de desafío al Virrey, proponiendo batirse buque á buque, que no mereció respuesta; por lo que entró á la bahía seguido de la Lautaro y el San Martín, y ancló en línea paralela á los buques enemigos. Miller en una balsa con un mortero se colocó al frente de Boca Negra: Charles con los cohetes en otra, á la derecha de la Lautaro; y el Capitán Hind con otra igual, entre Miller y la O' Higgins. La Independencia, el Galvarino y el Araucano, se quedaron en el cabezo de la isla, prestos á cruzar los flancos de la línea de combate, una vez que se empeñara éste, para impedir que los buques españoles se escaparan.

Segunda expedición al Perú.

Ataques al Callao

A poco de haberse roto los fuegos, se notó la mala calidad de los cohetes; unos caían cortos y otros estallaban al ser disparados. Los chilenos habían cometido la indiscreción de haberlos hecho preparar por los prisioneros españoles. Lo mismo sucedió en los ataques del 1.° y 2 de Octubre, en los que voló la balsa del Capitán Hind, hiriendo á éste y á trece más.

En estas refriegas resultaron heridos veinte hombres y el oficial Bealey. El 4 se lanzó en la

noche contra el muelle un brulote enorme, compuesto de un barril de brea encendido, que fué echado á pique por el fuego nutrido de los fuertes y la escuadra. La misma suerte corrió el de la noche siguiente, conducido por el teniente Morgell.

La Prueba

De regreso el Araucano de su cruzamiento fuera de la bahía, comunicó haber avistado á barlovento de Chorrillos una vela que parecía ser una fragata. Cochrane levó anclas y salió en demanda de ella, y tomándola por un ballenero americano la dejó seguir su rumbo. Más tarde se supo que era la fragata española Prueba de 50 cañones que venía de Cadiz, la cual viendo bloqueado el puerto se refugió en Guayaquil. En el intervalo de la salida de Cochrane, fondeó en el Callao un buque español con un cargamento de medio millón de pesos; de manera que tanto se dejó de ganar con el abandono del bloqueo como en no emprender la persecución.

Junto con la Prueba habían salido de España los navíos Alejandro I, que se regresó de la Línea por no poder continuar el viaje, y el San Telmo, que naufragó en el cabo de Hornos.

Teniendo conocimiento de esta expedición. Cochrane. que había recibido orden expresa de no arriesgar la escuadra en un combate contra los fuertes, se dirigió á Arica para ver si daba con aquellos buques; pero disgustado con el mal tiempo y el escaso andar, varió de plan. y dispuso que 330 hombres en la Lautaro, el Galvarino y la Jerezana, al mando de Guisse. tomasen Pisco, mientras él iba al norte con la O'Higgins.

el San Martín, el Araucano y el Pueyrredón en busca de la Prueba.

A Santa arribó para hacer aguada; allí se le reunieron la Lautaro y el Galvarino, y supo que el 7 de Noviembre había sido atacado y tomado Pisco, defendido por 400 hombres, un escuadrón de 80 y 4 piezas al mando del Teniente General Gonzales.

Muerte de Charles

Charles había dividido sus fuerzas en cuatro partes, en este orden: Soyer debía atacar la ciudad por la izquierda; Urquiza, Coronel Argentino, desalojaría á la artillería de la pequeña loma en que se había establecido; Miller con el grueso de la columna marcharía de frente, y él, con 25 hombres se interpondría entre la artillería y la villa para cortarle á ésta la retirada. El capitán Hind, con los cohetes á la Congreve debía llamar la atención del fuerte durante la acción. A las 7 de la mañana principió el ataque: las tropas avanzaron en el mayor silencio: no se oía sino el ruido de los pasos y el rechinamiento de las fornituras y las armas, cuando de pronto el enemigo rompió un vivo fuego de cañón y fusilería, que no fué contestado sino cuando los asaltantes estuvieron á cincuenta pasos. La serenidad y valor con que fué ejecutado el movimiento, desconcertó á la tropa bisoña de Gonzales, la que abandonó sus posiciones y se entregó á la fuga. Desgraciadamente, la victoria se compró cara. Charles fué hallado entre los heridos, y expiró poco después de haber llegado á bordo. Miller recibió tres balazos; Urquiza cayó herido gravemente, y las tropas, conducidas por el teniente Guticker, alemán, tomó la ciudad.

Charles fué la primera víctima notable de la independencia del Perú. Educado en la Real Academia militar de Woolwich, se había distinguido en las guerras de Portugal, Italia, Alemania, Rusia, Prusia y Austria, dejando su nombre bien puesto en todos los campos de batalla. Por su bizarría, el General inglés Roberto Wilson le nombró su edecán de campo, y las tres últimas potencias le otorgaron honrosas condecoraciones. Su denuedo en el campo de batalla contrastaba con la finura de sus modales en sociedad y la sencillez de su trato.

Sowersby

Sowersby tomó el mando de las tropas: tres días permaneció en tierra: abasteció á la escuadra de cuanto necesitaba, y no pudo impedir que su gente insubordinada, destruyera en la playa mercaderías particulares por algo más de 200,000 pesos.

Gonzales con su abatida gente se retiró á Caucato. En su auxilio destacó el Virrey dos compañías del Numancia, un escuadrón y dos piezas; pero como al llegar á Cañete se supiera la retirada de los patriotas, estas fuerzas se regresaron á Lima.

Por estos días Vidal en Santa derrotaba á triple número de realistas y se apoderaba de la villa.

El 21, la O'Higgins, la Lautaro, el Galvarino y el Pueyrredón se hicieron al Norte, en tanto que Blanco con el San Martín, la Independencia, el Araucano y un trasporte lleno de enfermos, fué mandado á Valparaiso.

Cochrane en Guayaquil

En Noviembre 27, Cochrane se presentó en Guayaquil, y, desdeñando los bajos, penetró

en la ría al saber, que días antes se había desartillado la Prueba para hacerla remontar el río y colocarla bajo batería. En el viaje se dió con los buques españoles cargados de madera, el Aguila y la Begoña, de 800 toneladas y 20 cañones cada uno, que se rindieron después de un ligero combate.

Las piezas de artillería las condujo Spry á Valparaiso en la Lautaro; el Galvarino y el Pueyrredón quedaron cruzando, y viendo Cochrane que la destrucción de la marina mercante, 180 buques más ó menos, apresados é incendiados, no era hazaña para un marino de su talla, se dirigió á Valdivia, plaza fuerte de Chile, resuelto á tomarla á todo trance, y entrar á Valparaiso cubierto con los laureles de la gloria.

CAPITULO VI.

San Martín pasa á Buenos Aires

Mientras estos acontecimientos se verificaban en el mar, observando San Martín la penuria de Chile para poder movilizar el ejército, trasmontó la cordillera, camino de Buenos Aires, en busca de recursos. Sus triunfos le habían suscitado la envidia: sus virtudes creádole enemigos. En Mendoza se le dijo que no siguiera adelante porque se atentaba contra su vida, y como pocos días después, Pueyrredón le negase los fondos ofrecidos y lo mandara marchar contra los revolucionarios, tuvo el buen juicio de rechazar la gloria dudosa de extinguir la guerra civil, para concretarse á la obra magna de libertar un Estado. Esta desobediencia, y el ha-

ber adivinado cual era el único camino para vencer á los españoles, bastan para declararlo un genio.

Sus dolencias reagravadas no pudieron detenerle: el 12 de Enero de 1820, cruzó de nuevo la cordillera, llevado en angarillas, y como temiera que el espíritu de rebelión, que ya había invadido la provincia de Cuyo, se comunicara á sus tropas, mandó que lo siguiera la división del General Alvarado, fuerte de 2,000 hombres.

Sus sospechas se realizaron: al llegar á San Juan los soldados se amotinaron, pero el orden y la disciplina se conservaron con la dispersión de los revoltosos.

En Rancagua se reunió una Junta de guerra, ante la cual dimitió San Martín. La Junta le reeligió de General en Jefe del ejército, y categóricamente declaró, que no tomaría parte en la guerra civil que grasaba en el Tucumán, Córdova, Santa Fé, Entre Ríos y Buenos Aires.

Paso de Rancagua

Tal es el célebre suceso que se conoce en la historia con el nombre de *paso de Rancagua*, y que, basando la autoridad de San Martín, no ya en el gobierno de las Provincias Unidas, sino en la espada de sus valientes, permite explicar muchas complicaciones posteriores.

Este acuerdo fué la salvación del Perú y la consolidación de la independencia sud-americana. El le atrajo á San Martín el odio de sus compatriotas y el de los miembros de la Logia, agitados entonces por el espíritu de partido, que no les permitía ver que la inestabilidad del gobierno de Buenos Aires, había contribuido también en no pequeña parte, á su desobediencia.

Calmados un tanto los ánimos, el mismo Pueyrredón no sólo revocó el decreto de llamamiento, sino que ordenó que San Martín pasase con el ejército á Chile.

Fué entónces que reveló sus grandes talentos militares y políticos. De un Estado empobrecido hasta la miseria, de una escuadra dividida por las rivalidades de Cochrane y Guisse, llegó á formar una expedición mandada en mar y tierra por bizarros capitanes, con los que se apoderó del Perú y mantuvo á raya á 13,000 soldados aguerridos. Unas veces apeló al patriotismo de los chilenos; otras al temor de los más acaudalados, haciéndoles ver que mientras el Perú no fuera libre, eran meras ilusiones las ventajas obtenidas por los libertadores en apartadas regiones de Sud-América; y en no pocas, estimuló la codicia de aventureros y capitalistas con las riquezas proverbiales del Perú: que en las grandes empresas de todos los conquistadores, ha sido siempre un talimán seguro el interés personal.

Manifestaba que la opinión del Perú era favotable á la empresa, y que llamado por personas respetables, de fortuna y de alta posición social, no era temerario invadirlo con un pequeño ejército. Se componía éste de 4,118 hombres, regularmente equipados y protegidos por una armada poderosa, que ya había paseado triunfante el pabellón de los aliados por toda la costa del Pacífico.

Estado de la opinión.

Al hablar de la opinión me refiero á la de los propietarios. Los sin haber, que vivían de su empleo, reservaban la propia para declararse

por uno ó otro de los beligerantes según sus espectativas. El pueblo y las castas no eran, ni todavía son factores políticos. La idea no ha despejado su frente aún. No son libres porque no han pensado: continúan encorvados al suelo, húmedo todavía con los sudores, las lágrimas y la sangre de sus mayores; y si alguna vez se levantan, es para seguir en loca algazara la música y los cohetes con que se festeja al nuevo mandatario, ó para apoyar los programas más absurdos.

Rafael Garfias.

Todo esto lo sabía San Martín por Rafael Garfias, recomendado por Belgrano, el cual llegó al Perú, en 1819, para hacer propaganda en favor de la expedición que se preparaba. Trajo comunicaciones para Portocarrero y desembarcó en Arica, de donde debía pasar á Moquegua, y después á Arequipa, para ver medio de sublevar la guarnición de esta última ciudad. Su seudónimo era Rafael Zelayeta. Llevó de segundo á Guillermo Richardson, y cuando llegó á Líma, tomó de secretario á Vidal. Provisto de cartas de O'Higgins con la dirección en blanco, se relacionó en breve con las personas más influyentes: Boqui, Lequerica, Otero, Paredes, Silva, Reyes, los curas Navia de Bolaños, Salvi, Cuellar, y los tres grupos en que se dividieron los patriotas para escapar mejor de la vijilancia de la autoridad; á saber: los *forasteros* capitaneados por Lopez Aldana, tenían por miembros á Campino, á Argote, Forcada, Saravia y otros: el de *RivaAgüero* con los Concha, padre é hijo, el Dr. Perez Tudela, Valdez, los dos Mansueto Mansilla, Camarero, Tellería y el canónigo Villalta.

entre los principales; y el de los *Carolinos*, más numeroso y entusiasta que los anteriores, en el que figuraban Mariátegui, el cura Morales de Huaraz, D. Francisco de Paula Quiroz, y muchas personas notables.

Los Carolinos se consultaban con los padres del Oratorio de San Felipe Neri, Mendez, García, Carrión, Tagle, Paredes, y Arce, de tanta virtud como prudencia. La actividad infatigable que desplegaron difundió el patriotismo en la juventud y en todas las clases sociales. No quedó oficina, institución, cabildo, ó plantel que no conmovieran; casa que no visitaran. Con la galantería atrajeron á la alta sociedad, y aun forzaron al servicio al bello sexo, doce de las que en una ocasión pasaron á la carcel; y cuales verdaderos apóstoles de la democracia y de los principios liberales, no dejaron incólumes sino las Audiencias, últimos reductos de los derechos del trono.

Exigencias de Cochrane.

Listo el ejército para embarcarse en Valparaiso, enorgullecido Cochrane con sus proezas, entre las que sobresalía la toma de Valdivia, que le había cautivado las simpatías de los chilenos, solicitó del gobierno que se le dieran 800 hombres, que luego aumentó á 2000, para atacar los puertos, destruir el cabotaje, saquear los valles é imponer cupos. O'Higgins le contestó que con una guerra de merodeo no se vencería á la metrópoli; que en su elemento tenía vasto campo para cosechar laureles, y que no era prudente ratificar la sospecha, que más le movían celos infundados que los esplendores de la gloria. Luego pidió que se le confiara el mando absolu-

to de la expedición, y como la exigencia la llevara hasta la importunidad, se le amenazó con quitarle la escuadra y dársela á Guisse. San Martín, que conocía lo que valía Cochrane, lo salvó de este desaire, obteniendo en pago de su noble acción, que el Almirante trabajara con el mayor ahinco, para que se nombrara á Freyre de jefe de la expedición.

Todas estas maquinaciones las hizo desaparecer hidalgamente San Martín, en una entrevista que tuvo con el Almirante en Valparaiso, en la que le probó que la guerra de merodeo, que se proponía á lo largo de la costa del Perú, aparte de ser deshonrosa á los aliados, no derrocaría nunca al poder español, porque era indispensable que un poderoso ejército de tierra penetrara en el país y obligara al enemigo á rendir las armas.

Otra cuestión se suscitó con motivo del nombramiento de Spry de capitán de la O'Higgins, sin conocimiento del Almirante: éste hizo respetar sus prerrogativas, y que el Director nombrase á Crosby en su lugar.

Luego vino otra más seria. Dando pábulo á su resentimiento con Guisse, lo sometió á juicio por ligeras faltas de disciplina. El ministro Zenteno, irritado en extremo, mandó cortarlo. Cochrane dándose por ofendido, elevó su renuncia y pidió su pasaporte, lo cual fué seguido de la protesta en masa de toda la oficialidad, de no servir sino á las órdenes del Almirante. La situación no podía ser más crítica: un cambio de notas bastante desagradable tuvo lugar entre ellos, concluyendo Cochrane por acceder

á la suspensión del juicio, en atención á la gravedad de las circunstancias.

La marinería vino á complicar el conflicto. Compuesta en su mayor parte de aventureros que desafiaban el peligro por la fortuna, se amotinaron exigiendo el pago inmediato de sus haberes; Cochrane tuvo que empeñar su palabra, y San Martín lanzó una proclama garantizando, que tomada Lima se les pagaría y además, un año íntegro por vía de recompensa. Ambos se imaginaban entonces, que Lima era el término de la guerra. ¡Cuánto se engañaban!

De esta manera tanto el Almirante como la oficialidad y la marinería, hicieron desesperar á San Martín de la salida de la expedición, hasta que por fin todos los obstáculos fueron superados por la energía y sagacidad que desplegó y puso en acción.

CAPITULO VII.

Era San Martín natural de Yapepú, capital de las misiones del Paraguay [5 Febrero 1778,] activo en mandar y en hacerse obedecer; pesado en adoptar una determinación. Más que en el campo de batalla trabajó en el bufete, y con su correspondencia hizo tanto daño á España, como á la gloria de los aliados con sus contemporizaciones. Aseado, afable, y de trato familiar, recibía sin ceremonias ni antesalas, acariciando á su falderillo favorito. Fértil en recursos, ingenioso en los medios, hábil para la intriga, San Martín

huraño y desconfiado, era esclavo de su palabra, y aunque decidido en la acción era lento en prepararla.

Hablaba con sencillez: franco, expresaba lo que sentía y sin resabios ni malicia, á veces hirió á algunos con su penetración. Desde la primera entrevista en Guayaquil, conoció á fondo á Bolivar. Cuando vino á verle Torre Tagle, después que se despidió, le dijo, á los que le rodeaban: *Este es una chola vieja que no sirve para nada.* Alto, moreno, de ojos rasgados, facciones regulares, robusto, bien compartido, tenía una planta arrogante á pié y á caballo, muy propia para enardecer al soldado el día del combate. Sus maneras finas predisponían en su favor; poseía el francés, y su conversación insinuante que revelaba al hombre de mundo, era un talismán para hacerse de amigos y partidarios.

Poco amante del dinero, velaba con mucho celo por lo que pertenecía al fisco, no permitiendo que se distrajera un céntimo ni para agasajarle. Presentándole el Conde de Villar de Fuente, Alcalde del cabildo, las cuentas de lo gastado para recibirle en Lima, San Martín las desaprobó; y para sentar de una vez la moral y pureza administrativa, obligó al Conde á pagar con su peculio la partida. Austero, enemigo del vino, del juego y de los galanteos, se puede decir que no tenía vicios. Avaro del tiempo se levantaba á las cuatro, lustraba sus botas mientras preparaba su café, y á las cinco recibía y despachaba hasta las diez, en que reposaba para dar audiencia pública. Con un ligero desayuno se mantenía

hasta la una, hora en que tomaba de pié, en la cocina, su única comida, conversando con su cocinero, sin que la llaneza del interlocutor y diálogo ofendiera su dignidad. El asado era su plato favorito. A las cuatro se servía su mesa de estado, para la que daba diez pesos diarios de su peculio, y á la que concurría á los postres á departir con sus convidados. En la tarde se paseaba ó recibía visitas, y al anochecer se dedicaba á su correspondencia que, durante su vida, fué su labor principal. De noche visitaba ó se iba al teatro con algún amigo, á quien convidaba la entrada, no permitiendo que á él se le admitiera de balde. Costumbre laudable, protectora del arte escénico, que ha llegado á extinguirse con la poca cultura de los municipios y de nuestros primeros mandatarios.

La sencillez de estos hábitos varió algo cuando tomó el título de Protector, pero nunca al extremo que se pudiera decir, que con la buena fortuna el hombre había cambiado. Cuando no salía se acostaba á las diez, y como muchas veces no podía conciliar el sueño, por consejo de su médico, el Dr Zapata, tomaba morfina. Fumaba tabaco negro muy fuerte, que él mismo picaba. Aun se conserva la tabla y el cuchillo de que se valía. Sus pulmones no funcionaban bien; arrojaba sangre por la boca de vez en cuando, y en 1817 estuvo á las puertas del sepulcro.

Con la prudencia creyó esclavizar á la fortuna, y este principio lo llevó tan adelante en la guerra de nuestra emancipación, que retardó la expulsión de los españoles, sacrificando su reputación militar.

El soldado debe desafiar al destino y burlarse de los peligros. Todo no ha de ser reparos é inconvenientes: las victorias deben acreditar su valor y su pericia. Las derrotas el temple de su constancia.

En 17 años de armas en España, Africa, Francia y Portugal, ganó los galones de capitán, y de vuelta á la península hizo la campaña de Bailén, bajo el General Castaños. En Albufera mereció ser nombrado Comandante del Regimiento de Sagunto (15 de Mayo 1811.)

La guerra de la independencia grasaba ya en Buenos Aires desde 1810, cuando San Martín se embarcó para Londres, buscando una nave que le condujera á su patria. El 9 de Marzo llegó á Buenos Aires en la fragata inglesa Jorge Canning: contaba 34 años. A los cuatro días se le dió de alta en el ejército, y en el acto se hizo sentir su influencia en la disciplina y en la buena organización.

Sus soldados eran tan valientes como piadosos, templados en el temor á Dios. Después de la tercera lista rezaban el rosario. Los domingos, vestidos de gran parada, oían misa, y se les predicaba sobre el heroismo, la subordinación, el amor á la carrera, el patriotismo y otros temas apropiados escogidos por él. Estimaba en mucho á los oficiales pundonorosos, y creía que le ofendían personalmente, los insubordinados; apreciación errónea que le condujo á estimar como atentados graves contra su autoridad, simples delitos políticos. Se puede decir que él señaló el verdadero rumbo de la emancipación, haciendo que los movimientos de to-

dos los cabecillas convergieran á un solo punto.

Con celo infatigable se dedicó á organizar un escuadrón de caballería, que sirvió de modelo á todos los demás, y que muy pronto hizo sentir su empuje á los españoles en la refriega de San Lorenzo, en la que San Martín, al cargar, cayó debajo de su caballo, y tuvo que batirse como un desesperado para escapar con la vida.

« Tal fué el famoso Regimiento de Granaderos « á caballo, dice Mitre, que concurrió á todas las « grandes batallas de la independencia, dió á la « América 19 Generales, más de 200 Jefes y ofi- « ciales en el trascurso de la revolución, y que « después de derramar su sangre y sembrar sus « huesos desde el Plata hasta el Pichincha, re- « gresó en esqueleto á sus hogares, trayendo su « viejo estandarte bajo el mando de uno de sus « últimos soldados, ascendido á Coronel en el « espacio de trece años de campañas.»

Para completar esta elocuente y oportuna cita agregaré, que este afortunado jefe, fué un lanchero paraguayo, llamado José Félix Bogado, que se dió de alta al siguiente día de la jornada de San Lorenzo, y que á su regreso de Buenos Aires, no habían con él sino siete fundadores en el Regimiento.

Continuando el relato de los primeros pasos de San Martín en América, haré notar que estando al frente del ejército en el Tucumán, en 1814, concibió la grandiosa idea que había de dar al poder español el golpe mortal. Las escaramusas y refriegas que con éxito vario se verificaban todos los días, no sirvieron sino para designarle el camino de la gloria, que nadie ha-

bía señalado aún. El documento que justifica esta profunda penetración no debe omitirse en ninguna obra que trate de la emancipación americana, la cual debe poner en relieve ante todo, las pasmosas previsiones del genio. Hélo aquí: En carta de 22 de Abril del año indicado, le escribió á D. Nicolás Rodriguez Peña, lo siguiente: «*No se felicite con anticipación de lo que yo pueda hacer en ésta: no haré nada, y nada me gusta aquí. La patria no hará camino por este lado del norte que no sea una guerra defensiva, y nada más: para esto bastan los valientes gauchos de Salta, con dos escuadrones de buenos veteranos. Pensar otra cosa es empeñarse en echar al pozo de Airón hombres y dinero. Ya le he dicho á Ud. mi secreto. Un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza, para pasar á Chile y acabar allí con los godos, apoyando un gobierno de amigos sólidos para concluir también con la anarquía que reina. Aliando las fuerzas pasaremos por el mar á tomar Lima; ese es el camino y no éste. Convénzase, hasta que no estemos sobre Lima la guerra no se acabará.*

Para él y nada más que para él, se había abierto el libro del destino. Un guerrero vulgar se habría empecinado en continuar en el Tucumán, y sus triunfos y descalabros alternativos, medida de sus regocijos y sinsabores, le habrían impedido percibir el lado vulnerable de su contendor.

Con arreglo á este plan, una vez que obtuvo la gobernación de Mendoza, se dedicó á organizar un ejército que, cuando cruzó los Andes tres años después, dividió en dos brigadas, una que-

dió á Soler y otra á O'Higgins. Antes de ponerse en marcha, invitó á un banquete á sus Jefes y oficiales y allí brindó: «*Por la primera bala que se dispare contra los opresores de Chile del otro lado de los Andes.*»

En Chacabuco y Maypú, los Cazadores de aquél y los Granaderos de éste, honraron á sus Coroneles, mereciendo O'Higgins, después de la primera batalla, que se le nombrara Director Supremo de Chile, por no haber aceptado el cargo San Martín, que pasó á Buenos Aires.

Tan memorable campaña extendió sus efectos á otras zonas y á otro hemisferio; y asi Bolivar pudo invadir con paso firme la Nueva Granada y ensanchar sus operaciones contra los españoles. En reciprocidad, el gobierno de Chile le escribió en 7 de agosto de 1820, cuando ya era señor de aquél país, y en vísperas de la expedición al Perú, invitándolo á combinar los movimientos estratéjicos, para convergir en un solo punto.

CAPITULO VIII.

Aliados

De la división de los Andes que ascendía á 4,791 plazas, se extrajeron 2,118 hombres; y de la chilena que tenía 4,413, 2,000, para expedicionar al Perú, distribuidas en este orden: de la primera, los batallones Artillería de los Andes, 7, 8, 11 y los escuadrones Granaderos de á caballo y Cazadores á caballo: de la segunda, la Artillería de Chile, y los batallones 2, 4, y 5, y los Re-

gimientos 2 y Dragones de Chile: total 4,118 hombres, 413 de artillería, 652 de caballería y 3,053 de infantería.

Trasportes

Con estas brillantes tropas, mandadas por esforzados capitanes henchidos de entusiasmo, de esperanza y de valor, y que dicho sea de paso, eran una carga muy pesada para el pobre gobierno de Chile, se dió á la vela la escuadra y 16 trasportes, el 21 de Agosto: éstos eran la Dolores, la Gaditana, Consecuencia, Emprendedora, Santa Rosa, Aguila, Mackenna, Perla, Jerezana, Peruana, Golondrina, Minerva, Libertad, Argentina, Hércules, y Potrillo, algunos de los que, días después, debidamente convoyados, recalaron á Coquimbo para tomar la división chilena. Tomás Guido venía de representante de Chile. García del Río y Monteagudo, encargados de la Secretaría de Guerra; Paroissien y Zapata del hospital militar; en la caja del ejército se traían 180.392 pesos en efectivo, y en el parque los materiales de una imprenta.

Desembarco en Pisco

Siguiendo rumbo al Norte, 18 días después de la partida, fondeó frente á la playa de Paracas, dos leguas al Sur de Pisco, el 7 de Setiembre. En la mañana siguiente San Martín, el Almirante, Las Heras y los principales Jefes saltaron á tierra, y fijaron el pabellón del ejército en medio del ruido atronador de las salvas de la escuadra, las músicas militares y las aclamaciones de un pueblo enloquecido por el aura de la libertad.

Restablecido el silencio, San Martín dirigió la palabra al concurso, sobre la gran empresa de sacudir el yugo español; y á sus soldados, sobre la moderación con que debían portarse, la digni-

dad de su misión, y el valor que era menester que desplegasen los que tenían fijas sobre sí las miradas de uno y otro continente.

Declaraciones

En la proclama que lanzó al país, la cual se insertó en el «Boletín del Ejército Unido Libertador del Perú», hizo un llamamiento á todos los ciudadanos á luchar por la libertad: prometió respetar los títulos y privilegios de la nobleza: invitó á los soldados de la Corona á enrolarse en las filas de la patria, y á los españoles á naturalizarse, y señaló los peligros de la Constitución del año 12, que con tanta pompa se había promulgado en Lima. En ella no se concedía á los americanos y españoles, como se había prometido la misma representación en las Cortes, siendo por lo tanto insignificantes los nuevos derechos políticos otorgados á los primeros.

Instrucciones

Mucho se ha discutido si San Martín trajo ó no las instrucciones que dictó el Senado de Chile: pero habiendo protestado él categóricamente no haberlas recibido, y en una época en que existían muchos que las expidieron y podían haberlo desmentido, es más seguro creer que no se le dió ninguna.

Esclavos libres

Como el primer efecto de su presencia fué la deserción de los esclavos de las haciendas, declaró libre á los que tomasen las armas, ofreciendo pagar el valor de ellos. Dictó reglas para la buena disciplina del ejército, y dispuso, que ocupado un lugar por los independientes cesaban las autoridades españolas, las cuales solo continuarían mientras llegaran las que debieran reemplazarlas.

Reconocimiento

Los batallones 2, 7 y 11, dos piezas de artillería y 50 hombres de caballería, fueron las primeras fuerzas que pisaron tierra; y en seguida se destacó una partida de reconocimiento, que obligó á retirarse al escuadrón de 80 hombres del Coronel Quimper. El 12 desembarcó el resto de la fuerza, y al día siguiente fijó San Martín su Cuartel general en Pisco.

De Lima le mandaron emisarios invitándolo á tomarla. El contestó, que el fin de la expedición no lo arriesgaría en una batalla campal; que los limeños debían concretarse á seducir á los realistas á pasarse ó á desertar de su bandera.

P. Salazar

En esta peligrosa tarea nadie se distinguió como un tal Pedro Salazar: hablaba bien el quechua y, disfrazado de buhonero, penetraba en los cuarteles y hablaba con los soldados libremente, sin temor de que se le descubriera. A los desertores los ocultaba en su casa el Dr Morales, cura de Huaraz, hasta que salían para sus provincias, ó para enrolarse en el ejército libertador. Siete meses estuvieron ambos en tan peligrosa faena, no habiendo querido recibir Salazar, en tan largo transcurso de tiempo sino 30 pesos. ¡Sublime abnegación realzada por la humildad de la persona, la grandeza y riesgo del servicio!.

Trabajaron en el mismo sentido en el batallón Cantabria, los oficiales La Rosa, Taramona y los hermanos Castro: todos los que al fin se pasaron al ejército patriota cuando notaron que de ellos se sospechaba.

El 14 recibió San Martín al comisionado del Virrey, D. Cleto Escudero, y el 15 entró el her-

gantín Aranzazu en Pisco comunicando, que el 13 había sido rechazado por la fragata Cleopatra de 20 cañones, al intentar abordarla durante su viaje de California al Callao.

Escudero propuso, como preliminar de las negociaciones de paz, que se jurase la Constitución española. San Martín conoció que no se tenía intención de poner término á la guerra, sino que se deseaba contemporizar; y como le era conveniente la demora, aceptó entrar en arreglos, y nombró al Coronel Tomás Guido y á García del Río, para que se entendiesen con los comisionados del Virrey. Ambas partes trataban de engañarse. San Martín esperaba que estallase una revolución en el Alto Perú, y otra en Arequipa, encabezada por el Coronel Lavín, y apoyada por los capitanes Rolando, Villalón y Zamora, las cuales fueron sofocadas como pronto veremos; y quería también engrosar su ejército y tomar informes del estado de Lima y de las fuerzas enemigas. El Virrey, por su parte, quería ganar tiempo, para que llegasen los refuerzos que esperaba del Sur; y más que todo, cumplir, aunque fuera en apariencia, con el mandato de la Corte de abrir negociaciones con los Jefes insurgentes, para no incurrir en la nota de desobediente.

Conferencias de Miraflores.

El 20, el Conde de Villar de Fuente, el teniente de navío Dionisio Capaz, comisionados del Virrey, llevando de Secretario al Dr. Hipólito Unanue, se avistaron en el pueblo de Miraflores con los del ejército libertador, y convinieron en un armisticio por ocho días. El 24 continuaron las negociaciones, rechazándose de plano la

propuesta de jurar la constitución. Se propuso entonces que el invasor se reembarcara, se restableciera el comercio con Chile, se devolvieran las presas, y se mandaran diputados á las Cortes, quedando en sus puestos las autoridades nombradas por los independientes. En respuesta se les propuso retirarse al otro lado del Desaguadero, dejándole á los realistas el territorio del río para acá: en consecuencia, las tropas españolas evacuarían el Alto Perú, y las existentes en Chile, se concentrarían en Chiloe, dejando libre el suelo hasta los límites que tenía la Presidencia de Chile en 1810. El comercio con esta república se restablecería, y en Madrid se firmaría el tratado final por los comisionados de Chile y de la Corona. Los Comandantes más antiguos de las escuadras de Inglaterra y de los Estados Unidos en el Pacífico, garantizarían el convenio, y además, decidirían lo que debía pagarse á Chile por los gastos de la expedición. En caso de no haber arreglo, las hostilidades se renovarían en tierra á los tres meses de la notificación del rompimiento, y en el mar un año después.

Ambas propuestas fueron rechazadas, y el 4 de Octubre declaró San Martín reabiertas las hostilidades, é invitó al Virrey á mandar comisionados á Chile y Buenos Aires para celebrar nuevos tratados.

Capaz publicó un libelo contra los independientes, tan descortez é insolente, que tanto el Conde de Villar de Fuente como Unanue protestaron de su contenido. Capaz correspondió más tarde á las distinciones de Pezuela, convirtién-

dose en su principal acusador, en el juicio iniciado sobre la pérdida de la María Isabel.

Con el objeto de interponerse entre el ejército de Lima y el del Alto Perú, y propagar en la sierra la causa de los libertadores, partió el 5 el General Arenales con una división, compuesta de los batallones 2 y 11, 80 caballos y 2 piezas, total 1200 hombres, con los que entró en Ica al día siguiente. Allí se le pasaron dos compañías de milicias: el resto de 800 realistas, mandados por el Coronel Quimper y el Conde de Montemar, se pusieron en retirada para Palpa, perseguidos por los Cazadores al mando de Guido. El 12 destacó Arenales al Teniente Coronel Rojas en persecución de esta fuerza, que podía cortarle sus comunicaciones con la costa. Rojas llegó á Changuillo el 15 por caminos extraviados, tres leguas á retaguardia del enemigo: lo sorprendió y deshizo con dos brillantes cargas de caballería de Lavalle y Brandsen. 60 muertos, 86 prisioneros entre oficiales y tropa, 300 fusiles, lanzas, espadas, cajas de guerra, fueron el resultado de esta refriega. Al día siguiente se apoderó Rojas de un convoy de efectos militares en Acarí, y el 19 regresó victorioso á Ica.

Primera expedición de Arenales,

Con este resfuerzo Arenales se internó, dejando al Teniente Coronel Bermúdez y al Mayor Aldao con 300 infantes y 400 caballos, para conservar la provincia y cubrir su retirada.

El Virrey destacó á Lurín al Brigadier O'Reilly con las milicias de Carabayllo y el escuadrón Dragones del Perú, el cual se replegó á Lima cuando supo el reembarco de San

Martín. A Cañete mandó al Marqués de Valle Umbroso, con un escuadrón de gente perdida que había formado, y con el que no siguió adelante, á la noticia de la derrota de Quimper en Changuillo.

Tanto para oponerse á la marcha de Arenales en el centro, como para detener el movimiento de Alvarado sobre Sayan que lo apoyaba, se puso en marcha O'Reilly por la quebrada de Canta con el batallón Victoria y las milicias de Carabayllo que mandaba Santa Cruz. Su misión era cortar el puente de la Oroya, ocupar Tarma y el puente de Izcuchaca con las milicias, para coger á Arenalos entre su división, el batallón Estremadura, que salió de Lima para caer por las alturas sobre Huamanga, y la división Ricafort que venía del Sur. La mala calidad de la tropa impidió la ejecución de este plan: limitándose el Jefe á mandar á Jauja la compañía de cazadores, llamada Cárdenas, para reforzar al Regimiento Infante D. Carlos.

San Martín reconoció el valle de Chincha: nombró de su Ayudante de campo al Marqués de San Miguel, primer noble que se adhirió á los independientes; reforzó sus tropas con muchos voluntarios y algunos esclavos, y abrió nuevas negociaciones para canjear los prisioneros; pero como en sus proclamas prometiera poner pronto término á la guerra, se le contestó, sacárcasticamente, que para entonces se aceptaría la propuesta, y que dejase el título de Libertador del Perú si quería que sus comunicaciones fuesen recibidas en lo sucesivo.

San Martín regresó á Pisco y se reembarcó con el ejército con la idea de ir á Trujillo, pero como Cochrane le observase que á esa enorme distancia Arenales estaba perdido, y que era más cuerdo amenazar Lima para ocultar sus movimientos, parte de la escuadra fue enviada á Ancón, y la O' Higgins, la Lautaro, la Independencia y el Araucano quedaron al frente del Callao. Reembarque del Ejército

---

CAPITULO IX.

Por estos tiempos se hallaba el Virreinato del Perú en manos de Pezuela, por renuncia del Marqués de la Concordia. Había nacido en Naval, Reino de Aragón, en 1761, de familia ilustre. Hizo sus estudios en Segovia; defendió á su patria contra los ingleses en Gibraltar, y contra Francia en Navarra y Guipuzcoa. En la clase de Coronel fué mandado al Perú en 1805, en mérito de la nueva organización dada al cuerpo de artillería, el cual fué creado se puede decir por él; si bien hay que confesar que el Virrey Guirrior había ya introducido muchas mejoras. En su tiempo se edificó el fuerte de Santa Catalina; se implantó la maquinaria para elaborar pólvora, que pronto abasteció á toda Sud América, y aun á la misma España, y por último, merced á su tenaz oposición, la Escuela Práctica de Artillería no fué removida, como se pretendía, de la Calera del Agustino. Pezuela

Mandado á encargarse del ejército del Alto Perú, en reemplazo de Goyeneche, reveló en bre-

ve sus aptitudes militares. Abrió la campaña con la disputada batalla de Vilcapuquio, en la que con menor número derrotó al General Belgrano, y ganó el grado de Mariscal de Campo; y cuarenta y cinco días después, en 14 de Noviembre de 1813, le volvió á vencer en Ayohuma.

Los movimientos del Cuzco de Pumacahua permitieron rehacerse á los independientes, los que bajo el General Rondeau volvieron en los campos de Viluma, dos años después, en 14 de Noviembre, á tentar la suerte de las armas. Pezuela, que ya había merecido las cruces de Isabel la Católica y de la Orden militar de San Fernando, por este nuevo triunfo, fué ascendido á Teniente General.

Una orden real de 14 de Octubre de 1815, lo nombró Virrey interino, pero él no vino á saberlo sino en Abril de 1816. Entregó el ejército á Ramirez en Cotagaita, mientras llegaba el General La Serna, y se puso en marcha para Lima el 16 del mismo mes, adonde llegó el 7 de Julio: pero su entrada solemne no tuvó lugar sino más tarde, el 17 de Agosto.

Al tomar el mando, su primer paso fué extinguir las pandillas de ladrones que infestaban los alrededores de Lima, estableciendo un tribunal que sumariamente condenaba á la última pena á los forajidos. Pronto se pudo caminar sin temor por todas partes.

La Serna En Setiembre 7 llegó la fragata Venganza á Arica, trayendo al General La Serna y á 60 hombres de caballería. Su Estado mayor lo componían los Coroneles Valdez, Seoane, Ferráz y otros oficiales de reconocido mérito. En 14 de

Noviembre se hizo cargo de las operaciones, y desde el principio cometió la grave indiscreción de preferir en todo á los jefes de su séquito, sin excluir á los criollos que llevaban honrosas cicatrices, llegando hasta el extremo de llamar paisanos armados, á los que no hacía mucho habían hecho morder el polvo á los independientes y levantado muy alto la bandera de Castilla.

División de los realistas.

Tan indios eran los realistas como los invasores; la diferencia entre ellos era solo en los Jefes y oficiales, y que las preferencias de La Serna contribuyeron á hacer desaparecer la identidad de los beligerantes y á convertir la guerra civil en guerra nacional. Este cisma político se extendió á los mismos Jefes: los americanos como Olañeta, el Barbarucho y otros, eran absolutistas, y los netamente españoles, liberales, por lo que dividido el ejército en dos bandos, le faltó el vigor en el momento preciso, como veremos más tarde.

Hizo más, refundió el Regimiento 1.° del Cuzco, compuesto de soldados veteranos, en el batallón Gerona que trajo de España, Villalobos; lo que no sólo fué causa de la deserción de aquellos, sino de la resistencia al reclutamiento en Cuzco y Puno.

Declaró públicamente que bajo su mando la guerra sería más humanitaria: que en lo sucesivo á ningún prisionero se fusilaría; medidas que, no tenían por objeto regularizar las operaciones sino ofender con tácitos reproches á su superior.

Disgustos de Pezuela y La Serna.

Otro motivo de serio disgusto entre ellos, fué la demanda de La Serna de las fuerzas vencedo-

ras en Chancharayada, y el establecimiento de un cuartel de reserva en Puno en vez de fijarlo de Arequipa. Es indudable que la concentración en Cotagaita para operar sobre el Tucumán, habría sido más militar, porque habría obligado, quizás, á San Martín á cruzar los Andes para defender el suelo patrio: pero también es evidente que el cuartel en Puno era una medida inconsulta, porque aparte de dejar abandonado el litoral, obligaba á las tropas á pasar la cordillera, para fijarse en un clima que jamás podía compararse con el de Arequipa. Pezuela, desoyendo con justicia estas observaciones, reforzó la guarnición de ésta, que mandaba Ricafort, con el Regimiento Extremadura y el escuadrón Dragones de la Unión.

La discordia, reagravada con el alegato de La Serna que, habiendo sido nombrado directamente por el Rey, era libre de dirigir las operaciones militares, acabó por agriar los ánimos: de tal manera que no le quedó otro recurso que elevar su renuncia con el carácter de irrevocable, la cual fué admitida en Mayo 19. En su reemplazo se nombró al General Ramirez, á la sazón en Quito, encargándose del mando interinamente el General Canterac. La Serna profundamente disgustado, pasó á Lima

Las noticias de España informaron á Pezuela, que había trascendido hasta la Corte el desdén de La Serna por las tropas americanas, y con este motivo sostuvo hidalgamente el mérito del soldado indio, en un memorial que presentó al Rey. «Me duele sobremanera, decía, tan humi-«llante denominación (*paisanos armados*), que

Soldado indio.

« La Serna da á estos soldados, de los cuales los « más, á las órdenes de Jefes que no le merecen « mucha mejor opinión, han defendido los dere- « chos de la Corona y estos reales dominios con « recomendable constancia, entusiasmo y fideli- « dad: soldados con quien ninguno de sus anti- « guos Jefes dudaría emprender cuánto intente « el General La Serna con los peninsulares, y « aun cosas tal vez á que no se atrevería él con « los suyos: unos soldados con quienes se logra- « rá siempre, cuanto dependa del sufrimiento y « pueda conseguirse á costa del valor y de la « sangre. No tienen apariencia, pero tienen los « hechos, que es lo sustancial ».

« Verdades son estas que me arranca la jus- « ticia y la gratitud, ya que otra cosa no puedo « en favor de unos vasallos del Rey, acreedo- « res, por mil títulos, á la consideración de todo « español que piense un poco, y no á la humi- « llación, en que los clasifica el nuevo General».

« El soldado peruano, dice en sus Memorias « el General Argentino José María Paz, se reu- « ne en el peligro y por eso ha vencido muchas « veces ».

Así escribían los que los habían conducido muchas veces por el camino de la gloria; así pensaba también el austero General Valdez, muchos años más tarde, cuando contrariado por el cansancio de las tropas españolas, extrañaba á sus pobres, ágiles y valientes soldados de las punas.

El descontento de La Serna fué en Lima una chispa que levantó un vasto incendio. No faltaban cargos graves que hacer á Pezuela. Chile

Cargos contra Pezuela.

había formado una escuadra, disponiendo el Virrey de la Esmeralda, la Venganza, la Prueba, la Resolución y otros buques más, con los que dominaba el Pacífico. La expedición de Osorio, el abandono y desmantelamiento de Talcahuano y la pérdida de la María Isabel, aunque no pudiera atribuírsele sino en parte, y la comisión de la Prueba á Acapulco, en momentos en que se esperaba la expedición libertadora, eran tan abrumadores, que sus más adictos partidarios trataban de atenuarlos, no pudiendo desvanecerlos.

Crecido era el número de los descontentos: se había ya hablado de deponer á Pezuela; de manera que al llegar á Lima La Serna, se puso al frente de la oposición, solapadamente, mientras en público decía que muy en breve se iría á la península.

El hidalgo Pezuela nada sospechaba: sentía moverse el suelo que pisaba, y creía que eran explosiones del entusiasmo por la libertad. Conocía las grandes cualidades de La Serna; el respeto que el ejército, Jefes y oficiales le tenían, y creyendo agradar á todos y necesitar de él para contrarrestar la invasión que se esperaba, olvidó su resentimiento y dió oído á las opiniones de un círculo que le era adverso, elevándolo á la clase de Teniente General. La Serna vió el cielo abierto. Triste era regresar á Madrid con la fama echada á perder, sin hazañas que referir, ni tener que convidar.

La Serna

Era La Serna natural de Jerez de la Frontera, serio, grave, taciturno, muy resentido, pero de

mucha fibra. Soldado de pocas palabras, con la reserva ocultaba su presunción, y al emitir en las juntas su voto, sentencioso y dogmático, desdeñaba la contradicción. Su primer cuidado fué inducir al Virrey á llamar á Valdez, á Loriga y á Seoane, que por lo que respeta á Canterac, se vino de motu propio con el pretexto de traer un batallón y un escuadrón. Con este séquito deslumbrador que, constantemente, criticaba los actos del gobierno, en breve se eclipsaron los méritos y glorias de Pezuela.

En sociedad La Serna revelaba su cultura é ilustración; hablaba correctamente el francés, y daba á entender que sus consejos habían sido desatendidos. Débil contra la ambición, no supo comprender que entre la lentitud del superior y el denuedo de sus capitanes, tenía una senda expedita para cubrirse de gloria, sin vileza ni peligros.

Disposiciones de Pez.

Ajeno á todas estas cábalas de la ambición, Pezuela se dedicó con ahinco á poner al país en condiciones de resistir la invasión que se temía, y á sostener á todo trance los derechos del trono.

En tierra organizó las milicias; proclamó al ejército; puso en estado de defensa la capital, levantó fondos para gastos extraordinarios; excitó el celo de las corporaciones; reforzó las fortalezas del Callao y las abasteció como para sostener un largo sitio.

También dispuso que en Piura se formase una columna volante de 1,500 hombres, cuyo cuadro de oficiales dejaron en Paita la Venganza y la Esmeralda, así como el armamento, las municiones y 50,000 pesos que exigía su servicio.

De allí siguieron estas naves á Guayaquil para obligar á la Prueba á dejar este puerto peligroso, según se le tenía mandado. El Comandante Vacaro, que iba á cargo de esta expedición, se embarcó en la Prueba, y en Barbacoas batió á la fragata argentina Rosa de los Andes, que tuvo que vararse en el río Izcuandé para no ser apresada.

Ordenó también Pezuela, que los batallones Gerona y Centro vinieran á Lima; pero la Junta de guerra opinó que en el estado de anarquía de las Provincias Unidas, no era de temerse un ataque, y en consecuencia dispuso, que Gerona regresase al Alto Perú y Centro quedase en Arequipa.

Contribuyó también á la contra-orden la escasez del erario. Para atender á la lista civil y á la militar, se necesitaban al mes 200,000 pesos. Continuamente venían peticiones de dinero de la escuadra, de Chiloé, de Arauco, de Guayaquil, del Alto Perú, y hasta del Virrey de Santa Fé y de la tropa de Panamá. Todos los días había que apelar á medios extremos para las más pequeñas necesidades. Cuando llegó La Serna de España á Arica, tuvo que poner un cupo á los vecinos de 20,000 pesos para poder trasladarse á Cotagaita.

El Consulado y el comercio le suministraron á Pezuela 500,000 pesos: Tristán comunicó del Cuzco que ya tenía 70,000 de los 100,000 del empréstito: sumas insignificantes en comparación de lo que exigía la manutención de las tropas y los múltiples servicios de todo género.

Se aumentó la guarnición del Callao: se trajo

en la Esmeralda y la Venganza al batallón Victoria de Arequipa: y se nombró al Coronel Quimper Comandante de la costa sur con 500 infantes, 100 caballos y dos cañones. Talcahuano fué desmantelado, y Osorio llamado á Lima para acallar temores y satisfacer afectos de familia. Candoroso fué ordenarle, que en su lugar dejase un oficial acreditado que continuara la guerra, como si fuera dable que el subalterno en una plaza desguarnecida, lo hiciera mejor que el Jefe en una fortificada.

Sin embargo de estar comprometidos y gravados los ingresos en más de 6 millones, Pezuela, en 5 de Marzo de 1819, impuso á Lima un empréstito forzoso de un millón de pesos, y para ello presionó á los comerciantes y empleados, y aun á las señoras acaudaladas. Vendió algunos fondos del Estado y extrajo donativos de todo el Perú.

A pesar de todas estas disposiciones, preparativos y medidas, la noticia del desembarco de San Martín produjo en la capital una consternación que no puede describirse. Dos vibraciones opuestas la conmovieron: las familias se dividieron en dos bandos, unas por España y otras por la libertad. Los españoles volaron á tomar las armas: el famoso Regimiento La Concordia y el de los oidores, alcaldes y empleados civiles se acuartelaron en el acto: el comercio español puso á talla la cabeza de San Martín: ofreció al ejército realista si triunfaba 200,000 pesos, y 50,000, al que tomara ó echara á pique uno de los buques grandes de Cochrane. Pezuela invitó á los oficiales independientes á pasarse, prome-

tiendo conservarles sus grados; y á la tropa, recompensas pecuniarias.

Esta situación embarazosa, que en nada pudo mejorar la nueva de haber derrotado Carratalá en Ilo, á la fuerza chilena que desembarcó la Chacabuco, se vino á reagravar con la sublevación en Andalucía del ejército destinado á pacificar la América, lo que nos obliga á llevar á otra región nuestro relato.

Riego En 1.° de Enero de 1820 proclamó Riego en Cadiz la Constitución del año 12, que el Rey juró, deslealmente, cumplir en 9 de Marzo. Se convocó á Cortes ordinarias para 1820 y 1821, y el Perú nombró de diputados á D. Manuel de la Bodega, á D. Manuel Freire, á D. Antonio Moya y á D. Nicolás Piérola. En consecuencia con la nueva Carta, Fernando VII expidió dos circulares; una poniendo en libertad á todos los europeos ó americanos presos ó detenidos por causas políticas, y otra encargando que se abriesen negociaciones con los insurgentes para terminar la guerra, como ya hemos dicho.

Con gran pompa y solemnidad se promulgó en Lima la nueva Carta (15 de Setiembre), y se juró (17 de Setiembre) por todos los funcionarios civiles y militares.

El Virrey y los españoles creían, ingénuamente, contrarrestar el mal efecto del desembarco en Pisco con estas augustas ceremonias, y la Corte de Madrid, pacificar la América Meridional con aquellas circulares.

Pezuela mandó fijar en el Tribunal del Consulado una lápida que conmemorase estos acontecimientos, y aunque con esta y otras dis-

posiciones se hizo mucho ruido y aparato, es conveniente hacer notar que la ciudad permaneció indiferente. General era la aspiración por la independencia. Quizás se hubiera contenido esta tendencia, si se hubiera otorgado á los americanos y españoles, el mismo derecho de representación en las Cortes, pero limitada esta prerrogativa de la manera que se había hecho, no era sino una pesada burla. Las demás, fueron obra del apremio del momento, y en breve las retiró el mismo monarca que las había concedido.

CAPITULO X.

Bandera peruana

Antes de partir al Norte, San Martín, que ya veía engrosadas sus filas con muchos patriotas, creó la bandera nacional; un paralelógramo de ocho pies de largo por seis de ancho, dividido en cuatro triángulos unidos por el vértice, rojos los verticales y blancos los laterales. En el centro una corona de laurel, rodeando al sol que trasmontaba los Andes, al pie del Pacífico. En Mayo 25 de 1822, la cambió por la bandera actual; una faja blanca entre dos rojas, una de las que se adhiere al asta, llevando aquella un sol encarnado en el centro. El estandarte tendría, en su lugar, las armas del Estado.

Escuadra en el Callao

En 24 y 25 de Octubre se reembarcó el ejército en la bahía de Paracas, y el 26, se hizo á la vela para el Callao, adonde arribó tres días después, estableciéndose en el acto un riguroso bloqueo. El 30, el San Martín convoyó á los tras-

portes á Ancón, y allí tomó tierra el 31 el teniente Raulet con 50 infantes y 20 caballos, que hicieron un reconocimiento hasta Copacabana, donde acamparon. El 3 de Noviembre, 200 infantes y 40 caballos al mando de Brandsen, salieron de Ancón para Chancay, donde se pusieron á órdenes de D. Andrés Reyes.

Por entonces un golpe terrible puso término al poder español en el Pacífico. El Boletín del ejército de 6 de Noviembre ya lo había hecho presumir, pues tres días antes se lo había escrito Cochrane á San Martín.

Toma de la Esmeralda

Los ejercicios de abordaje se repetían en la escuadra de una manera significativa. El 4, en la noche, se simuló un ataque á los buques de la bahía, que estaban rodeados por un círculo doble de lanchas, y éstas, por una muralla flotante de gruesas vigas amarradas con cadenas, que solo dejaban un pequeño paso libre al Norte. En el fondeadero estaban la Esmeralda, de 44 cañones y 320 hombres de tripulación; la corbeta Sebastiana, el Maypú, otro bergantín y y dos goletas más.

El 5 á la puesta del sol, salieron del puerto la Lautaro, la Independencia y el Araucano, como abandonando el bloqueo, para adormecer la vigilancia enemiga. Su gente la dejaron oculta tras el alto bordo de la O'Higgins. Ciento ochenta hombres escojidos de toda la escuadra, y cien de la guarnición, debían ser los héroes de esta singular hazaña. Todos, sin distinción de Jefes y oficiales, y aun el mismo Cochrane, vestían chaqueta blanca, faja azul al brazo, é iban armados de sables, pistolas y puñales, llevando el

último en su terrible diestra su afilada hacha de abordaje. El santo era *Gloria;* la seña *Victoria.* y la contra-seña, cuando estuvieran á bordo de los buques enemigos, *Viva el Rey.*

Antes de partir les lanzó Cochrane la siguiente proclama: «Soldados y marinos! Esta no-« che vamos á dar un golpe mortal al enemigo. « Mañana os presentaréis con orgullo delante « del Callao. Todos vuestros compañeros envidia-« rán vuestra buena suerte. Una hora de coraje y « resolución, es cuanto se requiere de vosotros « para triunfar. Recordad que habéis vencido en « Valdivia, y no os aterroricéis de los que huye-« ron á nuestra presencia. El momento de glo-« ria se acerca. Espero que los marinos chile-« nos se batirán como tienen de costumbre, y « que los ingleses obrarán como siempre lo han « hecho en su país y fuera de él.»

A las 11 de la noche, reinando una densa oscuridad, embosados los remos, los asaltantes, divididos en dos líneas de botes, una mandada por Guisse, otra por Crosby, avanzaron en el mayor silencio. El Almirante iba al medio y á la vanguardia á todo remo: reto mudo de que nadie le precedería al abordar las naves enemigas. Al pasar por el costado de la Macedonia, el oficial de guardia y los marineros en voz baja los animaron á la pelea; y una vez que llegaron á los maderos flotantes, los patrones de los botes picaron con sus hachas las cadenas que los retenían. Un bote de ronda tropezó con ellos, ya cerca de la Esmeralda y les dió el alto: Cochrane se lanzó en él como un rayo, cogió al oficial por la garganta, y pistola en mano le impuso silencio.

Continuando la marcha, el Almirante, con los botes de la O'Higgins por estribor, Guisse con los de la Independencia y Lautaro por babor, rodearon á la fragata, soltaron los remos, y á la voz del primero UP MY LADS; SHE'S OURS. «arriba muchachos; ya es nuestra»: la escalaron con con la rapidez de una jauría sobre su presa. El centinela de cubierta, de un culatazo hizo rodar á Cochrane hasta el bote: el patrón de la lancha mató al centinela, y los gavieros como gatos treparon hasta las cofas, de manera que cuando el Almirante, repuesto del golpe, volvió á subir y les dió la voz, todos unánimes le contestaron, *listos*. Por babor la faena había sido igual. Cochrane y Guisse se encontraron en el puente: se tendieron instintivamente las manos y mudos se las estrecharon, teniendo el habla embargada por la emoción. El heroismo había apagado el encono. Se atacó al castillo de proa, donde se habían parapetado los españoles: el primer asalto fué rechazado y en él se vió caer á Cochrane: sus oficiales volaron solícitos á levantarle: una bala le había atravesado la pierna y le impedía caminar: se le sentó sobre un cañón, extendió el miembro herido en una hamaca vecina, ordenó el segundo asalto al arma blanca, y sin cuidarse de la herida continuó dirigiendo la maniobra hasta las tres de la mañana.

La lucha se mantenía encarnizada por ambas partes: los españoles no cedían: el puente estaba sembrado de cadáveres: la sangre corría por la cubierta y los combatientes se resbalaban: Guisse cayó herido también, y los cañonazos del Real Felipe y de los otros fuertes anunciaron

que el alarma se había difundido en tierra. Guisse animó á sus valientes y á la cabeza de ellos, emprendió nuevamente contra el castillo; todo cedió á su empuje esta vez; unos se refugiaron en el entrepuente, otros en la bodega, y no pocos se tiraron al agua para alcanzar á nado los otros buques, entre los que citaremos á los capitanes Bañuelos y Perez de Camino.

Apresadas la Esmeralda y dos lanchas cañoneras, mandó Cochrane picar los cables y largar velas, y para embarazar el vivo fuego de los fuertes y de las otras naves, dispuso que en ellas se izaran faroles iguales á los de la Hiperion, fragata inglesa, y de la Macedonia, americana, que tuvieron que levar anclas y hacerse á la mar.

Luego que Bañuelos llegó á su buque, rompió en unión con el Maypú, que mandaba el teniente Madroño, un vivo fuego de cañón y fusilería sobre los atacantes, que se retiraban á fuerza de remo y vela.

La Esmeralda estaba perfectamente armada, equipada y con víveres para tres meses.

Los libertadores tuvieron 30 heridos y 11 muertos: los españoles 160 muertos y 200 prisioneros. Coig, capitán de la fragata, fué herido por una astilla desprendida por una de las balas de tierra ó de las naves. San Martín quiso darle á la presa el nombre del Almirante, pero éste prefirió que se la llamase Valdivia.

La estrategia de haber hecho salir á los buques libertadores del puerto, había surtido el efecto deseado. El ataque cogió á Coig y á los

otros Jefes jugando cartas, en la seguridad que esa noche no habría novedad alguna.

Este es el rasgo más sobresaliente de la vida del Almirante, y también una de las páginas más brillantes de la guerra de la Independencia. Semejante á un buen actor cuya figura crece con el desarrollo de la acción, Cochrane en los combates se agigantaba, y era un león, un héroe, una vez que se veía circundado por el peligro. Para verificar sus hazañas el valor solo no habría bastado. La temeridad, la fulminaba el rayo de la emulación. Al ir al abordaje él se proponía eclipsar á San Martín; así como Guisse no le temía á los españoles sino á Cochrane. Los restos de Nelson, electrizados por la gloria se agitaron en su tumba! Su patria había obtenido una vez más en los mares la corona del valor!

Reconocimiento de la beligerancia

En la mañana se mandó á tierra un oficial con la bandera de parlamento, para proponer al Virrey el canje de prisioneros, cuya aceptación importó el reconocimiento de los patriotas como beligerantes.

La toma de la Esmeralda produjo en el Virrey y en las altas clases mucho abatimiento; en los Jefes desprecio al superior, y en el bajo pueblo ira y desesperación. Un oficial y ocho marineros de la Macedonia, que bajaron á tierra, fueron bárbaramente asesinados por el populacho, que les imputaba haber ayudado á los vencedores.

Tropelías con los neutrales.

Pocos días después, dos oficiales de la Conway, fueron maltratados por la plebe y llevados á la cárcel como espías, teniendo su capitán que dar innumerables pasos para obtener su soltura. Los

Ingleses residentes en Lima, amenazados por la plebe, se armaron y reunieron en una casa el 6, resueltos á vender caras sus vidas.

Las tropelías de que eran víctimas los neutrales, pueden dar una idea de los maltratos que sufrirían los prisioneros, por lo que San Martín pasó al Virrey una nota, en Noviembre 19, exhortándolo á respetar las leyes de la guerra; previniéndole que en caso denegado, declararía á los españoles fuera de la ley.

Perdido el dominio del mar, toda la costa quedó en poder de los independientes, que podían recorrerla á su antojo y presentar batalla al enemigo, donde y cuando mejor les pareciera.

Defensa de Pezuela.

Las recriminaciones contra Pezuela, por no haber atacado en Pisco ó Huacho al ejército libertador, no resisten al más lijero exámen. En uno y otro caso, con reembarcarse, éste se habría burlado de las tropas, que habían atravesado ciento de leguas, y sufrido muchas privaciones para venir á su encuentro. A Pezuela no le quedaba sino abandonar Lima ó mantenerse á la defensiva. Lo primero era un descrédito para el poder español. Se daba á los invasores un centro de acción; se perdía el apoyo de muchas familias partidarias de la corona, y se ofrecía á los gobiernos extranjeros un testimonio de la impotencia de España para regir sus colonias. Lo segundo permitía á la metrópoli remitir al Pacífico una poderosa escuadra, para restablecer el orden de las cosas, desde que era un hecho que el verdadero dominio del continente se había perdido. Pezuela, con sobrada razón, optó por el último partido.

Estas consideraciones impulsaron á setenta vecinos notables de Lima á suplicar al Ayuntamiento, que representase al Virrey la necesidad de renovar las conferencias de Miraflores, no obstante que los preliminares habían revelado que mediaban obstáculos insuperables á todo avenimiento.

Los éxitos obtenidos por los realistas después de la deposición de Pezuela, tampoco pueden combatir el sistema defensivo que adoptó, porque el que no llega á la meta está, poco más ó menos, en la misma condición del que se queda á la mitad del camino.

Después del encuentro de la Prueba con la Rosa de los Andes, se aprovechó del retiro de la escuadra bloqueadora, para mandarla á Arica en convoy con la Venganza, á tomar al segundo batallón del primer Regimiento que mandaba Gamarra, y á dos escuadrones de lanceros de Gomez Bedoya, que venían á órdenes de Canterac. La renovación del bloqueo (27 Nov.) les impidió entrar al Callao: dejaron las tropas en Cerro Azul y se fueron á Panamá, donde tomaron mercaderías á flete para San Blas y Acapulco, donde las encontraremos más adelante.

Levantamiento en Guayaquil

En 4 de Noviembre el bergantín Alcance llegó á Ancón, con la noticia del levantamiento de Guayaquil. Mucho abatió á los españoles la pérdida de tan importante provincia. El promotor fué el capitán Escobedo, secundado por Eléspuru, peruanos los dos, que en 4 de Octubre, día que se daba un gran baile, sorprendieron á la guarnición, y, con una compañía del batallón Granaderos, apresaron al Gobernador D. Pascual

de Vivero, y lo remitieron donde San Martín, al cuidado del Teniente Coronel Miguel Letamendi y del capitán José Villamil. El prisionero fué tratado con la distinción que merecía su rango y posición social; cortesía que, más tarde, cuando se le canjeó con el Teniente Coronel Tello, despertó las sospechas de los realistas.

En Guayaquil se organizó una Junta de Gobierno, compuesta del poeta Olmedo que la presidía, de D. Rafael Gimena y D. Francisco Roca, comerciantes muy relacionados en Lima y afectos al Perú, que pidió tropas á San Martín para batir á las de Quito. Junta de Gobierno

Coincidía con este propósito, la necesidad que sentía San Martín de enviar una misión especial á Guayaquil, para que las tropas se pusieran á sus órdenes, á fin de poder operar sobre Trujillo, que no se había pronunciado todavía.

Con este doble objeto comisionó á los Coroneles Guido y Luzurriaga, el primero para tratar, y el segundo para reorganizar el ejército. Luzurriaga levantó el espíritu abatido de los guayaquileños por el desastre de Huaqui, armó gente, se adelantó con las tropas á Babahoyo y contuvo el avance de los vencedores.

Restablecida la calma y asegurada la existencia de la Junta, San Martín temió que se creyera que la misión llevaba una mira interesada, y le ordenó que se regresara á Lima dejando al pueblo constituirse libremente.

Los españoles perdieron con Guayaquil el mejor arsenal del Pacífico; el mejor asilo de la escuadra, siete lanchas cañoneras con 350 marineros, 1,500 hombres, armas, provisiones, pertre-

chos y una parte no pequeña de su prestigio.

Del Callao, San Martín regresó con la escuadra á Ancón para conducir el ejército á Huacho, donde el ingeniero D'Albe hizo un muelle provisional que facilitara el desembarco, el cual se verificó del 10 al 12 de Diciembre.

Campamento de Aznapuquio

Entretanto la llegada á Ancón había puesto á los realistas en movimiento. O'Relly se replegó á Lurín, y el ejército salió de Lima á acamparse en Aznapuquio, garganta del valle de Chillón, una legua al Norte. La marcha se verificó en el mayor desórden: mil soldados aguerridos habrían bastado para ocupar Lima, si se hubiera recibido á tiempo los informes necesarios para aprovechar tan buena coyuntura.

Heroismo de Brandsen

Contra Reyes se destacó al famoso Coronel Valdez con 600 hombres, 400 del batallón Numancia y 200 Dragones de la Unión y Dragones del Perú, que pernoctaron en Ancón, el 7 de Noviembre. Al saber su aproximación, Reyes se retiró á Huacho, cubriéndolo Brandsen con la caballería. El camino real, que va por los callejones de Torre Blanca y Laure, no permite más de 16 caballos de frente, y desemboca en la pampa de Sango Frío. Brandsen tan luego que los vió apiñados, casi al llegar á la pampa, salió de un pequeño cerro que está á la derecha, los cargó con denuedo, mató con propia mano al Comandante Bermejo, Jefe de la caballería española, y arrojó á los Dragones sobre la infantería realista dejando tres muertos y tomando cinco prisioneros.

Los cazadores de Numancia parapetados en las tapias, contuvieron á los vencedores y die-

ron lugar á que la caballería se repusiera. Reyes llegó á Huacho tranquilamente: y aunque Valdez lo siguió, lo hizo á mucha distancia para inspirarle temores. Los realistas se replegaron al día siguiente á Chancay, donde los reforzaron los batallones Arequipa, el 2.° del Infante y dos piezas de artillería.

¡Cuarenta caballos conducidos por el valor, habían puesto en fuga á 600 hombres mandados por uno de los Jefes de más temple del ejército español!

CAPITULO XI.

Designado Huaura como cuartel general, San Martín elevó el ejército á 8,000 hombres.

Fundó un periódico llamado El Pacificador, para sostener los principios liberales, cuya dirección confió al célebre Monteagudo. Mantuvo activa correspondencia con los decididos por la causa, y escribió personalmente á Torre Tagle, á Berindoaga, al Conde de San Isidro y á otros nobles, á quienes esperaba atraerse, alentando el patriotismo de los primeros, é induciendo á éstos á dejar el servicio de la Corona. Periódico independ.

La peste invadió al ejército. Los valles de Huaura y Sayán producen exquisita fruta; y la abundancia de ella y la falta de sazón, desarrollaron unas tercianas de las que no se escapó ninguno. En el hospital llegaron á existir 3,000 enfermos: hubo día de cien defunciones, y por lo inesperado de la dolencia escasearon las me- Peste

dicinas, los barchilones y hasta los médicos. Baste decir que se purgaba á los enfermos con agua del mar, y que fueron muchos los que murieron por mal curados ó por falta de asistencia. El mismo San Martín no se escapó del contagio: en Marzo 3 le escribía á O'Higgins: « Mi salud está muy abatida: creo con evidencia, que si continuó así, pronto daré en tierra.»

En el campamento de Aznapuquio pasaba otro tanto; aquí la causa era el agua pestífera de los pantanos, como su nombre lo indica, (*asnay*, hedion, *pukyu*, fuente, manantial): en el hospital habían 3,000 enfermos y tenían lugar 20 defunciones diarias.

Los aliados acamparon en la ribera derecha del río, en la que el ingeniero D'Albe había levantado tres reductos. Su disposición era la siguiente: el batallón 8 en Vilcahuaura: el 4 en la hacienda de Quipico, el 7 en la de Acaray, y la artillería y demás cuerpos en Huaura. En esta posición formidable, que permitía jaquear á los realistas en Lima, cortar sus comunicaciones con el Norte, auxiliar á Arenales y avanzar ó replegarse á voluntad, provisto de víveres y recursos, estaba resuelto San Martín á esperar al enemigo. El batallón n.° 5 fué mandado á Huaraz con Campino, y el Cazadores á Supe para elevarlos á 800 plazas cada uno.

Alvarado se movió entonces con 500 hombres sobre Sayán en apoyo de Arenales, y destacó previamente un piquete de 21 hombres con Pringles á Pescadores, para vigilar á Valdez, y enviar un emisario á Lima que diera cuenta del estado de las negociaciones sobre Numancia.

Al saber el movimiento, Valdez avanzó á Chancayllo, y obligó á Alvarado á replegarse á Supe en el que entró el 24.

En Lima se creyó que era una imprudencia el adelanto de Valdez, y conociendo su arrojo, se le ordenó que mandara á Aznapuquio los dos batallones y el escuadrón de la Unión.

Heroismo de Pringles

Las fuerzas restantes permanecieron en Chancayllo, y á los pocos días se supo, que Pringles había acampado en el tambo de Pescadores. Valdez resolvió sorprenderlo, y para ello dividió á los Dragones del Perú en dos piquetes, uno con el capitán Fernandez tomó por canto de playa, y otro siguió el camino real, rodeando hasta el mar el cerro de Zorras al Norte de Chancayllo.

Cogido Pringles entre dos fuegos, sin arredrarse por el número, dividió y cargó con su poca gente á uno y otro lado, y arrojándose sobre Fernandez espada en mano, lo llevó á sablazos hasta el medio de los suyos, El denuedo del capitán se trasmitió á sus soldados: todos se batieron con desesperación: dos de los independientes mordieron el polvo, 12 fueron hechos prisioneros; el número y la posición vencían, y en esta coyuntura en que el escape era imposible, confiesa Pringles, ingenuamente, que viendo inútil la resistencia y enardecido á Fernandez por la venganza, no tuvo otra salvación que arrojarse al mar, en lo que lo imitaron los ocho valientes que le quedaban.

Valdez que presenciaba mudo la refriega, una vez que les vió en el agua, mandó suspender el

fuego y que se ayudara á los náufragos con sogas y maderos para que llegasen á la orilla.

Pringles y su compañeros fueron atendidos cortesmente por el Jefe español, y más tarde en Lima, con el respeto que se merece el valor y el cumplimiento del deber.

San Martín les concedió un escudo con esta inscripción: «Gloria á los vencidos en Pescadores»; y algunos meses después, previo canje, ingresaron al ejército, cuando las conferencias de Punchauca.

Ese mismo día se movieron sobre Huacho los independientes, y los españoles se retiraron á Palpa, seguidos por 800 caballos al mando de Alvarado, que acampó en la hacienda de Retes.

Paso de Numancia. A la una del día del 3 de Diciembre, las avanzadas de Alvarado dieron la voz de alarma. Una columna enemiga, con banderas desplegadas, avanzaba en el mayor orden y compostura; su aire marcial, la corrección de sus líneas y la regularidad de sus movimientos denunciaban tropa veterana, la cual, sobre la marcha, á un toque de corneta, con la mayor rapidez desplegó en batalla. Un partamentario con bandera blanca se destacó de las filas. Un ayudante salió á recibirlo; conferenció con él brevemente, y regresó á todo escape. Numancia con 600 plazas, y un escuadrón de doscientas, conducidos por los capitanes Tomás Heres y Ramón Herrera, cambiaba el estandarte del rey por los colores nacionales. Las trompetas y tambores tocaron diana; los soldados rompieron filas; corrieron á abrazar á sus nuevos compañeros, y por largo rato no se oyeron en el

campamento sino gritos de alegría y vivas á la patría.

Era Numancia el cuerpo más florido que había traído Morrillo al Virreinato de Santa Fé. Sus muchas campañas le habían reducido á poco más de un tercio, completándose las bajas con jóvenes, muchos de ellos, decentes, de la provincia de Barinas, Venezuela. Mandado á Nueva Granada, ocupó Popayán, y después de 8 meses de refriegas, entró triunfante y orgulloso en Santa Fé. Movido el Perú por las expediciones de Cochrane, recibió orden de partir á Lima, y del 4 de Febrero al 6 de Julio, por Popayán, Quito, Loja, Trujillo, recorrió más de 1500 leguas en marchas y contramarchas, dejando en todas partes mucho dinero por su número y explendidez, respeto al monarca por su denuedo y gratos recuerdos por su disciplina.

Un cuerpo de esta categoría, que había sostenido con altivez su bandera en el campo de batalla, se sintió herido al entrar en Lima y notar, el desprecio que tenían los españoles por las tropas criollas en la guerra y el mal trato que les daban, después de haberlas visto verter su sangre generosa por la Corona. La fidelidad de Numancia flaqueó ante la ingratitud, y las proclamas de San Martín no hicieron sino acabar de conquistar á la patria, ánimos enajenados al Rey por el resentimiento.

Muchas tentativas se hicieron, muchos planes se perjeñaron, buenas oportunidades se perdieron para atraer á Numancia. Los españoles lo miraban de reojo; García Camba se atrevió á manifestar sus recelos, indirectamente: algunos

de sus oficiales fueron presos por sospechosos; y cuando se le sacó de Lima con el ejército para acampar en Aznapuquio, se creyó prudente colocarlo entre la infantería y la caballería.

Cuando Valdez se retiró de la hacienda de Palpa, por caminos extraviados se descolgó á la de Caballero, en la quebrada de Macas, habiendo tenido que sufrir su tropa toda clase de molestias y privaciones. Su caballería era más débil que la de Alvarado, y para defenderla con Numancia, la colocó á la vanguardia: de esta manera el cuerpo se quedó solo sin tener quien lo vigilara: siendo más grave que inspirando sospechas su fidelidad, se adelantara Valdez á Trapiche Viejo para atender al campamento, á los víveres y á los forrajes.

Al llegar á la cuesta de Huachos, los capitanes nombrados, los tenientes Guás é Izquierdo y otros, apresaron al Coronel Ruperto Delgado y á cuatro oficiales no comprometidos; proclamaron á la tropa y contramarcharon á Palpa, no pudiendo durante 24 horas, comer ni dormir, perseguidos de cerca por la caballería.

Al siguiente día de este suceso memorable, Numancia pasó á Chancay y por mar á Huacho adonde llegó el 4 de Noviembre. San Martín lo recibió cual si le trajera la palma de la victoria. Las fiestas y regocijos se sucedieron por algunos días.

Se dispuso que se le añadiese el renombre de «Leal á la patria»; se le consideró como el cuerpo más antiguo del Perú, y se le confió la bandera del ejército libertador. Algún tiempo después, cuando ingresó á Lima, se ordenó que

cambiase la bandera de Chile por los colores nacionales. Heres fué ascendido á Coronel, el capitán Febres Cordero á Comandante, y así los otros oficiales.

Lástima grande que el amor á la libertad no hubiese sido la única causa de la deserción de Numancia. Heros confesó más tarde, haber recibido 150 onzas de oro, de las que distribuyó, según él, 130 entre los soldados y las clases.

El día anterior había remitido el Virrey á San Martín, en una balandra, 22 oficiales y 85 paisanos, únicos sobrevivientes, de más de mil patriotas prisioneros en casamatas.

San Martín los dejó en libertad de servir en el ejército ó de retirarse á sus casas; la mayor parte prefirió alistarse; pero estaban tan extenuados, que casi todos perecieron de sus dolencias antes de poder vengar sus agravios en el campo de batalla.

Campino tomó Huaraz por sorpresa, dispersando tres destacamentos de Burgos y del Infante D. Carlos. Hizo 70 prisioneros, inclusive el Jefe Teniente Coronel Llantaño y dos oficiales. Reclutó gente para elevar su batallón á 800 plazas y se replegó al cuartel general.

El 5 de Diciembre el ejército recobró sus pocisiones en el río Huaura: apoyó su derecha en el mar, la izquierda en Sayán, teniendo el frente protegido por el río y los reductos de que ya hemos hablado.

CAPITULO XII.

Los descalabros llovían sobre Pezuela. Casi no había semana que no se verificase algún revés.

El ejemplo de Numancia fué seguido poco después, por 38 oficiales y muchos cadetes, entre los que citaremos á Salaverry, á la sazón de 12 años; y al mes siguiente, 13 de Enero, por los Coroneles Gamarra, Velazco y Eléspuru con 16 hombres.

Desde la conspiración de Tupiza (Marzo 6 1820) en la que estuvieron comprometidos los Tenientes Coroneles Velazco y Guillén, el capitán Armaza y el teniente Medina, Gamarra había inspirado fundadas sospechas; pero como el juicio que se inició no arrojó cargo alguno contra él, se le dejó al frente de su batallón.

Gamarra

Con Canterac vino á Cerro Azul, y como al ingresar á Lima continuasen los recelos, Pezuela le quitó el batallón, al mismo tiempo que le nombró su Ayudante de campo para no disgustarlo del todo. Gamarra comprendió la diferencia entre una distinción honrosa y la ofensa de quitarle un puesto de mando, y desde entonces determinó aprovechar la primera ocasión para pasarse á los independientes. Esta se presentó cuando llegó á Lima la tropa Ricafort, y avanzaron los realistas á Retes, movimientos que embargaron los ánimos de tal manera, que le permitieron escabullirse sin correr mucho peligro.

Perdido el mar para los españoles con las ha-

zañas de Cochrane, no fueron más afortunados en tierra con el General Arenales. Aparte del fin militar de arrojar á los españoles del centro, llevaba la misión de levantar á la indiada, y de amenazar á la capital en combinación con el ejército de la costa.

El General era la figura más gallarda del ejército. Bajo su mando sus soldados se reían del peligro y no sentían los rigores de la disciplina. De una sobriedad espartana, con un pedazo de carne asada en las brazas y un buen capote, vivía holgadamente en el campamento. Remendaba el mismo sus botas y su uniforme, y era tan despreocupado en el vestir, que San Martín lo habilitaba cuando uno de los hijos le informaba en secreto que su padre no tenía que ponerse. Ensillaba y herraba su caballo, y en campaña su escolta era su ordenanza; su tren su caballo de batalla, y una mula de silla que llevaba su modesto equipaje. Nadie le hacíà sombra, ni se atrevía á contradecirle: era el único que echaba en cara sus errores á San Martín, á quien le trataba de compañero, y nadie tampoco igualaba su arrojo en el combate, ni su prudencia en las deliberaciones. Extricto observador de la Ordenanza, mantenía á las tropas en ejercicios contínuos, y como sus rigores eran iguales para con todos, sin exceptuarse así mismo, había llegado á conseguir que el soldado le amara tanto cuanto le temía. Su cama era dura, y en campaña desdeñaba el cómodo alojamiento. Rechazó el ascenso dado á su hijo por inmerecido: decía que los grados se debían alcanzar con la punta de la espada.

Arenales

Esclavo del deber y amante de la justicia, para él era una gloria reparar un error ó satisfacer un agravio, y el mejor medio para atraérsele era la sencillez y la sinceridad. En una ocasión reprendió á Lavalle, en presencia de algunos oficiales, por no haber cumplido su deber. Lavalle fuera de sí, lo tomó del brazo, y le amenazó lavar con sangre la afrenta, que calificó de impostura. El General se irguió como un león herido, y le hubiera hecho pagar caro el atrevimiento, si los circunstantes no hubieran calmado su enojo. Lavalle quedó arrestado. Días después, informado Arenales de los hechos, hizo que en la orden general se insertara el decreto de libertad del detenido, y llamándolo á su lado, le dió una plena y franca satisfacción.

Era natural de Villa Reinosa (1780), Castilla la Vieja, vino muy niño á Buenos Aires, por lo que sus relaciones, amistades, ideas y sentimientos fueron completamente americanos. Tomó las armas cuando la revolución de Chuquisaca en 1809: perseguido y preso, pasó á las casasmatas del Callao hasta que las Cortes de Cadiz le abrieron las puertas en 1812. Vuelto á la vida militar, sus campañas en el Alto Perú, las Provincias Unidas y Chile, revelaron las dotes brillantes que caracterizan á un buen general. Austero en sus costumbres, bronco, severo, jamás se dibujó en sus labios una sonrisa, y á pesar de su aire cómico y de sus movimientos quijotescos, era todo un hombre honrado y de bien. Tenaz en sus determinaciones; infatigable en la lucha; voluntad de hierro; valor nativo, y hombre de muchos recursos apremiado por

el peligro. Dificilmente podría hallar la tragedia un tipo más acabado y simpático para desarrollar una gran acción. Tal fué el primer campeón que en tierra lanzaron á la lid las ar-armas de la patria.

De Ica salió el 21 de Octubre, cruzó la cordillera por el paso de Castro Virreyna, y con la mayor rapidez avanzó á Atumpampa, 10 leguas antes de Huamanga, de donde destacó á Lavalle en persecución del gobernador Recabarren y de otros realistas, que habían fugado con los dineros del fisco.

Lavalle no pudo prender sino á un Comandante de artillería, á cuatro soldados y á algunos paisanos.

Arenales siguió á Huamanga donde entró el 31, y habiendo nombrado á las autoridades que debían sustituir á las españolas, se dirigió á Huanta, donde llegó el 6. De allí envió al teniente Moyano sobre el puente de Mayoc, del cual se apoderó con sorpresa en la noche del 11 de Noviembre, dando muerte al centinela y tomando siete prisioneros.

De Huanta, Arenales siguió á Huancayo por el puente que acabamos de citar. A su aproximación huyó la guarnición de la ciudad: Lavalle la alcanzó en una cuesta escarpada; mató á ocho soldados é hizo 20 prisioneros, inclusive cuatro oficiales. Arenales con los Granaderos á caballo, se adelantó á Lavalle, y destacando al Mayor Rojas, pudo destruir las fuerzas del Brigadier Montenegro, Intendente de Huancavelica que huía, tomándole 6 piezas, 50,000 cartuchos, algunos fusiles y 200 caballos colectados por el sub-delega-

do de Jauja para la fuerza de O' Reilly. La división vencedora llegó á esta villa al 21 y á Tarma el 23.

Arenales pensó detenerse aquí para proteger el levantamiento de los indios, pero como supiera la llegada de O' Reilly á Canta, camino del Cerro, se puso en marcha para batirlo, dejando de gobernador de la Provincia á D. Francisco de Paula Otero.

O' Reilly al saber en el Cerro de Pasco, que Arenales se movía sobre él, colocó su caballería en la llanura, y su infantería en una pequeña loma delante de la que desplegó algunas compañías de cazadores. Protegía su frente un barranco profundo, su derecha un terreno pantanoso y su izquierda un lago.

Batalla del Cerro. El 6 de Diciembre un vivo ataque del 11, Coronel Deza, protegido por otro más vigoroso de flanco del 2, con el bizarro Aldunate, pusieron en fuga á los realistas que dejaron 58 muertos, 19 heridos, 343 prisioneros inclusive 28 oficiales; 2 piezas, 300 fusiles, banderas, cajas pertrechos. Los independientes tuvieron un oficial y cuatro soldados muertos, y 12 heridos.

El activo Lavalle se encargó de los fugitivos, y destacó al teniente Suarez que apresó O'Reilly y á la Fuente: Santa Cruz se entregó voluntariamente, y desde entonces los últimos se alistaron en el ejército de la patria.

A los vencedores se les concedió una medalla, de oro para los Jefes y de plata para los oficiales: á los soldados, un escudo bordado de oro.

O'Reilly El desgraciado O'Reilly, no pudo sobrevivir á

su derrota. Llevado al cuartel general de Huaura, las atenciones, cuidados y respetos que le prodigaron San Martín y los demás Jefes, lejos de atenuar su dolor, acrecieron su abatimiento. Una tristeza invencible se apoderó de él. Se le dió permiso para regresar á España, y en un rapto de locura durante la navegación, se arrojó al mar. Era todo un caballero, tan digno y apuesto como valiente.

La jornada de Arenales, atrevida en extremo, terminó con un brillante hecho de armas. Setecientos cuarenta infantes, ciento veinte caballos y cuatro piezas de artillería, habían derrotado á 1,200 hombres, apoderándose del mejor asiento mineral, fuente de grandes recursos y de una vasta extensión de territorio. Desgraciadamente, San Martín no supo aprovechar la oportunidad que le ofrecía la fortuna, y muy lejos de reportar ventajas de esta expedición, perdió las adquiridas por el valor y la pericia militar.

Por entonces tuvo lugar el movimiento de Valdez á Chancayllo sobre Sayán, para aislar á Alvarado, como ya hemos referido. En la confusión del momento mandó éste un propio á Arenales exagerando el peligro, por lo que, á marchas forzadas, descendió á Canta. En el camino, recibió orden de contramarchar á Pasco, pero habiendo pasado la cordillera y estando la gente rendida y desabrigada, siguió á Huamantanga, adonde llegó el 28 de Diciembre: dió algún descanso á la tropa y se unió al ejército en Retes el 18 de Enero.

Asi término esta expedición que, al empren-

derse. Pezuela y los demás Jefes españoles, creyeron que era un desatino. En su concepto, Ricafort y O'Reilly la desbaratarían fácilmente, contribuyendo al objeto tres compañías que, al mando del capitán Cárdenas, había mandado el último á Jauja, para reforzar la guarnición de este pueblo.

A su vez, el Virrey como ya hemos dicho, ordenó á Valdez que contramarcharse á Lima: de manera que al mismo tiempo que por la precipitación de un subalterno se malograba para los patriotas la campaña de la sierra, por la excesiva cautela de un Virrey se perdía para los realistas un movimiento brillante, concebido y ejecutado por un buen capitán.

CAPITULO XIII.

El disgusto que produjo en Lima la derrota del Cerro y el repliegue de Valdez fué general. Los mejores amigos de Pezuela no se atrevían en sociedad á defenderle. Los portales estaban llenos de grupos que en voz baja cuchicheaban: se criticaba, se maldecía: pero era tal el respeto que todavía inspiraba el poder, que las recriminaciones no estallaban sino en el seno de la confianza.

Levantam. de Trujillo

En ese estado lamentable acabó de postrar los ánimos el levantamiento de Trujillo, de 8 de Enero. San Martín había conseguido atraerse á Torre Tagle. Este le escribió en 2 de Diciembre que la revolución estaba hecha, y efectivamente, el 24 reunió al Cabildo y á las personas no-

tables, y les habló de manera que todos firmaron el acta de independencia. Solo hubo un disidente: el Obispo Carrión y Marfil. Con la mayor energía protestó su adhesión al trono y ofreció 4,000 pesos á los que sostuvieran los derechos del Rey. Su fidelidad le valió ser remitido preso con 16 personas más á San Martín, que lo recibió atentamente en Ancón. La guarnición de Trujillo, compuesta de la primera compañía de Numancia y del escuadrón Dragones de Lambayeque, apoyó el movimiento.

No corresponde, sin embargo, á Trujillo el honor de haber sido la primera ciudad del Perú que proclamara la independencia. Lambayeque, el 27 de Diciembre de 1820, movida por el Dr. D. Pedro Antonio Lopez Vidaurre, D. Melchor Sevilla, D. José María Muga, y sus vecinos notables se declaró libre del yugo español. Lambayeque se levanta.

Piura siguió el ejemplo de Trujillo. Torre Tagle escribió al Cabildo para que se pronunciara. El Alcalde D. Gerónimo Seminario, contando con el apoyo del tercer Jefe de la fuerza existente, 600 hombres, llamado Seminario también, é hijo del lugar, convocó al Cabildo el 4 de Enero, y consiguió que los Jefes españoles, D. José María Casariego y D. Joaquín Germán, concurrieran á la sesión. Allí se les obligó á reconocer la independencia, y á Casariego, á entregar su batallón; pero no habiendo querido los soldados desertar de su bandera, hubo que licenciarlos. Piura íd.

Con estos levantamientos, todo el Norte quedó asegurado, y cubierta la retaguardia de los libertadores.

Alda. Volviendo al centro, los tenientes de Arenales, Bermudez y Aldao, fueron menos afortunados que él. De día en día aumentaban sus fuerzas en Ica, y eran un tropiezo no pequeño para las tropas que el Virrey había pedido al Cuzco. Para batirlos se destacó de Lima una columna al mando de Pardo, que, á marchas forzadas, alcanzó á Aldao el 26 de Noviembre, á cinco leguas de Ica, en retirada á Huancavelica. En la refriega, Aldao perdió 14 hombres entre muertos y heridos, 13 prisioneros y muchas bestias, fusiles y municiones. Con el resto de su fuerza llegó á Córdova, batió á los indios de las alturas que, con hondas y piedras quisieron cortarle el paso, y se retiró á Tivillo, donde otra turba capitaneada por el cura La Mata, obligó á rendirse á los mismos que encerró en la iglesia prometiendo favorecerlos.

Cuando Arenales se dirigió al Cerro, Bermudez y Aldao se ocuparon en levantar la indiada de Junín: de manera que al llegar Ricafort halló un vasto campo para cometer sus atrocidades.

Este Jefe al dejar Arequipa siguió la ruta de la sierra, y reunió en Andahuaylas sus tropas con las que bajaban del Cuzco, componiendo su división el batallón Castro, el 1.° del Imperial Alejandro, y los escuadrones de Granaderos de la guardia y Dragones de Arequipa. El 29 de Noviembre, á la cabeza de la caballería, el Coronel Seoane se arrojó en Huamanga sobre millares de indios, que, con poco más de cincuenta fusiles y un cañón, que no sabían manejar, habían reunido los patriotas Landes y Terres. Cinco horas

duró la carnicería; á nadie se dió cuartel. Terres se retiró á Cangallo, resuelto á morir al pie de su bandera; pero por uno de esos golpes del destino, que á veces se complace en burlar todos los cálculos y espectativas, fué muerto por los suyos, no sin haber rechazado antes varonilmente el indulto que le ofreciera Ricafort.

No era prudente marchar contra Arenales sin sofocar la vasta insurrección de Cangallo. Ricafort retrocedió, y el 2 de Diciembre se presentó delante de la villa con 480 hombres, 200 caballos y una pieza de artillería. La refriega se puede reasumir diciendo, que se renovó la degollina de Cajamarca en tiempo de la conquista.

Mil indios rindieron la vida por su patria. Los españoles no perdieron un solo hombre, ni tuvieron un herido de gravedad. Cangallo fue saqueada durante dos días, y quemada y arrasada después.

Ricafort contramarchó á Huamanga, concentró sus fuerzas, y destacó á Ferráz sobre Huanta, donde supo que se dirigía Aldao, con orden de no comprometerse en algún encuentro. En el puente, Ferraz, halló una guarnición de 30 hombres; mató á 10, hizo prisionero al resto, y avanzó á Huanta, donde se le recibió con vítores y algazara para evitar crueldades y captarse su buena voluntad. De Huanta pasó á Huancayo: aquí los indios capitaneados por Bermúdez y Aldao, se prepararon para hacerle vigorosa resistencia. Este opinó que se esperase al enemigo en Huayucachi, pero como allí el terreno es abierto y expuesto á la caballería, los indios prefirieron batirse en la ciudad. El 29 de

Diciembre tuvo lugar esta acción que terminó con el primer ataque: el entusiasmo de la turba se disipó á la vista de la disciplina. La carnicería fué horrorosa; 500 muertos, y se perdieron dos piezas de artillería, algunos caballos. armas y municiones.

Bermúdez se disgustó con Aldao y se separaron. El tiempo vino á manifestar quién tenía razón. El primero, español, al fin siguió á los suyos: el segundo, se batió siempre con denuedo por la independencia de dos repúblicas y alcanzó el alto grado de General.

Por entonces se retiró á Reyes y con el auxilio del Gobernador Otero, organizó una montonera de 300 hombres con la que recuperó Tarma, Huancayo, y avanzó hasta Izcuchaca, luego que Ricafort bajó á Lima por San Mateo, de donde volvió á la sierra, dicho sea de paso, por nuevos encargos del Virrey, el mismo mes de Enero.

La tentativa de tomar el puente de Izcuchaca fracasó, por haberse apoderado de él, días antes, una partida de Carratalá; de manera que Aldao se limitó en lo sucesivo, á sorprender pequeños destacamentos. cortar é impedir las comunicaciones del enemigo, privarle de recursos, y lo que más importaba, no dejarle un momento de reposo, para lo que disponía de más de 5,000 indios enfurecidos desde la toma de Huancayo. Muchas veces apeló á San Martín pidiéndole armas, y pretendiendo que á su gente se le considerase como tropa de línea: aquellas se le remitieron; y la pretensión solo vino á cumplirse, cuando Gamarra se encargó más tarde del mando de ella.

Los hermanos de Aldao habían seguido todos la carrera de las armas: él había preferido vestir el hábito domínico, ocultándole el fanatismo más bien que la piedad, sus grandes cualidades para la vida militar. De 2.° Capellán del ejército de los Andes pasó á Chile, y en el encuentro de Guarda Vieja, entusiasmado de la terrible carga de los Granaderos de á caballo, se arremangó los hábitos, cogió un sable, saltó en un potro y llevó el terror y la muerte á las más apartadas filas de los enemigos. La abstinencia y la disciplina del claustro, no habían abatido al que nació para ser el héroe de la caserna. Dejó la cogulla por las precillas de teniente, que el valor convirtió luego en las de capitán, grado con el que vino en el ejército libertador. Para toda empresa temeraria el Protector se acordaba de él. En Pasco era ya Teniente Coronel. Sus libaciones repetidas fulminaban el heroismo de sus increibles hazañas, y, desde luego, fueron causa de sus otros vicios. Muchas veces vino á las manos con los españoles, y sus hechos no hicieron sino corresponder á la fama de su nombre. En 1823 se retiró á Mendoza; dejó la espada, que luego volvió á tomar para sofocar las discordias civiles de su patria. Así llegó á General y Gobernador de su provincia, dejando al morir, en 1842, la reputación de un bravo á toda prueba.

CAPITULO XIV.

A mediados de Enero de 1821, tenía el Virrey en el campamento de Aznapuquio, 8000 hombres

aguerridos. De éstos había que deducir 1200 bajas, 900 enfermos, la guarnición del Callao, 1000 hombres, números que fueron reemplazados con la división que llegó del Alto Perú. El terreno pantanoso del lugar hacía tantos estragos en los realistas, como la exhuberancia de la fruta entre los patriotas, con la sola diferencia que aquellos eran remitidos á los hospitales de Lima y atendidos con esmero, mientras que éstos fallecían por falta de medicinas.

Pérdidas de Pezuela

En el espacio de cuatro meses, Pezuela había perdido 400 hombres de Quimper, 200 en Izenchaca, 200 en Jauja, 80 en Tarma, 100 de tropas y 200 mineros armados en el Cerro de Pasco: el batallón Victoria, el escuadrón Carabayllo, 3000 de la división Ricafort, 600 en Trujillo, 1500 en Guayaquil, la fragata Esmeralda, la goleta Aranzazu,* los partidos de Ica, Córdova, Yauyos, Huarochirí, Canta, Chancay; las provincias de Huamanga, Huancavelica, Tarma, Trujillo, Guayaquil, y la estimación de sus tenientes, La Serna, Canterac, Valdes, Loriga, Ameller, Villalobos, Ferraz, García Camba y otros, resueltos ya á hacerse dueños del país y de la situación.

Presuntuosos, altivos é insolentes, miraban con menosprecio á los oficiales americanos, algunos de los que, como La Mar, hubieran podido figurar con lustre en el escalafón de la más grande república. Semejante desdén, que no excluía al mismo Pezuela, databa de mucho tiem-

---

* En Ancón, el 9 de Enero de 1820, después de un reñido combate, su Comandante Ibarra tuvo que rendirla al Capitán Carter del Araucano.

po atrás, y se sostenía y propagaba con estudio, no obstante de haber sido castigado con severidad en otras regiones del continente.

En 1817 llegó á Venezuela Canterac con 2500 hombres, en momentos que el General Morillo hacía los aprestos necesarios para desembarcar en la isla de Santa Margarita. La calma y cuidado con que se procedía. llegó á fatigar al joven adalid, el que se permitió decir delante de muchas personas, que no había necesidad de tantos preámbulos para castigar á los salvajes de la isla. Canterac.

Cuando el viejo General lo supo, acogió con sonrisa burlona la puerilidad de la observación. El día del ataque confió la vanguardia, maliciosamente, á Canterac, el que, á poco de haberse lanzado como un rayo sobre los enemigos, regregresó al campamento cari-acontecido, ensangrentado, sin tropa, gorra, sable, aliento, y hecho todo una miseria. ¡ Hola ! mi Coronel, le gritó el veterano General ¿ qué decís ahora de los salvajes de América ? El silencio y la vergüenza del fugitivo, móviles de la compasión, impidieron continuar la chanza. El tiempo llegó á justificar, que habría debido ser un poco más grande la humillación.

Este espíritu de superioridad, que Pezuela trató de combatir por todos los medios para conseguir la unión del ejército, fué el elemento más poderoso para dar en tierra con el dominio español. Divisiones entre los realistas.

La América era un vasto campo que ofrecía á los militares españoles glorias y riquezas, y al extranjero en general, una mina en boya para

hacer pronto una fortuna. La Serna regresó á Lima del Tucumán totalmente desengañado. La guerra no se había regularizado como él quería: en ninguna acción se había distinguido, y en cuanto á fortuna, la suerte no le había favorecido. Sério y disgustado de sí mismo, herido por el resentimiento se presentó á Pezuela, y bajo el disfraz de la gravedad empezó á preparar lentamente su venganza. No fué pues poca fortuna conseguir, que se revocase la orden que recibieron Valdez, Seoane y Loriga para ir al Ecuador, como pedía Aymerich, pues sin ellos no se habría podido verificar el cambio que proyectaba.

Los desaciertos del Virrey le abrieron el camino, y la multitud de sucesos desgraciados que siguieron al desembarco de San Martín, le pusieron al frente del partido de los ambiciosos, que esperan siempre sacar ventaja de toda evolución política. Es preciso reconocer, sin embargo, que la causa principal de estas ideas subversivas, fué la impotencia de la metrópoli; pues sin la impunidad, jamás se habían atrevido los conjurados á trastornar el orden. Aun se mantenía vivo el recuerdo de Gonzalo Pizarro y de Carbajal, que habían pagado con su cabeza la rebelión contra el trono. La ocasión era propicia: víctima desautorizada: castigo lejano y problemático; puesto deslumbrador.

Movimiento de fuerzas

Por entonces San Martín resolvió atacar Lima, en combinación con Arenales, que debía bajar por Canta y Macas para coger á los enemigos de flanco. Al efecto, envió su ejército á Retes: la izquierda la apoyó en Palpa con Gra-

naderos á caballo, y la derecha en Ancón protegida por la escuadra; los otros cuerpos se escalonaron entre Palpa y Chancay, llegando las avanzadas hasta Copacabana: tenía 4,000 hombres y 900 caballos.

La avanzada de Copacabana al mando de Raulet, sorprendió á los Dragones del Perú tomándoles algunos hombres; y tanto para contrarrestar el mal efecto de este desastre, como para conocer la verdadera posición de los libertadores, se mandó una descubierta á Ancón, que se prestó conducir á Cevallos con el carácter de parlamentario, corriendo el peligro de ser descubierto y pasado por las armas. Cevallos informó, que en la caleta habían ocho trasportes sin tropas y dos bergantines de guerra.

Pezuela resolvió entonces hacer un ataque en forma con 3,000 infantes, 1,100 caballos y 400 artilleros, tropas veteranas todas. Una derrota no sería nunca decisiva, teniendo asegurada la retaguardia con la multitud de españoles que había en Lima, al paso que San Martín, en caso de un descalabro, estaba perdido, por tener que cruzar 16 leguas de desierto en dirección á Huacho y 12, algo más pesadas, camino de Sayán. Al efecto, nombró de sus edecanes á los Coroneles Marqués de Casares y á Villalobos, y de Gobernador de Lima al Marqués de Montemira, á cuyas órdenes puso á los Brigadieres Alós, Arredondo, Rávago, y al Coronel Lanao con el Estado Mayor de la plaza.

De Lima comunicaron á San Martín estas disposiciones por lo que se retiró el 13 de Enero, y

Ataque y retirada realista

el 16 se parapetó en sus fuertes posiciones de Huaura, que fortificó algo más.

Canterac con la vanguardia llegó al río de Pasamayo: La Serna se disponía á seguirlo, cuando recibió orden de no moverse, al mismo tiempo que Canterac de replegarse á Aznapuquio (28 Enero).

Este cambio repentino en las operaciones fué un desacierto inexcusable, con la particularidad, que en el mismo defecto incurrieron los aliados.

La retirada disgustó á los patriotas que esperaban un triunfo fácil detrás de sus reductos, á la vez que acabó de perder á Pezuela en el ánimo de los realistas. Temía que al atacar por tierra se embarcara San Martín, y por Chorrillos, viniera á tomar Lima sin hacer un tiro; pero estando el Callao bien artillado y abastecido para un largo sitio, ese movimiento era poco menos que imposible.

Descrédito de Pezuela

Los maliciosos atribuían la contra-orden á la necesidad de calmar inquietudes de familia. Pezuela no podía dejarla en Lima sin exponerla á caer en manos del enemigo. Ella no podía seguir las peripecias de una campaña: mandarla á Madrid, era una fuga anticipada que desautorizaría los auxilios pedidos á la Corte para continuar la guerra. En definitiva, la retirada puede discutirse si fué conveniente ó no. En cuanto al ataque hay que rechazarlo de plano: fué prematuro, y no fruto como debiera de madura deliberación. El desaliento que produjo la primera fué general.

Tildado Pezuela de inerte cuando el desembarco en Pisco, sus defensores auguraban vigo-

rosa actividad una vez que llegaran las tropas del Alto Perú; de manera que cuando se movieron los primeros cuerpos sobre Chancay, las críticas y murmullos desaparecieron viendo colmadas las espectativas. Unas y otros reduplicaron de fuerza con el nuevo desengaño; ya no hubo quien sostuviera al Virrey; y aprovechándose los ambiciosos y conspiradores de esta feliz coyuntura levantaron una gritería tan destemplada, que no hubiera sido mayor la de una derrota.

Para acabar de desvestirlo de toda influencia con las tropas, La Serna, Canterac y los otros motinistas al regresar á Aznapuquio, pidieron y obtuvieron que se formase una Junta Directiva de guerra que dirigiera en lo sucesivo las operaciones militares. La Serna fué nombrado Presidente; Secretario, Loriga, y Vocales los otros Jefes desafectos, de manera que no teniendo Pezuela sino un voto individual, se puede decir que al crearla se desprendió voluntariamente del manejo de la guerra. La Junta, sin embargo, no hizo nada que correspondiera al objeto de su erección y á la jactancia insolente de sus promotores. Acampado el ejército en Aznapuquio, se limitó á destacar á Valdez á Chancayllo, donde batió al capitán Raulet, y á ordenarle que se replegara, en cuyo movimiento perdió 100 hombres que, en su mayor parte, se pasaron á los patriotas. Si la falta de acción fué estudiada para acabar de desacreditar á Pezuela, hay que convenir en que lo consiguieron.

Esta difícil situación la reagravaba la falta de recursos. El tribunal del Consulado era el teso-

ro de los Virreyes, y como los miembros de la Junta gozaban de simpatías entre los comerciantes, éstos oponían á Pezuela toda clase de obstáculos y embarazos para que consiguiera fondos.

No faltaron amigos de la Corona que manifestaron al Virrey, el verdadero origen de tan grave mal estar. Pezuela creyó conjurar el peligro declarando que la Junta era meramente consultativa, pero ya era demasiado tarde. Sus miembros tenían el poder en mano y estaban rodeados del prestigio de la autoridad.

CAPITULO XV.

Deposicion de Pezuela

En la noche del 28 de Enero, La Serna dejó el campamento y se vino á Lima para guardar las apariencias. Al amanecer del 29, se hizo correr en Aznapuquio la nueva que el enemigo se aproximaba: se tocó á generala, se tomaron las armas, cuidándose de colocar en el centro á los cuerpos no comprometidos. Seoane se encargó de impedir toda comunicación con la capital. Reunidos los cabecillas en Junta General, Canterac y Valdez presentaron sus cargos contra Pezuela, exagerando las faltas cometidas desde el principio de la guerra, y pidieron que se le depusiera, se le remitiera á Panamá dentro de 24 horas y se le reemplazara con el General La Serna. Un silencio prolongando acogió la moción. Se reconocía la gravedad del caso, pero á nadie satisfacía la eficacia del remedio. El tono deci-

dido de los oradores, el embarazo de los oyentes, estaba acreditando que no era un cuerpo deliberante el que se había congregado, sino una junta revolucionaria para coger á los no comprometidos. El Coronel Otermín, desdeñando el peligro de oponerse á planes premeditados, se atrevió á hablar sobre la subordinación militar y las funestas consecuencias de desconocer al poder establecido, y en el acto varios le interumpieron, apostrofándole en tono amenazante, que se retirara si no quería firmar las conclusiones que se iban á extender. Diez y nueve Jefes las suscribieron incluso Otermín, que sacrificó á la prudencia su buena voluntad.

El capitán Plasencia fué encargado de pasar á Lima para poner en manos del Virrey el acta. En Palacio la recibió Loriga, el que aparentando sorpresa y dolor se la presentó á Pezuela. Al leerla, en el primer momento, pidió un caballo para ir en persona á imponer á los amotinados, pero deliberando con calma, y consultándose con los hombres desleales que le rodeaban, determinó mandar á La Serna. Tan luego que éste recibió el encargo, lo renunció alegando, que el lance era muy comprometido, pues si fracasaba, como era de esperarse, vista la decisión de los Jefes, se le tacharía de flojo ó de cómplise de los motinistas.

En esta difícil situación, Pezuela no tuvo otro recurso que contestar á los de Aznapuquio, que nombraría á La Serna de General en Jefe del ejército, y que el mando lo resignaría cuando lo permitiera el decoro y la solemnidad de la ceremonia. La respuesta fué darle cuatro

horas para hacerlo, amenazándole en caso de retardo, con la marcha del ejército á la capital.

En el apremio de las circunstancias, reunió á toda prisa la Junta directiva, compuesta de La Serna, La Mar, Llanos, Feliú, director de ingenieros, y del Comandante de Marina Vacaro, y con la mayor compostura les dió cuenta del escándalo. La sorpresa se dibujó en el semblante de todos y en el de La Serna la disimulación. Tomando la palabra con la gravedad que le era peculiar, aconsejó que se accediera á lo que se pedía, asegurando que ningún interés personal le guiaba al expresarse así, porque en breve pasaría á España.

Resignación del mando.

Un nuevo comisionado vino á escape por la contestación. Afirmaba que el ejército le seguía. En este apurado trance, Pezuela, para evitar mayores males, en bien de la Corona y de su patria, resignó el mando en La Serna y ordenó que el ejército, las instituciones y autoridades le reconocieran.

Entretanto, aburridos los jefes motinistas por la demora, mandaban á Lima propio tras propio, para inducir á La Serna á dejarse de consideraciones y ponerse al frente del ejército. El General respondía á todo con el estribillo de su ida á España; hasta que fatigado Pezuela de la prolongación de la farsa, la terminó haciéndole presente, que así como él, en bien de su Rey había resignado el mando, le tocaba á él aceptarlo. Esta generosidad venció la terquedad estudiada de La Serna, y sin más retardos asumió el poder.

Retirado Pezuela, la Junta le pasó una nota

exigiéndole, bajo su palabra de honor, la promesa de entregar el mando, á la que no tuvo inconveniente en acceder. De esta manera, cuando el Marqués de Valle Umbroso y el Coronel Seoane, vinieron á manifestarle que tenían encargo de no separarse de su lado hasta que vieran su resignación, ya todo había concluido.

La Serna y sus cómplices creyeron que el éxito los exculparía ante el tribunal de la historia. ¡Cuánto se engañaban! Indigno es derrocar al poder que nos diera autoridad y prestigio, cuando lo vemos conmovido por la opinión y postrado por la desgracia.

Yo no creo que las cabezas de La Serna y de los Jefes motinistas hubieran conjurado el peligro. El reino estaba perdido y para siempre: pero á desesperado mal desesperado remedio, y mucho más, cuando no se puede calcular lo que puede en un ejército insubordinado el rigor y la disciplina. Con la severidad se habrían mantenido unidos los realistas á lo menos, y no habrían ofrecido el escándalo de batirse entre sí en el Alto Perú, por el principio ahora conculcado, en el momento crítico de librarse la batalla definitiva.

Apreciaciones.

Fernando VII fué el rey de los desatinos. A su falta de energía se debió el espíritu de sedición y la falta de respeto al superior, que caracterizó desde entonces al ejército realista; el que, si hubiese permanecido compacto y sin disenciones, habría conservado el poder de la Corona por muchos años más. En la infancia de las naciones como en la de los individuos, la educación es el ejemplo. Las cabezas de Gonzalo y

Carbajal, consolidaron el dominio español en América por tres siglos, y nada habría tenido de extraño que la repetición del castigo hubiera asegurado el triunfo en Ayacucho.

Aznapuquio fué la apoteosis de la revolución: de allí la popularidad que ha disfrutado siempre en Sud-América el conspirador, el triunfo de sus imposturas, y la sucesión interminable de nuestras guerras civiles.

No nos olvidemos que el éxito no justifica la acción, y que es una ley histórica, que el que no tiene seguridad de vencer, debe dejar que otro mande y esperar los acontecimientos.

De una vez por todas: los desaciertos de Pezuela no justifican ante la historia la sedición de Aznapuquio: su poder estaba incólume: lo que le condena es no haberla sospechado.

La intriga había concluido y nadie la sabia. Cuando se retiró la Junta, á las dos de la tarde, comenzaron los susurros. A las seis, al ver salir á Pezuela de Palacio, con su familia y equipaje para la Magdalena, se propagó la noticia. Inmenso fué el escándalo; el disgusto general: temblaron los motinistas. Lima es una ciudad que no se deja arrastrar sino por lo que es grande, por lo que es noble, por lo que es generoso. Pezuela disfrutaba de todas las simpatías. No obstante que á su rancho en la Magdalena se le rodeó de guardias, fueron innumerables las personas de calidad que le visitaron, á riesgo de atraerse el odio del poder. A la protesta de Pezuela las tropas fueron removidas, pero en la vecindad se estableció el escuadrón de Ferraz.

Mucho hicieron los motinistas por ganarse á Cevallos, yerno del Virrey, que mandaba un batallón. El parentezco habría sido un argumento poderoso en pro de la revolución. Cevallos los mandó á pasear y siguió la suerte de su suegro. Cevallos

Para contrarrestar las fuerzas de la opinión, los sublevados obligaron á La Serna á ir esa noche al teatro. Al terminar la función desengancharon los caballos, y tiraron del coche hasta palacio, cruzando por enmedio de dos largas hileras de hachones encendidos, con grandes gritos y vivas al Rey, al caudillo y á la madre patria.

Familia de Pezuela

Pezuela entretanto gestionó que se le dejara partir á Europa, valiéndose de la influencia de su esposa con Lady Cochrane. El capitán Sheriff de la fragata inglesa de guerra Andrómaca, convino en llevar únicamente á la familia por no violar la neutralidad, y en efecto, el 8 de Abril se dió á la vela con ella del puerto del Callao.

Es evidente que tanto los realistas como los independientes estaban interesados en no dejar de salir al destituido: los primeros temían sus gestiones en Madrid; y éstos, esperaban una reacción en su favor que acabara de dividir á los españoles.

Cuando San Martín ocupó Lima, aun estaba Pezuela en la corbeta mercante americana General Brown, y habiéndosele negado su pasaperte, comprendió que no le quedaba otro recurso que escaparse por medio de un ardid.

Escape de Pezuela

Con este objeto se desembarcó el 28 de Julio, día que la corbeta se hizo á la mar. Poco des-

pués, una noche, en compañía de su yerno Cevallos, del Marqués de Cazares y del alferez de navío Llerena, con el mayor sigilo, salió de Lima, camino de Lurín, y por la caleta de Conchán al Sur de Chorrillos, se embarcaron en un mal barquichuelo. Con riesgo de la vida, pasaron por entre la escuadra bloqueadora, y á las cinco leguas alcanzaron á la goleta Washington que los esperaba. La fragata Constelación que conducía el equipaje y valores de Pezuela, había salido días antes que la corbeta, y no pudiendo dar con ella, tuvieron los fugitivos que pasar por el Cabo de Hornos con lo encapillado, y en la más triste catadura presentarse en Río Janeiro. De allí, en un pailebot inglés, pasaron á Falmouth, de donde partieron á España por la ruta de Portugal.

Pezuela en la Corte

En la Corte se le recibió con aquella caritativa benevolencia que hace más amargos los quebrantos del infortunio. A medida que el tiempo fué poniendo en claro la obsecación de sus enemigos, fueron resaltando también su previsión y tacto políticos, y al fin se le hizo justicia concediéndole la gran cruz de la Orden militar de San Hermenegildo y el título de Castilla de Conde de Viluma. Su muerte tuvo lugar en 1830, en Madrid, á la edad de 69 años, dejando á sus descendientes un nombre honroso y exclarecido.

Pezuela no ha sido comprendido: la inercia que le imputaron sus enemigos, fué un título honroso, no, una nota de vituperio. El enemigo estaba en casa: San Martín no era el invasor sino el aliado: la mejor extrategia era mantenerse á la defensiva. Más previsor que La Ser-

na y demás generales, sin exceptuar á Ramirez, que en Enero de 1821 le escribía al Rey: «que todo el país quería la independencia, y que eran inútiles cuantos esfuerzos se hicieran para salvarle de su próxima pérdida», fué el primero que adivinó, que el dominio de España en América había concluído, y que la mejor táctica era contemporizar, para sacar al Rey el mejor partido. Como el abogado inteligente que defiende una mala causa, la prolonga con estudio buscando una transacción; así Pezuela, dado el cambio que se operó en San Martín al entrar á Lima, sobre el régimen conveniente al Perú, habría sido mejor negociador que La Serna en las conferenrencias de Punchauca.

En prueba de lo que digo, en 18 de Noviembre de 1818, le escribió al Rey, «que al parecer estaban quietos estos reinos; que eran muchos los infidentes, y que si no los extrañaba, era porque eran muchos y quedarían estas comarcas disminuidas de habitantes: que no confiaba en la tropa ni en nadie, porque no cumplirían con su deber al frente del enemigo.»

Los motinistas le acusaban haberse rodeado de un círculo desleal al trono, de falta de pureza en el manejo de las rentas, de codicia exagerada, de plazas supuestas en el ejército, de ineptitud y negligencia en la dirección de la guerra, y otros cargos no comprobados, que el tiempo ha venido á probar que eran fruto de ruines pasiones.

Junín, desengaño de Canterac, Ayacucho, de La Serna y sus tenientes, fueron acontecimien-

tos que no se escaparon á la mirada recóndita de Pezuela.

La Corte aprobó el motín de Aznapuquio creyendo peligroso castigarlo, no, por carecer de medios para hacerse respetar, como ha sostenido alguno. La desobediencia á la Corona no manchó nunca los caracteres de soldados leales, que hay que reconocer en los Jefes sublevados, quienes, sobre todo, Valdez, habría acatado y aún defendido con su espada lo que se hubiera resuelto en Madrid. Enemigos de Pezuela, ávidos de ascensos, de distinciones y de glorias fueron los de Aznapuquio: rebeldes á su Rey, jamás. La historia debe representarlos, codiciosos, aventureros y tan cortesanos como Pizarro.

Una vez dueño del mando, el primer paso de La Serna fué nombrar á Canterac General en Jefe del ejército, y á Valdez, Jefe de Estado Mayor.

Para contrarrestar las influencias de Pezuela en la Corte, despachó á España en el bergantín Maypú, al Coronel D. Pedro José de Zavala, el célebre Marqués de Valle Umbroso, y al Coronel Seoane. El bergantín fué apresado por la corbeta Heroina, de Buenos Aires, cerca de Río Janeiro; teniendo los comisionados que arrojar al agua sus papeles, y el Marqués 30,000 pesos, para que no cayeran en manos de los captores. Algunos meses después continuaron su viaje á España en un buque de vela.

Marqués de Valle Umbroso

El Marqués, fué el ginete más elegante y acabado de su tiempo. Gran aficionado á las corridas de toros, así domaba y enfrenaba al potro más indómito, como citaba en corto á caballo y

quebraba airoso al más furioso berrendo. Sus vastos conocimientos hipológicos los reveló en el libro que imprimió en Madrid en 1836 titulado Escuela de Caballería; y era tan dado á la equitación que, en su sentir, al famoso capeador Cajapaico se le debía levantar una estátua, por la elegancia y arrogante apostura con que manejaba el caballo. El Marqués capeó en Madrid en su famoso zaino llamado Aguila, cuya bondad y buen nombre quedaron justificados, cuando montado en él, subió al sexto piso de una casa á la que se le había convidado.

Mucho contribuyó con sus buenas relaciones á que la Corte fuera indulgente con La Serna, ó mejor diré, para que no le fuera hostil; y es indudable que sin su presencia, Pezuela habría conseguido por lo menos, que se le destituyera.

CAPITULO XVI.

El primer cuidado de La Serna, fué aprovecharse de la poca discresión de Pezuela, de cobrar su sueldo integro en las condiciones difíciles del erario, para reducir el suyo á la quinta parte (12,000 $) y el de los jefes y empleados á la mitad. De esta manera se pudo hacer el servicio civil y militar: 120,000 pesos mensuales no imponían los sacrificios que 230,000.

Tomó géneros á crédito del comercio, vistió al ejército, levantó un empréstito, hizo requisa general de bestias, y en breve limpió de monto-

neros los caminos, con lo que abundaron los comestibles.

Santalla y Cortinez Hacía tiempo que estando de guarnición en los castillos el batallón Cantabria, los patriotas trabajaban por ganarse á fuerza de oro al Coronel Cortinez, caraqueño, y al Comandante Santalla, español. Alto, corpulento y de una fuerza muscular prodigiosa, Santalla quebraba un duro y rasgaba una baraja con los dedos. Su vigor físico, como siempre sucede, contrastaba con su timidez, y se moría de miedo al ver relucir una daga ó amartillar una pistola. Jugador desesperado, fácil fué con la plata, hacerle entrar en la confabulación.

Contando con el apoyo de estos Jefes se fraguaron varios planes: primero se fabricaron clavos arpenados para el oído de los cañones de la cortina que caía al mar, por donde debía hacerse el ataque: después se convino en apoderarse de los baluartes, abrir boquetes en el muro para dar entrada á las tropas independientes; y por último, se hicieron llaves de las puertas de los castillos, y se redujo á parte de la tropa para asaltar á la patrulla de la fortaleza y recibir á los conjurados.

Parece que Pezuela sospechó algo en los dos primeros, porque cambió la guarnición en vísperas del suceso; y en el último, las grandes sumas que perdía Santalla, hicieron que La Serna pusiera en las fortalezas á Rodil, hombre de toda confianza, dejando burlados á los patriotas y á San Martín, que de Huacho había mandado á Miller con 600 hombres y 60 caballos, creyendo que esta vez el golpe era inevitable.

Con Miller vino de emisario un tal Martín Guarnís ó Guanira, que se regresó con los buques el 9 de Febrero, luego que vieron que el plan había fracasado.

Sin acuerdo de partes hubo después de la destitución un pequeño intervalo en las operaciones de la guerra. San Martín esperaba una reacción en los realistas, y éstos que se les atacara. Ambas espectativas resultaron frustradas y en desprestigio de unos y otros respectivamente.

Rojas

Por algún tiempo no se oyó hablar sino de asaltos de montoneros y encuentros parciales, entre los que solo es digno de mencionarse el del Capitán Rojas. Mandaba la avanzada de los patriotas en Chancay, cuando un fuerte destacamento enemigo avanzó sobre el pueblo. Rojas se puso en retirada para Huacho, y viéndose perseguido por 200 hombres, repitió el 6 de Mayo, á la altura de Torre Blanca, la acción de Brandsen en Sango Frío: volvió caras, cargó con denuedo, mató á algunos, dispersó al resto, y siguió tranquilo su camino.

Proyectos de Ataque

San Martín resolvió entonces atacar á los españoles en Lima, al mismo tiempo que por el centro y por el Sur, solicitando Cochrane que se le encargara de este último punto. Siendo su presencia indispensable en la escuadra, la comisión fué encomendada á Miller, con no pequeño disgusto del Almirante, el cual se dió á la vela, de Huacho, en el San Martín el 13, y dejó en Pisco á Miller con 500 infantes y 80 caballos. El 22 ocupó éste Chincha, y el 26 fué atacado el destacamento del capitán Videla por doble fuerza de Loriga, que fué rechazada, con

pérdida de 4 hombres. García Camba con 200 caballos salió de Lima, para contener el avance de los patriotas, pero no habiendo podido venir á las manos, por la crecida de los ríos, se limitó á mantenerse á la defensiva.

Cochrane, entretanto, se dirigió á Cerro Azul y pretendió desembarcar; pero una fuerte marejada de un lado, y de otro, la noticia que se había destacado de Lima una fuerte división, le hicieron abandonar su propósito. Propuso á San Martín, entonces, tomar tierra en Chorrillos con 400 hombres y atacar Lima, ó que se le dieran 500 hombres para destruir las fuerzas de García Camba: San Martín se negó á ello, y el Almirante se dirigió al Gobierno de Chile, pidiéndole mil hombres ó siquiera quinientos, con mil fusiles, para desembarcar en uno de los puertos del Sur y llevar la guerra, si era posible, hasta el Alto Perú. Felizmente para la gloria del héroe, todos estos proyectos tan belicosos como absurdos fueron rechazados, y lejos de tener que lamentar un descalabro que empañara la reputación de un gran hombre, la posteridad se mece hoy en la duda halagadora de lo que habría podido hacer el valor, si se le hubiera oído, por la libertad de un mundo.

Llevado del temor de parecer arbitrario y del prurito de gobernar, San Martín olvidó su misión de libertador y se puso á legislar. Los derechos políticos y civiles son corolarios de la independencia de un Estado: y si fijando los primeros el héroe dió pruebas de rectitud y de civismo, prolongando la guerra alentó al enemigo, dividido por la facción y desmoralizado por los re-

veses. No le excusa la prudencia de haber pedido á las Provincias Unidas, que atacasen por el Alto Perú, y á Chile, el que remitiera una expedición á Quilca que se internara á Arequipa, porque sin grandes hostilidades de su parte, los españoles evacuaron Lima; lo que prueba que un ataque en regla no lo hubieran podido sostener.

Reglamento provisional.

Por el Reglamento provisional que expidió San Martín, se dividió el territorio ocupado por el ejército libertador, en cuatro departamentos: Trujillo, Tarma, Huaylas y Costa, compuesto éste de las provincias de Santa, Chancay y Canta. Los departamentos debían ser regidos por un Presidente; las provincias por un Gobernador, y los distritos por un Teniente Gobernador. Las causas civiles, criminales y de hacienda las ventilaría el Gobernador, con asesoría de letrado cuando fuera menester, pasando en consulta al Gobierno las criminales. Una Cámara de apelaciones, compuesta de un Presidente y dos Vocales fué creada en Trujillo, la cual con dos ministros del tesoro, conocería en segunda instancia de los juicios de hacienda, y sin ellos, de todos los demás. La Cámara se encargaría de formar el Reglamento de Tribunales, de proponer los empleados subalternos, y de ejercer las demás atribuciones de las Audiencias, con la limitación, de no poder conocer de las causas que excedieran de 15,000 pesos, las cuales se reservaban para los Tribunales que establecería el Gobierno central. El Capitán General conocería de los recursos de injusticia notoria, de los delitos de infidencia, traición, espionaje y

atentado contra las autoridades constituidas, y velaría por el ejercicio del derecho de patronato, corriendo el vice patronato á cargo de los Presidentes de los Departamentos. No se alteró la jurisdicción eclesiástica. Los funcionarios públicos, sin excepción, quedaron sujetos al juicio de residencia, sin el que la sociedad queda expuesta al abuso, por falta de garantías; y se declararon vigentes todas las leyes, ordenanzas y reglamentos que no se opusieran á los principios exigidos por el cambio de Gobierno.

Este trabajo administrativo absorvió el largo plazo de tres meses. Los historiadores convienen en que hubo falta de actividad en las operaciones militares, pero no pueden explicar la causa: unos la atribuyen á la prudencia; otros á la espectativa de atacar por el Sur; no falta quien sugiera que el gran número de enfermos le impedía operar; pero lo más verosimil es, que su sistema era no dar batalla, creyendo ciegamente acabar con los españoles sin arriesgar el menor encuentro.

Estas reflexiones y otras más serias pesaban en el ánimo de San Martín, que no se daba cuenta, que un ejército que había soñado con derrotas y victorias, perdería visiblemente la moral con las distracciones y los placeres; y que el espíritu marcial, que solo se mantiene con el ataque y se templa con el peligro, se resentiría poco á poco al lento embate de la inercia. Jamás se le ocurrió, que los soldados de Chacabuco y Maypú hallarían en Lima la tumba de sus laureles.

La anarquía devoraba su patria, el estado

revuelto de Chile, empezaban á suscitar en el alma del héroe, la sospecha de si era ó no conveniente la obra que tenía entre manos. Todavía no le horrorizaba el fantasma de la realidad: éste se destacó en su mente, como veremos más tarde; pero ya principiaba á inquietarle la duda matadora de implantar ó no los principios democráticos en los países latinos que, no mucho tiempo después, amargó los últimos años de otro genio, más grande, desengañado al fin también; de Bolivar.

Primer ejército peruano

Para halagar el sentimiento nacional, creó de la tropa de Aldao, ascendido á Teniente Coronel, el primer ejército del Perú: denominando Granaderos á Caballo á la caballería, y Leales del Perú á la infantería. Hizo á Gamarra Jefe de estas fuerzas, dándole por segundo al Teniente Coronel Cordero, capitán del Numancia, y un cuadro de oficiales, entre los que se distinguían el Teniente Coronel Juan Bautista Eléspuru y el capitán Blas Cerdeña, también numantino.

Gamarra.

Gamarra, militar de escuela, educado en la severidad del servicio, no era competente para disciplinar guerrilleros habituados á peripecias diarias. En ninguna parte se creía seguro con ellos; la gente se le desertaba; y la que formaba hoy no era la misma revistada ayer. Le pidió á San Martín tropa veterana, cuando Valdez y Ricafort se vinieron sobre él; y aunque detuvo al primero al pasar el Mantaro, se retiró luego precipitadamente á Pasco. En su refuerzo, se destacó á Aguirre con Cazadores, compuesto de convalecientes que no pudieron pasar la cordi-

llera, de lo que se prevalió Gamarra para continuar retirándose vergonzosamente, ante un enemigo que no podía atacarle por estar en Jauja. En 14 de Abril San Martín le ordenó, que no comprometiera acción hasta la llegada del refuerzo, pero como Ricafort le hubiese deshecho una avanzada de 100 hombres, abandonó el Cerro y pasó á Oyón, apenas con 400 infantes, 130 caballos y 30 artilleros, desdeñando las amonestaciones del Gobernador Otero.

Sea ineptitud ó pusilanimidad, esta conducta irregular quedó impune, dando lugar á que se desmoralizara una tropa aguerrida, que había conquistado laureles con un mal fraile para sufrir vergüenzas bajo un buen militar.

Las Toledo En 3 de Marzo, Ricafort sorprendió en Concepción á un piquete de Aldao, le mató 4 hombres, le tomó 4 prisioneros, una pieza, y avanzó á Izcuchaca. En su refuerzo se había destacado á Valdez de Aznapuquio con 1200 hombres, que fueron detenidos en el puente de Concepción por las Toledo, que levantaron á la indiada y se parapetaron. El primer ataque fué rechazado: en el segundo, al día siguiente, los Húzares forzaron la entrada después de vigorosa resistencia, y los indios viéndose perdidos cortaron el puente y los precipitaron en el río. Valdez abandonó el ataque y avanzó hasta la altura de Huancayo, buscando inutilmente un vado: próximo á este lugar se le reunió Ricafort en la ribera occidental. Cortados los puentes, Ricafort pasó el río á todo riesgo con la caballería, cerca de Concepción, á vista de los vencedores: hecho arroja-

do que los intimidó y los puso en fuga. Reparó el puente para que pasara Valdez, y juntos se dirigieron al pueblo á vengar las derrotas anteriores. El pueblo estaba desierto. Los habitantes habían emigrado, y los españoles enfurecidos le prendieron fuego á las casas. En cuanto á las Toledo, no se volvió á saber de ellas: la madre y las dos hijas, heroínas de esta acción memorable, huyeron á las selvas á refugiarse entre los chunchos, previendo que su deshonra sería el castigo inevitable de su abnegación. Ambas hermanas eran muy hermosas, y la menor de singular belleza. Ejemplo conmovedor de patriotismo que con pluma de oro trazará la historia; que inspirará á la epopeya cantos inmortales, y que explotará el poeta lírico para despertar en el teatro el entusiasmo por el arte.

Valdez dejó una guarnición y marchó á desbaratar otra indiada que se había apoderado del puente de Ataura. La matanza fué horrorosa: más de 4,000 indios fueron arrollados; 400 muertos y 300 prisioneros. Valdez tuvo que apelar á toda su energía para que no corriera más sangre. Luego pasó á Tarma, y unido á Ricafort, limpió el camino de Pasco de independientes, y, de orden superior, bajaron á Lima. Tan grave error fué éste como el que cometió San Martín al ordenar la retirada de Arenales; si bien aquel mandó contra-orden que no se pudo cumplir por haber llegado tarde.

Matanza de Ataura

En la retirada por la quebrada de Canta, fué atacado Ricafort, el 2 y 3 de Mayo por las guerrillas de Vidal, Quiroz, Elguera y Navajas, en Quiapa: una compañía entera del Imperial Ale-

jandro con el capitán Garrido cayó prisionera; y Ricafort, herido en una pierna, tuvo que entrar á Lima postrado en una camilla.

No fué más afortunado Valdez en la quebrada de Matucana. Con gran trabajo y no pocas pérdidas, desalojó á los guerrilleros de las alturas; y no pudiendo seguir adelante, esperó un refuerzo para dar á su destrozada tropa mejores apariencias antes de entrar á Lima. Rodil salió al mando del refuerzo, pero con tan mala suerte, que en Huampaní fué batido, y ambos entraron con menos gente de la que traía Valdez.

Estos movimientos inconsultos importaban el abandono de la sierra, ya pronunciada por la independencia, y en la que flameaba en Oyón la bandera victoriosa de Arenales.

Carratalá

Ricafort había dejado á Carratalá en Jauja con cuatro compañías del Imperial Alejandro y dos escuadrones, y como estas fuerzas eran insuficientes para mantener su autoridad en tan extenso territorio, apeló al terror para hacerse respetar. Para él no existían las leyes de la guerra: los independientes eran tratados como reos comunes: todo prisionero era fusilado en el acto: no había derecho que se respetara, atentado que no se cometiera. Velazco, Jefe de una guerrilla cayó en sus manos, y en el instante lo hizo fusilar poniéndole un cartel en el que se le denigraba como *traidor, ladrón asesino.* Las provincias de Lucanas y Parinacochas fueron víctimas de sus crueldades y de sus crímenes. Cangallo, que no quiso doblegarse ante las amenazas de este hombre sanguinario, fué tomado por asalto, entregado al saqueo y

Heroismo de Cangallo

reducido á cenizas. Por muchos años el nombre de Carratalá sirvió de coco á las madres para morigerar al hijo desobediente; y no faltó ministro que se exacerbó contra los españoles por tales actos de inhumanidad. Verdad es que La Serna al aprobar estos excesos, estando regularizada la guerra, excusó las tropelías que más tarde ejecutó Monteagudo contra los realistas: pero tan deplorable es en ella toda acción cruel, como sensible no corresponder á la debilidad del enemigo con un rasgo de magnanimidad.

Por decreto de 27 de Mayo de 1822, San Martín mandó reedificar la heroica villa de Cangallo, cuya valerosa defensa cantó en elegantes versos el poeta argentino Héctor Valera; y hasta el día de hoy conserva su nombre una calle de Buenos Aires, en conmemoración de tan sublime sacrificio.

CAPITULO XVII.

Perdido el norte para los españoles, el Intendente de Cajamarca Castro Taboada y un tal Arbaiza, se comprometieron á hacer una contrarevolución: éste pasó á Lima con pliegos para el Virrey, y los patriotas, conociendo el objeto de su viaje, lo tomaron preso y lo sometieron á juicio. Por este motivo, el motín preparado para toda la provincia, solo vino á estallar en Otuzco, y aquí lo sofocó Santa Cruz, mandado por Torre Tagle, dando muerte al cabecilla Merino, mayordomo que fué del obispo Marfil.

Los Cárcamo

El 10 de Marzo salió del Callao para Panamá el pailebot Sacramento que mandaba el capitán Gamón. A su bordo iban los hermanos Cárcamo y aquel Coronel Cortinez de las fortalezas. Al llegar á Paita se supo que Piura se había declarado por la libertad, y pocos días después que se continuó el viaje, los Cárcamo apresaron al Capitán y al piloto Felechea, y obligaron á rendirse á Cortinez, el cual opuso seria resistencia. Dueños del buque, regresaron al puerto y lo entregaron á los independientes.

Esta presa fué muy valiosa por la correspondencia de los particulares, la oficial y la de Pezuela que se encontró en ella. Conducía, además, los capitales de algunos comerciantes y 4,000 pesos de Cortinez.

Movimiento de Mainas.

En la provincia de Mainas también hubieron sus movimientos á consecuencia del pronunciamiento de Trujillo. El Obispo Sanchez y Rangel y el Intendente Fernandez y Alvarez se negaron á jurar la independencia. Temiendo ser acometidos por las tropas de Torre Tagle, se fugaron de la capital para el interior, siguiéndoles poco después el presbítero Padilla y Aguila, encargado de la diócesis, hasta la llegada de los patriotas. En Laguna celebraron los realistas una Junta el 23 de Febrero, á la que asistieron el Obispo, Padilla, Fernandez y el coronel Tolrá, que se había refugiado en Mainas con algunos soldados de Numancia.

La disparidad de pareceres del Coronel y de Fernandez, disolvió la Junta á capazos, y habiendo sacado pasaportes para España el Obispo, el Secretario y otros sujetos respetables, determi-

naron después detenerse en Tabatinga, á esperar el desarrollo de los acontecimientos.

En el intervalo, una grave sublevación había tenido lugar en las fuerzas independientes. El teniente Martos proclamó al Rey al entrar á Mainas, fusiló al Comandante de la tropa, y con la mayor celeridad organizó en Moyobamba alguna gente para expedicionar á Chachapoyas. El éxito del teniente animó á Fernandez á regresar ; se puso al frente de la fuerza, y al principio consiguió vencer en algunos encuentros; pero habiendo intimado rendición á los chachapoyanos, salieron éstos en su busca y lo destrozaron, vengando en él los crímenes del subalterno.

Desde entonces se puede decir que estos territorios disfrutaron de los beneficios de la libertad, en cambio de otros materiales que sirvieron de incentivo á un nuevo movimiento.

Mantenía la Corona una guarnición de 150 hombres en Mainas, con el objeto de contener los avances, siempre crecientes, de los portuses; y la pagaba enviando periódicamente remesas de dinero de Lima, que se dió en denominar, yo no se porqué, *situados*. Este capital empleado en la localidad favorecía no pocas industrias, y era el alma del movimiento mercantil; y paralizándose aquellas y disminuyendo éste con la república, que no permitía el envío de fondos, no eran escasos los vecinos que extrañaban el antiguo régimen. Aymerich consiguió fomentar desde Quito este desabrimiento, esperando que hubiera una reacción: y en efecto, el 24 de Febrero de 1822, en el pueblo de Putuma-

yo, se pronunciaron el sargento Santiago Cárdenas y un tal Quiles; mataron á algunos patriotas, y pasaron á Loreto donde había una guarnición al mando de Mollinedo. Fácil les fué apoderarse de las fuerzas; fusilaron al Jefe y se encaminaron á Moyobamba. El Gobernador D. Domingo Alvariño les opuso tenaz resistencia con 40 hombres mal armados; pero vencido al fin por el número, fué pasado por las armas en unión de Noriega y otros más.

Estos triunfos, aunque pequeños, dieron á Cárdenas bastante prestigio: pronto se vió rodeado de mil hombres; y cuando se disponía á marchar sobre Chachapoyas, los cajamarquinos y trujillanos organizaron una *División Pacificadora*, que encomendaron al Coronel J. Nicolás Arriola, para castigar á los rebeldes y recuperar el territorio perdido.

División pacificadora

La División emprendió una verdadera campaña en la que de ambas partes hubo deroche de valor. El primer encuentro tuvo lugar en Ventana, ocho leguas antes de Chachapoyas, el 10 de Setiembre, donde fué batido Cárdenas.

El segundo, en el Tambo del Visitador, al otro lado del Rio Negro; donde el caudillo destrozó el fuerte y se fortificó detrás de unas trincheras. Desalojado de allí, se parapetó en el pueblo de Rioja, una legua antes de Moyobamba, y el 13 de Setiembre se empeñó un tercer encuentro, mucho más reñido que los anteriores, retirándose Cárdenas al pueblo de Habana, á la otra banda del río Tonchuma. Habiendo sabido Arriola que de día en día engrosaba sus fuerzas, y que ya contaba con más de 600 hombres, le atacó con

tal brío, que el pánico se apoderó de los rebeldes, que dejaron 14 muertos, muchos heridos, y 5 trincheras á su retaguardia en las que hubieran podido guarecerse. Algunos grupos que se internaron en los bosques se resistieron aún, pero poco á poco se fueron sometiendo. Digno es de mencionarse el valor que desplegaron en esta expedición el segundo Jefe de la División, Coronel José M. Egúsquiza, el capitán Reaño y el capellán Fray Juan Aguilar que salió herido. Arriola ocupó Moyobamba el 25 de Setiembre, debiéndole la patria la conservación de este vasto y rico territorio.

Volvamos á la capital centro de las operaciones.

Una vez en el mando entró La Serna en el mundo de las desilusiones. El plan de abandonar Lima para establecer el cuartel general al otro lado de la cordillera, hasta que viniera una escuadra con tropas y pertrechos de España, se iba postergando de día en día, y aun los más fervorosos motinistas empezaban á ver que no era tan censurable la inercia de Pezuela.

La llegada del comisionado Abreu retardó la desocupación, concibiéndose por un momento la esperanza de hacer un arreglo que pusiera término á la guerra. Era Abreu de pequeña estatura, feo, contrahecho, bonachón, melífuo, de cortos alcances, poco despierto, y, como siempre sucede, con pretenciones de ser vivo. Su trato era fino; su hablar correcto; sus maneras cultas, cualidades todas que los americanos no estaban habituados á ver en los empleados que venían á las colonias. El caracter suave de los limeños Abreu

había congeniado con él, al paso que las autoridades españolas, que veían en su porte caballeresco un reproche constante de su conducta, trataron de ridiculizarlo y aun le acusaron de falta de lealtad, por haber merecido las atenciones de San Martín y de los Jefes independientes.

En la Corte se había juzgado prudente tentar un avenimiento con las colonias sublevadas, como ya hemos referido. Fernando VII en su proclama á la nación había dicho, que los americanos debían ser tratados como iguales por sus hermanos libres de la metrópoli; y con este fin mandó comisionados á Colombia y al Perú, para ver medio de arribar á un acomodamiento político. Los primeros llegaron á Costa Firme el 27 de Noviembre de 1820, un día después que Bolivar y Morillo firmaban un armisticio, y se daban el abrazo ridículo que se conoce en la historia con el nombre de Santa Ana. Itúrbide en México se aprovechó de estas disposiciones pacíficas de la Corte, para fraguar, en Febrero de 1821, su famoso Plan de Iguala.

Abreu perdió á su compañero en Panamá, y en el bergantín Nuestra Señora del Carmen bajó á Paita y Samanco, donde desembarcó é hizo el camino por tierra á Huaura, donde lo recibió San Martín con ceremonias superiores á su rango, el 25 de Marzo.

Unas cuantas conferencias bastaron para hacerle comprender, que Abreu era el hombre que convenía al cambio que habían sufrido sus ideas sobre la forma del gobierno: de manera que cuando á indicación de éste, se formó en

Lima una Junta Pacificadora, San Martín se dirigió al Ayuntamiento de Lima proponiéndole bases de avenimiento. La propuesta desagradó á La Serna: ella importaba el desconocimiento de su autoridad, y de aquí que privadamente, propuso á San Martín nombrar comisionados para un arreglo preliminar.

También contribuyó á este efecto, la triple campaña militar que se emprendió por entonces como ya hemos referido, y que en breve detallaremos, la cual redujo á los españoles al territorio comprendido en el triángulo formado por Lima, Callao y Aznapuquio.

Negociaciones de Torre Blanca.

Tal era la situación de los beligerantes cuando el Virrey nombró á Valdez y á Loriga, y San Martín á Alvarado y á Guido, para tratar, los que se reunieron en la hacienda de Torre Blanca, en Chancay. Como en Miraflores, los españoles pidieron el reconocimiento de la Constitución, y los patriotas de la independencia, puntos inaceptables que agotaron la discusión en su origen. A esto se levantó Alvarado, tomó á Loriga por el brazo y le dijo «Coronel, el Sr. Valdez y mi compañero Guido parecen más diplomáticos que nosotros; dejémoslos que discutan el tiempo que quieran, y vamos á dar un paseo por estas imediaciones.» Confiesa Alvarado en sus Memorias, que allí fué donde Loriga le dijo que pronto desocuparían Lima, noticia grata para los libertadores que, se puede decir, fué el único fruto de la conferencia.

El Virrey consiguió su propósito, esto es, que se le reconociera; y como se temía que los realistas se informaran de la posición y movimien-

Conferencias de Punchauca.

tos del ejército, los patriotas se apresuraron á convenir en que las negociaciones continuaran en Punchauca, una vez que se rechazó su propuesta de verificarlas en uno de los buques de la bahía del Callao. Cada parte nombraría tres diputados y un Secretario sin voto, y las conferencias se abrirían á principios de Mayo.

Representaban á los independientes el Coronel Guido, García del Río y D. Juan Ignacio La-Rosa: y á los realistas, D. Manuel Abreu, D. Manuel de Llano y Nájera y D. Mariano Galdiano y Mendoza, llevando de Secretarios, respectivamente, á D. Fernando Lopez Aldana y á D. Francisco Moar. La primera conferencia se verificó en 4 de Mayo. Propusieron los últimos que se enviaran diputados á Madrid y que se dividiera el territorio entre los beligerantes, comprometiéndose San Martín á entregar la mitad de los productos del Cerro de Pasco, y ellos los castillos, sacando sólo 18 piezas de á 24 con sus montajes y municiones correspondientes. Los patriotas las rechazaron, por no estar autorizados para ningún arreglo que no tuviera por base la independencia de la metrópoli, y así, solo convinieron en celebrar un armisticio por 20 días, prorrogable á 12 más. Ratificado que fué, el Virrey y San Martín, acordaron tener una entrevista en el fundo de Punchauca.

El 2 de Junio, San Martín, acompañado de sus diputados, de los Coroneles Las Heras, Necochea, Paroissien, de los capitanes Spry, Raulet y 4 ordenanzas, llegó primero á la cita, y se puso á recorrer la casa del fundo, para hacer tiempo, y á poco llegó el Virrey. Al salir de prisa al

corredor, y encontrarse en presencia de cuatro Generales y una brillante comitiva, no supo á quien debía dirigirse por no conocer á La Serna, hasta que divisando la banda de lacre rojo que debajo de la casaca cruzaba el pecho de uno de ellos, le tendió los brazos y le dijo, con la mayor cortesía y franqueza: «Venga acá, mi viejo General; están cumplidos mis deseos, porque uno y otro podemos hacer la felicidad de este país».

Estas pocas palabras produjeron un efecto mágico; su oportunidad sorprendió agradablemente á todos; su concisión rompió el hielo del primer encuentro; su propiedad avasalló los pareceres, estableciendo una corriente de cordialidad entre los que hace poco eran enemigos, y ahora competían en prodigarse toda clase de atenciones y comedimientos. Vestía La Serna de general español con manta militar, y le acompañaban los Generales La Mar, Canterac, Monet; los Tenientes Coroneles Landázuri, Ortega, García Camba, los diputados, el Comisionado Abreu y cuatro dragones.

En el banquete que siguió á la entrevista, se hizo gala de franqueza y de buen humor, y se cambiaron brindis tendentes á una sincera reconciliación. Después de la comida, San Martín tuvo una conferencia con el Virrey, á la que asistieron el Comisionado, los diputados, los Generales La Mar, Las Heras y el Brigadier Canterac, en la que se trató diplomáticamente, sobre el proyecto de fundar una monarquía, ya planteado en Miraflores de una manera confidencial. De acuerdo con Abreu, Llano y Galdiano, San Martín propuso que se gobernase el

Perú por una Regencia presidida por La Serna y dos co regentes: uno nombrado por éste y otro por él, hasta la llegada de un Príncipe de la familia real, que solicitaría él personalmente en Madrid.

Con este paso se conseguía independizar al Perú de la metrópoli, pues la Regencia y el Príncipe á quien se trasmitiría el mando, constituían de hecho un gobierno propio. La Serna contestó, que una proposición tan grave exigía deliberación, y pidió dos días para mandar su respuesta.

Conferencia en la Motezuma.

De regreso á Lima, pasó una nota diciendo que sus instrucciones no le permitían aceptarla, y comisionó á Valdez y á García Camba, para que pasasen á la goleta Motezuma, fondeada en el Callao, á conferenciar con San Martín. Estos le propusieron suspender las hostilidades hasta que la Corte, (á la que pasaría La Serna á informarla del estado del país), dictase una resolución definitiva: dividiéndose en tanto el Perú por una línea tirada de Oeste á Este, siguiendo el río de Chancay, gobernando los libertadores el Norte, y una Junta de Gobierno nombrada por el Virrey, bajo la constitución española, el Sur. A San Martín se le dejó en libertad, de ir á España á solicitar un Príncipe de la familia real que mandase el Perú, ya en unión ó separado de La Serna.

Aunque esta proposición aseguraba la independencia de todo el Norte, no se querían las cosas á medias y se la rechazó de plano. Valdez y Camba observaron, que no estaba en mejores condiciones el Perú, en la que se había presen-

do en Punchauca, y aun hicieron incapié, en que la regencia de La Serna era más desfavorable á los independientes, por que en ella no tenían sino un voto contra dos: «Estáis muy equivocados, les replicó San Martín, no hay temor de odiosas distinciones estando por medio la pala bra de La Serna.»

Todos estaban convencidos de que las negociaciones á nada conducían, y las continuaban con un doble objeto; el uno, para prepararse á marchar al interior con las tropas; y el otro, para estrechar más á Lima y precipitar la desocupación.

CAPITULO XVIII.

Carestía en Lima.

La guerra con todos sus estragos y calamidades empezó á pesar sobre Lima. Los víveres eran más escasos cada día: muchas familias se alimentaban solo con arroz; la libra de pan costaba cinco reales; un huevo tres; tres la libra de carne de oveja, y se principió á vender en el mercado carne de burro y de caballo. La mala alimentación trajo consigo muchas enfermedades: pronto los hospitales se llenaron, y hubo que lanzar al pueblo para atender al ejército.

En solo el mes de Mayo el número de soldados enfermos subió de 605 á 1,131. El ganado y aun los bueyes de los valles vecinos á la capital se consumieron en el mercado. Los campos yacían sin cultivo y en la mayor desolación.

Inocencio Zárate.

La adversión entre españoles y patriotas vi-

no á aumentar la pérdida de la caballada. Inocencio Zárate, mayordomo de Melgarejo, fué citado á comparecer ante la autoridad por inspirar sospechas. No habiendo cumplido, se mandó un piquete para prenderlo, y sabedor de ello, reunió á algunos peones de la hacienda y se llevó los caballos que pastaban en la vecina chácara de Mayorazgo.

Representación del Cabildo.

Otro disgusto mayor acabó de exaltar los ánimos. Los vecinos patriotas representaron al Cabildo, que era menester celebrar un arreglo definitivo con San Martín, porque el hambre podía suscitar un levantamiento más temible que el de la libertad. Esta amenaza, y la queja que tanto en el mercado como en el comercio y los hospitales se daba la preferencia al ejército, irritó á éste de tal manera, que se atrevió á decir al Virrey por escrito, que castigaría á los firmantes con mano propia si la autoridad los dejaba impunes.

Muy avanzados estaban los aprestos de la desocupación, para que La Serna prestara oídos á estos antagonismos que pronto estinguiría el abandono de la capital. Para ganar un poco más de tiempo, hizo que las negociaciones se trasladaran de Punchauca al pueblo de Miraflores.

Los realistas propusieron una Junta de Gobierno compuesta de un Presidente, nombrado por el Virrey, y dos Vocales por los contratantes, quedando San Martín al mando del ejército, ó si quería, embarcarse con La Serna para gestionar en España la pacificación definitiva.

El territorio quedaría dividido, como antes se ha dicho, por el río Chancay.

La Junta gobernaría en nombre de la Corona; y en caso que el Cerro de Pasco quedase al Sur de la línea divisoria, los independientes recibirían de los realistas 30,000 mil pesos mensuales. Las tarifas aduaneras se fijarían por reglamentos dictados de común acuerdo.

Se les contestó que las negociaciones de paz continuarían, si entregaban en garantía los castillos como habían prometido en Mayo; á lo que los españoles exigieron que el Gobierno de Chile y la escuadra garantizasen el cumplimiento del tratado.

Acercándose el término del armisticio, se otorgó una prórroga, continuando las negociaciones en la fragata Cleopatra, en el Callao. Se hizo un canje de prisioneros; se permitió introducir víveres á Lima, y se convino en que las hostilidades se romperían seis meses después.

Pendiente las conferencias, La Serna evacuó Lima, y entonces se suscitó la cuestión, si la Junta podía seguir funcionando en ausencia de él, que la presidía, y de dos de sus miembros. Se estuvo por la afirmativa, y se propuso por los independientes, suspender las hostilidades por 18 meses, hasta que se ejecutara un tratado definitivo con el Rey. Con este fin, las partes mandarían diputados á Madrid, ocupando los libertadores todo el país al Norte del Cuzco, y gobernando La Serna el Sur, con tal de que las tropas reales desocuparan Chiloé, Para garantizar el cumplimiento de este tratado, se entregarían los castillos, que, serían devueltos, si España no ce-

lebraba un tratado definitivo; salvo que los realistas violasen el armisticio.

San Martín había ocupado Lima y las negociaciones proseguían, sin que ninguno de los contratantes tuviese la menor esperanza de llegar á un avenimiento. Se jugaba á engañarse recíprocamente. También La Mar, Gobernador del Castillo, solicitó y obtuvo una entrevista con los diputados libertadores, para ver si era posible celebrar un tratado de paz. El resultado fué tan infructuoso como los anteriores. De esta manera 260 días se perdieron en negociaciones, dejando á todos convencidos que la contienda la decidiría la fuerza de las armas.

Proyecto de Monarquía.

Del Plata al Rimac habían sufrido notable cambio las ideas políticas del héroe: su espíritu observador le había hecho percibir, que los pueblos no estaban preparados para la república. La plebe sumida en la ignorancia; y la gente culta, escasa y presa de bastardas ambiciones. El español era dueño de la mayor parte del territorio, y aun se tenían recelos del extranjero que había abandonado patria y hogar para hacernos libres.

Es indudable que esta evolución sobre la mejor forma de gobierno, fué general en el mediodía de la América del Sur. Aunque el famoso General Miranda hubiese dicho, *que en América no había ni para darle de almorzar á un Rey*, no hubo gobierno que no patrocinara el sistema monárquico después de madura consideración. Chile en 1817, autorizó á su Ministro Antonio José Irizarri, para que solicitara en el Congreso de Aix-la Chapelle un Príncipe que lo goberna-

ra: encargándole que en todo procediera de acuerdo con D. Julián Alvarez, enviado con el mismo objeto por la República Argentina. El Director Rondeau le informó á San Martín, que el Dr. D. Valentín Gomez había celebrado un contrato *ad referendum* con el gobierno francés, para coronar á un Príncipe de la casa de Borbón, el Duque de Luca, de Soberano del Río de la Plata; comprometiéndose la Francia á zanjar las dificultades con España, y ambas partes contratantes, á interesar al Portugal, ofreciéndole que el nuevo Rey se desposaría con una Princesa del Brasil. El Congreso argentino aprobó el contrato, y cuatro días después, autorizó á su representante en París para llevar adelante la negociación.

Por entonces San Martín era republicano neto y no favorecía estos planes. Fué cuando la anarquía arrasó con todas las provincias de su patria; cuando la proclamación de la libertad en Chile, originó el concurso de bajas ambiciones: cuando la disparidad de fortunas y la diversidad de razas, de idiomas, de condición y de costumbres en el Perú, vino á revelarle que no podía haber igualdad política donde habían tantas diferencias, que se empeñó en trabajar por el establecimiento de un gobierno monárquico constitucional, que infundiera mayor respeto á las masas y asegurase mejor el cumplimiento de la ley.

Un estadista de gran talento y de elevadas miras, Monteagudo, fué también otro de los desengañados; y de ferviente demagogo que era, pasó á ser mantenedor del gobierno unipersonal: si bien hay que convenir en que las opiniones

de un hombre público no son siempre inspiraciones propias, sino fruto de las influencias de su partido, de su puesto y del respeto que debe al superior.

«Este país, decía Bolivar, en Huaráz en 1824, no puede prosperar en los primeros 100 años: es menester que pasen primero dos ó tres generaciones. Se debe fomentar la inmigración de Europa y de la América del Norte, para que se establezcan aquí trayendo sus artes y sus ciencias. Estas ventajas, un gobierno independiente, escuelas gratuitas y los matrimonios con europeos y anglo-americanos, cambiarán todo el carácter del pueblo y le harán ilustrado y próspero.»

Efectivamente; las luchas intestinas que han destrozado y arruinan actualmente á las repúblicas sud-americanas, en las que á porfía se ve el desconocimiento de la ley, el imperio de la fuerza bruta, la legislación en manos de la ignorancia y la justicia distribuida por la maldad, son testimonios fehacientes de la mirada previsora de estos genios, para quienes no tenía secretos el porvenir.

Pero así como alabo el alcance de ellos, y reconozco con otros historiadores la sinceridad de su conducta, tengo que vituperar que pretendieran fundar un reino con la gente, armas y dinero de dos repúblicas, el cual, sostenido por sus espadas y la de La Serna y sus bravos capitanes, habría echado por tierra el fruto de diez años de luchas, y levantado un volcán cuyos sacudimientos y estragos, se habrían hecho sentir del estrecho de Magallanes al Mar Caribe.

CAPITULO XIX.

Poco tacto se reveló también en las cuestiones con Cochrane. San Martín no supo hacer respetar su autoridad, y fué causa del desprestigio de la ajena. Nuevas cuestiones con Cochrane.

La rivalidad del Almirante y de Guisse se había apaciguado un tanto, merced al heroismo desplegado en la toma de la Esmeralda; pero al bautizarla con el nombre de Valdivia, Guisse que la comandaba, hizo que sus oficiales presentasen un memorial al superior solicitando que se le pusiera otro nombre, por cuanto que lo adquirido con sus espadas no debía servir para conmemorar glorias ajenas. Los firmantes fueron remitidos á Huacho para su juzgamiento; pero una vez que se ausentó Cochrane se les restituyó á la armada, donde los arrestó el Almirante. San Martín le escribió entonces, suplicándole que les levantara el arresto; pero habiendo menospreciado la autoridad de éste era una indiscreción pedirle servicio alguno. Guisse se negó á obedecer las órdenes de Cochrane, mientras no se le devolvieran sus oficiales. Spry, mandado á Chorrillos con el Galvarino, alegó que al contratarse, lo había hecho con la condición de servir bajo Guïsse, y así la escuadra se convirtió en un semillero de rivalidades en que nadie quería obedecer. San Martín puso todo esto en conocimiento del Gobierno de Chile para que dictara el remedio; pero el Gobierno temía que Cochrane se alzara con la escuadra, y le aconsejó que con-

temporizase con él ó se desentendiera acallando sus resentimientos.

Tiempo es que echemos una mirada al Sur, donde, como ya hemos dicho, se habían desarrollado graves acontecimientos.

Lavín. En el mes de Marzo estallaron conspiraciones en distintos lugares y de diverso género, fruto en parte de los manejos de Garfias, que habían encontrado los ánimos preparados para un levantamiento. El Coronel argentino José Melchor Lavín, alistado en el ejército español después de la batalla de Huaqui, fué el primero á quien Garfias consiguió atraer á sus planes. Desgraciadamente la trama fué descubierta, y se le remitió al Cuzco con la nota de conspirador. Aquí llegó á seducir parte de la guarnición, comprometiéndola á pronunciarse la noche del 21 al 22 de Marzo. El capitán Villalonga debía encargarse de la guardia de prevención; el capitán Zamora daría parte al Coronel del pronunciamiento; y el teniente Vidal peruano, que delató el plan, estuvo encargado de soltar á los presos á la una de la mañana, y á los oficiales arrestados. El Presidente Tristán y el Brigadier Antonio María Alvarez, tomaron sus precauciones para coger en infraganti delito á los conjurados, de manera que á poco de haber estallado el movimiento, Lavín y Zamora cayeron valientemente espada en mano y se rindió Villalonga, que fué fusilado por la espalda como traidor. También lo fueron los oficiales Guillén y Salgado, el asistente de Villalonga y el cabo de la guardia de prevención. Conviene decir que el denunciante no era relacionado del héroe de Valdivia.

En Sicasica estalló otro movimiento en el batallón de infantería del Cuzco, el cual fué descubierto á tiempo y sofocado por el Brigadier Ramirez.

Prisioneros de Huarmey

(Algo grave pasó también en el Norte. Los Jefes y oficiales del batallón Victoria, derrotados en el Cerro de Pasco, fueron remitidos al pueblo de Huarmey en calidad de prisioneros. Cinco meses permanecieron allí, hasta que encabezados por el Coronel Manuel Sanchez, se levantaron en la noche del 23 de Abril, mataron al Alcalde y á la guarnición, y armados con los rifles de ésta, se internaron á la sierra llevándose preso al Comandante Tellez, con la mira de unirse á la división Ricafort.)

(La noticia de lo ocurrido puso en movimiento al Dr. D. Gabino Uribe, hombre de prestigio en el lugar, que se apresuró á levantar la indiada. Con ella ocupó los desfiladeros, cercó á los sublevados en una quebrada, á tres ó cuatro jornadas de Huarmey, y sin efusión de sangre los obligó á rendirse. De allí los condujo á Cotaparaco, donde habrían sido fusilados, á no intervenir el Cura de aquel pueblo. Sometidos á juicio se les condenó á muerte; pero habiendo intercedido el comodoro inglés Spencer, se les confinó á Juan Fernandez, donde permanecieron hasta 1824 en que se les canjeó con otros prisioneros.)

Estado de Lima. Montoneros.

Había llegado por fin, el momento de evacuar la capital, para trasladar al interior las operaciones militares, y aprovechar de los inmensos recursos que ofrecía el país, mientras llegaban de España los refuerzos que se esperaban. La

disentería proveniente de la mala y escasa alimentación, había hecho y hacía estragos en los realistas; y el encono y mala voluntad del pueblo y la tropa, hacía temer de un día á otro un serio rompimiento. Las partidas de guerrillas que cercaban Lima, mandadas por Jefes esforzados como Vidal, Valdivia, Quiroz, Navajas, Ayulo y Elguera, á las órdenes del valiente Teniente Coronel argentino Villar, observaban de día y noche á los españoles, y no dejaban pasar de la sierra ni de los valles, provisiones y abastecimientos de ninguna especie. Para introducir la menor carga, había que destacar de la capital escuadrones enteros de caballería, y solo de esta manera pudieron sostenerse, durante los cinco meses posteriores á la elevación de La Serna.

2.ª expedición de Arenales.

Para hacer más crítica esta situación, á principios de Abril, se destacó al General Arenales con los batallones 1 y 7 de los Andes, Numancia, el Regimiento Granaderos á caballo, 32 artilleros, 4 piezas, total 2132 hombres, destrozados por el paludismo, que parecían unos espectros ambulantes. Llevaban la misión de batir á Carratalá, ocupar el Cerro, fuente de recursos, comunicarse con la expedición Miller, cortar la comunicación con el Sur, y amenazar con guerrillas al ejército de Lima para obligarlo á la desocupación. Al mismo tiempo se le llamó la atención por la costa, mandando á Raulet á Tambo Inga, donde apresó á una avanzada; y á Miller á Pisco, que ocupó Chincha, como ya hemos dicho.

Con el mismo fin, el 27, San Martín levantó el

campamento de Huaura, y se embarcó en las Salinas para Ancón, con cuatro batallones y 6 piezas, dejando entre Supe y Barranca 2 batallones, 2 escuadrones, los hospitales, el parque y la maestranza.

Arenales tomó en Oyón (Abril 26) las fuerzas de Gamarra, y pasó la cordillera (9 de Mayo) con tropa ligeramente equipada para alcanzar al enemigo. Mandaba las avanzadas Aldao, y la caballería, que iba á la vanguardia, Alvarado; pero una fuerte nevada les impidió tomar el Cerro, que ocuparon ellos, tres horas después que lo dejara Carratalá. En persecución de éste, pasaron al pueblecito de Reyes, el cual encontraron reducido á cenizas; y aunque se hicieron muchos esfuerzos por darles alcance, Carratalá debió su salvación á la fatiga de la tropa.

El 21 entró Arenales á Tarma, el 22 á Jauja con 600 hombres que se le habían pasado, y el enemigo continuó su retirada en buen orden. Gamarra pidió y obtuvo que se le diera 500 de caballería y 200 cazadores montados para atacarlo en Concepción; con gran prisa caminó toda la noche; al amanecer llegó á su destino, y en vez de caerle encima y desbaratarle, esperó, con la mayor pachorra que saliera el sol. Con la misma flema Carratalá se escapó á Chupaca por la otra banda del río. Arenales consultó á Gamarra, cansado ya de sus muchos desatinos. El tiempo nos hará ver cuantos males llovieron sobre el país, por no haberse procedido con la severidad que exigía el servicio militar.

En Chupaca entraron los españoles vivando á la patria para descubrir el ánimo de los veci- Chupaca

nos: de los engañados, los más entusiastas fueron recibidos á balazos; otros, apresados y azotados: algunos colgados en las torres, y el pueblo víctima del saqueo. De allí pasaron á parapetarse en el puente de Izcuchaca. Arenales los amagó por el frente, mientras Alvarado los flanqueaba trepando á unas alturas que se creían inaccesibles, y estando todo dispuesto para atacarlos el día siguiente, se suspendieron las hostilidades por el armisticio de Punchauca.

Arenales aprovechó del descanso para rehacer su tropa, establecer una maestranza, y construir y organizar talleres de sastrería y talabartería.

Huando — Al renovarse aquellas, Alvarado con el Numancia sorprendió al Imperial Alejandro, el 29 de Junio, en Huando, en el fondo de una quebrada: le tomó 120 hombres y puso á los demás en fuga, los cuales llevaron el alarma á Carratalá, á la sazón de Huancavelica, de donde se retiró á Huamanga. La caballería patriota iba á darle caza, cuando un oficial parlamentario notificó la prolongación del armisticio por ocho días más.

Los pormenores de esta notificación dieron lugar á que se imputara á los libertadores haber violado la tregua.

Cuando Alvarado verificaba su movimiento de flanco sobre Izcuchaca, como ya hemos referido, se presentó el oficial ya citado, en la avanzada de Aldao, y exigió que se suspendieran las operaciones. Aldao, que esperaba desbaratar al día siguiente á Carratalá, temió que se tratara de un ardid, y contestó, que no tenía órdenes superiores y que por lo tanto continuaría el ataque.

Así fué en efecto; la nueva del armisticio la supo Carratalá mucho antes que Arenales, y de aquí que, mientras el parlamentario se retiraba molesto á Izcuchaca, Alvarado caía sobre Huando. De regreso al puente, el parlamentario tomó por la ribera oriental para entenderse directamente con Arenales, pero al pasar por el pueblecito de Moya, los indios, que no conocían el significado de la bandera blanca que enarbolaba, mataron al corneta y á los cinco húzares que le acompañaban, salvándose el oficial por un pelotón de artillería que en ese momento pasaba con municiones. Informado Arenales de lo que ocurría, deploró el suceso, suspendió las operaciones y se reconcentró en Jauja.

Días después supo, que el 27 de Junio había dejado Lima Canterac, con los dos tercios del ejército disponible, 4,000 hombres y 6 piezas, siguiendo la ruta de Cañete y Lunahuaná, para cruzar la cordillera y caer á Jauja, donde suponía á Carratalá. Canterac deja Lima 27 Jun. 1821

Arenales había elevado su fuerza á 4,000 hombres, y considerándose fuerte, le escribió á San Martín proponiéndole atacar á Canterac al pasar la cordillera y al descender á la banda oriental. El 11 de Julio tenía su reserva en Huancayo, y levantándola á las 2 de la mañana, se adelantó resuelto á librar batalla, asegurando dar buena cuenta del enemigo en 48 horas.

No hacía tres que estaba en marcha, cuando recibió orden de no atacar sin la seguridad de vencer, no diciéndole una palabra siquiera, para la exactitud de sus cálculos, sobre si el Virrey había ó no salido de Lima, y en el primer ca-

so, la ruta que había tomado. El General se quedó perplejo, no sabiendo que partido seguir. Una nueva orden reiteró la primera sin los datos que deseaba, por lo que reunió una Junta de guerra para determinar lo que se haría, si el Virrey cruzaba la cordillera por las quebradas de San Mateo, Huarochirí ó Yauyos, ó lo que debía hacer si seguía las huellas de Canterac: si lo primero, el ejército patriota quedaba cortado si el enemigo se dirijía á Jauja ó Huancayo: si lo segundo, al ser atacado Canterac podría replegarse al Virrey y tomar la ofensiva: motivo por el que, ignorándose la marcha de éste, la Junta resolvió retirarse á Huancayo.

Puesta en práctica esta determinación, Canterac se restregó las manos: había escapado, se puede decir como por milagro: sus 4.000 hombres, reducidos á 1500, despeados y molidos, pues las guerrillas de Villar no los habían dejado descansar desde que salieron de Lima, no habrían podido resistir el empuje de los soldados de Arenales.

A los pocos días recibió éste un pliego del citado Villar, en el que le informaba haber recibido orden de acercarse á la capital, para prevenir los desórdenes á que pudiera dar lugar la desocupación: por lo que continuó retirándose: más, como al llegar á Concepción supiera, que Canterac había llegado solo á los altos de Moya (17 Julio), resolvió esperarle á pie firme no obstante lo resuelto por la Junta. El General español no se atrevió á atacarle, y el 19 entró Arenales en Jauja, que luego dejó para replegarse más al Norte. Canterac la ocupó el 28 con 500

hombres y algunos caballos, resto de los 1,500. Aquí se le reunió Carratalá, de quien es menester decir en homenaje al valor, que durante dos meses supo mantenerse sobre el terreno contra fuerzas muy superiores.

Para no separar hechos que se relacionan debo agregar, que el Virrey tomó el camino de Yauyos: los indios lo esperaron en las alturas armados de galgas y hondas y le cerraron el paso. La Serna se vió obligado á echar al río algunas piezas y no pequeña parte de sus municiones, y retrocediendo, tomó la ruta que había seguido Canterac, al que se reunió en Jauja el 4 de Agosto, no sumando todo el ejército español 4,000 hombres.

Muy experto era San Martín para no reconocer la falta que había cometido. Para repararla, le escribió á Arenales que se sostuviera en la sierra, recomendándole no comprometerse sin llevar alguna ventaja; pero esta sensata determinación la adoptó demasiado tarde, porque para recuperar el terreno perdido, era menester abrir una campaña en toda forma, no ya de una división expedita contra otra deshecha y desmoralizada, sino de ejército contra ejército.

Entonces propuso el experimentado general, marchar á Ancón; salir de allí para Pisco ó puertos Intermedios; hostilizar las costas del Sur, con las miras de posesionarse de Arequipa y Cuzco, y quizás del Alto Perú, aunque hubiera que librar una batalla, y coger así del flanco y retaguardia al ejército situado en Jauja y Tarma; con tal que el resto de las tropas indepen- Planes de Arenales

dientes atacara Pasco desde las alturas de la Oroya.

Algo más agregó para despejar la incógnita. En su sentir la retirada á la costa era la ruina del ejército. Hizo presente que el indio extraña siempre la sierra y con facilidad se deserta fuera de ella. La caballería y la infantería se estropearían mucho al pasar la cordillera, y la gente se desmoralizaría al cambiar la vida activa del campamento por la muelle de los cuarteles.

No sería pequeño tampoco el descrédito que traería la mudanza. Las familias de los que servían en el ejército libre, en general, quedarían en condiciones dificilísimas, y todo el país perdería la fé, en los que más de una vez habían protestado no abandonar un lugar hasta haber expulsado á los españoles.

Si esto no conviene, concluía Arenales, criticando sagazmente la inercia del superior, asaltemos el Callao, por que lo que importa, sobre todo, *es no quedarnos quietos, porque los enemigos no lo estarán un instante.*

La respuesta fué mandarle que se retirara á Pasco y por la quebrada de San Mateo bajará á Lima, á la que entró con 1000 hombres menos, en momentos que se juraba la independencia.

4,384 soldados aguerridos, mandados por la disciplina y el valor, habrían sido más que suficientes para concluir con las divisiones estenuadas y en cuadro de Canterac y de La Serna; si bien es cierto que si se hubiese dejado seguir á Arenales sus propias inspiraciones, habría conseguido para sí la gloria de la expedición, y co-

sechado más laureles, que todos los adalides que en distintas y apartadas regiones combatían con éxito por la libertad de Sud América.

Embelesado San Martín con la toma de Lima sin dar batalla, creía seguir venciendo con solo conquistar la opinión. El cañón y la bayoneta habían perdido mucho de su prestigio: más valía un periódico que una plana mayor: un cajista que un capitán; la tinta que la pólvora, y la pluma de Monteagudo más que la espada de Arenales.

De esta manera se prolongó la opresión de estos países, y se dejó para otro héroe la hazaña de libertarlos; con la particularidad que al hacerlo, se siguió al pie de la letra el plan trazado con mano maestra por el General argentino.

Muy lejos de mí la idea de pretender rebajar los méritos de Bolivar, que son indiscutibles. De la tarea de formar un plan á la gloria de ejecutarlo, hay un mundo de por medio; y nadie podía imputarle al héroe colombiano el haber siquiera tenido conocimiento de las ideas estratégicas de Arenales. Pero es deber del historiador presentar los hechos como son, y en el orden que se verificaron, que muchas veces la posteridad descubre que están estrechamente enlazados, sucesos y planes al parecer inconexos.

CAPITULO XX.

Disposiciones para dejar Lima.

A principios de Julio terminaron los aprestos para la desocupación de Lima. El fuerte de Santa Catalina quedó escueto: las armas que los españoles no pudieron llevar las destruyeron, y

aun negaron á sus compatriotas las necesarias para conservar el orden en la ciudad durante el interregno. De los muchos miles de soldados enfermos que habían en los hospitales, forzaron á los convalescientes á darse de alta. El descontento general que produjo esta medida, indujo á los patriotas á procurar la fuga de los demás, en cuya tarea peligrosa los ayudaron los practicantes, porteros y barchilones. Ninguno superó en ella al Dr. Julián Morales, de quien ya hemos hablado, en cuya casa se asilaban los que no tenían donde ir. El alimento y cuidado de los desertores, cuyo número subió á 2,000, corría á cargo de las patriotas limeñas. Los que no pudieron evadirse, fueron mandados á las fortalezas, y como mil quedaron medicinándose.

La máquina de la casa moneda fue inutilizada, y los papeles del archivo quemados ó rotos, para no comprometer á los realistas que se quedaban en la ciudad.

El 4 anunció el Virrey en una proclama, que el mando de ésta quedaba á cargo del Marqués de Montemira.

Recomendó el orden á los vecinos y pasó un oficio á San Martín rogándole, que atendiese á los enfermos de los hospitales, y que cuidara que los montoneros no se aprovecharan de la acefalía de Lima para cometer desórdenes. Excitó el celo del Arzobispo para que con su palabra y presencia contuviera los desmanes de la plebe, y el 6 de Julio, á las cinco de la mañana, salió con el ejército para San Borja sufriendo las peripecias ya referidas.

Retirada de La Serna

En esta retirada como en la de Canterac, la

deserción fué tan grande, que para contenerla se dispuso que fuera pasado por las armas todo el que fuera hallado á cien varas de la tropa, ó del campamento.

Los indios se levantaron en masa; los montoneros redoblaron su actividad, y como un enjambre de abejas enfurecidas persiguieron á los españoles, apresando ó dando muerte á todo el que encontraban separado de sus acantonamientos.

Es opinión admitida, que fué grave error en San Martín no haber picado la retaguardia á La Serna, siquiera con mil hombres, y poco antes á Canterac, lo que habría bastado para terminar una guerra que se puede decir comenzaba.

La prolongación fué desastrosa para todos: amigos y enemigos sufrieron indistintamente. Baste decir que se la sostenía con ataques continuos á la propiedad La capital fué tomada y recuperada varias veces; y aunque el tiempo ha sepultado sus tristezas y alegrías, vive el recuerdo aún, que en unas y otras Lima hizo gala de su ascendrado patriotismo.

La retirada del Virrey produjo un gran movimiento en toda la ciudad. Un terremoto no habría lanzado un gentío tan inmenso á las calles: los vecinos cambiaban entre sí saludos y apretones de manos; y unos corrían á casas de otros para darse la enhorabuena por un suceso tan grato como esperado. Muchos españoles acaudalados no se movieron de sus casas, confiados en sus relaciones y en la proverbial hidalguía limeña; y solo algunas familias demasiado tímidas, se asilaron en los castillos del Callao ó en los

monasterios. ¡Lástima, y grande fué, que con el tiempo tuvieran que arrepentirse!

Entrada de San Martín

El 7 entraron en Lima los comisionados de San Martín con bandera blanca; conferenciaron con el Cabildo y el Marqués de Montemira, y convinieron en retirar las guerrillas, mandar cuatro diputados, dos del Ayuntamiento y dos del Marqués á ofrecer la ciudad al General, y en rodear la ciudad de tropa de línea á órdenes de Montemira. Tanta hidalguía inspiró sospechas. A una guerrilla que se aproximó, se le ordenó que se retirara; y en el acto, sin esperar orden superior, se alejó á la distancia que se le dijo.

La primera división patriota entró en la ciudad el 9 por la noche, cruzando por en medio de una multitud loca de entusiasmo. El resto del ejército acampó en Mirones, para atender á la capital y al asedio de las fortalezas. Todas estas fuerzas ascendían á 3,000 hombres; los batallones 8 y 11 de los Andes; el 2, 4, 5 de Chile; el Regimiento Granaderos á caballo, la escolta y artillería de Chile.

Al día siguiente, á las 7 y media de la noche, que se singularizó por un fuerte temblor, entró San Martín á Lima, de incógnito, para librarse de las ceremonias y consiguientes fatigas de un recibimiento. Las precauciones resultaron ineficaces; el secreto se divulgó por la ciudad como por encanto; el pueblo acudió en masa á palacio sin distinción de sexo, profesión ni edad; todo el mundo quería conocer al caudillo.

Dos frailes fueron los primeros que lo saludaron; y si el uno lo comparó en un largo discurso con César, el otro no quiso quedarse atrás y

lo parangonó con Lúculo. Cuando concluyeron de hablar y se retiraron, San Martín, desesperado, levantó las manos al cielo y dijo: ¡ Santo Dios ! ¡ qué va á ser de mí; esto es cosa de nunca acabar ! á lo que un ayudante le replicó, « pues todavía faltan dos más ». «Entonces, repuso San Martín, que traigan mi caballo y vámonos ».

Desgraciadamente todo escape era imposible: un gentío abrumador cerraba todas las avenidas. Una anciana se postró á sus pies y le ofreció á sus tres hijos; él la levantó en sus brazos y dirigiéndose al concurso, le indicó que ese era un ejemplo digno de imitarse. Poco después algunas señoras se arrodillaron; lo tomaron de las piernas y poco faltó para que lo tumbaran. Contemplando á una preciosa niña de doce años entre la muchedumbre, que iba á ser víctima de la apretura, la levantó en peso y la colocó á su lado; un aplauso general atronó el recinto. El entusiasmo no tenía límites; todos querían verle, oirle, tocarle; á los gritos de « Viva nuestro General » respondía él con modestia « No, viva la independencia del Perú ». Con gran trabajo se abrió paso la comisión del Cabildo que venía á felicitarle; y no tan pronto terminaron los discursos, cuando una hermosa mujer se le arrojó en los brazos sollozando, sin poder articular otras palabras que las siguientes: « Mi General, mi general. . . . » tan embargada estaba por la emoción.

Impresionado por la singularidad, el entusiasmo y la belleza de la protagonista, dijo con galantería á los que le rodeaban « Debería ser per-

mitido devolver la gratitud con un beso»; y volviéndose á uno de sus edecanes, le ordenó que la diera el brazo y la acompañara hasta la puerta de palacio. Tan luego que despejó algo el concurso, á las diez y media de la noche, se retiró á Mirones.

Proclama y primeros decretos

En los días siguientes expidió una proclama, ofreciendo concluir la campaña en 40 días, si los pueblos lo acompañaban; rasgo jactancioso que contrastaba con la gravedad de su caracter, arrancado por el entusiasmo del recibimiento.

Dispuso que las armas y escudos reales de la nobleza se quitaran de todas partes, y que los españoles y criollos volviesen á sus ocupaciones habituales. Las guerrillas en vez de infestar como antes, custodiaron los caminos; y con el libre tráfico, pronto se abasteció el mercado y se abarataron los artículos de primera necesidad; si bien un desastre deplorable tuvo lugar al llevar á cabo una medida dictada con este fin.

Estando la harina escasa y á subido precio, Cochrane recibió orden de desembarcar en Chorrillos 200 fanegas de trigo, tomadas en Mollendo durante el armisticio. En este buque se habían depositado también, los robos de las tropas de Miller en Pisco y Arica, y por este motivo podemos decir, que era el cuerpo ambulante de innumerables delitos. El Almirante representó al gobierno, que la operación era peligrosa por estar el buque muy cargado y ser abierta la bahía; más reiterada aquella, se procedió á la descarga, desfondándose el San Martín y yéndose á pique con lo propio y con lo ajeno, en justo castigo

de las fechorías de su Jefe, y presagiando la caída del héroe cuyo nombre lo patrocinaba (16 de Julio).

Los tribunales continuaron funcionando, y el 18 de Julio se promulgó por bando, que el español que tuviera armas las entregara bajo pena de destierro y confiscación de bienes, que afectaría también á los americanos que sirvieran en el ejército realista ó que se ausentaran á la península.

Se convocó en el Ayuntamiento á los vecinos notables, á fin de que manifestasen libremente sus ideas, sobre si el país estaba ó no dispuesto á la independencia; y en 15 de Julio se firmó el acta que se conoce con el nombre de la Jura, en la que todos los concurrentes por unanimidad se declararon desligados del gobierno español. El Arzobispo, los Prelados de los conventos, el Conde de San Isidro y muchos títulos de Castilla figuran al pie de ese documento, que es el más importante y el primero de nuestra emancipación política. Acta de la Jura.

El 28 fué el día fijado para la proclamación. La ciudad se vistió de gala. De muy apartadas provincias habían acudido pobres y ricos á presenciar un acto tan solemne: los caminos que conducían á la capital, estaban llenos de viajeros y de acémilas en todas direcciones: un gentío inmenso invadía las calles; las posadas y tambos no se daban abasto para albergar á los visitantes, y muchos tuvieron que apelar á la hospitalidad de sus parientes ó amigos. Proclamación de la Independencia.

San Martín salió de palacio, acompañado del Marqués de Montemira, de su Estado Mayor,

y de los Generales del ejército, ginetes todos en soberbios caballos, y subiendo á un lujoso tabladillo que se había alzado en la plaza mayor, batió en el aire el estandarte del nuevo estado, y, vivamente emosionado por la grandeza del acto y el entusiasmo de verse aclamado con justicia *el Libertador*, dijo con voz entera; « EL PERÚ, DESDE ESTE MOMENTO, ES LIBRE E INDEPENDIENTE POR LA VOLUNTAD GENERAL DE LOS PUEBLOS Y LA JUSTICIA DE SU CAUSA QUE DIOS DEFIENDE. Un viva atronador acogió estas palabras; las campanas se echaron á vuelo; los cañones asordaron el espacio; los soldados descargaron sus armas y un grito de júbilo y de regocijo se hizo oir en toda la ciudad. En medio de este alborozo, San Martín y su comitiva recorrieron las principales calles, bajo una lluvia de flores y de sonrisas de las bellas, y regresaron á palacio donde en una de las galerías los esperaba el denodado Lord Cochrane, que era objeto de las justas y sinceras manifestaciones de admiración y respeto de la gente decente y del bajo pueblo. En la noche se dió un baile suntuosísimo en Cabildo, al que concurrió lo más graneado de la ciudad.

El 29 se celebró en la catedral un *Te Deum*, en el que predicó el famoso franciscano Dr. Bastante. Las corporaciones prestaron el juramento de sacudir toda dominación extranjera; y en la noche un baile en palacio, tan soberbio y animado como el anterior, puso término al regocijo de días tan memorables.

Medallas. En conmemoración de tan fausto acontecimien-

to se tiraron medallas con esta inscripción, *Lima libre juró su independencia el 15 de Julio de 1821;* y en el reverso, al centro, en medio de laureles, esta leyenda, *Bajo la protección del ejército libertador del Perú mandado por San Martín.*

Un nuevo pabellón flotaba al aire sobre el antiguo palacio de los Virreyes. Levantado por un héroe de grandes miras y elevados sentimientos, y con el apoyo de los valientes de dos repúblicas, el debía simbolizar en la paz, la unión y la confraternidad americana, y en la guerra, el valor hasta el sacrificio. En los pocos años de vida independiente que disfrutamos, él flamea airoso en el continente cada vez que se trata de una empresa noble, de una idea justa, de una causa santa; y ha acreditado que posee el talismán de electrizar á las huestes, y de infundir en los capitanes el espíritu caballeresco y marcial de esos tipos inmortales que ennoblecen las páginas de la historia.

CAPITULO XXI.

Miller sale de Pisco.

El mal clima de Chincha, donde dejamos á Miller, le obligó á perder las ventajas obtenidas.

De los 600 hombres que tenía á sus órdenes, 22 murieron en menos de un mes, y 180 habían en el hospital, casi deshauciados por la mala asistencia. Los dos Jefes beligerantes, García Camba y Miller cayeron enfermos con tercianas; el último de gravedad, al extremo de haber tenido que llevarlo á Pisco en litera.

Con los patriotas se embarcó el vergonzoso

botín de esta expedición: 100 negros esclavos, 15 arrobas y media de plata labrada, 50 botijas de aguardiente, mil panes de azúcar y no pequeña cantidad de zurrones de tabaco y otros artículos de propiedad española. La guerra de merodeo que desacreditaba á los aliados, y en nada adelantaba las operaciones militares, fué uno de los graves errores del Almirante, que hubiera querido que el gobierno de Chile y San Martín, le diesen tropas para emprenderla en mayor escala. El plan no era desinteresado. De tan rico botín dispuso Cochrane como si fuera cosa propia.

Miller en Arica

El 22 de Abril se dieron á la vela en el San Martín para el Sur, las extenuadas tropas de Miller, esperando recuperar la salud perdida con las brisas del oceano. El 6 de Mayo llegaron á Arica y resolvieron atacar la guarnición, que se componía de 300 á 400 hombres. La primera tentativa fué infructuosa por la braveza del mar: pero en la segunda que se hizo más al Sur, con 250 hombres al mando del capitán Wilkinson, se pudo llegar á tierra, pero con las ropas y municiones mojadas. Hubo que regresar á bordo, surcando un mar agitadísimo, para evitar una sorpresa del enemigo.

Efectivamente; á las pocas horas de terminado el embarque, apareció flameando en los cerros vecinos la bandera española. En la noche siguiente se intentó desembarcar un poco al Norte, pero lo impidieron las fuertes rompientes.

Merece consignarse, que el entusiasmo de la tropa y de los marinos no disminuía estimulado por la codicia. La escuela fundada en Pis-

co se batía por algo más que por los esplendores de la gloria. De á bordo observaban con avidez, las recuas de mulas que continuamente salían para el interior cargadas de mercaderías; y la insuficiencia de la vista y de los catalejos, le daba mayor vuelo á la imaginación; y así, una pequeña caravana de burros cansados les parecía el rebaño de llamas rendidas con el oro de Atahualpa. Todos á una, Jefes, marinos y soldados, pedían á gritos que se les llevara á tierra, para lanzarse como perros de presa sobre el supuesto botín.

En dos goletas fué trasladada la tropa al Morro de Sama con provisiones para 24 horas, la cual no pudo desembarcar sino dos días después, superando grandes peligros. Se atravesó el desierto y se ocupó primero el valle de Sama, y al siguiente día Tacna.

Refiere Miller que por entonces dió de alta á un oficial peruano, D. Bernardo Landa, de estatura gigantezca, carácter sospechoso, pero muy valiente. Su cooperación resultó eficaz, por ser muy práctico en los caminos. Con él no había temor de extraviarse en la costa ó en la sierra de día ó de noche; no dejaba escapar la menor oportunidad para atacar con ventaja al enemigo; y á una vista de lince reunía un aplomo y serenidad á toda prueba. Sus antecedentes no eran limpios, desgraciadamente. Complicado en la revolución de Pumacagua, hizo una contrarevolución y apresó á sus compañeros el Teniente Coronel Cherveches, Astete, el cura Muñecas y los entregó á Ramirez. Todos fueron pasados por las armas, con excepción del último que pu-

Landa

do escapar. Habiendo principiado por confesar sus crímenes al presentarse á Miller, se creyó sincero el odio que protestaba tener á los españoles y se le dió de alta en el ejército.

Portocarrero También fué un poderoso aliado desde poco antes de Mirave, el subdelegado de Moquegua D. Mariano Portocarrero que, como Landa, mantenía correspondencia hacía tiempo con Belgrano, San Martín y O'Higgins.

Soler El Mayor Soler, natural de las Provincias Unidas, segundo Jefe de Granaderos á caballo, se movió con un piquete de 62 marinos y dos culebrinas de cohetes á la Congreve sobre Arica. Al saber que se acercaba, la guarnición que era débil, se entregó á la fuga, y los patriotas la alcanzaron y deshicieron en el valle de Azapa, tomándole 100 prisioneros y 4 oficiales, que se enrolaron en la tropa de Miller al llegar á Tacna.

Soler fué destacado á Locumba, y se apoderó de 120,000 $ en mercaderías, y Miller de 4,000 y 300,000 $ en efectos, en la aduana de Tacna, pertenecientes á españoles, los mismos que embarcó en Arica. En este puerto tomó los cargamentos españoles de los buques Lord Cathcart, Colombia y Joseph, que venían de Río Janeiro consignados á súbditos británicos.

La Hera Para recuperar el terreno perdido, el General Ramirez mandó de Arequipa tres destacamentos: uno por la ruta de Moquegua, fuerte de 380 hombres, que recibió un refuerzo de 100 al llegar á esta ciudad, al mando de La Hera; otro de Oruro de 200 veteranos con Ameller, y otro de Puno de 250, veteranos también, con

el Comandante Rivero, fuerzas todas á las órdenes del primero de los Jefes nombrados.

Todos estos movimientos los sabía Miller por noticias de Portocarrero; así cuando La Hera ocupó Locumba, determinó batirlo antes que llegaran los refuerzos.

Su tropa se componía de 310 hombres, 70 caballos, y 60 voluntarios bien armados y montados, con la que ocupó el pueblo de Bellavista al pie de la cordillera. El enemigo se movió á Ticapampa acercándose á Rivero, y Miller para desorientarlo, hizo un movimiento falso variando á la derecha, caminó quince leguas en 18 horas y acampó en Mirave, de donde podía descolgarse á dar batalla á cualesquiera de los tres que venían á su encuentro. Un oficial de avanzada cometió la indiscreción de apoderarse de la caballada realista, tomando preso al teniente Callao encargado de ella, con lo que dió lugar á que los fugitivos llevaran el alarma al campamento de La Hera. Mirave

En una de las alturas vecin as colocó Miller al capitán Hind con los cohetes á la Congreve, para llamar la atención del enemigo, en tanto que la infantería conducida por él, y los marinos por el capitán Hill, debían cruzar el torrente del fondo del valle, á la grupa de los dragones. Al amanecer colocó á la caballería á la derecha de la infantería, y emprendió un ataque tan vivo sobre los españoles, que á los pocos momentos los agolpó en la cumbre de una colina rodeada de precipicios. Por quince minutos el fuego de ambas partes fué desesperado, hasta que por fin los españoles cedieron el campo, dejando 98

muertos, 156 prisioneros, la mayor parte heridos, y 400 mulas.

Concluida la refriega apareció el refuerzo de Puno; intentó cruzar el río, pero bastaron algunos cohetes para hacerlo desistir. Tal fué la memorable acción de Mirave (22 de Mayo), en la que se distinguieron los capitanes ingleses Hind y Hill, el capitán argentino Videla, los capitanes peruanos Maruri y Aramburu, y los tenientes Asagra, Dominguez, Vallejos, Suarez y

Dr. Welsch. La Tapia. El Dr. Welsch, muy querido de los soldados, fué hallado entre los muertos. Lord Cochrane, de quien era cirujano, expresó su dolor diciendo, que habría preferido perder el brazo derecho.

Locumba. Los vencedores continuaron la persecución treinta leguas al norte, camino de Moquegua. En Locumba se detuvieron un rato á tomar rancho, y Landa, con algunos paisanos se apresuró á ocupar el portachuelo, para impedir que los fugitivos se escaparan de la ciudad. Después de una marcha forzada, los patriotas entraron en ésta el 24 á las 9 de la mañana. Miller con 20 dragones al mando de Suarez, se precipitó en la plaza donde habían acampado los realistas, y fué desalojándolos de calle en calle, hasta que habiendo sobrevenido Soler con la caballería, les dió en la campiña una brillante carga, que los puso en derrota; 13 muertos, y los demás prisioneros, incluso el oficial, fueron el resultado de la refriega.

El 25 se supo que una fuerza de 200 á 300 hombres estaba en las alturas de Torata. Se destacó una columna de 140 infantes montados, un

piquete, y al bravo Landa con 18 ó 20 paisanos armados. El 26 á las 9 de la mañana, el enemigo fué sorprendido en la Calera, teniendo apenas tiempo para ensillar y ponerse en fuga, en la que la mayor parte fueron muertos, y los demás hechos prisioneros. De esta manera, en quince días, de los 600 españoles de los dos destacamentos, no llegaron á Arequipa sino 20 hombres; y si incluimos la guarnición de Arica, el ejército realista había perdido mil hombres.

De regreso á Torata, el 29 entraron á Moquegua; la caballería pasó á Santo Domingo, y los infantes siguieron por la Rinconada, Sitana y Locumba, á la que llegaron el 8, y la caballería el 9.

Situación de los beligerantes.

Por unas comunicaciones de Ramirez á La Hera que pescó Miller, se vino á imponer de las negociaciones de Punchauca; y en el acto desplegó sus avanzadas hasta 14 leguas de Arequipa, 12 de Santiago de Machaca, cuartel de La Hera reforzado ya con Gerona, y á pocas millas de Iquique. De esta manera, el armisticio le encontró gobernando sobre un territorio de más de 100 leguas de largo por 30 de ancho, poco más ó menos.

Durante él, Miller supo explotar el entusiasmo y patriotismo de los tacneños, para formar y equipar el batallón Leales del Perú, al que entregó Cochrane su bandera, consistente en un sol de oro en campo azulado. Con esto se elevó la fuerza á 900 hombres; si bien no se podía disponer de la mitad á causa de las tercianas.

Ramirez, entretanto, recibió refuerzos y puso

en pie 2,000 hombres. Miller, aprovechando de la tregua, tan luego que La Hera avanzó el 12 á Santiago de Machaca, evacuó Tacna el 20 de Julio, y mandó á Arica las tropas, casi al mismo tiempo que Arenales dejaba Jauja y se replegaba sobre Lima.

Estos movimientos revelaron al Almirante que la empresa se había malogrado, y se hizo á la mar con rumbo al Callao, dejando tres embarcaciones menores, que se dieron á la vela también antes de la llegada de Miller.

Retirada de Miller.

En el puerto estaban fondeados una goleta americana de 300 toneladas y tres buques pequeños, de los que éste resolvió apoderarse á todo trance. El capitán de la goleta no quería cederla á ningún precio. Miller se fué á bordo; interesó á algunos de la tripulación que lo conocían; entusiasmó á otros con la idea de salvar á los valientes que acababan de alcanzar en tierra la palma de la victoria, y se hizo dueño de todas las embarcaciones.

En la noche la tropa se embarcó, siguiéndola muchos emigrantes, que por su adhesión á la patria temían á los realistas; de manera que, cuando á la mañana siguiente aparecieron éstos en la ribera, no fué sino para ver destacarse en una de las últimas balsas la figura elevada de Miller.

Retrato de Miller.

Esbelto, simpático, no obstante el color subido de la cara, con patillas rubias á lo Wellington, de una actividad asombrosa y una constancia infatigable, era Miller la adoración de sus soldados, y por su jovialidad y llaneza, amigo sincero de cuantos le trataron y conocieron. Ca-

ballero á las derechas, era una oveja en sociedad y un tigre herido en el campo de batalla.

Es digno de consignarse, que en esta pequeña campaña hicieron lujo los beligerantes de exquisita galantería. De á bordo mandó Miller un parlamentario á La Hera, para suplicarle que atendiera á los heridos y enfermos que dejaba en el hospital. El Jefe español redobló el servicio; duplicó las provisiones y medicinas, y mandó que se les atendiera esmeradamente. Ocupada Locumba, los mejores vinos del valle pasaron de manos de los rapaces soldados de Miller á la mesa del Coronel español que acabo de citar.

Suarez, bravo capitán español, muy querido de Ramirez, cayó herido en Moquegua. El General pidió á Miller que se lo mandara á Arequipa para curarlo: se le remitió debidamente escoltado y rodeado de cuidados y atenciones. Suarez.

Un oficial patriota pasó á Arequipa á comprar algunas mercaderías. Ramirez supo que lo mandaba Miller, y en el acto ordenó que se le diese *gratis* lo que buscaba, y que se pidiera á Lima, por cuenta suya, lo que faltaba en Arequipa.

Lord Cochrane dispuso que el Coronel Sierra y el alferez Ramirez, presos en Moquegua, fueran puestos en libertad, al saber que con su sueldo sostenían á sus familias. Es grato ver que estos arranques generosos, esta fina cortesía, dulcificasen, aunque fuera por un momento, en medio de tanta calamidades, los males y rigores de la guerra.

Lord Cochrane se dirigió entonces á San Martín y al Gobierno de Chile, proponiéndoles que mandasen refuerzos á Miller para conservar lo Nuevos planes de Cochrane.

ganado, ó que le permitieran desembarcar en Quilca para atacar Arequipa, que Ramirez había desguarnecido al expedicionar á Moquegua, como ya hemos referido. Uno y otro rechazaron con razón estos planes, desde que ni el éxito, ni el valor desplegado por el célebre guerrillero y sus soldados, habían podido impedir que se abandonara una campaña iniciada bajo tan buenos auspicios. La expedición á Intermedios, tal como la concebía el Almirante, no era sino una diversión militar sin consecuencias para el fin último á que se aspiraba.

En esa región el invasor se encuentra aislado; expuesto á tener cortada la retirada si se interna, y ni con 1,000 ó 2,000 hombres de refuerzo, como pedía Cochrane, se halla en condiciones de llevar la guerra hasta el Alto Perú. Para esto habría sido menester, que Arenales hubiese podido adelantarse hasta Huancavelica; y ya hemos visto que merced á las órdenes de retirada que se le dieron y cumplió, para operar sobre los españoles en esta provincia, necesitaba emprender una nueva campaña. El ataque requería 2 ó 3,000 hombres más, y San Martín ya no tenía que mandar, teniendo al frente en Lima un ejército superior.

Miller vuelve á Pisco

Por la acción de Mirave, Cochrane ascendió á Miller á Coronel, grado que después ratificó San Martín. De Ilo pasaron las fuerzas á Pisco, que ocuparon el 2 de Agosto. Al siguiente día emprendieron sobre Ica, cuartel de Santalla, el que publicó un bando amenazando con fusilar á todo viviente, si en el término de cuatro horas no le daban 300 bestias de silla y carga. En ellas

fugó precipitadamente á Palpa y Changuillo, de donde lo desalojaron el 7. Los Morochucos, á quienes se había logrado levantar en masa, le cortaron la retirada de Huancavelica y le obligaron á tomar la ruta de Copara, siete leguas al Sur de Palpa. Aquí fué alcanzado, y en un pequeño encuentro perdió 70 prisioneros. El resto se refugió en una montaña muy escarpada, que no pudieron subir los patriotas, rendidos por las marchas forzadas. Miller regresó á Ica, y dejó á los Capitanes Plaza y Carreño con 23 hombres de caballería para acabar con Santalla.

Caminando de noche dieron con él en Caguachi, á tres leguas de Nazca, y hallando á la tropa dormida en un corral, dispararon sobre ella y mataron á 12 soldados: el resto de 82, inclusive 15 oficiales cayó prisionero. Santalla logró escapar por haberse echado á dormir en lugar separado, y dándosela de oficial francés enrolado en el ejército patriota, pudo llegar á Arequipa, donde lo sometieron á consejo de guerra por cobarde. Muchas habían sido sus crueldades con los patriotas para que se le tratara con severidad: se le absolvió; y más tarde se recompensaron sus delitos nombrándole sub-delegado de Arica.

Miller asumió el mando político y militar de Ica y reforzó sus tropas: atrajo al partido de los independientes al Marqués de Campo Ameno, á los Señores Nestares y Guerrero y á otras personas ricas é influyentes; pero como hubiese llegado á su noticia que Canterac había desocupado Jauja para descender á Lima, voló en persona á prestar sus servicios en la acción que se es-

peraba, dejando el mando de sus fuerzas y del distrito al Mayor Videla.

CAPITULO XXII.

Sitio del Callao.

Al dejar Lima La Serna, aun flotaba en los castillos la bandera española. Entonces, como algún tiempo después, el Callao fué el último baluarte de una monarquía que contaba con la sanción de los siglos. Cochrane bloqueaba el puerto, y por tierra, una división al mando del General Las Heras, estableció un rigoroso sitio con avanzadas en Bellavista y la reserva en La legua.

Crosby toma los buques españoles

El 24 de Julio, Crosby, con ocho botes tripulados, se apoderó en la noche, bajo el nutrido fuego de los fuertes, de la corbeta Resolución, de los buques mercantes San Fernando, Grampos y Milagro, é incendió las fragatas, mercantes también, Mercedes y Piedad, distinguiéndose en el ataque los capitanes Morgell y Simpson. Con esto desapareció en el Pacífico el último resto de la escuadra española; pues la corbeta Sebastiana había sido echada á pique por sus tripulantes el 16 de Julio.

El mismo día, los sitiados intentaron una salida; y en el encuentro que tuvo lugar, se distinguieron el Mayor Necochea y el capitán Raulet, que salió herido.

Ataques de sitiadores y sitiados.

El 14 de Agosto contestaron los sitiadores, tratando de forzar las puertas de los castillos, con una columna mixta de 1,150 hombres mandados por Las Heras, que con la mayor celeri-

dad salió de Bellavista. La gran distancia que había que recorrer, dió tiempo al enemigo para cerrarlas y abrir un fuego mortífero sobre los asaltantes, que se retiraron con pérdida de 10 muertos y 17 heridos. La caballería colocándose bajo los fuegos, entró al Callao y degolló á cuantos no tuvieron tiempo de entrar al castillo: hubieron 41 muertos, incluso 5 oficiales. Entre los heridos cayó Ricafort, convalesciente aún de sus heridas. El soldado que lo tomó prisionero y se lo llevaba á la grupa del caballo, fué muerto por una bala perdida; el preso se tiró al suelo y fué recogido por los suyos. Este doble escape y la noticia de su gravedad, movieron á San Martín á invitarlo á pasar á Lima, donde fué asistido y curado con el mayor esmero por cuenta del erario.

Proposiciones de Cochrane

Cochrane se aprovechó del desaliento que estos rechazos produjeran en los sitiados, para proponerles que le entregaran la tercera parte de los caudales que habían en los fuertes, en cambio de su protección, del derecho de disponer de las dos terceras, y de la promesa de darles buques para ir á España pagando cada cual su escote. Antes de esto, había permitido la salida de algunos sitiados por dinero, alegando necesidades de la escuadra y lo indispensable que era obligar á San Martín á que dejara á los peruanos constituirse libremente. Mas, ni este noble propósito podía encubrir una codicia manifiesta; ni aquella excusa pueril, justificar una conducta altamente vituperable en cualquiera, y mucho más en el Jefe encargado del bloqueo de una plaza.

Protectorado.

Si la ocupación de Lima fué un gran paso, en concepto de San Martín, en la empresa de libertar el Perú, el título de Protector que asumió (3 de Agosto), fué una medida imprudente, que lo alejó de sus tropas, le independizó de Chile y Buenos Aires, y que despertó tantos celos entre los militares y políticos como entre sus más celosos partidarios. Un paso de esta magnitud no debía haberse dado sin la aprobación previa del ejército. Elevado por éste en Rancagua su verdadera base estaba en las bayonetas; y en política, cuando falta el apoyo de la ley es indispensable contar por lo menos, con el de autoridad. El pueblo tenía ideas democráticas; se le había halagado con la libertad del sufragio, y era un triste desengaño, una vez libre, ponerle bajo la férula del absolutismo. Cochrane fué el primero que protestó, siendo así que debería haber sido el primero en sostenerlo, desde que sin el dominio de mar no se hubiera podido abrir la campaña ni era posible ahora llevarla á su término.

Ejecución de Jeremías

La ejecución de Jeremías fué otro error gravísimo ennegrecido por la crueldad. El celo desplegado antes en despertar el patriotismo, lo empleó ahora la víctima en desacreditar la dictadura, y San Martín, en un momento desgraciado de obsecación, lo hizo fusilar en la plazuela de Santa Ana. Así cayó como bueno este apóstol humilde y fervoroso de la libertad, que en su delicada y peligrosa misión, no cosechó sino hambres, prisiones y amarguras de todo género. Contraste doloroso del

destino, que el que debiera concederle el premio le alcanzara la cicuta.

La nobleza de miras; el ofrecimiento de devolver el mando conseguida la libertad; la necesidad de no abrir campo al combate de las opiniones, al choque de los partidos, al entronizamiento de la anarquía; la imposibilidad de un congreso y de toda elección en un país ocupado en su mayor parte por el enemigo; la conveniencia de unificar las operaciones militares, no eran razones bastantes, como escribió San Martín á O'Higgins, para adoptar una medida que despertaría sospechas en los emancipados, y recelos y disgustos en los que habían abandonado comodidades, hogar y patria por sacudir el yugo español.

Los efectos no se hicieron esperar. Un gran antagonismo se suscitó entre el Protector y el Almirante, ya muy disgustado y con razón, desde que en las medallas conmemorativas de la independencia, toda la gloria se la atribuían al ejército con olvido de la escuadra. La marina se independizó y no admitió órdenes en lo sucesivo; y el desprestigio de ella y del ejército, se hizo sentir en breve en la debilidad de las operaciones.

Esta desavenencia alteró aún la buena armonía de las relaciones internacionales. El enviado de Chile le pidió en una conferencia á San Martín, la devolución de parte del dinero gastado en la expedición al Perú, y se le contestó, «que el gobierno abonaría, cuando el de Chile pagase lo que debía á las Provincias Unidas del

Río de la Plata, por la expedición que libertó á aquel país en 1817».

Lo referido viene acreditando que fué un grave error en San Martín implantar un nuevo régimen, sin el beneplácito espontáneo ó servil de los que le rodeaban.

División de la Administración.

La administración se dividió en tres ministerios: Relaciones Exteriores, á cargo de García del Río; Guerra y Marina de Monteagudo; y Hacienda de Unanue. Las Heras fué nombrado Comandante en Jefe del ejército.

En 2 de Agosto se le ordenó al Arzobispo que clausurase las casas de ejercicios de mujeres, temiéndose que al avanzar Canterac sobre Lima, la nobleza le pudiera dar noticias del estado de ella.

Liberalismo mal entendido.

Entonces como ahora, el liberalismo mal entendido consistía en hacer ostentación contra el hábito y la sotana. La intolerancia para con el clero es vicio perenne de los demagogos. Convienen en la igualdad ante la ley: en que las profesiones disfrutan de los mismos derechos: en que cada cual puede escoger la que más le convenga: pero tratándose de los sacerdotes, opinan, sostienen, que se les debe atacar sin piedad, de palabra y obra, hasta aniquilarlos. Ni el Protector, ni Monteagudo pudieron librarse de la influencia de estas ideas vulgares que predominaban en las Logias, y que aun hoy proclama todavía con orgullo la juventud irreflexiva, desconociendo así la naturaleza humana y el carácter genuino de la verdadera libertad. En todas las condiciones y estados del hombre, el número de las buenos es muy inferior al de los extra-

viados y al de los inaparentes. Creer que tal ó cual oficio ó profesión hace mejores ó peores á los hombres, es tan absurdo como aplicar el tormento para dar con la verdad. Los vicios ó defectos de que adolescemos nos acompañan en todas las situaciones de la vida. Ni la sotana nos hace más piadosos, ni el frac más corteses y civilizados. Gran necedad es creer virtuosos á los que comulgan; y no poca estupidez tener mala idea de quien baila con gracia y elegancia una marinera.

También se suprimieron algunas licencias para confesar y predicar. El Arzobispo protestó de estas disposiciones recordando, que no hacía muchos días se le había prometido marchar de acuerdo en todo lo relativo á la jurisdicción eclesiástica.

El temor que se remitieran datos al ejército realista tenía que existir, en tanto que hubieran españoles en Lima, á quienes habría sido preciso matar, si la incomunicación la imponían los rigores de la guerra. La protesta violentó á San Martín, quien señaló al Arzobispo 24 horas para salir á Chancay. Las Heras reiteró su renuncia á la mitra, formulada desde el 24 de Julio, y se le aceptó; como si el poder civil pudiera mezclarse en asuntos de la jerarquía eclesiástica. Por carta de 25 de Setiembre el Prelado se despidió del gobierno, obsequiándole su carroza, el coche y algunos muebles de poco valor. Pocos días después, antes de partir para España, le escribió á Cochrane diciéndole, que llevaría á la Corte la mala nueva de que el Perú estaba perdido para España. Dos años más tarde, falle- Despedida del Arzobispo.

cía en ésta, á la edad de 82 años, este sacerdote venerable.

Paz Soldán afirma que el destierro se debió á la fidelidad del Prelado al Rey; pero en ese caso fué mala táctica en San Martín no proceder con franqueza, cual convenía á un soldado de la libertad.

Ante la razón y la justicia callan respetos humanos, y no era político abandonar razones de Estado, para arrogarse una jurisdicción de todo punto extraña al poder administrativo.

CAPITULO XXIII.

La entrada á Lima se estimó como una batalla campal. Se creyó que con la mayor facilidad se arrojaría al enemigo de la sierra, y ya no se pensó sino en premiar á los que, en su mayor parte, si exceptuamos á la marina, á Arenales y á Miller, no habían olido aún el humo de la pólvora.

Premios anticipados.

Se consideró como oficiales nacionales en la lista militar á los de la expedición, reconociéndoles una renta vitalicia, igual á la mitad del sueldo que tenían al salir de Valparaiso, ya sea que residieran en el extranjero ó no. Se declaró deuda del Perú lo que se les debía por sueldos atrazados, y se les dió una medalla con la inscripción «El valor es mi divisa.»

Permitió San Martín que la Municipalidad de Lima distribuyera algo más de un millon de pesos, y que decretara, en 21 de Noviembre de 1821, que se repartirían entre los Jefes y oficiales las tierras vacantes de las provincias que

tomasen al enemigo. Los favorecidos fueron, á razon de 25 mil pesos cada uno: Aldunate, Alvarado, Arenales, Borgoño, Correa (Cirilo), Forster, Guido (Tomás), García del Río, Guisse, Las Heras, Heres (Tomás), Lemos, Luzuriaga, Monteagudo, Martinez (Enrique), Miller, Necochea, Paroissien, Sanchez (Santiago) y Dehesa.

San Martín no quiso ser menos liberal. A D. Bernardo O'Higgins le regaló las haciendas de Montalván y Cuiva, en el valle de Cañete, que valían más de 500,000 pesos, despojando arbitrariamente de sus derechos á los herederos de D. Manuel Arredondo.

La simple ocupación de una ciudad, aunque esta fuera la capital de la nación invadida, se consideraba como la emancipación definitiva; se protestaba que éramos libres y se desconocía el sagrado derecho de propiedad. La árdua empresa de independizarnos se iniciaba, y los comprometidos á llevarla á término, se distribuían los goces y premios que solo se otorgan al vencedor. El dinero, alma de la guerra, concedido antes del triunfo, mata el espíritu marcial.

Para imponer á los nobles sin embargo de su llaneza, San Martín desplegó un lujo deslumbrador, usando carroza de seis caballos, mesa de estado y vistiendo su severo uniforme de granadero, todo galoneado de oro. Sostuvo este gasto asignándose 30,000 pesos anuales que, en vista de las murmuraciones á que dió lugar, redujo después á 707 pesos 4 reales al mes, que gastaba generalmente en hacer obsequios.

Esclavos libres.

El 12 de Agosto declaró libres, á los hijos de los esclavos que nacieran después de la proclamación de la independencia; disposición que levantó una polvareda tremenda entre los propietarios, y que, unida á sus propios yerros, acumuló á su derredor la pesada atmósfera de los desengaños.

Legión Peruana.

En el mismo mes, creó la Legión Peruana, compuesta del Regimiento Húzares, con dos escuadrones mandados por Brandsen y Necochea; un batallón que dió á Miller, y una compañía de artillería al capitán Arenales, siendo Torre Tagle Comandante en Jefe de ella.

Reglamento de Comercio.

Se dictó el reglamento de comercio que gravaba las mercaderías extranjeras con el 20% de su valor; las de los países sud-americanos con el 18, y las peruanas con el 16. Por él se concedía á las naves peruanas el comercio de cabotaje, que al año siguiente se hizo extensivo á las extranjeras por no ser suficientes aquellas para el servicio. Se estableció el Tribunal de Comercio, y se ofreció un premio de 2,000 $ y una corona civil, al que presentara el mejor plan de hacienda. Los puertos del Callao y Huanchaco se habilitaron para la importación.

Aduanas

Se suprimieron las aduanas interiores, y las guías y tornaguías que embarazaban no poco el comercio, y se declararon libres de derechos el azogue, los libros impresos, instrumentos científicos, mapas, útiles de imprenta y toda clase de maquinaria. La plata piña no se podía exportar, ni guardarse, sino que debía ser entregada, como el oro en polvo ó en barra, para la amoneda-

ción; la amonedada pagaba al exportarse el 5 por ciento: el oro dos y medio.

Se prohibió la extracción de huacos y el juego: se cerró la casa de gallos y se derogaron las ceremonias en las asistencias públicas. Juego

Consultando el reposo, higiene y comodidad de los vecinos, se prohibió que se enterrasen cadáveres en las iglesias, y que los repiques de campanas durasen más de cinco minutos en las fiestas, y más de tres en los días ordinarios. La vacunación se declaró obligatoria. Repiques

Los votos monásticos no se podían prestar antes de los 30 años, ni las mujeres podían profesar antes de los 25. Votos

San Martín encontró usos y costumbres fúnebres extravagantes, ruinosas para las familias, que trató de combatir con la autoridad de la ley. Prohibió que se enlutaran las casas; que se vistiera de duelo por parientes más allá del segundo grado, y que el luto más riguroso durara más de seis semanas. Lutos

A los artistas y hombres científicos se les invitó á establecerse en el país; y se otorgaron premios á los que se hubiesen distinguido por su talento ó aplicación en su profesión ú oficio. Hombres científicos

Los servicios denominados tributos, mitas, pongos, yanaconas y encomiendas, que se imponían á los pobres indios, fueron abolidos; y se prohibió que á éstos se les llamara con otro nombre que el de peruanos. Tributos

A los extranjeros les concedió los mismos derechos civiles que á los nacionales, y los sometió á las mismas contribuciones. Extranjeros

En la administración se hicieron grandes re- Sueldos

formas. Se aumentó el sueldo de todos los empleados, cuyo trabajo se fijó en 7 horas al día, y se redujo su número, consiguiéndose una rebaja en solo el Ministerio de Hacienda, de 19.448 sobre 42,492 pesos que se gastaba anteriormente.

Guardia cívica.

Los que no estaban en el ejército formaban la guardia cívica, que todas las mañanas hacía ejercicio de 7 á 9, hora en que se abrían las tiendas.

Canción nacional.

Los domingos, los niños de las escuelas cantaban en la plaza de armas la canción nacional; y para mantener latente el patriotismo se levantó una subscripción voluntaria, que pronto se convirtió en empréstito forzoso, contribuyendo no pocos españoles, justo es decirlo, con mayores cuotas que los nacionales.

Contribución patriótica.

Unos daban dinero, otros bestias, reses y víveres, y algunos sus esclavos que enrolaron en el ejército. No fueron los hombres los únicos erogantes: también el bello sexo dió reconocidas pruebas de civismo; y á las que más se distinguieron se les permitió usar una banda con el lema «Al patriotismo de los más sensibles». En igualdad de circunstancias, los parientes de éstas tenían la preferencia en los empleos públicos: disposición de que se apoderó el abuso para galantear á la belleza y dar pábulo á la deshonra ó por lo menos á la murmuración.

Marina.

En el ramo de marina se puso en vigor la ordenanza naval española de 1802. Estando ocupada Arequipa por el enemigo, se declararon bloqueados todos los puertos entre Nazca y Cobija. Se cambiaron los nombres de los buques en este orden: al bergantín Guerrero se le puso Belgrano; al Pezuela, Balcarce; á la goleta Sa-

cramento, Castelli; á la fragata Presidenta, O'Higgins; al bergantín Nancy, Coronel Spano; á la Providencia, Cruz, y á la Venganza, Guayas. Estos buques y la fragata Protector, la corbeta Limeña y la goleta Macedonia que se agregaron más tarde, formaron la primera escuadra del Perú.

Sueldos: reglamento de presas

Se fijaron los sueldos y gratificaciones de los oficiales y la marinería; se completó el reglamento de presas, y se regularizó el uso de las banderas de las naves.

Contabilidad final

Para normalizar la marcha de la hacienda pública y llevar la contabilidad con arreglo á los adelantos modernos, se mandó cerrar las cuentas de las tesorerías el 31 de Julio de 1821.

Moneda

En este año se acuñaron las primeras monedas del Perú independiente. En el anverso llevan una columna con la frase «*Por la virtud y la justicia*», sobre la que se lee la inscripción en arco «*La justicia y la paz*». En el reverso está la fecha, y la inscripción en arco «*El Perú libre*».

La guerra demandaba ingentes capitales y estando ocupada la mayor parte del territorio, la recaudación de las rentas no arrojaba lo suficiente para las más premiosas necesidades. En la inquietud y sobresalto de las operaciones no era posible vender los bienes confiscados, ó que fueran legalmente del Estado, ni levantar empréstitos, no habiendo crédito; y la desolación en que había sido dejada Lima por los españoles, sin comercio é industria de ninguna especie, privaba al gobierno aún de lo que podía rendir

la contribución sobre los predios rústicos y urbanos.

Entradas de Aduana.

Del 10 de Agosto de 1821 al 31 de Julio del año siguiente, las entradas ascendieron á 2.813.633; y los gastos á 2.747.070 pesos, quedando un saldo en papel moneda y en moneda fraccionaria de 60 y tantos mil pesos. La aduana del Callao apenas rendía un contingente anual de 559.166 pesos, debido á que Pezuela y La Serna se habían procurado fondos haciendo grandes rebajas por derechos adelantados.

Orden de los pagos.

Unanue introdujo una gran economía: y dispuso que todos los acreedores del fisco solo pudieran ser pagados por la tesorería general, para poder presentar mensualmente en orden la cuenta del fisco sin enojosas dilaciones.

Pero ni la buena administración, ni la economía, ni el patriotismo podían subvenir á las necesidades siempre crecientes de la guerra.

Papel moneda.

Al fin hubo que recurrir al papel moneda, fundando un banco de emisión, con medio millón prestado por el comercio y otro medio tomado de la caja de censos, y garantizado por el municipio de Lima.

El papel emitido ganaba el interés del dos por ciento al año, y el Estado recibía y pagaba sus obligaciones, mitad en papel y mitad en plata, obligándose á los acreedores particulares á percibir sus créditos de la misma manera, siempre que no excedieran de diez pesos. Cada tres meses el banco amortizaba sus billetes de igual modo.

Falsificación de billetes.

En 10 de Febrero comenzó la emisión, y poco después aparecieron los billetes falsicados, por

haber sido mal tirados los legítimos. Con esto aumentó la desconfianza, y el comercio principió á rechazarlos, siendo de todo punto ineficaces las amenazas y apremios de la autoridad. El papel emitido, no pasó de 300,000 pesos.

Para contener la falsificación se decretó el resello y la sustitución con otros de menor valor. El descrédito aumentó con el billete de á dos reales, y para evitar un levantamiento se determinó retirarlos todos. La penuria del tesoro dificultaba la operación, hasta que el Congreso resolvió en 18 de Noviembre de 1822, que el billete fuese sustituido por moneda de cobre á la que se dió un valor representativo en plata.

Moneda de cobre.

El remedio fué tan nocivo como la enfermedad, y siguiendo adelante los desórdenes, se dispuso que con el billete se pudiera sacar del estanco el tabaco que se quisiera; redimir los censos, comprar brea y papel sellado á la par con el cobre, así como letras sobre Europa con el descuento del 25 por ciento. Con el billete se podía disfrutar también de una renta vitalicia de 4 por ciento anual, entregando los fondos en la Caja Fiscal. Todas estas medidas resultaron ineficaces, y al fin, persuadido el gobierno de su inutilidad, vendió las fincas del Estado, y contrató con capitalistas para recoger el cobre, en 7 de Mayo de 1823.

Retiro del billete

Agotado este recurso se apeló á la celebración de contratos leoninos con algunos comerciantes, concediéndoles ciertos derechos sobre la importación y exportación de mercaderías en los puertos del Sur, que restringían la libertad

Contratos leoninos.

del comercio, y que por lo tanto eran muy enojosos á los particulares. Baste decir que una compañía, por haber hecho un adelanto al gobierno de 180,000 pesos, adquirió la franquicia de introducir mercaderías libres de derechos, por 1.200.000 pesos, con exclusión de cualquiera que quisiera hacerlo sin su beneplácito.

Plata labrada.

También se echó mano de la plata labrada de las iglesias. Respetando los altares favorecidos, para no alarmar la piedad de los fieles, se fundió en la moneda el monto acumulado, en presencia de un representante del gobierno y otro del culto, á fin de restituir los valores tomados, una vez que mejorase la condición del fisco.

Instrucción primaria.

En cuanto á la instrucción primaria, se trató de difundirla en Lima y sus alrededores lo más que fuera posible, ya que el estado de guerra no permitía hacerlo en toda la república. En los conventos se encargó la educación de los niños á los religiosos más piadosos y competentes; y en los otros planteles se adoptó el método de enseñanza mútua fundado por Lancaster. Se contrató al notable pedagogo Diego Thompson, para establecer una escuela normal de maestros igual á la que había implantado en Chile. Thomson procedió con tal actividad, que el 19 de Setiembre de 1822, víspera de la reunión del Congreso, el Protector inauguró la escuela con gran pompa y aparato.

Biblioteca.

También se inauguró la biblioteca pública de Lima, de la que fué nombrado Director el Ministro de Relaciones Exteriores Dr. D. Francis-

co Valdivieso, y bibliotecario, el Dr. D. José María Arce.

Beneficios

Según el régimen colonial, los beneficias eclesiásticos podían adquirirse abonando al Estado la renta de un año, la cual se denominaba Anualidad eclesiástica. El Protector exigió únicamente la tercera parte, con el nombre de Auxilio patriótico.

Adm. de Justicia.

En cuanto á la administración de justicia, se dictó un reglamento para que fuera pronta y eficaz; y se dispuso que los tribunales no dejasen de funcionar los tres primeros días de Semana Santa. Se organizó un tribunal para los delitos comunes, y se nombró un juez de secuestros para perseguir los bienes de los que se pasasen al enemigo.

Convocatoria á congreso.

En 27 de Diciembre de 1821, convocó á los pueblos á elegir representantes al congreso constituyente que se reuniría el 10 de Mayo; y al efecto, se nombró una comisión de siete miembros, elegidos por la Alta Cámara de Justicia, la Municipalidad, el gobierno, y un sacerdote por el Gobernador eclesiástico. Los nombrados fueron los Doctores Salazar, Lopez Aldana, Alvarez, Luna Pizarro, Freire y el clérigo Doctor Rodriguez de Mendoza. Se les encargó redactar un proyecto de Constitución y determinar la manera de hacer las elecciones.

Reglam. de elecc. municipales.

Otra Junta encargada del Reglamento de elecciones municipales, compuesta en su mayor parte de miembros de la nobleza, llenó su cometido disponiendo, que todo ciudadano mayor de 21 años podía elegir y ser elegido, con tal que para lo primero dispusiera de una renta de 500

pesos en la capital, y de 300 en las provincias: y para lo segundo de 2,000 y de 500 respectivamente. En los pueblos de indígenas bastaba tener oficio ó una ocupación honrosa para ser elector ó representante. A los clérigos se les negó el derecho de votar y el de ser elegidos.

En cuanto á las relaciones exteriores, en 28 de Marzo de 1822 los Estados Unidos reconocieron la independencia de las Provincias americanas.

Gaceta. Para dar la debida publicidad á todas estas disposiciones creó la Gaceta del Gobierno, que dió su primer número el 16 de Julio de 1821, primer diario independiente que se editó con regularidad.

Estos ligeros apuntes acreditan la actividad de una administración que atendió con celo á todos los ramos, sin que la proximidad del enemigo la distrajese del cumplimiento de sus atribuciones. Un gran estadista le había comunicado su espíritu.

CAPITULO XXIV.

Vida muelle La ocupación de Lima fué para los libertadores en realidad, algo más que un verdadero descalabro. La facilidad con que el enemigo la había dejado no les inspiró ningún recelo, y á San Martín no se le ocurrió que la belleza haría más estragos en el ejército que las tercianas en Huaura.

La gracia y los encantos de las limeñas enloquecieron á la mayor parte de los auxiliares: to-

dos ellos contrajeron lazos adorables; el mismo caudillo se rindió á los hechizos de La Rosa Campusano, y los convites y galanteos que á menudo se sucedían, llegaron á duplicarse cuando sus servicios fueron remunerados generosamente por el Cabildo como ya hemos dicho. El dinero, los goces y las mujeres, acabaron con la disciplina, y pensando en las diversiones y devaneos se extinguió el espíritu marcial.

En seguida se suscitaron nuevas cuestiones con Cochrane; he aquí cómo se renovaron. Venía de Auditor del ejército y de Secretario particular del Almirante, Alvarez Jonte, hombre circunspecto, de pocas palabras, conducta misteriosa, que se la llevaba escribiendo encerrado en su camarote noche y día. La constancia en el trabajo, le hizo sospechar á Cochrane, que era un espía puesto á su lado para informar á San Martín diariamente de lo que pasaba en la escuadra. Un día que Jonte desembarcó en Pisco, Cochrane hizo deschapar su camarote y se impuso de toda su correspondencia, en la que habían graves secretos de Estado, por estar encargado de la que se dió en llamar guerra de zapa. La herida era demasiado dolorosa para que él y San Martín olvidaran el agravio. El crímen se perdona, la curiosidad no; porque el indiscreto se rebaja al nivel del sexo débil, y la puerilidad es una prueba inequívoca de reincidencia.

Cuestiones con Cochrane-

Según el convenio hecho con la escuadra en Valparaíso, una vez tomada la capital, se les abonaría á los oficiales y á las tripulaciones sus haberes atrazados. Se les debía por éstos 150,000 $: 110,000 de premios: 50,000 por la toma de la

Deuda á la Escuadra

Esmeralda y 110.000 por el avalúo de ésta: total 420,000 $.

Los días pasaban sin que se verificase el pago: y embargado el gobierno con las múltiples atenciones del cambio de las cosas, no tenía cuando cumplir lo prometido. El disgusto empezó á manifestarse en la escuadra, compuesta de aventureros que arriesgaban su vida por el lucro, y que ponían en segundo término la grandeza de la acción, los esplendores de la gloria ó la nobleza de los principios. El ejército era formado de americanos que se batían por puro patriotismo: las tripulaciones eran extranjeras, ávidas del dinero é indiferentes á la libertad.

Cochrane presentó sus cuentas al Protector, el que rechazó algunas de las partidas observando que Chile debía pagarlas.

Vigente el deber político de retribuir, no diré, servicios prestados, sino sus glorias á los marinos, no era prudente oponer objeciones al pago de sus haberes: que estando empeñada la gratitud es más grave el peso de la obligación.

Tampoco era buena escuela para una república naciente, el desconocimiento de las obligaciones contraídas, ó el retardo siquiera en cancelarlas: porque en la infancia de las naciones como en la de los individuos, hay que inculcar en los ánimos los principios salvadores, que nada debe retraernos del cumplimiento del deber, y que en el Estado como en el particular, el pago de una obligación es el crédito, es el honor. La falta de exactitud degrada al hombre, y á la nación la incapacita y la lleva á la indigencia: ella siembra la desconfianza: cosecha

el desdén; y agota la principal fuente de riqueza; la de ser solicitada por el capitalista, que encuentra en ella la mejor garantía para colocar sus valores.

Cobrar los impuestos con severidad; asaltar la propiedad privada en las revoluciones, y no pagar sino en los tres plazos de la perfidia, son teorías que los gobiernos de hecho de estos países desgraciados, elevaron á la categoría de los principios económicos.

Los libertadores, si bien fueron hombres esforzados en el combate, no llegaron á comprender que después del triunfo, les quedaba por llenar la tarea principal; la de establecer una administración incorruptible, exacta, catoniana.

Misión no cumplida

Creyeron su misión cumplida dándonos la libertad. Apóstoles falsos de la democracia, fueron eficaces propagadores de la arbitrariedad administrativa, que nos ha destrozado y aun todavía nos devora; y muy lejos de preocuparse de propagar la verdadera doctrina, combatiendo la anarquía con la abnegación y el civismo, y preparando á las masas á la república con el amplio ejercicio del sufragio, el llamamiento del mérito á la administración, de la honradez y la experiencia al manejo de las rentas públicas, la propaganda del liberalismo en la escuela, el púlpito y la tribuna, la instrucción primaria obligatoria, la prensa libre, y, sobre todo, aherrojando la espada en manos del poder; se lanzaron en brazos en dos ensueños imposibles, el uno de la monarquía y el otro del absolutismo. Bolivar no sólo nos legó el deseo insaciable de dominar, sino que fundó la mala escuela po-

lítica de ennoblecer el servilismo, haciendo que el disgusto fingido del mandatario fuera para sus cortesanos imperativa insinuación.

El ejemplo, que en los Estados Unidos produjo ópimos frutos políticos, el respeto á la ley y á la propiedad; el celo, á la vez que la honorabilidad del fisco; el ennoblecimiento del trabajo: la superioridad social de la industria sobre la burocracia; el exclusivismo del mérito para ascender al poder: nos legó la dependencia del fisco que á nadie ruboriza y que todos solicitan: la sed de mando que no nos abandona; la repartición entre parásitos de la riqueza pública: la indiferencia social por el triunfo de la justicia: la esclavitud degradante de la adulación; el amor al abuso, el hábito de las tropelías, y en fin, ese cáncer del cuerpo político, el interés personal. Los libertadores ignoraron que el poder es un mal preceptor, y que para aprender á mandar no hay como obedecer. Llenos de amor por estos países, no comprendieron que el apego á la ley en el que manda, crea hombres libres; la buena intención tiranos. Muy pronto los desengaños les hicieron sospechar, que algún día serían citados como liberticidas ante el tribunal severo de la historia; y que sus acusadores presentarían como cuerpo del delito, los laureles de sus victorias salpicados con la sangre de cruentas guerras civiles.

Las discusiones imprudentes sobre el pago á la armada y el título de Protector, fueron dos graves errores políticos: aquel debió evitarse con el reconocimiento, la atención y la diligencia para buscar recursos; y éste, contestando á

la ambición y á las pretenciones bastardas de los oposicionistas, con grandes hechos militares.

Bolivar y San Martín no vinieron á darse cuenta sino muy tarde, que en vez de repúblicas, habían fundado bajalatos y satrapías.

Se acusa á Cochrane de haber odiado á San Martín, de tenerle emulación ó envidia. Para lo primero no había fundamento. Las grandes pasiones no se producen sino por grandes motivos; y en cuanto á lo segundo, la ocupación de Lima, la situación del ejército se debía al dominio del mar, y el Almirante como Escipión el Africano, podía imponer silencio á sus émulos con una frase magnífica; *la toma de la Esmeralda.*

La plata de la moneda en los buques

Durante la discusión y el enojo, Canterac se aproximó á Lima, y el gobierno mandó que la plata piña de la Moneda, que en su mayor parte pertenecía á particulares, fuese trasladada á Ancón y puesta en depósito á bordo de los buques mercantes. Cochrane se apoderó por la fuerza de ella; pagó á las tripulaciones y devolvió parte de los fondos privados. En esta pendiente resbaladiza no supo contenerse. Es abismo del que yerra el empecinamiento; y como las opiniones se dividieran á bordo, y comenzaran con los partidos las deserciones, el Almirante, en su despecho, las atribuyó á manejos ocultos del gobierno, y por vía de represalia bloqueó el puerto del Callao.

El 26 de Setiembre se le ordenó ir á Chile, recordándole que el ejército y la armada habían venido al mando de San Martín. Su respuesta fué desplegar la escuadra en línea de batalla en actitud hostil.

Renovada la orden de salir, el 3 de Octubre, se hizo al fin á la mar para Valparaiso; mas, advirtiendo poco después, que su misión no estaba cumplida aún, mandó algunos buques á Chile, y con la O'Higgins, la Independencia, la Valdivia y el Araucano se dirigió (6 de Octubre) al Norte, en busca de la Prueba y la Venganza.

Informado el gobierno de Santiago de tan deplorables sucesos, resolvió no hacer caso de estas recriminaciones y mezquindades recíprocas, que empequeñecían la talla de tan grandes capitanes.

CAPITULO XXV.

Marcha de los realist. sobre Lima

Sin embargo de que la marcha á la sierra había sido bien meditada, y en realidad era el único medio que le quedaba al Virrey para prolongar el dominio de la Corona en estos países, una vez que se verificó, no se pensó sino en regresar á Lima, que el bien perdido se hace por esto solo apetecible. Se quería hacer ver al país, que las fiestas y regocijos de la proclamación eran ridículos y prematuros, habiendo que batirse aún por el rey y la libertad.

Con los sorprendidos en la hacienda de Quircamachay el 15 de Agosto, de los que no escapó uno solo, se completó el escuadrón San Carlos, se llenaron las bajas de algunos batallones y se reforzó la guarnición de Huamanga.

Una vez que se rehabilitó el ejército, se alistó una fuerte división, compuesta de dos batallones del Infante, uno del Imperial, uno de Burgos.

otro de Cantabria, el Arequipa, 9 piezas, y los escuadrones Unión y Granaderos de la Guardia, total 3,500 hombres, inclusive la caballería que venía al mando del Coronel Loriga.

Canterac mandaba la división, y la hacía formidable la presencia de un hombre singular.

Valdez, natural de Villarín en Asturias (4 Mayo 1784), era hombre recto, sobrio, denodado, religioso y sin embargo muy tolerante, incapaz de herir á otro de palabra ú obra, que es en lo que consiste, en mi concepto, el ser caballero á las derechas. Valdez

En su juventud había estudiado para abogado, y desde entonces adquirió la pasión por los libros que no le abandonó jamás. Con la invasión francesa entró al servicio y se dedicó con tanto afán y provecho, que con el estudio y la esperiencia era tan apto para combatir como para dar lecciones del arte militar.

Su conversación amena, sorprendía por su erudición y agradaba por su variedad, y las innumerables historietas con que las salpicaba, algunas demasiado rojas y picantes para la austeridad de su caracter, venían á justificar la idea grandiosa de Shakespeare, que el hombre es un cúmulo de contradicciones, un enigma, y que es un absurdo trazar un cuadro que lo represente, ó ajustar á medida sus perfecciones, caprichos y debilidades.

Gustaba de la sociedad de los sacerdotes y distinguía á los misioneros, con quienes se permitía algunas veces chanzas de buen tono.

En sociedad era generalmente callado, triste, taciturno, y para hacerle hablar era menester

traer la conversación sobre algún asunto grave ó de importancia reconocida.

Casi siempre se levantaba de mal humor y había que huirle, pero á las pocas horas, con la actividad de la vida militar, recobraba su buen genio.

Valentín Ferraz, su mejor amigo, venía todas las mañanas á su casa ó tienda de campaña, á preguntarle á su asistente Reyes, *si ya se había desocupado D. Gerónimo.* Si le contestaba con el siniestro, *todavía*, le encargaba le dijera que había venido; y á paso ligero se marchaba, escapando de la borrasca.

Fuera de estos breves instantes era un hombre bueno, caritativo, humano. Personalmente iba á los hospitales á informarse de sus pobres indios; les tomaba el pulso, y no pocas veces se sentaba con ellos á tomar del rancho que se les distribuía.

A la cabeza de su batallón oía misa los domingos y días feriados, y rezaba el rosario todos los días; y en las grandes festividades se acercaba con los oficiales y soldados que voluntariamente querían á la sagrada mesa; de manera que se puede decir que sobre su campamento como sobre el de los Macabeos se cernía el espíritu del Señor.

Severo observador de la táctica y de la disciplina, sus soldados se distinguían por su limpieza, la precisión en las evoluciones militares, el manejo del arma, el aire marcial, la gracia al andar, y esa apostura orgullosa al cuadrarse y saludar, privilegio de los que aprendieron en la guerra el desprecio del peligro.

Su división, superior á todas las realistas y también á las independientes, era una agrupación formidable de fanáticos que se habrían dejado matar por él; y fué una gran desgracia para La Mar y los peruanos tener á su frente en la contienda final, á los que habrían ido sin vacilar hasta el sacrificio para repeler el heroismo de Córdova.

Era de estatura mediana, más bien bajo que alto, de facciones regulares, algo moreno, bien parecido, en cuya fisonomía simpática campeaban dos grandes ojos rasgados, chispeantes de energía é inteligencia.

Vestía un gabán plomo claro hasta los tobillos, chaleco largo cerrado, pantalón corto aprisionado en medias gruesas negras de lana ligadas á medio muslo, medias botas de cuero, espada al cinto, sombrero de vicuña de alas anchas, debajo del que se dibujaba su birrete negro y un gran poncho blanco de lana ó dril según las estaciones. Fumaba puros que á veces envolvía en un papel cualquiera, por haberse deshecho ó roto con las rudezas del camino.

Amante apasionado de la justicia, la templaba con la equidad; y así poseía la rara virtud de dar realce á sus premios, como de amenguar los rigores de sus castigos.

Era el ídolo de sus soldados; el enemigo más temible de los patriotas; el único respeto de La Serna y el baluarte más firme en América de los derechos del trono.

Tal era el Jefe de Estado Mayor.

No han faltado historiadores que, arrastrados por el entusiasmo dijeron, que era el Bayardo

del ejército español; sin reflexionar que el modelo es tan acabado y singular que no admite símiles ni parangones. Las grandes virtudes y perfecciones del héroe del Delfinado fueron tantas, que lo han generalizado, elevándolo á las regiones sublimes de la poesía. El es hoy un tipo universal, venerado donde quiera que exista un hombre digno y caballero; al paso que las cualidades del Jefe español, solo merecen un puesto honorable en el vasto campo de la historia.

Ruta seguid

Continuando el relato de la expedición, además del fin ya indicado, Canterac debía socorrer á los castillos, retirar todo el armamento y volver al cuartel general, en el caso que el ataque á Lima no fuera posible. Por la Oroya cruzó la cordillera, entró en la quebrada de San Mateo, pasó á la de San Damián y por la de Sisicaya bajó el 3 al pueblecito de Tuna, en el que formó dos divisiones, la caballería con Loriga, ocultaría su movimiento, bajando por el río de Lurín, y el grueso del ejército por las alturas de la quebrada del Rimac, se descolgaría en la noche á Lurín á reunirse con Loriga.

En un país quebrado como la costa, seguir un camino cualquiera sin guías, es prepararse muchas dificultades y peligros; pues si un lugar dista poco de otro geográficamente, muchas veces para llegar á él, hay que emplear horas y días en las quebradas, montañas y torrentes que los separan.

Esto le pasó á Canterac. Con algunas horas de marcha creyó tomar la quebrada de Lurín en la que Loriga, dicho sea de paso, acababa de destrozar un destacamento tomándole 26 prisioneros y

matándole 50 hombres; y bien pronto vió á su división faldeando cerros elevadísimos bajo un sol abrasador. Infantes, ginetes y caballos rodaron al abismo. La fatiga se apoderó de muchos; la sed y el aburrimiento de todos: para mitigarla, los soldados se tiraban por despeñaderos horripilantes, arrastrándose de espaldas, y en el mayor desórden llegaron al fondo de la quebrada donde no encontraron el río que esperaban. La desesperación llegó á su colmo. Uno mascaba balas, otro un pedazo de corteza, aquel fuera de sí, bebía sus propios orines; de esta manera perecieron algunos y muchos quedaron exánimes. En nombre del rey se ofreció un ascenso al que encontrase agua, y no hubo quien se moviera, sin embargo que el río no distaba sino dos kilómetros. Valdez estuvo á punto de perecer, y lo salvó un poco de agua que le mandó Canterac. Por fin, la llegada al cauce puso término á tantos sufrimientos.

Al siguiente día se había olvidado todo. La disciplina y aun el aire marcial volvieron á las filas. y la proverbial gracia española bautizó el sitio de tan triste jornada, más para diversión de los vivos que en sufragio de los difuntos. *

Los realistas á la vista de Lima

El 5 de Setiembre, esta gente despeada y molida, se reunió con Loriga en Cieneguilla, reposó tres días, y con singular arrojo se descolgó por la Rinconada de Ate y avanzó hasta la Molina.

San Martín, mientras tanto, había conseguido levantar el patriotismo del pueblo, secundado por Riva Agüero, que entonces desempeñaba las

* Bajada de Arrastra—c ....

funciones que corresponden ahora á los Prefectos de los departamentos. Desde su palco en el teatro, el 4 de Setiembre, anunció al público la llegada de los españoles, y su firme propósito de perecer antes que abandonar la capital. El entusiasmo que despertaron sus palabras fué indescriptible: el público le acompañó á palacio vivándole por las calles. Todas las clases sociales volaron á la defensa: aun el clero cogió un puñal; las zambas de Malambo se formaron en batallones, armadas de cuchillos, y en los cuarteles había que rechazar al populacho, que, ansioso, pedía que se le enrolase en el ejército ó se le diera siquiera un fusil.

Proclama San Martín

La proclama de San Martín no correspondió á la exaltación de los ánimos; si bien es cierto que al principio se creyó, que solo se trataba de 200 ó 300 hombres que descendían por San Mateo. Confianza punible que acredita el descuido de los aliados después de la ocupación.

Se exigió que los amos entregaran sus esclavos para darles de alta en el ejército, prometiendo devolverlos pasado el peligro, y se ofreció declarar libres á los que se distinguieran por su valor.

Para evitar una sorpresa y conservar el orden, el cabildo y los vecinos iluminaron mejor que antes la ciudad.

Se encerró bajo una fuerte guardia á los españoles en el convento de la Merced, y habiendo disparado uno de ellos en una ocasión, sobre un grupo que pasaba por la calle vivando á la patria, corrieron todos el peligro de ser asesinados por la plebe, que, felizmente, pudo ser contenida por

el capitán Castillo que montaba la guardia del convento.

Salida de los patriotas

Después de festejar con toda pompa y magnificencia el desembarco de las tropas libertadoras en Pisco, para levantar el entusiasmo, salió San Martín con las tropas, ocupó la chácara de Mendoza, á una legua de Lima, y dando frente al sudeste, las cubrió con el río Surco. Apoyó la derecha en un otero de la pampa de San Borja siguiendo el camino real, detrás de tres líneas de tapias que las defendían de la caballería: la izquierda en un recodo del río, y los caballos, á retaguardia de la derecha, al pié del cerro del Pino, único punto por el que Canterac podía atacar.

Grandes maniobras de Canterac

El 8, éste hizo un reconocimiento avanzando á las alturas que median entre la Molina y la pampa del Cascajal, y como de allí percibiera las fuerzas independientes, dobles de las suyas, y la fuerte posición que ocupaban, por medio de dos brillantes cargas, ginete en su famoso caballo Pájaro, se apoderó de los dos únicos puentes del río Surco, detrás de la casa de Monterrico. En la mañana siguiente, después de haber arengado á sus tropas, desfiló por el flanco izquierdo en tres columnas paralelas, caballería, infantes y artillería, y los bagajes protegidos por un escuadrón, á vista de los patriotas, hasta llegar á la altura de Limatambo; varió á la derecha, entró al camino real y se apoderó del otro puente de Surco á dos tiros de cañón de la capital.

¡Imponente desfile que presenció todo un pueblo, mudo de admiración desde las murallas, y

que suspende la pluma del historiador distrayéndole con las proezas del valor y de la disciplina militar!

Los realistas van al Callao

Canterac se proponía atacar á San Martín por el flanco derecho, que era el más débil, ó entrar á los castillos. Al ver que tomaba el camino del Callao, San Martín lleno de placer le dijo á Las Heras «Están perdidos: el Callao es nuestro. « Los auxiliares de la sierra se los van á comer. « Dentro de ocho días tendrán que rendirse ó en« sartarse en nuestras bayonetas.» ¡Cuánto se engañaba! Aun no conocía el temple de los soldados con quien tenía que habérselas.

Con 7,000 hombres incluso la guardia nacional movilizada, mandados por bravos capitanes, y 3,000 guerrilleros, el Protector se sentía débil. Recordaba que Capua había sido la tumba de Anibal, y esquivaba hablar con Arenales, temiendo descubrir en el profeta la mirada severa del censor.

Cochrane pide 2,000 hombres.

Refiérese que habiendo llevado Las Heras á Cochrane á conferenciar con San Martín para inducirlo al ataque, después de escuchar con calma los consejos de éste, le respondió con sequedad: «Mis medidas están tomadas.»

Un aldeano se presentó en ese momento diciendo, que traía noticias de la marcha de los españoles: é impacientado el Almirante de la pretención, porque veía que no había un instante que perder, lo mandó á pasear diciéndole que el General no estaba para escuchar tonterías. El rechazo disgustó á San Martín, por considerarlo una intrusión de Cochrane, y mirándole con ceño adusto, volteó su caballo y se encami-

nó á su alojamiento. Allí lo siguió Cochrane importunándole con la necesidad de presentar batalla, y como no consiguiera reducirlo le pidió 2.000 hombres, ofreciendo dar buena cuenta del enemigo «Yo solo soy responsable, le replicó San Martín, de la suerte del Perú»; y levantándose con solemnidad, puso término á la conferencia. Jamás se volvieron á ver.

Dispuso que el ejército cambiara de frente; apoyó su derecha en las murallas y extendió su izquierda hasta la chácara del Pino. Canterac varió el suyo para protejer su retaguardia amenazada en varias direcciones.

En esta actitud resuelta, viendo que no se le atacaba, y en la imposibilidad de lanzarse al asalto de una ciudad amurallada con tan poca fuerza, hizo otra brillante maniobra para retirarse. Al frente de toda la caballería y con dos piezas, se arrojó el 10 sobre San Borja, en tanto que Valdez con la infantería cruzaba de la Magdalena á Bellavista, arrollando á su paso á Alvarado, que con una compañía de cazadores y un escuadrón, quiso cortarle el camino. La caballería española tomó por San Isidro y Baquíjano, y unida á la infantería acampó bajo los fuegos de las fortalezas.

En el primer momento su vista reanimó á los sitiados, quienes se convencieron en breve que su suerte no tenía remedio.

Nueva linea de batalla

Los independientes avanzaron su línea á la Legua; apoyaron su derecha en el Rimac; levantaron dos parapetos laterales que artillaron con dos obuses y seis cañones, y con esto se puede decir que terminó la campaña del ejército ar-

gentino-chileno. Ya no hubieron más expediciones, ni movimientos de tropas que merezcan referirse. Todo lo demás fué una lástima. Había dejado de ser un factor de la libertad. Sin disparar un tiro estaba vencido.

Junta en el Castillo

Una vez que Canterac ingresó al Castillo, manifestó en una Junta de guerra, que no traía los víveres y socorro esperados, y que era menester llevar á la sierra el armamento y arrasar las fortalezas.

Sus graves palabras desvanecieron las espectativas de los sitiados. Casi todos se pusieron furibundos: algunos dejaron sus asientos para apostrofarle, que si nada traía no debía haber venido.

Perdida la calma, la discusión degeneró en violento altercado, en el que Colmenares, Brigadier de la armada, lanzó la bravata de marchar á la vanguardia con un tren de artillería, si se conducía al ejército sobre Lima. La Mar se opuso á la demolición de los fuertes, manifestando que la guarnición y las familias refugiadas no difrutarían de las garantías de la guerra. No faltó quien observara que la llevada del armamento inutilizaría á la caballería; por lo que exasperado Canterac de tantas oposiciones y contrariedades, se retiró de la Junta enfurecido, concluyendo ésta en el mayor desórden. Traslucido éste por la tropa, principió á desertarse, y en dos días se pasaron á los patriotas 8 oficiales y 200 soldados.

Regresa Canterac á la sierra

Canterac al fin, resolvió regresar á la sierra: dejó en los castillos 5 piezas de las que trajo, y 2,000 onzas de oro, propiedad de sus Jefes, ofi-

ciales y soldados, para víveres; y el 14, después de recomendarle á La Mar que capitulase en las mejores condiciones, cruzó el río con sus tropas y entró en el valle de Bocanegra. Aquí la Independencia y el Araucano, al mando de Forster, apostados en la boca del río, lo recibieron á cañonazos y lo obligaron á contramarchar al Callao, donde al entrar esparció la voz de que había resuelto atacar Lima, para paliar el mal efecto que produjo su regreso. El 15, vistió de parada á la tropa, reforzada con 180 hombres de Burgos, 100 artilleros y 150 guerrilleros de la guarnición, y con el aire marcial del que marcha á dar batalla, á las cuatro de la tarde, tomó el camino de Lima, destacando previamente hasta el tercer óvalo á los Granaderos de la Guardia con Ferraz, y á Carratalá con dos piezas de artillería. Al llegar á Villegas cruzó el río, siguió por Oquendo, y entró á la quebrada por Caballero, subiendo por Macas y Porochuco.

Víveres para los sitiados.

Los castillos quedaron con víveres para siete días. Unos comerciantes ingleses se comprometieron á suministrarlos, si les pagaban 100,000 pesos al contado y 400,000 de las cajas de Arequipa; y aunque la primera partida pudo reunirse entre los sitiados, sucedió que D. Fernando Mazo, encargado de negociar con los pretendidos habilitadores, no pudo dar con ellos y devolvió los 100,000 $, que La Mar entregó á sus dueños.

Rendición:

Perdida esta esperanza y la de ser socorridos por mar, por no haber escuadra, la resistencia era una temeridad que á nada conducía. El 17, á solicitud del Protector, La Mar comisionó al

cuartel general de Baquíjano á los Brigadieres Arredondo y Colmenares, y al Capitán Martinez del Campo, para tratar de la capitulación con el Coronel Tomás Guido nombrado por los patriotas.

El 19 estipularon, que la guarnición saldría con todos sus honores, á tambor batiente y banderas desplegadas: que la tropa veterana se embarcaría para el Sur á unirse al ejército español: que los milicianos y simples particulares regresarían á sus casas; y que los oficiales del ejército y de la armada ó de la marina mercante podían usar espada y regresar á España, ó quedarse en Lima, á voluntad, sin que se les molestara por sus opiniones.

Los prisioneros se canjearían hombre por hombre, clase por clase. Los buques mercantes se entregarían á sus dueños: los enfermos de los hospitales quedarían al cuidado de los independientes. Por artículo secreto se convino, que el gobierno auxiliaría con lo necesario á los Jefes y oficiales que salieran del país con sus familias; concesión que habla muy alto de la bondad y nobleza de sentimientos de San Martín.

Nuevos nombres de las fortalezas

Para ratificar este tratado, La Mar esperó se confirmara la noticia de la deserción de la tropa de Canterac; y así, el 21, con toda pompa y solemnidad flotó al fin el pabellón bicolor sobre las fortalezas, cuyos nombres Real Felipe, San Miguel, y San Rafael, se cambiaron por los de Independencia, Sol y Santa Rosa, respectivamente. Otro tanto se hizo con los baluartes: al del Rey se le denominó Manco Capac: al de la Reina, Patria; al del Príncipe, Jonte, en memo-

ria del Auditor del ejército libertador que murió en Pisco; al de la Princesa. Tapia: bravo teniente muerto el 18 de Setiembre de 1821, al colocar una avanzada delante de él; y al de San José, Natividad. Poco después se demolieron las fincas que obstruían el radio de fuego de los cañones.

También se trató con Cochrane para la rendición, y aunque él ofreció condiciones más favorables, no fueron aceptadas, porque se comprendió que era más prudente tratar con el Protector, desde que á éste, según el mismo Almirante, debía hacerse la entrega de las fortalezas.

La Mar se retira del ejército.

Rendidas éstas, La Mar se retiró á la vida privada, debiéndole el fisco español una gruesa suma de dinero por sus sueldos, no obstante haber renunciado á la mitad, cuando la subida de La Serna. La nobleza y generosidad de las estipulaciones: el respeto y distinciones que el Protector y la sociedad le prodigaron; la espectativa cierta de que sería el primero en el ejército libertador y uno de los fundadores de la independencia; en una palabra, el patriotismo, la gratitud, la noble ambición, determinaron á La Mar á poner su espada al servicio de su patria.

Antes de hacerlo, renunció ante el Virrey su cargo y le devolvió las condecoraciones que había merecido durante su larga carrera de servicios; y aunque San Martín le hizo extender los despachos de General de División, no quizo recibirlos hasta que le fueran aceptadas. Entretanto se retiró á Guayaquil á esperar la respuesta.

Muchos años han pasado, y el tiempo no ha extinguido la irritación que produjo en España la pérdida de este gran hombre. Los escritores peninsulares que le tildan de traidor aún, justifican con su saña perenne, el indisputable mérito de uno de los caracteres más puros de la historia.

Las Heras. En persecución de Canterac se destacó á Las Heras, con orden de no empeñar combate; pero apenas llegó á Caballero se le mandó contramarchar, arrebatándole así la oportunidad brillante de acabar en América con el poder español.

Las Heras encontró al enemigo acampado en Pueblo Viejo el 17, lo atacó en San Lorenzo y fué rechazado con algunas pérdidas. Disponiase á tomar la revancha en Macas, cuando reiterada la orden de retirarse, le mandó á Miller que continuara la persecución, y profundamente disgustado regresó á Lima.

En palacio tuvo un violento altercado con Monteagudo, á quien echó en cara ser el autor de las contemporizaciones y de prolongar una guerra que debería haber terminado.

Discrepan los historiadores en si habría sido ó no conveniente atacar á Canterac cuando bajó á Lima; pero la mayor parte están de acuerdo en que al retirarse de los castillos, debió ser aniquilado y destruido. La falta de nervio en esta ocasión, acabó de hacerle perder á San Martín, el poco prestigio que le quedaba entre sus más fieles partidarios.

Miller persigue á Canterac. La división de Miller se componía de 700 infantes, 25 caballos de los Granaderos de O'Brien

y 500 montoneros de Dávalos, que avanzaron á Macas el 20, y allí se echaron sobre el buen rancho que en su fuga habían dejado los enemigos.

Hasta aquí pudieron mantener éstos la unidad de su gente; mas al principiar la sierra, comenzó una deserción espantosa que solo pudo contenerse merced á la energía de Valdez y de Loriga. Del 19 al 21 se desertaron 800 soldados, algunos de caballería y 40 oficiales. Un motín que estalló fué sofocado, fusilando á un oficial y nueve soldados, lo cual no impidió que á Miller se le enrolasen 100 desertores y que Canterac perdiera algo más de 1,000 hombres.

El 22, al amanecer, estando subiendo la cuesta de Porochuco, la vanguardia de Miller, que mandaba O'Brien, cayó en una emboscada que la obligó á retroceder, hasta hallar una fuerte posición en que pudo guarecerse todo el resto del día.

En la misma mañana de ese día, habiendo recibido Miller el refuerzo de los montoneros que se habían quedado á retaguardia de orden superior, avanzó con ellos el batallón 7 y la caballería al pueblecito del mismo nombre, de donde divisaron á los realistas que ocupaban la cuesta de Huamantanga. El 23 hizo un reconocimiento, y viendo que el enemigo se le venía encima, apenas tuvo tiempo para retroceder, formar en columna y colocar á los montoneros desmontados en las laderas de la quebrada. Dos batallones y dos escuadrones mandados respectivamente por Valdez y Carratalá, le desalojaron en breve de sus fuertes posiciones, dejando en el campo 15 muertos, 25 heridos y 6 prisioneros ó de-

sertores, salvándose el resto merced al jaque en que mantuvo O'Brien á los vencedores con un puñado de valientes.

Miller confiesa haber escapado con O'Brien, merced á la bondad de sus cabalgaduras, que los llevaron por laderas y precipicios espeluznantes. En Macas supo Miller que su segundo, el Teniente Coronel Caparróz, al tener noticia del encuentro, se había retirado sin su orden más de dos leguas, por lo que algunos días después lo sometió á juicio. Caparróz salió absuelto, el tiempo vino á justificar las sospechas, porque como buen español se pasó á los realistas, y terminada la emancipación ingresó al ejército mexicano.

Miller mandó su gente á Lima, y con 30 dragones al mando de O'Brien y las partidas de Quiroz y Dávalos, continuó hostigando al enemigo hasta la cordillera, que cruzó el 25, quitándoles 300 cabezas de ganado, caballos, mulas, y fomentado la deserción, al extremo que Canterac llegó al cuartel general con solo mil hombres (1.° de Oct.).

Concluye Miller su relato diciendo, que el 27 de Setiembre encontró abandonado en una choza, el cadáver del famoso Coronel Sanchez, el héroe de San Carlos y Chillán, á quien, los patriotas enterraron con los correspondientes honores militares.

Para concluir esta parte diré, que aunque la expedición á la costa fué un completo descalabro, la superioridad de ejército realista quedó establecida; y como consecuencia, que éste podía reorganizarse en la sierra y adquirir una pe-

ricia tal, en las tres armas, que no podía alcanzar nunca el libertador, mientras continuara gozando de la vida muelle de la capital.

CAPITULO XXVI.

Libre San Martín de las inquietudes que le ocasionaba la proximidad del enemigo, volvió á las labores administrativas, ó más bien diré, á distraerse del elevado propósito que le había traído. Administración.

Había que cortar los abusos y corruptelas del antiguo régimen, y poner en evidencia la necesidad de que se fuera concediendo al pueblo poco á poco la libertad; operaciones políticas de efectos opuestos, pues si la primera le atrajo la simpatía de muchos, la segunda le acarreó el odio de no pocos. Su primer paso fué rodearse de un ministerio dirigido por hombres hábiles y de reconocida reputación, á cuyas luces y conocimientos pudiera apelar en todos los asuntos, de manera que se pudiera decir sin paradoja, que en manos de la ciencia había puesto las riendas del Estado.

Entre todos ellos descollaba Monteagudo, que á un espíritu profundo de observación y dotes políticas excepcionales, reunía un talento poco común y una voluntad de hierro. Monteagudo.

Educado bajo el influjo de las ideas de la revolución francesa, había sido en su juventud un radical exaltado; pero la sangre vertida en luchas fratricidas; las cábalas é intrigas de los

pretendidos liberales; las exajeraciones sociales de la ignorancia, habían operado tal cambio en sus ideas, que en sus últimos años era opuesto á los principios democráticos. De aquí la armonía tan grande que existió siempre entre el mandatario y el ministro; y no sería aventurado suponer que para tantear la opinión pública sobre el sistema monárquico, se implantó por consejo de éste, el protectorado.

Monteagudo había redactado «El martir ó libre» en Buenos Aires y «El Censor» en Chile, y si en ambos reveló la elegancia de su pluma; la elevación de sus ideas y su celo por la independencia, aquél es un catecismo de los más exaltados principios democráticos, y éste una advertencia contra el pleno goce de la libertad política.

Filósofo y estadista, su estilo es claro, severo, conciso, brillante; sus períodos bien dispuestos, estrechamente enlazados y de una lógica irresistible; sus pensamientos de gran profundidad, y bastará citar los decretos sobre el juego de gallos, las ceremonias en las asistencias públicas y la convocatoria á congreso, para formarse idea del gran escritor. Por ellos y sus demás escritos se verá, que en asuntos de Estado, á las observaciones sagaces de un Gibbons, reunía el juicio gigante de Guicciardini.

De sentirse es que un hombre de Estado tan distinguido, se dejara arrastrar por la rutina de apelar á engaños y subterfugios para conseguir sus fines; y que con las apariencias de la libertad se propusiera impedir el establecimiento de la república. Esta duplicidad de carácter se

amoldaba perfectamente á los planes monárquicos de San Martín y al absolutismo de Bolivar, y de allí el gran aprecio que ambos héroes hicieron del talento del gran pensador.

En la vida privada fué el introductor, se puede decir, de los modales parisienses. Elegante, muy aseado, se bañaba en agua perfumada todos los días, y su mesa se distinguía por la pulcritud, delicadezas, y división sistemática del servicio francés. A él le debieron nuestros compatriotas la manera ordenada de preparar y dirigir un banquete.

Completaremos este cuadro copiando algunos de sus pensamientos filosóficos, que permitan al lector juzgar por sí mismo de sus aptitudes, con más acierto que si se atuviera á lo dicho y á lo que pudiéramos añadir.

«Para gozar de libertad, y aun para sufrir la esclavitud, es necesario hacer una especie de aprendizaje, antes de adquirir la paciencia habitual del esclavo y la constante moderación que debe animar al que desea ser libre; y si la historia presenta algunos ejemplos de naciones que han querido sacudir el yugo de la violencia y han vuelto á quedar sometidas á él, después de grandes sacrificios, no es sino porque, rasgado de un golpe el velo que cubría sus derechos, se han deslumbrado con tan brillante perspectiva, y por una retaliación imprudente, sugerida por el encono, han creido que, así como antes, ningún derecho existía para ellos, toda obligación debe desaparecer á su turno».

«Nada prueba tanto los progresos de la civilización de un pueblo como la moderación de su

código criminal; su examen basta para resolver si se ha dictado en las selvas ardientes del Africa, en las fértiles orillas del Ganges, ó en el Norte de la Europa, donde tuvo su origen la sublime invención de juzgar á los hombres por el fallo de sus iguales».

«Todo hombre que posee un talento es un valor, que siempre debe encontrar demanda en los pueblos que marchan á su engrandecimiento; así como aquellos en que retrograda la civilización ó en que es estacionaria la ignorancia, es un crímen saber más que los otros, y la seguridad del sabio exige ponerse á nivel con los estúpidos».

«En la revolución, lo que importa es no sobrevivir uno á sí mismo; el que cae en olvido queda ya fuera de combate. Las injurias y los elogios. hechos con justicia ó sin ella, producen en estos tiempos la utilidad de conservar la memoria de aquel á quien se dirigen. Cada uno entra después á formar su propia opinión, y al fin prevaece la verdad, por más que se desfigure. El mérito y el demérito, son las cosas más reales que hay en este mundo; ambas han sido siempre independientes de los libelos ó de las apologías que, en general, no son sino el diálogo de un escritor con sus pasiones»,

«El templo de la libertad está siempre unido al de la justicia; y cuando el pueblo es libre, es preciso que sus magistrados sean justos».

«Infeliz el hombre que se hace reo á los ojos de la autoridad; pero más infeliz el que lo oprime más de lo que exige la razón».

«Las leyes no pueden extinguir la malicia de

los hombres, pero pueden al menos reprimir sus excesos».

«Los gobiernos despóticos no existirían sobre la tierra, por más depravados que fueran los que dirigen la fuerza pública, si pudiesen preservarse del contagio los que administran justicia».

La honorabilidad de Unanue lo elevó al Ministerio de Hacienda, en el que no podía brillar el reconocido talento que le distinguía; no era ése su giro. La ciencia, la literatura le habían prohijado y hecho de él uno de los publicistas más esclarecidos de la época. Unanue

Su obra sobre el «Clima de Lima», sus escritos en el «Mercurio Peruano», y en la «Sociedad Amantes de Lima», le habían elevado tanto, que á la sombra del literato desaparecía el proto-médico. Merced á su influjo fundó el Virrey Taboada y Lemos el Anfiteatro Anatómico, y el Virrey Abascal el Colegio de Medicina, que ha dado al Perú médicos y cirujanos cuya reputación se ha extendido más allá de nuestras fronteras. Vivía alejado de los negocios y de la política, dedicado á sus libros y tareas profesionales, y cuando regresó de las Cortes después de haber recogido, en España, una cuantiosa herencia, se fijó en su hacienda en el valle de Cañete, de donde lo sacaron los Virreyes y el Protector, para darle un puesto importante en la administración. En el silencio del estudio, rodeado de las comodidades de la vida, y de las atenciones de propios y extraños, no había sentido el ruido de las cadenas, ni dádose cuenta de las primeras explosiones de la libertad.

García del Río

García del Río era el menos conspicuo del gabinete, y sin embargo el más influyente de los tres. De carácter flexible, hábil y libre pensador, no envidiaba á sus colegas el mérito de la ciencia, conformándose con el tono y reputación que le daba su talento.

Estudiaba los móviles y pasiones del superior, se le anticipaba en sus designios, y proponía en el Consejo como propio, lo que sospechaba era ya una determinación. A las labores administrativas llevó la actividad y el celo infatigable; y al gobierno ese conocimiento del mundo y de las cosas que asegura el éxito de las acciones humanas. Unanue y Monteagudo eran pensadores ideólogos; García del Río era estadista práctico, el hombre de mundo, que se amolda á los caracteres y se aviene á las situaciones, y que tanto sirve para una misión diplomática como para preparar un banquete ó disponer una ceremonia.

Con excepción del ramo de hacienda, al que Unanue había llevado únicamente el contingente, no pequeño, de su honorabilidad, la administración del Protector fué una pintura fiel de lo que en lo futuro había de ser por muchos años el gobierno del Perú, esto es, un estado regido por la voluntad del primer mandatario; y en el que la habilidad política consistiría mas en adivinar su pensamiento ó capricho, que en estudiar el espíritu y la trascendencia de las leyes. En este sistema arbitrario descolló el genio de Monteagudo que, con singular talento, excusó ó palió los desaciertos del superior; de manera que la primera legislación del Perú, es la fuente histó-

rica más fidedigna para estudiar su política, su estilo y su carácter. El, así como García del Río, patrocinaron la idea de la monarquía, que distrajo al héroe de su misión guerrera, que al fin tuvo que ceder á una espada de más filo.

CAPITULO XXVII.

Continuando ahora en el exámen minucioso de la primera administración, podremos apreciar á los hombres que la dirigieron como estadistas y como entidades políticas.

No fué feliz el Protector en la adopción de ciertas medidas económicas: error excusable dada la ignorancia general que prevalecía entonces en asuntos financieros.

A los consignatarios extranjeros se les prohibió la venta al por menor, rebajándoles el 5 % de derechos de Aduana en las mercaderías, si se servían de comisionistas peruanos. Extranjeros

Al contrabandista que robase más de 100 $, se le impuso 5 años de presidio y confiscación de todos sus bienes. Los empleados de hacienda que robasen ó se dejasen cohechar, sufrirían pena de muerte. Como se sospechará, la severidad del castigo trajo consigo la impunidad del delito. Se reglamentó la manera de repartir entre los aprehensores la mercadería decomisada, y se fijó en siete horas diarias el trabajo de los empleados. Contrabando

Españoles — Se dictaron también algunos decretos de circunstancias. Se declaró punible el acto de perseguir ó insultar á un español.

Los españoles industriosos que confiasen en el gobierno, podían ejercer su industria libremente: los que no, debían pedir en el acto su pasaporte; quedando sometidos al rigor de las leyes los que se ocultasen.

Se declararon confiscables los bienes de los que se hubiesen ido al lado del Virrey.

Domicilio — El domicilio fué declarado inviolable; en él no se podía entrar sin orden escrita del Protector.

Hijos de esclavos. — Los hijos de esclavos que nacieran en el Perú, después del 28 de Julio, se declararon libres: debiendo los amos enseñarles á leer y escribir y encargarse de su crianza y alimentación hasta los 24 años; de las mujeres hasta los 20, cuidando un regidor municipal del cumplimiento de esta disposición.

Los esclavos que sirvieran en el ejército serían libres si se distinguían por su valor: los que se alistaron cuando la venida de Canterac, se sortearían todos los años para declarar libres á 25. Los esclavos de peruanos ó extranjeros que se embarcaran para España, y los que ingresaran al Perú, quedaban libres de hecho.

Este famoso decreto que proclamaba los derechos de la humanidad, fué suspendido algunos años después por una ley inícua, dictada bajo la influencia de los patrones que maliciosamente sostenían, que sin esclavos no se podían emprender trabajos agrícolas.

Monumento de la indep. — Para perpetuar el recuerdo de la independencia se decretó levantar un monumento en el

camino del Callao; se declaró festivos los días 26, 27 y 28 de Julio: y para sostenerla, se llamó al servicio á todos los peruanos de 16 y 40 años, los que permanecerían en el ejército durante 8 meses.

San Martín abolió la pena de horca y la de azotes, declarando enemigo de la patria al que fustigase á una persona libre. Horca y azotes abolidos

Estableció la libertad de imprenta, ordenando se castigase como difamador al que abusara de ella: creó el jurado de siete jueces que conociera de las denuncias, y exhoneró á la prensa del pago de portes para favorecer su circulación. Ley de imprenta

Corrompida y deficiente la administración de justicia, como ya hemos dicho, creó en Trujillo en 12 de Febrero, una Cámara de Apelaciones, que desapareció cuando se organizó en Lima, en 4 de Agosto, la Alta Cámara. Se componía de un Presidente, ocho Vocales y dos Fiscales, y comenzó á funcionar el 7 de Octubre. Además de las atribuciones de la antigua Audiencia, ejercía las del Tribunal de Minería supreso, y la de conocer de las causas contra los Cónsules y Enviados Extraordinarios. También se le encomendó la labor de formular el Reglamento de Tribunales. Administ. de justicia

Organizó la Dirección de Censos y Obras pías, para regularizar la administración de los bienes de la inquisición y de los jesuitas. Dirección de censos.

La minería se hallaba muy postrada: de 1786 á 1823 había producido 15 millones de marcos de plata, suma insignificante, en comparación de la de otros tiempos y del número de pertenencias, que pasaban de 10,000. Los mineros no tenían fon- Minería

dos: los operarios, dispersos; la guerra había traído la carencia de bestias y la falta de azogue; y muchas minas se hallaban paralizadas por especulación, capricho ó indigencia del dueño, como sucedía con las 400 del español Vivas. Los contratos á partido contribuyeron no poco á la decadencia: el busconero trataba de utilizar todo el metal posible; demolía aún los ademes para beneficiarlos, sin cuidarse de apilar la mina, y de allí los desplomes frecuentes que inutilizaban el trabajo de muchos años.

Los bolicheros acabaron de abatirla. Llamábanse así á los que daban á los operarios, comida, licores, azogue, vestidos y herramientas, en cambio del metal que el minero daba en pago del jornal, sirviendo el contrato, como se supondrá, de poderoso aliciente para el robo.

En protección de ella se estableció la Dirección General del Ramo, cuyo primer director, D. Dionisio Vizcarra, la puso en un pie excelente. Poco después se fundó un Banco de rescate que adelantaba fondos á los mineros.

Arte escénico.

No se echó en olvido al arte escénico. Se cuidó que no se representasen sino piezas morales: y se mandó ensanchar la cuadra del Teatro. La gente decente no calzaba el coturno creyendo manchar su reputación. Solo se dedicaban á las tablas los perdidos, los ociosos ó los desheredados de la fortuna. Aun no se comprendía que si con talento mediocre se puede ejercer cualquiera profesión, es necesario reunir un gran número de aptitudes para llegar á ser un cómico aceptable. El Protector declaró que el arte de la escena no irrogaba infamia, y que los

actores tenían tanto derecho como los demás para pretender un puesto en la administración.

Se provocó un concurso sobre la canción nacional; un lego de Santo Domingo, D. Bernardo Alcedo, alcanzó el premio ofrecido con aprobación general. Parece increible que en una ciudad como Lima, tan atrazada en todos los ramos, hubiera existido un talento musical capaz de concebir una partitura de tanto brío, valentía y magestad como el himno patrio. Las tres primeras notas revelan por sí solas un gran númen lírico. Lástima que la letra no esté á la altura de la composición.

Aprovechó San Martín de la expedición de su Estatuto provisorio, para dar algunas explicaciones sobre el protectorado que tantas alarmas había despertado en la mayoría. Dijo que había asumido la plenitud del poder, para proceder con libertad y responder de su conducta ante la nación entera: que mientras existieran enemigos en el país, se reservaba las facultades del legislativo y del ejecutivo, sin intervenir en la administración de justicia, hasta que emancipado el Perú lo dejara en posesión de su destino.

Con este exordio, dió á luz en 8 de Octubre el Estatuto, que, dicho sea de paso, es el primer trabajo de Derecho Constitucional positivo y de administración que se ha hecho en el Perú. Está dividido en diez secciones en este orden: la 1.ª declara, que la religión del Estado es la católica, apostólica y romana, sin la que no se podrá optar los cargos públicos: los otros cultos se tolerarían con permiso de la autoridad: la 2.ª, que el

poder supremo lo ejercía el Protector, con facultad de imponer contribuciones, nombrar cónsules y agentes diplomáticos: la 3.ª, que los ministros despacharían sus respectivos ramos sin la firma suprema: la 4.ª, que los asuntos administrativos correrían á cargo de un Consejo de Estado con voto consultivo, compuesto de doce miembros, los tres Ministros, el General en Jefe del ejército, el Presidente de la Alta Cámara, el Jefe del Estado Mayor, el Deán de la Catedral, el Marqués de Torre Tagle, y los Condes de Valle Osele, de Torre Velarde, y de la Vega del Ren, dejándose una vacante para proveerla después: la 5.ª, que los departamentos se dividirían en partidos bajo Gobernadores: y los partidos, en tenencias con Tenientes gobernadores. En cada departamento habría un Presidente, y además, un Fiscal que denunciara las infracciones de la ley: la 6.ª, que las municipalidades serían presididas por el Presidente del departamento: la 7.ª, que la justicia la administrarían la Alta Cámara, los Tribunales y juzgados: la 8.ª, trataba de las garantías individuales: la 9.ª, de la ciudadanía, concedida, á todos los que hubiesen jurado la independencia, con tal que hubiesen nacido en América; bastando tener 25 años de edad y ejercer una industria, ó tener un capital y dos años de residencia para naturalizarse.

Semejante liberalidad sobre los derechos políticos, despertó el celo de los nacionales, y así, en 26 de Mayo de 1822, la restringió Torre Tagle, declarando que los argentinos y colombianos no disfrutarían de ella, sino por cuatro me-

ses; los chilenos por tres, y los ecuatorianos por dos; siempre que los peruanos gozaran de iguales derechos en las Provincias Unidas, Chile y Ecuador respectivamente. La 10.ª, dejaba vigente las leyes españolas en tanto que no fueran opuestas á la independencia del país, ó que estuviesen derogadas, ó modificadas por los decretos expedidos.

Las deudas del gobierno español, no contraídas para mantener la esclavitud en el Perú, fueron reconocidas. Deuda española

El Estatuto se declaró ley del Estado, hasta que el primer Congreso dictara la Constitución ó lo creyera conveniente.

A la desilución de ver una dictadura establecida cuando se esperaba una república, vino á agregarse un detalle de administración que produjo muy mal efecto. El decreto que mandó jurar el Estatuto apareció el 10 de Octubre, y sus disposiciones no vinieron á publicarse en la Gaceta sino el 17, y esto, en suplemento, de manera que parecía que la mente del Gobierno fuese que se jurase antes que se conociera.

CAPITULO XXVIII.

Consecuente con su propósito de preparar el ánimo del país al gobierno monárquico, el Protector de acuerdo con Monteagudo, instituyó la Orden del Sol, dividida en tres gerarquías: fundadores, beneméritos y asociados, por escala de ascenso, con la que se premiaría al valor y Orden del Sol

al mérito en cualquier ramo ó ciencia, pero que en realidad tenía por objeto crear una nobleza que prestara fuerza y rodeara de esplendor y respeto al Soberano. Los altos funcionarios políticos, judiciales y militares, formarían la clase de los fundadores, los cuales podían ascender á Consejeros honorarios y á Consejeros del número. Los Jefes del ejército compondrían la clase de los beneméritos, y la de los asociados, todos los que se distinguieran por sus aptitudes ó sus méritos.

A la Orden se le asignaron 40,000 pesos de renta anual; y para dirijirla, se creó un Consejo cuyos miembros tendrían una renta de 1,000 $ al año. Los hijos de los miembros se educarían en un colegio especial; las prerrogativas serían hereditarias. San Martín se arrogó la Presidencia; dió la Vice-presidencia á Torre Tagle, con facultad de presidir el Consejo; la Secretaría á Monteagudo, y á Tomás Guido le nombró Maestro de Ceremonias. Primer fundador fué declarado O'Higgins, y Bolivar, segundo.

El Domingo 16 de Diciembre tuvo lugar la instalación de la Orden, con la solemnidad que requería su objeto. Todo el ejército vestido de gran parada, concurrió á ella. San Martín en persona tomó el juramento á los agraciados, y luego pasó el concurso á la iglesia de Santo Domingo á oir una misa de gracia, por estar allí los restos y el altar de Santa Rosa, declarada patrona de la Orden.

La falta de operaciones militares se encargó de hacerla desaparecer. Sin grandes hechos de armas, son ridículas las cruces y condecoracio-

nes. El decreto quedó archivado en el Congreso; y los desengañados beneméritos lo desenterraron, para dictar la ley de 9 de Marzo de 1825, que la declaró extinguida, cuando quisieron hacer desistir á Bolivar, del propósito de fundar la de «Libertadores.»

Títulos de nobleza:

Para contar con el firme apoyo de la nobleza, los títulos de Castilla se denominaron del Perú, dejando subsistentes los derechos de lanzas y de media annata. El primero consistía en la obligación de proporcionar cierto número de soldados al rey, que luego se redujo á una contribución; y el segundo, era el impuesto que pagaban los clérigos.

Sociedad Patriótica.

Los asuntos de interés público se discutían en la « Sociedad Patriótica », compuesta de un número indefinido de miembros, entre los que eran permanentes cuarenta, afectos á la monarquía. En la primera sesión el canónigo racionero Dr. José Ignacio Moreno, disertó sobre la mejor forma de gobierno y se declaró por este sistema. El Dr. Arce lo refutó victoriosamente; Moreno, se dió por agraviado, y la discusión degeneró, como siempre sucede, cuando no se busca la luz sino la manera de imponer la opinión propia, en un disgusto personal. Arce tuvo que guardar silencio; pero en la sesión inmediata, el honor de refutar á Moreno le tocó á Perez Tudela. La aprobación general que mereció el discurso improvisado de éste, hizo ver á Monteagudo, que estaba presente, que la opinión del país no era favorable á sus planes. Desde ese momento se puede decír que terminó la sociedad, la cual

desapareció por completo con la caída de este gran hombre.

Todas estas medidas adoptadas para hacer aceptable la monarquía, fueron fracasando de una en una, así como no surtieron efecto tampoco la más eficaces, de que vamos á ocuparnos en seguida.

Primeras legaciones.

El Mariscal de Campo Toribio Luzuriaga fué enviado á Buenos Aires, no solo con el objeto de pedir tropas, sino de informar al gobierno de la misión que llevaban á Europa García del Río y Paroissien. Cavero y Salazar fué enviado á Chile con el mismo objeto, y además, á reclamar de los atentados cometidos en el Perú y en Guayaquil por Lord Cochrane. De las instrucciones se deduce, que San Martín y O'Higgins marchaban de acuerdo en lo tocante á la monarquía, pues de otra manera no se podría comprender, que las últimas instrucciones fuera el fin primordial de la misión.

Con el mismo objeto, D. José Morales Ugalde, marchó á México, con fondos suficientes para cohechar á la prensa. A Guatemala se mandó al General Llano.

García del Río y su compañero se dirigieron á Chile; arreglaron las cuestiones suscitadas por Lord Cochrane; solicitaron y obtuvieron la aprobación de la misión que llevaban, sin embargo de no ser aplicable á Chile según O'Higgins, así como la promesa de remitir una expedición de mil hombres á Arequipa, en cambio de ventajas comerciales ó de recibir al contado 200,000 pesos. Pasaron luego á Buenos Aires y pidieron al Gobierno, que renovara las hostilida-

des por Salta, á fin de apoyar los movimientos de San Martín en el Perú.

Aparte de las facultades que se les dieron para pedir el reconocimiento de la independencia, celebrar tratados, levantar un empréstito de cuatro millones, conceder privilegios á los mineros que se comprometieran á trabajar minas, contratar á hombres científicos y á operarios competentes, comprar obras útiles para la biblioteca; se les autorizó para solicitar de Inglaterra al Príncipe de Sussex Coburgo, ó á cualquier otro de la dinastía reinante, con el objeto de proclamarlo Emperador del Perú. Rechazada esta propuesta, se apelaría á las ramas colaterales de Alemania, ó á los Príncipes de la casa de Austria, siempre que Inglaterra los sostuviera: y por su falta, se recabaría uno de Rusia, Francia ó Portugal, no admitiendo sino en último extremo al Duque de Luca, de la casa de España. En todo caso se debía hacer notar, que el gobierno era constitucional, y que el soberano debía ser ó hacerse católico. Príncipes solicitados.

Los gobiernos enropeos no rechazaron á los ministros, pero los recibieron con marcada frialdad. Un pueblo dividido; un país ocupado en parte por el enemigo; un imperio ofrecido por un libertador, que no se atrevía á publicar el objeto de la plenipotencia, y por último, la certidumbre de que más se buscaba un caudillo que concluyera la guerra, que un mandatario que gobernara á la nación, llenaron de desconfianza á las cancillerías ultramarinas, las cuales sabían ya de buen origen, que el gobierno de San Martín había perdido su popularidad.

Corroborando esta idea, el primer Congreso constituyente del Perú, á los dos meses de instalado, no tan pronto se impuso de la misión secreta de los plenipotenciarios, declaró, en Noviembre 22 de 1822, insubsistentes los poderes conferidos, en lo referente á la forma de gobierno, satisfaciendo así las aspiraciones de la clase dominante, que lo que quería ante todo, era tener un pueblo á quien mandar.

Estando á las ambiciones políticas de los nacionales, hay que convenir que la misión era anti-política é inoportuna; pero es menester decir en honor de San Martín, que él no se dejó cegar por la satisfacción del éxito, ni por los aplausos de los que rodeaban, previendo que los pueblos no estaban preparados para la república, y que tendrían que aprender en guerras fratricidas interminables, la cartilla de la libertad.

CAPITULO XXIX.

Los días pasaban y en todo se pensaba menos en terminar la guerra. La inercia que reinaba en Lima contrastaba con la actividad de Jauja, y aun lo más patriotas comprendieron que en breve el enemigo estaría en condiciones de tomar la ofensiva. El arrojo de Canterac había hecho perder su prestigio guerrero al Protector, á quien en privado se llamaba el *Rey José*, y hasta sus más íntimos amigos no contestaban á las

críticas acerbas de los militares sino con el silencio. Los argentinos y chilenos no habían quedado satisfechos con los premios de San Martín, ni con los repartos del municipio.

Conspiración contra San Martín

Pendiente la contienda pedían las gracias y goces que solo se otorgan al vencedor. Haciéndose intérpretes del disgusto general, Las Heras, Martinez, Necochea, Correa (Cirilo) y Alvarado resolvieron separar del mando á San Martín; pero uno de los conjurados, el Coronel Heres, convocó á los Jefes no complicados, y los comprometió á oponerse á los de los Andes, empleando si era preciso la fuerza contra la fuerza. Al efecto, en la noche del 15 de Octubre, puso sobre las armas al batallón Numancia; llamó al Coronel Pinto, á Necochea y á Gamarra, y les manifestó su determinación. Se convino en dar parte al Protector; pero como los conjurados sospechasen que estaban descubiertos, se anticiparon á prevenirle, de manera que la denuncia de aquellos halló informado y tranquilo á quien creían desprevenido. Del mismo modo se rechazó su dieyuntiva de ocupar Santa Catalina, ó de relevar en la guardia de Palacio al batallón 11 de los Andes.

Entretanto, la actitud de Numancia no dejó de inspirar temores, y de ella se valieron los comprometidos para mandar á Paroissien donde San Martín, con el encargo de hacer recaer sobre el denunciante la sospecha que quería suscitar. Este doble juego no desorientó á la víctima, y al día siguiente tendiéndole la mano á Las Heras, le dijo: «Heres me ha dicho que los Jefes de los Andes conspiran contra mi»: el Gene-

ral protestó su fidelidad y San Martín aparentó darse por satisfecho.

Días después, propagado el rumor de estas iniquidades, el General propuso una conferencia con los acusados para descubrir á los culpables, pues la insubordinación era una mancha para todo el ejército. San Martín le contestó, que lo pensaría diez días, y al fin, determinó convocarlos para fines de Octubre.

San Martín ante los conjurados

Constituidos en Junta habló San Martín de la gravedad del caso, é impuso la obligación de que se guardase el secreto más absoluto, para no desmoralizar á la tropa. Se interpeló en seguida á Heres, el que dijo que había tenido conocimiento de la conspiración por la voz pública y por el Deán Echagüe, Gobernador del Arzobispado, que se lo había dicho á un clérigo, y por el Coronel Letamendi del 5 de Chile. Llamados á comparecer, el Coronel negó la cita, y el Deán, no sostuvo lo que se le atribuía, agregando que el alarma provenía de la actitud hostil de Numancia. Estas declaraciones contraproducentes acabaron de perder á Heres. Los acusados se levantaron furibundos contra él: le increparon su falsía y temeridad, y volviéndose á San Martín, le exigieron que abriera un juicio para esclarecer la conducta de cada uno. El Protector les hizo presente, que semejante medida redundaría en perjuicio del ejército, porque haría ver la falta de subordinación; y entonces, se le autorizó para que procediese de la manera que creyera más conveniente. Días después, pasó un oficio á Las Heras, ordenándole que los Jefes informaran por

escrito de lo ocurrido, y de ello resultó que realmente se había conspirado; que era general el disgusto por la manera que se conducían las operaciones militares, y que si no había estallado el movimiento era porque no se contaba con la tropa. El rumor de asesinar á San Martín resultó infundado.

La lectura de cada una de las notas fué un suplicio repetido para el General, que había dado á sus capitanes, nombre, prestigio, fortuna y posición social para recibir semejante pago, Confiesa San Martín que el corazón se le partió de dolor al ver tantas ingratitudes y desengaños. El ejército de Rancagua no existía; la empresa gloriosa de libertar al Perú era una quimera con tales Jefes; y desde ese momento resolvió retirarse á la vida privada, no quedándole sino la esperanza lejana de recobrar su ascendiente con el auxilio de Bolivar.

Como el padre abandonado por sus hijos, sin decirles una palabra, ni ofenderles con medidas de seguridad, dejó partir á sus antiguos compañeros de armas, llegando hasta el extremo de decirle en sus cartas á O'Higgins, que ignoraba lo sucedido. Para admirar bien á la grandeza, es menester verla sumida en el ostracismo de la decepción.

Por el momento se ocupó de salvar al denunciante del odio de los conjurados. Le aconsejó que pidiera licencia por algunos días, se fuera á Lurín, y de allí á Guayaquil, á ponerse á órdenes de Sucre.

Las Heras, Martínez y Necochea se separaron del servicio: el primero pasó á Buenos Aires; Separación de los Jefes

Martínez quedó en Lima, y el tercero se fué al Ecuador en busca de Bolivar.

Muchos ánimos desafectos se plegaron á San Martín por este rasgo de clemencia. Nada honroso es para la naturaleza humana, que los males que nos afligen nos reporten mayores simpatías que el reconocimiento.

Pero todas son contradiciones y contrastes en el camino de la vida. En el paroxismo del placer nos acomete el dolor; después de un arrebato de misticismo cometemos una irreverencia; y el que acaba de practicar un acto de nobleza se mancha en seguida con otro de crueldad.

Fusilamiento de Mendizabal.

El capitán Mariano Mendizabal, sublevado en San Juan, provincia de Cuyo, con el batallón 1.° de los Andes, fué remitido por el gobernador de Rioja á Güemes después de sofocado el motín. Güemes se lo mandó á San Martín, el que sin fórmula de juicio lo hizo fusilar en Lima, en la plaza principal, el 30 de Enero de 1822, á las nueve y media de la mañana.

Por entónces, la comunidad del fin que perseguían las colonias españolas, daba á sus leyes una jurisdicción que salvaba los límites del territorio de cada una. El mandatario de un pueblo no creía degradarse asumiendo el rol de verdugo de otra nación. El destierro voluntario no limpiaba al reo de un delito político. El Perú presenciaba horrorizado una pena, sin que el órden público hubiese sido trastornado. El derecho de gentes sud-americano generalizaba la sanción de las leyes penales.

San Martín mandó fusilar también en Huaura, á cuatro reos acusados de haber asesinado á

unos oficiales en la República Argentina. A su vez, Robert, Lagresse, fueron fusilados en Buenos Aires por conspiradores contra la República de Chile: y los Carrera, en más de una ocasión, sometieron á juicio á los reos políticos de otro Estado.

CAPITULO XXX.

Jauja, factoría realista.

Reanudando el hilo del relato de las operaciones, la conspiración de los Jefes, su salida del país, y el consiguiente resfrío que estas complicaciones produjeron en los patriotas, hicieron comprender á Canteras que había llegado el momento de operar sobre el enemigo. Jauja fué convertida en una gran factoría. Se componían fusiles; se forjaban herraduras; se tejían paños; se curtían cueros; se fabricaba pólvora, y sometido el ejército á ejercicios diarios, bajo buenos instructores, en breve alcanzó una pericia solo comparable con su disciplina. La molicie de los patriotas hacía contraste con la actividad de los realistas.

Medidas de La Serna

Para la rapidez de la marcha desterró La Serna la mochila. El soldado no debía tener sino un terno de bayeta y otro de género, una frazada, dos camisas y dos pares de zapatos; y debido á esta sabia disposición, pudo hacer aquellas marchas forzadas sorprendentes, de 15 leguas en varios días, cuando fué con Canterac á Ica para batir á Tristán, y más tarde con Valdez á las alturas de Torata.

Distribuc. del ejército realista

Una vez que se pudo movilizar alguna fuerza, se destacaron dos divisiones con Loriga al Cerro de Pasco, para disfrutar de los recursos que ofrecía el mineral; y el 1.º de Diciembre se dirigió el Virrey al Cuzco donde estableció el cuartel general. Las tropas quedaron distribuidas en los puntos siguientes: Canterac en Huancayo con 4,000 hombres: Ramirez en Arequipa con 2,000, y Valdez de Jefe de Estado Mayor: en el Alto Perú, de La Paz á Santa Cruz y de Potosí á Tupiza, Olañeta con 3,000 hombres; lo que hacía un total de 9,500.

En el Cuzco, para contener el espionaje, dispuso La Serna que nadie entrara, ó pasara en viaje sin pasaporte; y adoptó algunas precauciones, para que los argentinos que traían mulas de venta al ejército no fueran espías. Arregló el buen servicio de postas, de tal manera, que por una módica suma, cualquiera podía trasladarse de un lugar á otro, y aun conducir sus efectos con la mayor facilidad.

El ejército hacía ejercicios diarios; dió de baja á los soldados débiles ó enfermos y los reemplazó con otros fornidos y robustos ; y muy pronto lo puso en estado, como veremos, de soportar la más rigurosa campaña. Para tenerlo bien mantenido y equipado, redujo en no pequeña parte los gastos de la lista civil.

A las 10 de la noche daba doce campanadas la Catedral: la ciudad se envolvía en el silencio, y nadie podía transitar por las calles sin el respectivo boleto, exceptuándose las personas respetables.

Campaña de Loriga

Volviendo á Loriga, obligó á Otero á retirar-

se del Cerro, con los 200 hombres que constituían toda su fuerza: pero como á los pocos días hubiese podido reunir éste 5,000 indios, armados de palos y hondas, sorprendió á aquél el 7 de Diciembre, á las 3 y media de la mañana, en el momento que se disponía á escoltar una recua de doscientas mulas, que remitía al Virrey, cargada de valores y de abastecimientos.

Una parte del parque español hizo explosión, y Loriga para reconcentrar su tropa y esperar el día en orden, se parapetó en la iglesia. Al amanecer cargó con denuedo á Otero, renovando las escenas sangrientas de Ataura y de Cangallo. Más de 700 indios quedaron en el sitio, no perdiendo los españoles sino un hombre, nueve heridos y dos dispersos.

Si la imprudencia de Otero motivó este desastre, la inutilidad de Tristán y de Gamarra ocasionó otro mayor, en el que tuvo una parte no pequeña el cambio repentino que se operó en los planes de San Martín.

Expedición á Ica

Hasta entonces se había limitado á expedicionar al interior, siempre que tuviese bien cubierta la retirada á la costa, donde la escuadra le hacía dueño absoluto del litoral. De pronto, y violentado por la crítica que le echaba en cara su inercia, resolvió ocupar Ica con una división de 2,111 hombres, sin contar 133 Jefes y oficiales, 4,000 fusiles de repuesto, y el material de una imprenta.

Ica se halla separada del mar por un desierto de 30 leguas de arena muerta, que lo puede atravesar la tropa en cuatro jornadas bien pesadas por la falta de agua; de manera que una división

estacionada allí, tiene que confiar en sus propias fuerzas para resistir al enemigo que, del otro lado de la cordillera, puede descolgarse por Huancavelica, Huamanga ó Arequipa. Como punto de apoyo es excelente, mas no como posición militar; y así vemos que cuando la expedición de Arenales, Aldao y Bermudes cubrieron su retaguardia y lo mantuvieron en comunicación constante con Lima y la costa.

No deja tampoco de llamar la atención, que habituado San Martín á tratar con Jefes de la talla de Arenales, Necochea, Las Heras y otros, no se diera cuenta de que un hombre como Tristán, era el menos aparente para ponerlo al frente de una empresa, por no tener conocimientos militares, ni haberse distinguido siquiera por su valor en alguna acción. Con un Jefe de estas condiciones el descalabro no se hizo esperar.

La división se componía del número 2 de Chile y de 6 piezas de á 4; de los batallones 1 y 3, de los Granaderos á Caballo y del escuadrón Lanceros, todos del Perú. Las instrucciones que se le dieron á Tristán, revelan su falta de conocimientos profesionales y lo poco habituado que estaba á las operaciones de la guerra, pues se descendía en ellas hasta prescribirle lo más elemental de la vida de campaña.

Por lo que respecta á Gamarra, ya hemos hablado de sus desaciertos. Parece que educado este Jefe por los españoles, los creía invencibles: vivía bajo el influjo de su superioridad; y con esta idea fija en la mente, tan luego como se le presentaban se declaraba vencido.

Contra estas dos nulidades La Serna destacó

á sus dos mejores capitanes, concediendo á los expedicionarios un ascenso general, como premio anticipado de la victoria. Canterac fué elevado á Mariscal de Campo, y á Brigadieres, Valdez, La Hera, Loriga y Carratalá.

La división del primero salió de Huancayo el 28 de Marzo de 1822, sin que lo supieran los independientes, casi al mismo tiempo que Valdez se adelantaba de Arequipa por la ruta de Caravelí. Componíase aquella de destacamentos del Infante, de Cantabria, del 1 y 2 del Imperial, de los Húzares de Fernando VII, Dragones de la guardia, Dragones del Perú y Granaderos de la guardia, con un total de 1,400 infantes, 600 caballos y 3 cañones; y la de Valdez de quinientos hombres escogidos. La primera llegó á Huaytará á marchas forzadas. No conociendo la posición de Tristán, más de una vez tuvo Canterac la idea de retirarse á sus cantones, temeroso de que el ejército de Lima se apoderara de Jauja. Una Junta de guerra, le ordenó que hiciera un reconocimiento; é informado que aún no se habían apercibido de su presencia en la quebrada, avanzó, el 6 de Abril, al Carmen Alto, y ocupó los callejones de la Macacona, que cortan los caminos de Lima y Pisco, el 7, á las 7 de la mañana.

Entretanto, creyendo Tristán que el único peligro estaba en el Sur, había destacado á Gamarra con fuerzas para batir á Valdez; pero cambiando de idea luego que éste llegó á Huallhua, ocho leguas al oriente de Nazca, le mandó que se replegara. Gamarra observó la orden, pidiendo que se le permitiera presentar batalla, pero se le reiteró aquella, y el martes santo llegó á Ica, en

momentos que se recibía la noticia de haber salido para el Sur 500 hombres de la división de Huamanga.

Una comisión que se dió al subteniente Chávez á Huaytará, hizo saber á los patriotas que los españoles habían ocupado este pueblo. El capitán Olavarría fué mandado en descubierta el jueves, é informó, dos días después, que se movían á Trapiche en número de 600 hombres.

La Junta de guerra que se convocó y reunió este día opinó, que el ejército se retirara tras el río Chincha; pero habiendo indicado Gamarra los peligros de este movimiento y aconsejado el avance á la Aguada de los Palos, siete y media leguas al sur de Ica, desde donde se podía dar batalla con ventaja, ó retirarse á Chuquibamba á esperar órdenes de Lima, se perdió el tiempo que habría debido emplearse en vadear y parapetarse en el citado río.

Como se comprenderá, el plan de Gamarra se fundaba en los malos informes que se tenían; y es indudable que si hubiera sabido la fuerza efectiva de Canterac y lo poco que distaba, no habría optado por internarse más con el ejército.

La ignorancia de los patriotas sobre los movimientos del enemigo se debía, á que la mayor parte de los hacendados de Ica eran realistas, y además, á que estaban resentidos de los vejámenes que les habían inferido las tropas indisciplinadas de Aldao y Bermudez. Un joven Reyes, vecino de San Juan, anunció la proximidad de los españoles, cuyo número hacía ascender á 4,000 hombres. La noticia cayó como una bomba: el desconcierto fué general: todos perdieron la ca-

beza: se convocó á nueva Junta de guerra, y en ella, abandonando la idea de esperar al enemigo, resolvieron retirarse á Pisco en la noche del sábado 7 de Abril. Al salir de la ciudad, hallaron al enemigo emboscado en el costado izquierdo del estrecho callejón de la Macacona. Un fuego mortífero de flanco, y una carga de caballería de frente, lanzaron á la vanguardia de los independientes sobre el centro, y la derrota se pronunció á poco de haberse disparado los primeros tiros. Los españoles tomaron 1,000 prisioneros, entre ellos al Coronel Aldunate, 2,000 fusiles, 4 piezas, bagajes, ganado, la imprenta y gran número de pertrechos. Macacona

En la misma mañana destrozaron en la pampa de Chunchanga al escuadrón Lanceros del Perú, que venía á reforzar á Tristán, haciéndole 80 prisioneros y matándole 50 hombres. Con este doble jaque desapareció una de las divisiones más brillantes del ejército independiente.

Los Jefes escaparon á uña de caballo, con parte del escuadrón Granaderos, siguiendo la ruta de Cañete. Canterac abusó del triunfo, quintando sin piedad á los oficiales y soldades de Numancia.

Los vencedores volvieron al centro por la misma ruta que habían traído. La primera división encontró á Valdez en Huaytará, donde acampó, después de recibir en Santiago la noticia de la victoria. Conferenció con Canterac sobre los planes futuros, y contramarcharon ambos á sus respectivos acantonamientos.

Los dos Jefes independientes fueron sometidos á juicio. Siendo general la falta de discipli-

na, y los jueces tan achacosos de esta dolencia como los acusados, la sentencia adoleció de lenidad. Tristán fué condenado á la pérdida de su empleo por un año; y Gamarra por cuatro meses, cuando el fusilamiento de los dos lo imponía la ordenanza y la conservación del espíritu militar.

C. Quiróz. Algunos días después, el 26 de Abril, el bravo guerrillero Cayetano Quiroz fué batido por el Coronel Rodil en Paras; se internó en la cordillera, y el 27, lo deshizo Carratalá dispersando la poca gente abatida que le acompañaba. Quiroz se dirigió á Pisco, pero en la Puntilla fué apresado por Villagra, que lo remitió á Ica donde fué fusilado el 5 de Mayo, con la nota de ladrón é infame.

Vivas Trece días después, otro guerrillero, Vivas, fué derrotado en Yanama cerca de Chongos por el Coronel Ferraz.

En 1.° de Mayo, Raulet con 80 hombres atacó Ica, pero fué rechazado con algunas pérdidas, por las numerosa guarnición que Canterac había dejado.

La Tapia Igual suerte corrió el 20 de Setiembre, el capitán La Tapia en Acuchimay, cerca de Huamanga, por haberse atrevido contra fuerzas superiores.

Andrea Bellido Podemos cerrar la lista de tantos patriotas que rindieron en estos encuentros la vida por la patria, con la hazaña de la famosa Andrea Bellido. En su poder se descubrió una carta que daba noticias de la situación de los españoles. Interrogada sobre el autor se negó á revelarlo, y se la condenó á muerte, marchando al supli-

cio con una entereza é impasibilidad dignas de la epopeya. Era natural de Huamanga.

CAPITULO XXXI.

Si la expulsión de los moros fué un gran error económico que empañó la toma de Granada, del mismo modo las medidas de severidad contra los españoles, para obligarlos á dejar el Perú, nos privaron de un valioso contingente mixto que, una vez establecida la república, habría sido un factor poderoso de la industria y del comercio. Entre los moros y españoles no habían vínculos de ninguna especie: la lengua y la religión eran distintas; las leyes y costumbres diferentes; el odio implacable: en Lima, todo era común, y lejos de haber recelos entre peruanos y españoles, los unían lazos de familia, intereses de negocios y relaciones de amistad. El número de éstos no era un peligro para la libertad, pues no llegaba á la quinta parte de la población; y estando desarmados y bajo la vigilancia de la autoridad, no era lisonjero para el valor nacional que se temiera que en un conflicto nos hubieran dominado.

Expulsión de los españoles.

Aun en el caso de haber sido necesaria la expulsión, se la debería haber decretado de una manera explícita; y no apelar, como se hizo, á medidas de rigor que la produjeran: porque en política el artificio ó la maquinación traen siempre consigo la aversión al ministro y el descré-

dito de la administración. Junín habría preparado á la colonia al descalabro de Ayacucho; y luego los lazos de familia, la estabilidad de los negocios, la riqueza del suelo, y sobre todo, el tiempo que calma las más fuertes pasiones, la habrían hecho amiga sincera de la república. El rigor innecesario desacredita la mejor causa, y atrae el odio general sobre el ejecutor. El secuestro de bienes era una arbitrariedad de la que no reportaba el fisco utilidad alguna, y además, era una tropelía imperdonable en quienes verificaban una revolución proclamando respetar los derechos del hombre. La oposición de Cochrane á esta medida inconsulta, á la vez que reagravó sus relaciones personales con San Martín, no sirvió sino para que se encaprichara en sostenerla.

Secuestro.

Sin hacer caso de estas graves consideraciones, se dictaron varios decretos contra los españoles que, confiados en la hidalguía reconocida de los peruanos, no habían querido salir del país. Ningún español podía salir de su casa después de la seis de la tarde. El que tenía armas debía entregarlas, y al que las ocultase se le desterraba y confiscaban sus bienes. Todos debían naturalizarse ó dejar el pais en un mes, so pena de perder la mitad de sus bienes. Los que emigraban y los americanos que estaban en el ejército realista ó que salían para España, si dejaban herederos forzosos, no podían llevarse sino la parte de libre disposición. Ellos no podían usar capa, ni capote, ni reunirse más de dos; y para no distraer á los jueces de sus ocupaciones ordinarias, se creó una Comisión de Vijilancia, com-

Medidas para lanzarlos del país.

puesta de tres Vocales y un Fiscal, que funcionó una que otra vez y que jamás condenó á ninguno.

Las dudas se disiparon al fin: era menester decidirse entre la patria natural y la adoptiva: el desbandamiento fué general. Continuamente salían del Callao para España ó Río Janeiro, familias enteras de españoles, llevándose capitales, brazos y elementos industriales de todo género, de que tanto necesita aun hoy mismo el país. Un buque de guerra, el Monteagudo, fué destinado á depósito de los exportados, que en una ocación llegaron hasta 538. Se embarcan

En Julio de 1822 los 10,000 colonos quedaban reducidos á 600: unos se habían retirado á Jauja, y el mayor número se había ido á España, ó al extranjero. Treinta de ellos se embarcaron en el buque inglés Pacífico, que zarpó del Callao para Río Janeiro. A la altura de Quilca se sublevaron; se apoderaron de la nave, y cuando se disponían á ir á tierra, apareció un navío de guerra inglés, que ayudó al capitán en la inhumana tarea, de dejar á los sublevados en un bote á merced de las olas. La distancia á la costa era inmensa. Pronto el hambre y sus horrores se hicieron sentir: cada día la suerte designaba al que había servir de pasto á los demas. De uno en uno fueron desapareciendo: al fin la marejada arrojó á tierra á los únicos tres que sobrevivían, pero tan extenuados, que dos murieron poco después, quedando D. Francisco Heros para contar el suceso. Caso del Pacífico.

Hay que convenir que estos excesos deplorables se cometieron, por el plan erroneo del Pro- Plan económico.

tector de no atacar al enemigo. Llevando la guerra con el brío que proponía Arenales, y con el vigor que le hubiera dado el dinero distribuido en premios prematuros, no habría que defender hoy al caudillo de los ataques de la crítica, ni manchar la historia con semejantes horrores. El quietismo trajo la violencia, y el miedo la crueldad, que al odio de las víctimas acumuló contra el ministro el desdén de los corazones generosos.

La sátira en cantos populares.

Estos sentimientos se manifestaron en diversos cantos populares, entre los que mencionaremos «La Palomita», en el que se ridiculizaba el proyecto de monarquía y al futuro emperador. También se pergeñó una acta pomposa, en la que se aparentaba sostener con razones fútiles este sistema de gobierno. Comprendiendo Monteagudo el fin subversivo de ella, hizo prender á los autores, D. José Félix Cedrón, D. José Ignacio Avila, dos clérigos, y los sometió á juicio.

Disgustos con Numancia.

También fué motivo de grandes disensiones la conducta de Numancia. Orgulloso este cuerpo con sus laureles, tenía en menos á los demás batallones, á quienes miraban con cierta arrogancia, no justificada desde su ingreso al ejército por servicio alguno. Hay que confesar que en aseo, compostura, disciplina y pericia militar no tenía rival: pero el mérito reconocido no autoriza el aire de superioridad.

El celo se hizo sentir y las rencillas pronto aparecieron, con perjuicio del respeto recíproco y de la disciplina, no viéndose por lo pronto medio más expedito para acallar resentimientos, que prometer á Numancia se le mandaría á

Venezuela, pagándole á los soldados 300 pesos á cada uno.

Mas al organizarse un Estado, toda cuestión de dinero se hace grave por la penuria del tesoro, y no pudiendo cumplirse con lo ofrecido, Heres, tenía continuos disgustos con San Martín.

Para calmar á los descontentos, se le dieron al capitán Delgado 10,000 pesos, á buena cuenta de lo que se le debía á Numancia, y se consultó á cada una de las compañías, por separado, si querían irse á Venezuela ó servir al Perú. La mayoría optó por lo primero; los demás pasaron á enrolarse en la Legión Peruana, á fin de evitar los choques que trae siempre consigo la diversidad de pareceres. Las rencillas siguieron en aumento: Delgado no repartió el dinero y se le sometió á juicio.

Los obstinados en irse renunciaron hasta el premio ofrecido; y como perdida la insubordinación y el respeto al superior, ya no hay paso que no se crea lícito, le escribieron á Sucre, que entonces pedía al Perú tropas para batir á Aymerich, que exigiera que Numancia formara parte de la expedición. El gobierno había dispuesto ya que las de Trujillo pasaran al Ecuador; de manera que la solicitud del Jefe colombiano no sirvió, sino para que se dispusiera, en Diciembre 27, que el batallón estaría en lo sucesivo á sus órdenes, trasmitidas por órgano del gobierno.

CAPITULO XXXII

Junta de Guayaquil

Desde que se instaló la Junta de Guayaquil, no se ocultó á Bolivar que ella pretendía unir la provincia al Perú. Roca, Jimena, Salazar, La Mar, Tirapegui, y en general la alta clase apoyaban esta idea, no disintiendo sino Olmedo, que estaba por la independencia absoluta. Entonces como ahora, muchas familias de Lima y Guayaquil estaban unidas por los vínculos del parentesco. Los guayaquileños se educaban y graduaban en nuestra Universidad. Los productos del Ecuador tenían su mercado en Lima. El mejor cacao lo consumían nuestros ricos y reverendos; los sombreros finos de paja los lucían nuestros hacendados, y desde el tiempo del coloniaje, la guarnición del puerto, sus empleados y autoridades eran nombrados en el Palacio de los Virreyes. Colombia no podía alegar estas conexiones. Ningún hombre eminente del Ecuador estaba por unirse á ella; y comprendiendo Bolivar que solo por la fuerza podía realizar su idea, mandó á Sucre á Guayaquil con la misión ostensible de batír á Aymerich, y la secreta, de imponer á todo trance la anexión.

Doble misión de Sucre

Guayaquil pertenece á Colombia

Estos son los hechos. En cuanto al derecho el Perú no tenía ninguno. Guayaquil había dependido de Lima en varias ocasiones, pero es indudable que formaba parte de Nueva Granada; y de aquí que, muy antes de que se suscitaran estas cuestiones, Torre Tagle había aconse-

jado á San Martín que dejara al Ecuador constituirse libremente.

En esta condición legal, la intervención directa de San Martín no se habría podido apoyar en ninguna razón plausible, y solo habría conducido á crear dificultades.

Aparte del buen derecho, desde que se declaró á Nueva Granada parte integrante de Colombia, para Bolivar, la anexión, era asunto de preponderancia americana. Colombia y Venezuela unidas, no podían competir en fuerzas, población y riqueza con el Perú, y de allí la necesidad de atraerse al Ecuador, para formar de los tres Estados, uno que pudiera contrarrestarle.

Hay que confesar que San Martín también tuvo la mira de anexar Guayaquil al Perú; pero jamás pensó hacerlo coactando la voluntad de los ecuatorianos. El quería persuadir, no mandar; y lo mismo opinó la Junta, la cual nombró Comandante en Jefe de las fuerzas guayaquileñas al General La Mar, conocido partidario nuestro, á quien más tarde le habría dado las fuerzas de Santa Cruz, á no haber sugerido Olmedo, que esto era desairar á Sucre obligándolo á confiar á aquél la dirección de la guerra.

Sistemas políticos

De esta manera, en los albores de la independencia se inauguraron dos sistemas políticos enteramente distintos, que no se acordaban sino en el propósito de separarse de la metrópoli, y en haber atraído á sus autores el odio de los pueblos emancipados. El uno proclamaba la libertad agrupando varios estados bajo la férrea

mano del despotismo: el otro la concedía bajo una monarquía constitucional en cada una de las secciones del coloniaje, sin alterar sus fronteras; aquél envolvía el engrandecimiento de sus colaboradores y la superioridad militar de Colombia; al paso que éste no tenía segunda intención, ni planes egoistas; y mientras el fundador del primero, dominado por la ambición, consideraba como obra propia una evolución histórica; el del segundo, sin miras personales, desdeñaba la crítica y rechifla de sus contemporáneos, seguro de levantarse en su tumba á los aplausos de la posteridad.

La buena simiente no germinó: la mala cayó en terreno fértil, y pronto la veremos arraigarse y florecer en todas las zonas de la América Latina.

Aparentando no tener plan de reserva alguno, Sucre se dedicó á disciplinar sus tropas para batir á Aymerich, que tenía su cuartel general en Quito. La reacción realista, encabezada por el Coronel Salgado y el Comandante López, que se verificó el 17 de Julio de 1821, en la que sofocó Sucre el movimiento de la flotilla y el de un batallón, le dió un ascendiente irresistible.

Yaguachi: Huachi.

En Agosto 19, batió al Coronel Gonzáles en Yaguachi, le mató 150 hombres y le hizo 500 prisioneros; pero habiendo avanzado á Huachi sobre la meseta andina de Ambato, fué derrotado completamente por Aymerich, en el mismo lugar en que, poco antes, habían sido vencidas las primeras tropas guayaquileñas al manda de Urdaneta, en 12 de Noviembre de 1 820

Esta derrota, que costó 300 muertos, 40 oficiales heridos, sin contar al mismo Sucre, y 600 prisioneros, sembró la consternación en Guayaquil, y la Junta, para conjurar el peligro, mandó á Roca y á Tirapegui á Lima á pedir refuerzos, y á manifestar en reserva al gobierno que más se temía á los colombianos que á los españoles.

Petición de auxilios á Lima.

Abandonar á Sucre era entregar la provincia al enemigo; auxiliarle era someterla á Colombia, por lo que en tan difícil coyuntura no es pequeño elogio de San Martín decir, que prefirió ver al Ecuador libre del yugo español, á poner trabas á su independencia por temor de que cayera en otras garras. Si el héroe colombiano era esclavo de la ostentación y de la lisonja, el argentino era amante del poco ruido y de la sinceridad. En este caso, la moderación la llevó al extremo de ordenarle al agente diplomático del Perú, General Salazar, que se limitara á solicitar que al pueblo de Guayaquil se le dejara constituirse como mejor le pareciera.

Presión de los colombianos.

Constrastaba con estas instrucciones la conducta de los colombianos: públicamente decían que necesitaban otro puerto en el Pacífico; que en la costa de Nueva Granada no había más que Panamá; y que por ningun motivo consentirían que el otro puerto se uniera al Perú.

La Junta se quejaba en vano á Sucre de estas pretensiones, mientras que los oficiales colombianos apelaban á las vías de hecho, persuadidos, que todo paso sobre el particular era una adulación grata al superior.

Bajo esta poderosa influencia, el 16 de Di-

ciembre, el cabildo de Portoviejo, cuyo partido comprendía casi la tercera parte de la provincia de Guayaquil, reconoció la ley fundamental de Colombia. La Junta le ordenó á Sucre que sofocase el movimiento, y como el mandato se oponía á la misión privada de que ya hemos hablado, ofreció servir empleando medidas conciliatorias.

Días después, el 23, el batallón Vengadores de Guayaquil, instigado por el capitán Alvarez y cuatro oficiales colombianos, dejó la ciudad, y en el campo pisoteó su bandera proclamando la unión á Colombia.

Los oficiales del cuerpo, extraños al movimiento, protestaron esa misma mañana su fidelidad y se pusieron á órdenes de la Junta, que de todas partes recibía noticias de la insolencia de los auxiliares. Ya era que al Comandante de artillería habían querido quitarle el parque: ya que al Coronel de cívicos le habían asaltado en el cuartel, dejando, al ser rechazados, dos prisioneros, que resultaron ser ayudantes de Sucre: ya que otros Jefes habían perorado á las tropas para inducirlas á la revuelta.

Entretanto Alvarez no las tenía todas consigo: tras el entusiasmo del momento vino el desabrimiento del desengaño. Los soldados principiaron á reunirse en grupos y á darse cuenta de la gravedad del delito. Comprendiendo Alvarez el peligro que corría, formó el batallón y le habló de volver á la obediencia, haciéndole ver que la obstinación sería más nociva que el arrepentimiento. Salvado el estallido que temía de

los suyos, poco se cuidó de la Junta; que en la guerra de la independencia era más grave faltar á los libertadores que subvertir el orden del Estado. La Junta le ordenó volviera á su cuartel, y al anochecer, cruzó en silencio la ciudad que en la mañana había atronado con sus vivas á Colombia.

Los oficiales fieles fueron dados de alta en el ballón Voluntarios de la Patria, creado al efecto, al cual se pasaron 300 plazas del Vengadores, que quedó reducido á 94 hombres y á los motinistas.

Sucre llama á Bolivar

La irritación que produjeron todos estos manejos reprobados, hicieron comprender á Sucre que no podía continuar patrocinándolos sin ofender la nobleza de su carácter; por lo que le escribió á Bolivar, que viniera en persona á llevar adelante sus planes políticos é intencionales.

Bolivar en Guayaquil.

La Junta para declinar su responsabilidad convocó una Asamblea. Bolivar le comunicó á ésta «que habiendo formado Guayaquil parte del Virreinato de Santa Fé, no permitiría que Colombia perdiera un palmo de la integridad de su territorio». Su lectura exasperó á la Junta, que informó al gobierno del Perú de lo que pasaba, y éste reunió al Consejo de Estado para consultar si declararía ó no la guerra á Colombia. Al mismo tiempo le ordenó á Santa Cruz [3 de Mayo], ya al frente del enemigo, que obedeciera á La Mar; y á La Mar que acordara con el General Salazar el retiro de la división peruana, donde creyera conveniente, para hacer respetar la independencia de su patria; ó mandarle que se

regresara á Trujillo, caso que cediera á las gestiones del Libertador. (23 Marzo).

Excitación en Lima.

Por estos documentos se podrá calcular la tormenta que levantaron en Lima los sucesos del Ecuador. El Consejo arrastrado por la opinión, optó por la guerra; la cual hubiera estallado, con grave daño para el liberalismo, á no haber sido más atendible para San Martín los votos pacíficos del General Alvarado, y, sobre todo, de Monteagudo.

En el ejército peruano, donde por primera vez el indio de la puna admiró la destreza ecuestre del gaucho de las pampas, y éste, la agilidad cerril del primero, ya se había propagado el odio contra las pretenciones absorventes de Bolivar; y tan dispuestos estaban á batirse contra los españoles como contra los colombianos. Sucre tuvo que apelar á toda su sagacidad para evitar un rompimiento. A Santa Cruz le manifestó que la retirada equivaldría á una derrota; y á los demás Jefes peruanos, el peligro que corría la emancipación del continente; por lo que sostuvo con entereza que de ningún modo permitiría la separación, aunque tuviera que emplear la fuerza contra la fuerza.

Sucre entra en Campaña

En esta crísis terrible, Urdaneta, Lavalle, Villa y los mismos Jefes peruanos, aconsejaron á Santa Cruz, que se quedase en Cuenca, dando parte al Gobierno de Lima y manifestándole que esperaba sus órdenes. Sucre no era hombre de andar con espectativas; educado en la escuela de los hechos entró de frente en campaña sin esperar la respuesta; y le escribió á San Martín

que si persistía en retirar la división le mandara á Numancia. Así principió un antagonismo que estimularon hechos posteriores y que duró hasta la tumba.

A la Junta se le contestó, que si la provincia estaba por independizarse, contara no solo con la división peruana sino con las tropas que pidiera el general La Mar, siempre que se procediera con franqueza y sin rodeos, haciendo pública la aspiración general (23 de Marzo). Santa Cruz recibió orden de continuar la campaña (12 de Marzo).

Mientras el Protector pasaba notas y daba ejemplo de moderación, Bolivar marchaba de frente á dar una apariencia legal á la anexión. En 16 de Junio de 1822 entró en Quito. De Cali le pasó un pliego, á la Junta en el que la decía en tono imperativo, que si se obstinaba en la incorporación al Perú correría mucha sangre.

Guayaquil anescado.

A la cabeza de 1,500 hombres se presentó en Guayaquil, y sus aduladores arriaron la bandera de la ciudad y enarbolaron la de Colombia. ¿*Porqué tan presto*? preguntó, creyendo que era la señal de la incorporación. No habían trascurrido veinticuatro horas, y los mismos exigieron á la Municipalidad que se declarase por ella. El cabildo contestó, que una resolución tan importante dependía de la Asamblea que se había convocado. Renovada la solicitud y rechazada de nuevo, recurrieron á Bolivar, el cual disgustado de los concejales, declaró la provincia en anarquía y asumió el mando político y militar bajo la protección de su patria.

Con esta imposición de la fuerza la Junta desapareció de hecho. Declaró que cesaba en el ejercicio de sus funciones gubernativas, y se refugió en la escuadra peruana que había sido enviada para traer, si era necesario, la división Santa Cruz.

Se componía de las fragatas Protector, Venganza y la corbeta Alejandro, que llegaron á Guayaquil, al mando de Blanco Encalada, á fines de Junio.

En situación tan delicada, no olvidó Bolivar de atender á las exigencias de la diplomacia. A su edecán, el coronel Ibarra, lo remitió con pliegos cerrados para Sucre, San Martín y O'Higgins, ordenándole al uno, que rodease de tropas la Asamblea el día que se tratara de la anexión: al mismo tiempo que á los otros dos les aseguraba que la provincia decidiría de su destino en completa libertad.

Cuando los diputados se vieron cercados por las bayonetas se miraron á las caras y empalidecieron. Ninguno quería ser héroe ni mucho menos mártir; y sin persecusiones ni estrépitos la libertad fugó del país. Guayaquil quedó anexado.

El tiempo ha venido á desvanecer los ensueños de este gran hombre. El Ecuador es hoy un Estado independiente; y estas peripecias suministran á la historia un ejemplo más, de que nada valen las imposiciones de las bayonetas.

Los de la Junta abandonaron su patria y se establecieron en Lima. Algunos de ellos escribieron sobre estos escándalos, con la particularidad, que más se cuidaron de moderar su lenguaje al referirlos, que de pintar fielmente el afán

de todo un Libertador por privar á un pueblo del sagrado derecho de sufragio.

¡Quien lo creyera! la codicia de un caudillo extranjero contribuyó á acabar de desopinar á San Martín y á su ministro. Se creía que con un poco de energía se habría podido, si no impedir, por lo menos retardar la usurpación. Los chilenos y argentinos no se ocultaban, al lanzar improperios é insultos contra los dos y contra Bolivar. Los limeños eran más moderados; pero la verdad es que la anexión produjo un disgusto tan grande en el Perú y el Ecuador como en toda la América Meridional.

CAPITULO XXXIII

Al mismo tiempo que se desarrollaban los sucesos de que hemos dado cuenta en el capítulo anterior, vino á aumentar el descontento general el regreso de Lord Cochrane, á quien dejamos expedicionando al Norte. Regreso de Cochrane

En Guayaquil carenó sus naves, siguió á Panamá y Acapulco, de donde destacó en 6 de Enero, á la Independencia y al Araucano, para que registrasen todas las bahías y caletas hasta San Francisco, y luego se regresaran al istmo.

Con los otros buques se vino al Sur, y en la bahía de Tocames, costa de Esmeralda, Nueva Granada, recibió informes de que las fragatas habían regresado, por lo que á toda vela se dirigió á Guayaquil, al que llegó el 13 de Marzo.

Aquí no encontró sino á la Venganza y al Alejandro, por haber salido al Callao la Prueba, después de cambiar su bandera por la peruana.

He aquí como tuvo lugar esta evolución.

Trat. con las naves españ. Desesperados los capitanes españoles de la incesante persecución de Cochrane, se habían puesto á órdenes del Capitán General de Nueva Granada, y en demanda de auxilio recalaron al istmo, donde hallaron á la corbeta Alejandro. Esta nave había sido armada en Chile en 1821, por cuenta del gobierno colombiano, pero habiéndose sublevado en Guayaquil, formó parte desde entonces de la escuadra española. Posteriormente, Panamá y Veraguas se declararon independientes, y negaron toda clase de subsidios á las naves españolas, por lo que sus capitanes celebraron un tratado en 4 de Diciembre, comprometiéndose á no hostilizar la costa en cambio de ciertos socorros que se les daría. En mérito de este convenio se dirigieron á Guayaquil y lo bloquearon; y el General La Mar, ya separado del ejército realista, y el General Salazar, agente diplomático del Perú, se apresuraron á celebrar otro tratado, en 16 de Febrero de 1822, por el que las naves tomaron la bandera del Perú, en cambio de abonar á las tripulaciones sus sueldos atrazados desde Octubre de 1820; de otorgar un ascenso á los oficiales que siguieran á la escuadra, y de abonar el pasaje á los que quisieran abandonar la carrera y dirigirse á Europa.

Furia de Cochrane La noticia de este arreglo puso frenético al Almirante: veía escapársele la presa que con tanto afán venía persiguiendo al través de los

mares. En el acto le ordenó á Crosby que abordara á la Venganza, arrancase la bandera peruana que lucía, é izara en el tope la chilena; y una vez que se llevó á cabo el insulto, desplegó sus buques en la rada en actitud hostil.

El pueblo excitado se aprestó á la lid, y se hubieran roto los fuegos, á no haber mediado el General La Mar que convino con el Almirante (17 Marzo), que la Venganza no fuera del Perú sino del gobierno de Guayaquil, bajo la garantía de 40,000 $, hasta que el gobierno de Chile decidiera quien era su verdadero dueño. En cuanto á la corbeta Alejandro, se convino en que se devolvería á sus antiguos navieros.

El 27 se dió á la vela para el Sur; el 13 de Abril tocó en el Norte del Perú, y las autoridades le negaron víveres y le impidieron hacer aguada. Disgustado, se fué al Callao, y aquí, el 25, reclamó como suya á la Prueba, á la que se había bautizado ya con el nombre de *Protector*. La respuesta y la actitud imponente del gobierno, le hicieron comprender al Almirante que no estaban dispuestos en tierra á soportar nuevos vejámenes. Su ira se cebó en la Motezuma que en ese momento entraba al Callao; la abordó é izó en ella el pabellón de Chile.

Retirada del Almirante

Felizmente, el 1.° de Mayo abandonó la costa del Perú para siempre. Exasperado San Martín de sus tropelías, ya había dado orden á Blanco Encalada, Almirante de la escuadra, de romper los fuegos, en caso que otros buques fuesen detenidos ó abordados.

A pesar de estos sucesos deplorables, hay que convenir, que el temor de caer en manos del Al-

mirante había contribuido mucho al arreglo de Guayaquil, y que sin la perseverancia en la caza, los capitanes españoles no se habrían rendido: pero en el curso de las cosas humanas la posibilidad no constituye el hecho: este puede realizarse ó no, y en el derecho marítimo no bastan las fatigas de la persecución, sino que hay que agregar los peligros de la captura, para disfrutar de los derechos del aprehensor.

La excitación del abordaje, el humo de la pólvora, los peligros de la refriega, hacían de Cochrane un héroe: el reposo, la quietud, las discusiones le quitaban el valor de ser siempre noble, generoso, grande. Para él no había sublimidad sino en la violencia, y cual otro Aquiles, tanto le temblaban los suyos como los enemigos. Retirado del servicio de Chile, pasó al Brasil, y luego á Grecia, donde sus hechos correspondieron á su fama y le merecieron la rehabilitación de sus honores ante la Corte de Inglaterra, que le concedió el título de Conde de Dundonald.

Fijando de una vez este gran carácter histórico hay que decir, que no supo apreciar lo que valían sus grandes hechos, ni de preveer que de la altura á que le había elevado la toma de la Esmeralda, era estimarse poco chocar y aun familiarizarse con los demás, y una degradación darle importancia á las miserias humanas. Cochrane prefería ser rico á ser un modelo histórico, y estimaba más las comodidades de la fortuna que los esplendores de la gloria.

Concluyendo con las naves españolas, en 1825 se entregaron á México el navío Asia y el bergantín Aquiles: de manera que dos negociacio-

nes vergonzosas pusieron término á la cadena de infortunios que recorrieron desde su llegada al Pacífico.

La falta de escuadra se hizo pronto sentir en las relaciones internacionales. El más pequeño barquichuelo armado de algunos cañones, se atrevía á desconocer las leyes del Estado, y á no respetar lo dispuesto por las autoridades. Las grandes potencias reagravaban sus tropelías con el más absoluto desprecio; y las torpezas cometidas servían de fundamento más tarde para arrancar fuertes sumas de indemnización al erario. Tan cierto es que en el derecho de gentes, no obstante los veinte siglos de civilización trascurridos, apenas hemos salido de la barbarie. Consecuencias de ella

Bloqueado de orden del Protector el litoral del Perú, sin naves que lo sostuvieran de hecho, como se acostumbraba entonces, llegaron á Pisco el 19 y 21 de Setiembre de 1821 los bergantines ingleses Libonia y Nancy, procedente aquél de Valparaiso, sin registro ni papeles, que daba por arrebatados en Arica; y éste de San Blas, ocupado por los españoles. Bastaban estas dos circunstancias para haber detenido legalmente á los dos, y con más razón al segundo, por traer un cargamento sospechoso. Estando en la operación de la descarga, llegó la corbeta de guerra inglesa Dewtley, de Valparaiso, y su Comandante Gambier, ordenó que se repusiera á bordo la carga en el acto, amenazando apoderarse de la fragata de guerra Argentina. Las representaciones del capitán del puerto, fueron inútiles; y el 18 de Octubre la Nancy fué puesta en libertad.

Igual cosa pasó con la primera. El Comodoro

Mackensy que mandaba la Superbe, exigió con insolencia y obtuvo que se le entregara; pero lo más edificante del relato es, que declarados buena presa los dos buques por la Alta Cámara de justicia, el Perú tuvo que pagar, años después, una fuerte indemnización á Inglaterra por las sentencias pronunciadas.

También fué escandaloso el caso del bergantín Ana. Habiendo violado el bloqueo efectivo de Arica, se le declaró buena presa. El gobierno inglés reclamó del fallo, y obligó á pagar al Perú 299,168 pesos 4 reales.

Los americanos, pueblo más especulador, no quisieron ser menos, y entusiastas se lanzaron en el nuevo campo abierto á la explotación.

Sostenido el bloqueo de Arica por el bergantín Belgrano, arribó la fragata americana Cantón con 4,000 fusiles y pertrechos de guerra, que desembarcó en 21 de Julio de 1822, protegida por el navío americano Franklin, no obstante las protestas del Comandante Prunier, que mandaba el primero.

Algún tiempo después, fueron apresadas la goleta Enrique y la fragata Peje Volador. La primera fué devuelta; y la segunda condenada por haber violado las leyes del país. Con este motivo entabló una reclamación el americano Samuel Tracy, que, apoyada injustamente por el gobierno de Washington, costó al Perú muchos miles de pesos.

Un americano Smith, vendió al español Arismendi la goleta Macedonia en 1819: por la suma de 100,000 pesos pagados á Pezuela, el comprador obtuvo permiso de llevar dinero á la Chi-

na y traer de retorno mercaderías. La goleta regresó en 1821; fondeó en el puerto de Arica que estaba bloqueado, y fué apresada cuando la mitad del cargamento estaba ya en tierra. El gobierno de Washington pidió indemnización, como si la propiedad de la nave fuera americana, y con la particularidad escandalosa, de exigir al mismo tiempo en Santiago lo que gestionaba su representante en Lima.

Todas estas tropelías y otras muchas que sería largo enumerar, no se habrían verificado, si hubiese estado surcando los mares del Perú la insignia temida de Lord Cochrane.

CAPITULO XXXIV.

Petición de auxillos á Lima

Al mismo tiempo que la Junta de Guayaquil pedía fuerzas á San Martín como ya hemos dicho, Sucre comisionó con el mismo objeto al Coronel O'Leary donde el General Arenales, Prefecto y Comandante en Jefe de la división de Trujillo, invitándolo á pasar al Ecuador. La igualdad de grado y la antigüedad de servicios, le impedía á Arenales servir bajo Sucre; y reconociendo la necesidad indispensable del envío de las fuerzas, renunció la Comandancia para dejar al Protector completamente libre. Sucre advirtió el verdadero motivo, y le escribió diciéndole, que su propósito era conservar Guayaquil; que con tal que los españoles no lo recuperasen, poco le importaba mandar las tropas ó nó;

y que estaba dispuesto á cederle la dirección de la campaña encargándose de una de las divisiones. Arenales agradeció la sincera y modesta cortesía del General colombiano, y entregó las tropas á Santa Cruz con orden de marchar á la frontera.

División peruana.

Se componían éstas de los batallones 2 y 4, los escuadrones Cazadores del Perú y Granaderos de los Andes, total 1.622 hombres. Se convino en que en el Ecuador gozarían del mismo sueldo que en el Perú, y que las bajas serían reemplazadas por soldados colombianos.

En 27 de Diciembre la división llegó á Piura, cruzó la frontera á principios de Enero, y en 9 de Febrero acampó en Saraguro, dominando fácilmente las provincias de Cuenca y de Loja.

Riobamba

El 21 de Abril, Lavalle, al frente de un escuadrón de los Granaderos de á caballo, compuesto de 96 hombres, se encontró inesperadamente en Riobamba con 420 hombres de caballería española. Con aquel arrojo que lo distinguía, dió una famosa carga que obligó á los españoles á replegarse á su infantería, dejando á muchos de los suyos en el sitio. Mientras Lavalle se retiraba el enemigo recibe refuerzos, viene á su encuentro y toma la ofensiva; y aquél cambiando la cabeza del escuadrón, vuelve á la carga, y los arrolla y derrota por segunda vez. Cuatro oficiales y 52 soldados quedaron en el sitio, 40 heridos, salvándose el resto de caer prisionero por haberlo protegido el fuego de la infantería. Los capitanes Bruiz, paje que fué de Napoleón I, y Sowersby, el teniente inglés Latus, y el corneta Olmos se distinguieron en este hecho de armas.

A principios de Mayo, ocupando los realistas Machache, los aliados se movieron por su derecha para evitar las fuertes posiciones de Jalupana. El 13 siguieron el camino de Limpia-Ponga, faldeando el Cotopaxi, ocultados por la neblina; y el 15 ocuparon Chillo, á 3 leguas de Quito, sobre su flanco izquierdo. El enemigo se replegó á Quito y acampó al Sur en el Calzado y las Lomas, resuelto á mantenerse á la defensiva, hasta la llegada de los refuerzos de Pasto. Sucre que no esperaba sino á Córdova con su batallón, luego que supo por un correo interceptado la mente del adversario, resolvió dar batalla inmediatamente atacando por el Norte. El 20 pasó el ejido de Turubamba, y como la excelente posición de las Lomas exigía movimientos rápidos, mandó á la vanguardia á la división peruana, para proteger el descenso y la subida del ejército el 21, al llano de Turubamba, al frente de Aymerich. Este se mantuvo firme ese día, que se pasó en tiroteo de guerrillas, y en la tarde avanzó Santa Cruz 20 cuadras en el llano, ocupó el pueblecito de Chillo-gallo, y en la noche del 23, emprendieron los aliados un movimiento general por la izquierda, para cortar la comunicación con Pasto, por el único camino, bien malo por cierto, que conduce al ejido de Iñaquito. La oscuridad, la lluvia y la nevada retardaron la marcha de las tropas; la vanguardia, compuesta de los batallones peruanos y el Magdalena, apenas pudo llegar á las Lomas de Pichincha á las 8 de la mañana, y se mantuvo dos horas sobre las armas, para dar lugar á que Sucre llegara con otro cuerpo y que los demás salieran de la quebrada. Pichincha

Un espía anunció el avance de una partida enemiga. Santa Cruz destacó á los Cazadores de sus dos batallones para sorprenderla; y como se demorasen un poco por lo fragoso del terreno, los siguió al trote con el N.° 2, presintiendo lo que iba á suceder. Efectivamente, sin esta medida la vanguardia hubiera sido destrozada. No era una partida, sino el mismo Aymerich con todo el ejército el que emprendía el ataque, y roto los fuegos, el bravo Coronel Olazabal que mandaba el 2, lo mantuvo á raya por más de media hora, hasta agotar sus municiones. Yaguachi y Piura, conducidos por el mismo Sucre, vinieron á reemplazarle: aquél entró en acción con denuedo, y éste compuesto de soldados bisoños, hubiera sido causa de un descalabro, si el batallón Paya no hubiera venido á reforzarlo. Así se mantuvo el combate por más de dos horas, bajo un fuego nutrido de ambas partes, hasta que agotadas las municiones, por haberse quedado atrás el parque, una brillante carga de los colombianos lo restableció en toda la línea. El enemigo intentó entonces flanquear la izquierda; subió al Pichincha, y en la altura fué cogido de flanco por tres compañías del famoso batallón inglés Albión, que custodiaba el parque, al mando de Mackintosh, que lo obligó á retroceder. De este movimiento y consiguiente desmoralización se aprovechó el valiente Córdova, para lanzarse ávido con el centro á la bayoneta: los españoles se envolvieron unos con otros en la bajada; todo fué confusión y espanto y se completó la derrota: eran las 12 del día. Los restos del enemi-

go se refugiaron en el fuerte de Panecillo, que impidió con sus cañones la persecución.

El fuego de fusilería se mantuvo sin cesar tres horas, debido al ardor de los combatientes; y así, á poco de comenzar la acción se hizo general. La caballería no tomó parte. Aymerich la había puesto á retaguardia, de manera que cuando cargó sobre ella la independiente, vencida ya por la vista, se entregó á la fuga.

El cuerpo que más se distinguió fué el N.° 2 de la división peruana, por haber resistido solo el empuje del enemigo; y el héroe de la jornada, fué el capitán Abdón Calderón de la primera compañía del Yaguachi. De uno en uno fué perdiendo sus miembros, sin dejar de alentar á sus soldados á la pelea. Destrozados los brazos y las piernas, murió al día siguiente legando á su patria la corona del valor.

Los rugidos del Pichincha perpetuarán el recuerdo del valor legendario de Córdova: allí dió principio á la sangrienta apoteosis de la bayoneta, con la que postraría en América al poder español.

A Santa Cruz le esperaba la gloria de unificar á dos pueblos.

De Sucre diremos, que el destino había asociado su nombre á otra batalla campal más terrible, en la que se decidiría la libertad de todo un mundo.

El enemigo dejó 400 muertos, 300 heridos, 1,100 prisioneros, sin contar 160 Jefes y oficiales: perdió 14 piezas de artillería, 1,700 fusiles, sus bagajes y pertrechos. Los vencedores tuvie-

ron 300 muertos de los que 91 fueron peruanos, y 150 heridos, 67 nuestros.

De la división peruana murieron el capitán José Durán de Castro y el alferez Domingo Mendoza: heridos, el capitán Juan Elisio Alzurú. Se distinguieron el Coronel Felipe Olazabal: los capitanes Pedro Izquierdo, Mariano Gomez de la Torre, Pedro Alcina, y el citado Alzurú: los tenientes Narciso Bonifáz, Francisco Machuca, Juan Espinoza, Francisco Galvez Paz, Domingo Pozo, José Conchán y el subteniente Sebastián Fernández.

Consecuencias

Efectos de este glorioso hecho de armas fueron la capitulación de Aymerich, la entrega de Quito al día siguiente, la libertad de Colombia, y más tarde la rendición de Pasto, que había costado más de 3,000 soldados á Bolivar. Sucre concedió á los vencedores una medalla; ascendió á Santa Cruz á General de Brigada; y el Perú regaló á Sucre una espada, otorgó una medalla de oro á los Jefes y oficiales, y un escudo en el brazo á los soldados.

El Ecuador era libre, pero tan brillante suceso fué empañado por las miras ambiciosas del Libertador. Los soldados colombianos ensoberbecidos con el triunfo, entraron en Quito con la arrogancia de los conquistadores: á los ecuatorianos los trataban con la displicencia de un pueblo redimido, y á los peruanos con cierto aire de superioridad. Es indudable que sin la prudencia y finos modales de Sucre: sin las grandes relaciones que había adquirido en Quito por sus galanteos con la que después fué su esposa, habría sido imposible evitar un rompimiento en-

tre los que acababan de verter su sangre en común por la libertad de un pueblo.

La victoria no aumentó los recursos de Sucre, ni el desengaño hizo flaquear la hidalguía de los nuestros. Faltos los colombianos de fondos para pagar sus tropas. Santa Cruz renunció á la mitad de su sueldo; noble ejemplo que imitó toda la división.

CAPITULO XXXV.

Tropiezos de San Martín

Asegurada la libertad del Norte del continente, aun quedaba la tarea principal, la de lanzar á los realistas del Perú, sin la que, á pesar de lo hecho, quedaba planteado el problema de la emancipación. San Martín había fracasado: darle tropas colombianas, era aventurado, no habiendo podido realizar la empresa con las suyas; y por esto Bolívar determinó mandar 2,000 hombres con la división Santa Cruz, para mantener la guerra en pie, hasta que el héroe argentino comprendiera su impotencia y se retirara expontáneamente del teatro de la acción.

Hay que convenir que todas las circunstancias le habían sido desfavorables; el terreno, el clima y el carácter benigno de los habitantes. El terreno, quebrado, extenso y cruzado por torrentes impetuosos, era un espanto para el soldado bisoño y un respeto para el disciplinado. El clima, laxante y febril, tenía lleno los hospitales, y obligaba á consumir en medicinas no pequeña parte de las rentas; y los hombres volup-

tuosos, inaparentes para el servicio, de razas diversas que se miraban con desdén, hábiles para los estudios, la tribuna y las luchas de la plaza pública, pero no para soportar los hazares y fatigas de una campaña. Desde luego no me refiero al indio disciplinado que, por su valor, su pié infatigable y su frugalidad, es sin disputa uno de los mejores soldados del mundo.

En Lima, el ejército chileno-argentino, desmoralizado en parte y sin sus mejores capitanes, se había abandonado á la molicie. Su Jefe desoído en Chile y Buenos Aires y desopinado en el Perú, no vió otro recurso para salir airoso, que apelar al auxilio de un ejército habituado á batir á los españoles, creyendo con la mayor ingenuidad, que se le confiaría la dirección de una guerra cuya gloria eclipsaría la de las demás luchas por la emancipación. Le prometió á Bolivar ir á buscarlo á Quito, pronosticándole, que el día que se abrazaran sería inolvidable para la América.

J. Mosquera

No se ocultaba á Bolivar que la cuestión de Guayaquil le había atraído en el Perú grandes odios, y en toda la América Meridional general antipatía; que el caso del Numancia y la conducta de su Coronel habían desacreditado en Lima á los colombianos; que el reclamo de las provincias de Jaen, Maynas y Quijos fomentaba sin cesar la discordia, por lo que antes de celebrar un pacto de unión y alianza entre ambos países, era prudente sondear el terreno, y al efecto mandó de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario á D. Joaquín Mosquera, el cual fué recibido en Lima el 5 de Mayo.

Monteagudo fué nombrado para tratar con él. Después de las primeras conferencias, celebraron dos trataron, que son la expresión de los vastos planes de Bolivar. Por el primero se convino en que Numancia, con el nombre de Voltíjeros, quedaría en el Perú, y la división peruana en el Ecuador, hasta que Colombia lo creyera conveniente. La cuestión de límites se dejó á los Congresos para no recordar los atropellos de Guayaquil, ni herir la susceptibilidad del Perú, separando provincias que formaban su territorio desde el Virreinato, y que después de la proclamación de la independencia obedecían expontáneamente sus leyes. Por respetos recíprocos, se dispuso únicamente, que no mandarían diputados al Congreso que próximamente debía reunirse en Lima. Trat do en Colombia

Para impedir que España intentara recuperar algún día sus colonias, y asegurar la independencia de ellas de todo poder extraño, se celebró un tratado, el 6 de Julio, invitando á los demás Estados Sud-americanos á una Asamblea, que se reuniría en Panamá, ó en otro lugar central. El estrecharía la unión entre todos ellos; serviría de consejo en los grandes conflictos; de punto de contacto en los peligros comunes; de fiel intérprete de los tratados públicos, cuando ocurriesen dificultades; y de juez árbitro consultor en sus disputas y diferencias. Cada Estado estaría representado por dos Plenipotenciarios; y para hacer efectivas las resoluciones de la Asamblea, contribuirían los miembros con el ejército y escuadra necesarios en proporción á sus fuerzas y facultades.

La idea grandiosa de fundar un Estado federado de las repúblicas latinas, que las hiciera respetables ante las otras potencias, ya había sido emitida por San Martín, en su proclama á los limeños de 13 de Noviembre de 1818, en la que propuso «la unión de las Provincias de la Plata, Chile y Perú, para inspirar á España el sentimiento de su impotencia, y á los demás poderes, la estimación y el respeto.»

En la misma fecha se celebró otro tratado de alianza y confederación perpetua entre Colombia y el Perú, por el que los ciudadanos de ambos países disfrutarían en el territorio de la otra de los mismos derechos que los nacionales; pudiendo ejercer el comercio y gozar de las facilidades y prerrogativas de aduana, con solo haber fijado su domicilio. En él se estipuló, que la demarcación de límites se haría de un modo amistoso, después que el Congreso del Perú facultase al ejecutivo. Desgraciadamente, se insertaron dos cláusulas insostenibles en la práctica. Las partes contratantes debían hacer causa común contra los sediciosos y revolucionarios, facultándose recíprocamente para pedir la extradición de ellos así como de los desertores refugiados en el territorio de la otra.

Estos tratados, por el que una república debía garantir con sus bayonetas la estabilidad del gobierno de la otra, y perseguir como delincuentes á los que no habían faltado á sus leyes, fueron considerados como letra muerta por los políticos. El célebre poeta Olmedo, con gran penetración dijo, hablando de ellos, que eran «*cenizas*

engañadoras que al menor viento dejarían el fuego en descubierto.»

Sin embargo de esto, Torre Tagle lo aprobó el 15; pero habiendo disgustado al Congreso de Colombia, el que en la cuestión de límites, se hubiera dado al Perú el derecho de intervenir en sus cuestiones domésticas, y á Colombia en las del Perú, nada más que por satisfacer ambiciones de Bolivar, no lo ratificó sino un año después, en 12 de Julio de 1823.

Salida á Guayaquil.

Entretanto, aceptada que fué la entrevista en Guayaquil, San Martín dejó en Lima al Marqués de Torre Tagle, con el título de Supremo Delegado, y el 8 de Febrero salió del Callao. Por circunstancias imprevistas recaló á Huanchaco. Habiendo sabido allí que Bolivar había salído para el Norte de Quito, y que las fragatas españolas bloqueaban Guayaquil, regresó al Callao el 3 de Marzo y se alojó en la casa de Pezuela en la Magdalena, aldea á la que dió entonces el nombre de *Pueblo de los libres.* Su presencia no alteró el orden político que había dejado establecido, reasumiendo unicamente la dirección de las operaciones de la guerra.

Revista del ejército.

El desastre de Ica había producido consternación general y sembrado la desconfianza en el ejército. Para disiparlas se pasó revista el 4 de Junio, en el campo de San Borja, á tres regimientos; Río de la Plata, Granaderos á caballo y Húzares de la guardia; á 8 batallones; Numancia, Legión peruana, Cazadores, los números 2, 3, 4, 5 y 11, y á un regimiento de artillería con 20 piezas; total, 7,491 hombres y 397 jefes y oficiales.

El 10 se revistó á la guardia cívica, compuesta de los batallones, Peruanos Leales, Patriotas, Legión peruana, Zapadores, un regimiento de línea, una brigada de artillería, un regimiento de caballería de pardos y un escuadrón de pardos también, con un total de 7,318 hombres.

El 16, la escuadra mandada por Blanco Encalada se hizo rumbo al Norte; la componían las fragatas Océano, Mercedes, Trinidad, Ceres; los bergantines O'Higgins, Protector, Olive Branche, Livonia, Regencia, Pacífico, Dardo y la goleta Olmedo, convoyados por la fragata de guerra Protector y la corbeta Limeña. Días después, parte de ella se dirigió á Guayaquil para traer la división peruana, como ya hemos dicho.

Una vez que se recibieran las fuerzas pedidas á Chile, se proponía San Martín atacar á los españoles por Intermedios, mientras que Arenales con las fuerzas de Santa Cruz y las remitidas de Colombia, haría una diversión por el centro.

Misión de La Fuente.

El Comandante Gutierrez de La Fuente y D. Ignacio Mendieta, pasaron á las Provincias del Río de la Plata, á solicitar que se atacara á los realistas por el Sur. En la capital fueron mal recibidos por Rivadavia, émulo de San Martín, al extremo de no haber querido entenderse con él directamente, entregándole cerrada la respuesta al Perú.

En las provincias no sucedió lo mismo, no obstante las rivalidades que entre ellas existían. Así en Córdova consiguió, que el Gobernador, Coronel Burgos, se comprometiera á darle 200 hombres, 6000 pesos al contado y 500 mensuales: en San Juan, el Intendente, Coronel Urdini-

nea, 100 de á caballo y 4000 pesos; en Santa Fe 200 ó 300 de caballería; en Salta algo más; en Mendoza y Catamarca 100 hombres cada una; en San Luis 150, y en las demás lo que buenamente pudieran, en reses, mulas, armas, hombres y armamento, pues el estado de postración en que las había dejado la guerra civil las imposibilitaba de prometer todo lo que se pedía.

La expedición del Alto Perú debía hacerse por Tupiza y Jujuy, y al principio se encomendó á Burgos; pero habiéndose descubierto una carta suya al Gobernador de San Luis, D. José Santos Ortiz, en la que le aconsejaba no prestar auxilios á La Fuente, se encargó la dirección, con más acierto al entusiasta Coronel Urdininea, el que procedería de acuerdo con el famoso guerrillero Lanza.

Conseguido el ejército se buscaron fondos para sostenerlo, pues el gobierno de Buenos Aires se negaba á suministrarlos. La Fuente celebró dos contratos *ad referendum;* uno en San Luis, con el inglés D. Godofredo Poignan, representante de D. Ricardo Orx, y otro en Buenos Aires con el S. León de la Barra, comerciante del lugar.

Por el primero se le daban 100,000 pesos, con la obligación de devolver 200,000, ocho meses después de ocupada La Paz. En caso de un descalabro, se devolvería el capital en el término de 16 meses, con el interés del 6 por ciento anual, y se le concedería la franquicia de introducir al Perú 200,000 pesos en mercaderías sin pagar derechos.

Por el segundo se prestaban 50,000 pesos, pa-

gaderos en 18 meses en Lima con interes de uno y medio por ciento anual. comisión de jiro de 5 por ciento. rebaja de un 15 por ciento en derechos de aduana, y libertad de extraer los pesos fuertes pagados sin abonar derechos fiscales.

También propuso el S. D. Manuel Riglos, á nombre de otro, dar 100,000 pesos con el interés mensual de 2 por ciento, la mitad en plata y la mitad en mercaderías. El capital se pagaría en plata piña, que se exportaría sin pagar derechos, teniendo el prestamista la facultad de introducir 150,000 pesos libres de todo gravamen.

Sensible es decir que el éxito del comisionado en conseguir tropas y recursos, se debió á la falta de comunicaciones; y así, luego que se tuvo conocimiento que el Gobierno de Buenos Aires no le había dispensado una acogida favorable, muchas provincias desistieron y otras redujeron sus ofrecimientos. Por esto, en 12 de Octubre, se ajustó un nuevo contrato con Burgos y Urdininea, por el que el auxilio de las provincias se redujo á 500 hombres, 750 caballos, 850 bestias de carga, 1,250 pesos al principiar y una renta mensual de 29,000 pesos.

Concluida su misión, La Fuente regresó á Santiago, y allí se sorprendió al encontrar á San Martín, ya separado de la política. Informado éste de los contratos de préstamo, aprobó el de 50,000 pesos, y le escribió á Urdininea para que comprara armamento y municiones, ofreciendo la garantía de su firma. La Fuente hizo un propio para que llevara la carta, y al mismo tiempo le escribió á Arica al General Alvarado.

«que mientras el gobierno del Perú no mandara 200,000 pesos, no era de esperarse ningún ataque por el Tucumán». De cualquier modo que sea, es un hecho que realza mucho al General San Martín, que comprometiera su crédito particular en beneficio de un país, en el que solo había cosechado disgustos, amarguras y desengaños.

Tratos con La Serna

También aprovechó San Martín de su regreso al Callao para proponer á La Serna, antes de partir, un armisticio de 60 días, con el objeto de llegar á un arreglo y evitar un derramamiento de sangre. Las bases fueron, reconocimiento de la independencia, devolución de los bienes confiscados, concesiones comerciales durante diez años y otorgamiento de la ciudadanía á los que se establecieran en América. Los oficiales que se enrolasen en el ejército del Perú, conservarían sus grados y años de servicios, así como los empleados civiles y eclesiásticos que continuaran en la administración. El armamento y municiones realistas se tomarían á justo precio. La deuda del Perú á España, cuando el ejército libertador ocupó Lima, se reconocería, y habría amnistía general por las opiniones y los partidos.

La Serna contestó secamente que tenía poder y recursos para sostener estos países como parte integrante de la monarquía, y se negó á todo avenimiento.

Proyectos de ataque á España

El desaire trajo la idea descabellada de llevar la guerra á España, que fué rechazada de plano por O'Higgins. El Protector, la Venganza y la Macedonia, eran buques demasiado débiles para

emprender una campaña á tres mil leguas de distancia, exponiéndose á perder el Perú el dominio del mar, si de España se mandaba un solo buque, como sucedió dos años después, cuando se presentó en el Pacífico el navío Asia. Además, la escuadra peruana no tenía importancia ya: había perdido su elemento primordial; su soplo vivificador. Si algo había valido antes, se debía á la hacha de abordaje del temido Cochrane.

También se rechazó en Chile el proyecto de éste, de atacar á los españoles en Filipinas, por requerir esa expedición mayores recursos de los que podía disponer una naciente república.

CAPITULO XXXVI.

Nueva partida á Guayaquil

Reasumiendo el viaje á Guayaquil, el 14 de Julio, fecha de la propuesta anterior, se embarcó de nuevo San Martín en la goleta Macedonia. llegó á la Puná, y allí lo recibieron cuatro edecanes de Bolivar.

Recibimiento.

El 26, los Generales colombianos, los Jefes de Estado Mayor y un gentío inmenso, vino á recibirlo al Malecón, y de allí lo condujeron á la suntuosa casa que se le había preparado, donde lo esperaba Bolivar vestido de gran parada. Al verse los dos héroes, apresuraron el paso y llenos de la mayor emoción se abrazaron estrechamente. «Al fin, dijo Bolivar, se cumplieron mis deseos de conocer y estrechar la mano del renombrado General San Martín». «Los míos.

replicó éste, están cumplidos al encontrar al Libertador del Norte.» Luego la señorita Carmen Garaycoa, de 18 años de edad, bella como un querubín, le puso al acogido una corona de laurel de oro esmaltado, sin que su condición de querida de Bolivar sublevara el decoro de los guayaquileños, ni retrajera al amante de presentarla en tan augusta ceremonia.

La primera entrevista duró hora y media. Bolivar se retiró y San Martín pasó á pagarle la visita, en la que estuvieron juntos media hora. Es un hecho importante, del que es menester dejar constancia, que nadie estuvo presente en ninguna de ellas. Conferencias

El 27 conferenciaron cuatro horas seguidas. y á las cinco, se sentaron á un expléndido banquete, al que habían sido invitados los Generales, los Jefes más prominentes del ejército, y las personas más caracterizadas de Guayaquil. Al llegar á los postres, Bolivar se puso de pie, tomó una copa y dijo: «Brindo por los dos hombres más grandes de la América del Sur: el General San Martín y yo». San Martín le contestó, brindando, «Por la pronta conclusión de la guerra: por la organización de las diferentes repúblicas del continente y por la salud del Libertador de Colombia».

Al banquete siguió un baile soberbio en el que lucieron sus gracias las bellas guayaquileñas. San Martín se retiró á la una de la mañana, pasó á la goleta, y poco después abandonó el puerto.

He creído conveniente entrar en todos estos pormenores, porque ellos marcan la última etapa de la carrera brillante de un hombre que, des-

pués de haber afianzado la vida de dos repúblicas y conseguido en parte la independencia de otra, creyó que el destino le imponía la condena de eliminarse del escenario de sus proezas y de su gloria.

Muchos comentarios se han hecho sobre los puntos que se trataron en estas célebres conferencias, y aunque ninguno de los interlocutores dejó un documento auténtico de lo acaecido, algunas cartas y sus conversaciones posteriores, dan á conocer no solo lo que se trató sino la manera como se expresó cada uno.

San Martín las abrió, insinuando el temor que su presencia ahondara la división de los partidos en Guayaquil. Bolivar replicó, que de ninguna manera, pues los derechos de Colombia eran tan evidentes, que nadie podía oponerse á la anexión; que aun en el caso de no haber fundamento para realizarla, esta era una cuestión que competía á la Asamblea que se había convocado.

Se trató en seguida del envío de tropas colombianas al Perú, en pago de las que habían vencido en Pichincha. Bolivar ofreció mandar 1,400 hombres bajo el General Castillo; San Martín observó que ese número serviría para guarnecer Lima y el Callao, y de consiguiente era inutil para la expedición de Intermidios que proyectaba, de acuerdo con Chile, la cual exigía una poderosa invasión por el centro á la sierra. Bolivar se excusó alegando, que el Congreso no lo había autorizado para remitir más tropas; y comprendiendo San Martín que se trataba de una evasiva, pues sin poder alguno acababa de recon-

quistar Nueva Granada, le hizo presente que á la menor insinuasión suya, aquel cuerpo le concedería lo que deseaba; añadiendo, para despejar susceptibilidades, que estaba dispuesto á ponerse bajo sus órdenes. Tan generoso ofrecimiento no se creyó sincero, y Bolivar le manifestó que jamás consentiría verle bajo el mando de otro, dandole á entender *que no había más remedio que retirarse voluntariamente*, si quería en realidad ver libre algún día al Perú.

Se habló en seguida de la clase de gobierno que convenía dar á los nuevos Estados.

El atrazo de las colonias españolas; la diversidad de razas; la unidad de religión: la aristocracia del clero; la ignorancia de los curas; el espíritu militar de las masas; le habían hecho presagiar á San Martín, que la anarquía devoraría pronto al Perú, por lo que había optado por una monarquía constitucional, de preferencia á la república, después de maduras deliberaciones ¿Queréis fundar una monarquía? le preguntó Bolivar. Nosotros, General, le respondió, no somos de la tela de que se han hecho los reyes. Monarcas que han fumado con sus súbditos del mismo cigarro, inspirarían el respeto que le tenía la monja á la efigie de naranjo. – Bolivar tras una corta pausa replicó en tono decisivo: «La república no es un hecho aislado en Sud-América: después de doce años de lucha por la libertad es muy difícil cambiar de rumbo. A todo esto, añadió, pasando á otra cosa, siento deciros que por carta del Coronel Gomez, Secretario de la Legación colombiana en Lima, se ha sabido que durante vuestra ausencia los Jefes del ejército os han

hecho la revolución.»—«Si ha tenido lugar, contestó San Martín, me retiraré á la vida privada, y ojalá que antes de morir, vea el triunfo de los principios democráticos que defendéis.»—No, dijo Bolivar, eso no será en nuestra generación, ni en la siguiente; pero habrá una metamórfosis, y una nueva casta disfrutará de esos beneficios.»

Despedida

Al salir, San Martín le dijo en presencia del Almirante Blanco, que había convocado al Congreso, y que el día que se instalara el mes próximo, sería el último de su permanencia en el Perú; luego agregó, «ahora le queda á Ud. General, un nuevo campo de gloria en el que va Ud. á poner el último sello á la libertad de la América.»

Así terminó la célebre entrevista, cuyos secretos revelados por el tiempo, habrían hecho entonces no poco daño á la independencia, por la disparidad de pareceres de los dos capitanes empeñados en conseguirla.

Obsequios recíprocos

A las dos de la mañana del día siguiente, se embarcó para el Callao. Bolivar le acompañó hasta el bote, y allí le obsequió su retrato, correspondiendo á la medalla de brillantes en forma de un sol radiante, en elegante caja de oro, que le había traído San Martín de Lima. En ella se leía esta inscripción: *El Protector del Perú al Libertador de Colombia.*

Al despedirse le ofreció San Martín un buen caballo de paso para sus campañas, que, tan luego que llegó á Lima, le mandó con el capitán Delgado, agregando una excelente escopeta de caza y un par de pistolas.

Se presume que en las conferencias San Mar-

tín protestó de la anexión, porque en carta de Lima de 19 de Agosto, le dice «No era á nosotros á quienes pertenecía decidir este importante asunto: concluída la guerra, los gobiernos respectivos lo hubieran transado, sin los inconvenientes que en el día pueden resultar á los intereses de los nuevos Estados de Sud-América.»

No es pues aventurado decir, dados estos antecedentes, que el visitante se retiró ofendido y altamente indignado de la ambición de su huésped. No solo se le había reprochado el proyecto de monarquía que, como ya hemos dicho, no era en provecho propio; sino que no se había apreciado al inmenso servicio que había prestado á la libertad de Colombia con la invasión del Perú, y á la América toda con el envío de la división Santa Cruz.

Bolivar quería coronar la obra de la independencia solo; sin émulos que le hicieran sombra, y por cierto que tenía que temer del que era americano neto en todos sus pasos y acciones; del que no trabajaba para sí, sino por el bienestar de estos países; del que por fin, estaba dispuesto á eliminarse de la escena á la menor sospecha de ser una cortapisa para la emancipación.

19,000 veteranos sostenían en el Perú los derechos de la corona mandados por expertos y esforzados generales. Los aliados no tenían fuerzas para vencerlos, y el contingente que remitió Bolivar, en Julio de 1822, con el General Valdez, no los ponía en mejor condición. Se componía del batallón Vencedor, 587 plazas; Pichincha, 699; y más tarde Yaguachi, que trajo el Ge-

neral Paz del Castillo, con 370 que, unidas á las 619 de Voltijeros, hacían ascender la división colombiana á 2,275 hombres.

El tiempo ha venido á acreditar que la frialdad de la despedida contrastó con la cordialidad del primer encuentro. Los protagonistas notaron que no tenían iguales miras; que seguían rumbos distintos; que eran dos polos opuestos; el uno buscaba la felicidad é independencia de los Estados Sud-Americanos por todos las medios, sin reservas egoistas, conservando los límites propios de cada uno, respetando sus zonas ó cordilleras; el otro creía que solo bajo su régimen podían ser estos pueblos libres; aquél cifraba toda su gloria en el desprendimiento, su lujo en el desinterés, su vaniead, diremos, en la abnegación; éste no ambicionaba sino las consideraciones del mando, los respetos y las adulaciones del poder y los esplendores de la gloria. La ardua tarea de emancipar un mundo la vinculó á su grandeza.

CAPITULO XXXVII

Motín contra Monteagudo

La trasmisión del mando y el alejamiento, dieron lugar á que estallasen celos, odios y rencores que hacía tiempo estaban comprimidos. Los fusilamientos de Mendizabal y de Jeremías; las severidades innecesarias con los españoles, que á la vez hirieron á muchas familias nacionales; el fracaso de las operaciones militares; la separación de los Jefes más populares; el odio á la dicta-

dura, el celo en fin de ver al Perú gobernado por extranjeros, prepararon un levantamiento que no pudiendo estallar contra San Martín, buscó una víctima en Monteagudo.

Hay que confesar, sin embargo, que la autorización concedida á los criados para delatar el vicio del juego de sus patrones, fué una medida inconsulta que produjo los efectos desastrozos de todo decreto que perturba la paz del hogar doméstico; pero aun conviniendo que esto solo fuera bastante para explicar el odio contra el ministro, la verdad desnuda es, que el ataque fué un movimiento general de protesta contra su superior.

La severidad de los actos dictatoriales imputable á Monteagudo, la amenguaba su patriotismo y su talento; más los actos mismos, habían sido un doloroso desengaño aun para los tenientes del campeón de la libertad.

En el teatro se repartieron una noche pasquines, en los que se criticaba acremente la conducta de San Martín y de los ministros. Sin denuncia ni juicio alguno, se designó como autor al Dr. Fernando Urquiaga y se le desterró á Chile, donde contrajo una grave enfermedad que, á su regreso, menos de un año después, le condujo al sepulcro. Calorio, oficial de artillería, fué desterrado sin trámite alguno, por haber hablado en el cuartel mal de Monteagudo.

Estando un buque inglés próximo á partir para Calcuta, corrió la voz, á fines de Julio, que el gobierno mandaba desterrados en él, á D. Mariano Tramarría, anciano respetable, y buen patriota, á un clérigo Manuel Gallo, adverso al mi-

nistro, y á un hermano de Calorio. Parece que esta noticia falsa salió de casa de Riva Agüero, que ya figuraba en la política devorado por la ambición. Se hizo circular con rapidez inusitada: la ciudad se llenó de alarmas; el gentío que se aglomeró en la plaza pasó á estacionarse frente á la pequeña casa de Tramarría. Sus amigos se aprovecharon de esta coyuntura para redactar una acta, pidiendo la inmediata deposición del ministro, y se comisionó al Dr. D. Francisco Javier Mariátegui y á D. Manuel Cogoy para entregarla á Torre Tagle.

Los comisionados seguidos de la turba se presentaron en palacio: cumplieron su misión, y el Delegado accedió á ella por estar apoyada por muchas personas caracterizadas. Para no irritar más los ánimos ordenó, que por el momento no se publicara. La demora exasperó al populacho, el cual ocupó la casa consisterial y obligó á los concejales á sostener el acta, pidiendo que se prendiera á Monteagudo para someterlo á juicio de residencia, y que se dieran garantías de no perseguir á ninguno de los peticionarios. Torre Tagle señaló al ministro por cárcel su propia casa, guardándole la compañía de Numancia del capitán Grueso: pero habiéndose vuelto á reunir el Cabildo el 29, y pidiera, para evitar desórdenes, que se hiciera salir al ministro del país, el General Alvarado medió entre el Cabildo y el Gobierno y embarcó á Monteagudo clandestinamente, en la goleta Limeña, que se dió á vela del Callao para Guayaquil, el 30 de Julio.

Mucho se ha disertado por escritores extranjeros y nacionales, sobre las causas que motivaron la expulsión de Monteagudo, y aunque ya he indicado las políticas, hay otras de caracter privado que explican mejor que aquellas, la presteza y saña que manifestaron los limeños en esta ocasión. Causas.

Muchas bellezas que constituían las flores más estimadas del pensil limeño, fueron lanzadas del país, llevándose en sus crespos rizos las ilusiones desvanecidas de más de un adolescente. La separación desató vínculos secretos, anuló juramentos, rompió sagrados compromisos, deshizo enlaces concertados é hizo verter lágrimas candentes á los que se despedían para no volverse á ver más. Aun los no comprometidos se afligieron de la pérdida y sintieron el agravio, que la hermosura es un don que el cielo concede á algunos en beneficio de todos.

No siempre el historiador ha de explicar los sucesos por medio de causas graves. La veleidad y los afectos son gran parte de las pasiones humanas; y dado el culto de los limeños por la mujer, se comprende que el odio contra el ministro más fué estallido de la galantería que de exigencias políticas.

En un centro poco ilustrado como el de Lima, donde el rango se medía por el fausto y la riqueza, y no por el verdadero mérito, un gran estadista que se destacaba sobre los demás hombres, tenía que ser un reproche constante á la inutilidad de la mayoría. Comenzando por el bello sexo, que entre nosotros tiene un tacto finísimo para distinguir al talento, Monteagudo

mereció de nuestra sociedad distinciones y halagos que fueron la desesperación de sus contemporaneos; de manera que en la administración ó en la tertulia, en el consejo ó los salones había que inclinarse y reconocer su superioridae.

Dolencia digna de curarse radicalmente, es ese celo estúpido para con el mérit o, que ha sido llamado para instru irnos, ó que voluntariamente ha venido á esta blecerse entre nosotros. La envidia ó la indiferencia sobre el particular, han sido causa, no pocas veces, de que en tal ó cual ramo de la industria ó de la ciencia no estemos á la altura de los p aíses europeos.

Los decretos contra los españoles, la saña de las familias, las deportaciones en fin, explican satisfactoriamente la envidia y la ambición que infirieron el vejamen; mas no el odio que se arrastró hasta el asesinato. E scritores ó historiadores noveles, pueden aceptar aquellas como únicas causales. El que conoce á fondo nuestro caracter, tiene que ir á buscarlas en lugares más recónditos: en las pasiones y debilidades humanas. Coger y amarrar al gigante es la operación más grata y seria en un pueblo de pigmeos. De otro modo no se comprende que pasado el fervor del alboroto, el congreso de ese año, en sesión secreta, y á solicitud de Sanchez Carrión, se erigiera en Tribunal Supremo, y, sin trámite alguno, extrañase del territorio y declarara fuera de la ley, á un extranjero que no estaba ya bajo su jurisdicción, por haber abandonado meses antes el **Perú**.

Muy pronto le veremos aparecer al lado de

otro gran hombre. Su talento y dotes de estadista eran muy grandes, para que pasaran desapercibidos al genio.

CAPITULO XXXVIII.

El 20 de Agosto á la una y media del día, entró al Callao San Martín de regreso de la entrevista. Si este puerto lo dejó bajo impresiones desagradables, mayor fué su desabrimiento al imponerse de los desórdenes cometidos en su ausencia. La expulsión de Monteagudo era el ostracismo propio: el primer síntoma de la naciente ambición nacional, que ya se creía con fuerzas para luchar con generales aguerridos que tenían en su favor el prestigio de una dominación de tres siglos. San Martín comprendió que tanto los peruanos turbulentos, ávidos de mandar, que le rodeaban, como la emulación bastarda del héroe colombiano, le obligaban á dejar el país, y por eso se apresuró á reunir el congreso, convocándolo por segunda vez para el próximo 20 de Setiembre.

San Martín en el Callao.

Se resuelve á dejar el mando.

«Una vez libre el país de enemigos, había dicho, dimitiré el mando», y la reciente derrota estaba probando que faltaba mucho, para que se cumpliera la condición que él mismo se había fijado.

De Agosto á Diciembre de 1821, la situación política y militar del Perú no había mejorado, y así la Comisión de elecciones descuidó su cometido, persuadida de que en esas circunstan-

cias la mayor necesidad del Estado era la unipersonalidad del mando.

Tampoco podía conciliarse una Constituyente con el plan de establecer una monarquía, y por esto creo que la ambición de Bolivar de dirigir la guerra del Perú, fué la que determinó á San Martín á presentar su dimisión.

Escritores argentinos, chilenos y peruanos se esfuerzan en elogiar la abnegación de este paso; pero en homenaje á la verdad, única pauta del historiador, sostengo que, á no mediar el propósito de Bolivar, aun se habría pospuesto por algún tiempo más la apertura del Congreso, fijada para el 28 de Julio.

Comisión de elecciones.

De acuerdo con estas alteraciones continuas, procedió la Comisión. Al principio dijo que no se podían hacer las elecciones por estar ocupado el territorio; y cuando regresó San Martín opinó lo contrario, no habiendo desaparecido la causa. Entonces presentó el reglamento de ellas, para que lo aprobase el Consejo de Estado. La tercera convocatoria fué para el 20 de Setiembre.

Según el reglamento, las provincias ocupadas por el enemigo serían representadas por los elegidos por los vecinos de ellas residentes en la Capital. La elección sería indirecta; los ciudadanos nombrarían electores, y éstos á los diputados, á razón de uno por cada 15.000 habitantes, ó fracción mayor de 7,500. El Censo adoptado fué el de 1897, y según él, debían haber 78 propietarios y 28 suplentes.

Dados estos antecedentes y el deseo de mandar que devoraba á algunos, era muy natural que alabasen hasta la exageración un acto legal, que

los ponía en plena posesión del poder y sus regalías.

Llegado el día de la convocatoria, cincuenta y un diputados pasaron de la Universidad al palacio de gobierno en corporación, y en compañía del Protector, que vestía de gran uniforme, y de sus ministros, se dirigieron á la iglesia metropolitana á oir una misa de gracias. El Dean les dirigió la palabra, y en seguida reconocieron, bajo juramento, á la religión Apostólica Romana como del Estado, y se comprometieron á mantener la integridad del territorio. Se cantó después el *Te Deum*, y las salvas de artillería de las fortalezas de Lima y del puerto vecino fueron contestadas por los buques de la escuadra. Instalación del Congreso

Un nuevo Estado soberano formaba parte del concurso de las naciones, y las Provincias del Río de la Plata y Chile que le habían creado, reconocieron un émulo en el camino de la civilización.

Del templo se pasó al salón del Congreso. Un silencio profundo reinó en él, una vez que los representantes ocuparon sus asientos. San Martín se desprendió de la banda bicolor, y, visiblemente emocionado se expresó en estos términos:

«Al deponer la insignia que caracteriza al Jefe Supremo del Estado, no hago sino cumplir con mis deberes y con los votos de mi corazón. Si algo tienen que agradecerme los peruanos, es el ejercicio del supremo poder que el imperio de las circunstancias me hizo obtener. Hoy que felizmente lo demito, yo pido al Ser Supremo que conceda á este Congreso el acierto, luces y tino que necesita para hacer la felicidad de sus re-

presentados.— Peruanos: desde este momento queda instalado el Congreso soberano y el pueblo reasume el poder supremo en todas sus partes.»

San Martín abandonó el recinto, y en compañía de Guido se retiró la Magdalena.

El Congreso nombró Presidente de sus sesiones á Luna Pizarro, de Vicepresidente á Salazar y Baquíjano, Conde de Vistaflorida, y de Secretarios á los D. D. José Sánchez Carrión y Francisco Javier Mariátegui. Se declararon instaladas las sesiones, y se procedió á la apertura de los seis pliegos dejados por San Martín al salir.

Gracias concedidas.

El Congreso le acordó por unanimidad, una acción de gracias como al primer soldado de la libertad, y le nombró Generalísimo de mar y tierra con la pensión anual de 12,000 pesos: el título de fundador de la libertad del Perú, con derecho á usar la banda bicolor, y el grado de Capitán General. Dispuso además, que se le erigiera una estátua, poniéndose entretanto su busto en la Biblioteca nacional, y que en todo tiempo se le hicieran los honores de Presidente de la República.

Comisión á la Magdalena

Una comisión del Congreso pasó á la Magdalena á comunicarle estas resoluciones. San Martín contestó, que solo aceptaba el título y el beneficio del Generalato, declinando el ejercicio del poder que se le concedía. El Congreso insistió en que lo aceptara, y él mantuvo su negativa con las siguientes frases, que pintan el estado de su ánimo y la desmoralización de las tropas. «Para sostener la disciplina del ejército, tendría necesidad de fusilar á algunos Jefes; y

me falta valor para hacerlo con compañeros que me han acompañado en los días felices y desgraciados.»

Al día siguiente dirigió su Adios al Perú, que no es posible leer sin darse cuenta que lo dictó un corazón generoso. «Presencié la declaración de la independencia de los Estados de Chile y del Perú: existe en mi poder el estandarte que trajo Pizarro para esclavizar el Imperio de los Incas, y he dejado de ser hombre público: he aquí recompensados diez años de revolución y de guerra. Mis promesas para con los pueblos, en que he hecho la guerra están cumplidas; hacer su independencia y dejar á su voluntad la elección de los gobiernos. La presencia de un militar afortunado, por más desprendimiento que tenga, es temible á los Estados que de nuevo se constituyen: por otra parte, ya estoy aburrido de oir decir que quiero hacerme soberano. Sin embargo, siempre estaré pronto á hacer el último sacrificio por la libertad del país, pero en clase de simple particular y no más, En cuanto á mi conducta pública, mis compatriotas (como en lo general de las cosas) dividirán sus opiniones, los hijos de éstos darán el verdadero fallo.» Adios al Perú.

«Peruanos: os dejo establecida la Represntación Nacional; si depositáis en ella una entera confianza, cantad el triunfo; si nó, la anarquía os va á devorar; que el acierto presida á vuestros destinos, y que éstos os colmen de felicidad y paz.»

Muchas contradicciones habían en su conducta política, para que el héroe estuviera tranquilo sobre el fallo de la posteridad. Presentía la

contienda histórica: no le temía al parangón con algún otro adalid; pero no sospechaba, ni por un momento, haber rebatido prácticamente la buena doctrina, que nada hay más político y más conservador en el primer mandatario, que el profundo respeto á la ley y el ejemplo perenne de saber obedecer.

Se embarca

A las diez de la noche montó á caballo y se dirigió al Callao á embarcarse en el bergantín Belgrano, no sin escuchar vociferaciones infames pagadas por la ambición. El abatimiento que esto le produjo fué inmenso; una profunda tristeza se apoderó de él, y el vómito de sangre que que hacía tiempo había desaparecido, volvió á afligirle, obligándolo á recalar á Ancón donde se detuvo seis días para restablecerse.

Del Callao salió con 120 onzas en el bolsillo, el estandarte de Pizarro, y la campanilla de oro de la Inquisición, debiéndosele muchos sueldos atrazados. En Chile tenía una chácara, obsequio del Estado, y un depósito de dinero que no encontró á su regreso por haber dispuesto el depositario. Fijó su residencia en Mendoza; se dedicó al cultivo de unas tierras, y habiendo enfermado gravemente su esposa, en Agosto 10 de 1823, le escribió á Lima á D. Francisco Valdivieso, sobre su falta de recursos. Esta carta se cruzó en el camino con la letra de 2,000 $ que le remitió el Congreso, á cuenta de sus sueldos, tan luego que llegó á su noticia las circunstancias difíciles que atravesaba. Muerta su esposa pasó á Buenos Aires, donde se le recibió con indiferencia y hasta con menosprecio. El comprendió que no cabía en su patria; que había llegado la crisis de

Sus penurias

la ingratitud, último periodo ineludible de los servicios; y triste, abatido, destrozado por los desengaños, con su pequeña hija en brazos, marchó al destierro voluntario, escudado por la indigencia, el desinterés y la buena intención. Su residencia la fijó en Inglaterra.

Bolivar lo obligó á partir,

Es incuestionable que Bolivar hizo sentir á San Martín en las conferencias, que él era el árbitro del continente; que la guerra del Perú corría á su cargo, y que respetos históricos y consideraciones personales le impedían darle el segundo puesto que solicitaba.

En esta situación, no quedándole sino la dolorosa disyuntiva de retirarse de la escena ó de lanzarse á la guerra contra su émulo, el abandono de sus bravos capitanes y la pérdida de la opinión, le obligaron á dejar el mando en vísperas de una poderosa expedición militar. Solo así puede explicarse el afán en reunir un Congreso que hasta entonces se había retardado, y el silencio que se guardó sobre la ya resuelta invasión colombiana. Cualquiera indicación sobre el particular, habría impedido que el Congreso cayera en la ridiculez, cuando Bolivar le ofreció sus servicios, de limitarse á pedir armas y á darle las gracias por una cortesía, que era en verdad, una amenazante imposición. Dejando traslucir la impaciencia de Bolivar, éste habría perdido mucho como libertador, es cierto, pero nos habríamos librado de las crisis, retardos y desuniones que trajo consigo el patriotismo estéril é importuno de Riva-Agüero.

Al dimitir el mando no hubo pues abnegación. Su partida era inevitable; era el cese del des-

tino; ella se parece más al abandono ó á la fuga, que á un paso adoptado con calma y deliberación.

Con la popularidad de los primeros días, él no se habría dejado arrebatar el primer puesto del continente. Ya lo he dicho, la guerra del Perú era la que iba á decidir el antagonismo con la metrópoli. Los veteranos de las pampas no estaban ya á su lado; la lentitud é ineficacia de sus operaciones militares, habían menguado su reputación militar, echada á perder por completo cuando Canterac se presentó ante los muros de Lima; el protectorado y la monarquía le habían desopinado como político, y de allí que su dimisión fuera indispensable, si no quería escuchar los aplausos atronadores con que sería acogido otro caudillo de la libertad.

Laudable penetración es descubrir los móviles de las acciones humanas, y ligereza vituperable atribuir á la virtud la obra de la necesidad.

Ni la poderosa expedición á Intermedios fué bastante á detener la partida. Era la primera vez que se pretendía anonadar al poder español en sus propios acantonamientos, y el Jefe que debía combinar las diversas operaciones, se eliminaba de la escena en el momento que la disparidad de pareceres exigía un centro de acción.

Examinando el proyecto de ataque en sí, Bolivar pronosticó su desastroso desenlace. Solo los estados muy fuertes y poderosos pueden permitirse el lujo de enviar y mantener poderosas expediciones á lejanas tierras; y no porque el Alto Perú llevara ese nombre, dejaba de dis-

tar de Lima, campamento los ibertadores, algunos cientos de leguas.

Como el jugador perdido arriesga el todo por el todo con inusitada audacia, para recuperar de un golpe su dinero ó abandonar la partida; así San Martín, rendido por las contrariedades, dispuso y preparó la descabellada expedición cuyo fracaso no se le podría imputar, no habiéndola dirigido, al paso que el éxito le conservaría á su patria el Alto Perú, y á él su reputación militar. Fines de la expedición á Intermedios.

Con estas tropas la tarea de Bolivar habría sido facilísima; la emancipación de un continente no se habría postergado por tres años, y en fin no se habría dividido á un pueblo por celos egoistas: pero sí mucha abnegación se necesita para ceder lo que no supimos manejar y que en otras manos puede rendir resultados excelentes, es menester un gran valor moral, para sacudirnos de esa neglijencia morbosa que prefiere la pérdida á la subsistencia de todo lo que sirvió para nuestro descalabro.

La campaña de Intermedios fué la coronación de un cúmulo de desaciertos, que produjeron en San Martín ese abatimiento tan grande que le acompañó hasta la tumba. El mismo dice que al partir, «dejó sacrificando su honor y su reputación».

Como general y como político su conducta en el Perú dejó mucho que desear. No solo abandonó el ataque, que es la única probabilidad de triunfo del invasor, sino que fué un obstáculo para que realizara prodigios la espada de Arenales. Si hubiera tenido en éste la confianza que depositó en Sucre, Bolívar, no sería una extra- San Martín como político.

vagancia sostener, que Canterac habría sido destruído cuando pasó la cordillera por Castro Virreyna, y, Canterac, era entonces el poder español.

Las circunstancias que precedieron á la batalla de Junín, cuando el Libertador llevó la guerra al centro no fueron tan favorables. Arenales no tenía que habérselas con la mejor caballería que había visto Sub-América, ni con el aguerrido y bien disciplinado ejército que capituló en Ayacucho. Es cierto que sus tropas no podían compararse con las de Bolívar, pero estableciendo un parangón entre ellas y las condiciones en que se encontraron libertadores y realistas, en uno y otro caso, mayor probabilidad tenía de triunfar el general argentino que el colombiano, el cual estuvo á pique de ver desbaratados sus grandes proyectos en la primera batalla sin el denuedo y carga de Suarez al frente de la caballería peruana.

Como General.

En la dirección de las operaciones hay que criticarle que durante ella se relajó mucho la disciplina y la moral militar: el espíritu de cuerpo y el respeto al superior casi llegaron á desaparecer: sus mejores Jefes conspiraron contra él: sus paisanos y amigos le abandonaron, de manera que el ejército llegó á ser una agrupación de hombres que habían tomado las armas para buscar aventuras y procurarse el sustento, y no para otorgar á un continente la libertad.

Como político tuvo el gran mérito de sacudirse de las ilusiones de sus contemporaneos. sobre las excelencias del sistema republicano, solo aplicable á los pueblos que se han elevado á cier-

to grado de cultura: que se han ennoblecido por el trabajo individual; más atentos al movimiento mercantil y al adelanto de la industria, que á las agitaciones del parlamento y de la plaza pú blica; y tan orgullosos de contribuir á las cargas del Estado, como de ver encomendados los puestos públicos de su patria á la competencia, la honorabilidad ó al talento.

Pero la concepción de una grandiosa idea dista un mundo del hecho de ponerla en práctica. Muchos no la comprenden: no todos los tiempos son oportunos, ni todos los medios adecuados, y no pocas veces se presenta como obstáculo lo que al principio parecía servir de sostén.

En 1820 tan difícil era fundar un trono en América como constituir una república en el viejo continente. Como diría un poeta, la atmósfera estaba cargada con los efluvios de la libertad, lo que en pura prosa significa, que á los hombres influyentes más les comían las manos por asumir al poder, que por tomarse el afán de aprender en la historia como se forma el buen ciudadano.

El Protectorado que se implantó como prólogó del absolutismo, vino á ser su epílogo. Tanto daño hizo á la monarquía constitucional de San Martín como á la presidencia vitalicia de Bolivar; engañándose los dos en que sus planes los sostendrían soldados cubiertos de canas, galones y cicatrices en las guerras de la democracia.

El protectorado favoreció á la libertad.

El descubrimiento del lado vulnerable del poder español en América; la negativa de marchar con sus tropas á sofocar una revuelta intestina, en la que habría ganado cuando más un as-

censo, para lanzarlas á la guerra de la emancipación de un continente en apartadas tierras; he aquí los mejores títulos de San Martín á la gloria y á la grandeza.

Misión del historiador

Muy funestas son en un pueblo las falsas apreciaciones. El patriotismo mal entendido enaltece medianías, crea héroes del soldado atrevido y también del desgraciado, y se empeña en sostener como brillante victoria lo que fué fea derrota. Para colmo del ridículo, á esta mitología nacional no le faltan poetas melenudos é intonsos que la canten y la divinizen; y cuando la sociedad está orgullosa de sus antepasados y de sus grandes hechos, y muestra altiva, en sus plazas y ciudades, los monumentos que los inmortalizan, se presenta de pronto el historiador, descuelga cuadros, derriba estatuas, quiebra pedestales, y todas estas glorias forjadas por la incensatez, las convierte con un rasgo de su severa pluma en un montón de ruinas.

INDICE.

ERRATAS NOTABLES

PAG.	DICE	DEBE DECIR
55	800	8,000

Los nombres propios mal escritos en el texto son los siguientes:

Ballivián.—Bejarano.—Jimena Rafael.—Varela Héctor.

OBRAS DEL AUTOR

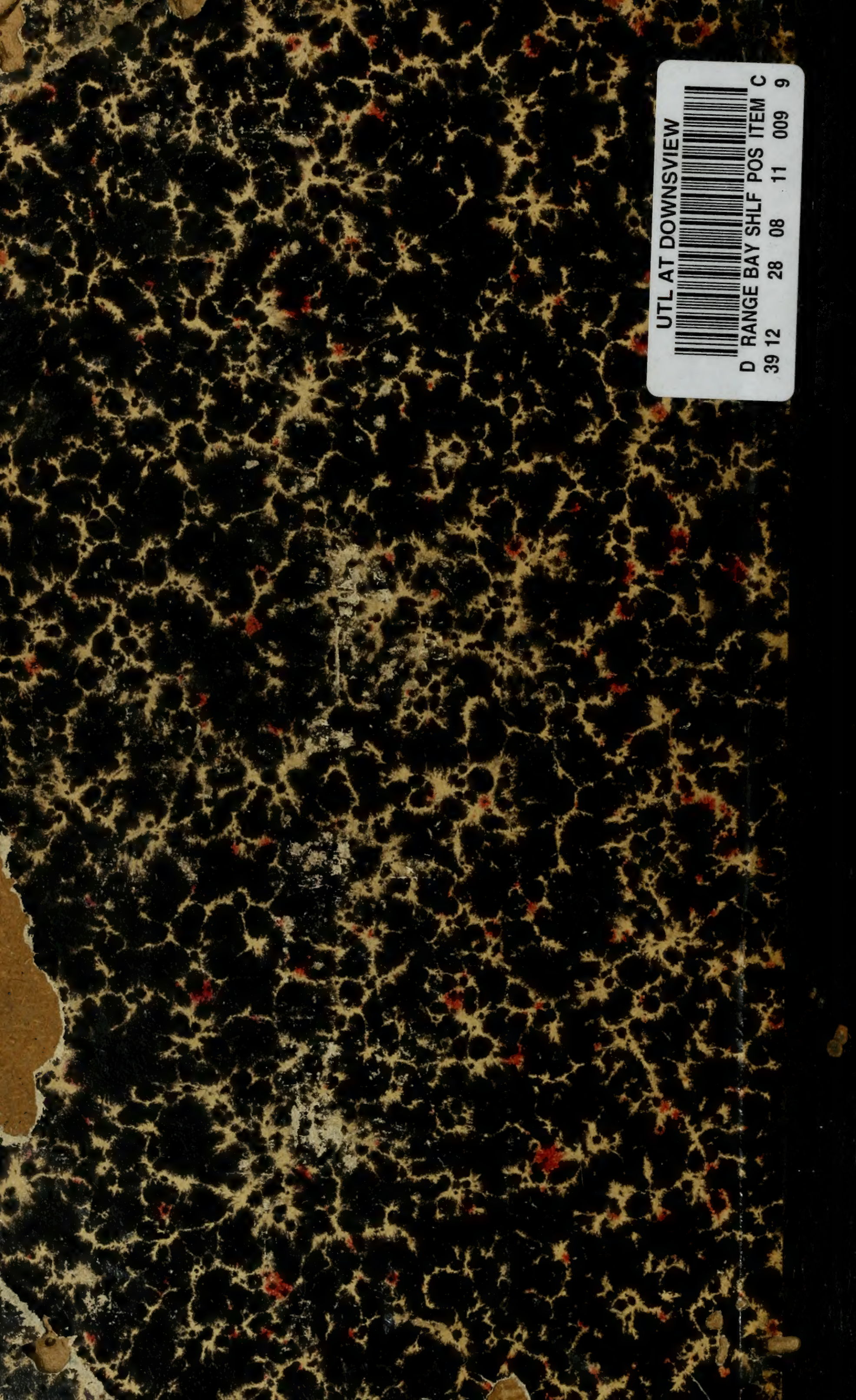
LAOCONTE DE LESSING. — Obra maestra de la crítica, indispensable para los pintores, escultores, poetas y literatos adoptada en los estudios de literatura en Alemania y Francia. Traducción del alemán.

EMILIA GALOTTI DE LESSING. — La mejor tragedia alemana.

SERMONES DEL REV. P. AGUSTIN DE MONTEFELTRO.—Traducción del italiano.

HAMLET DE SHAKESPEARE.—Traducida del inglés.

MIS LECTURAS. — Colección de pensamientos profundos de todos los filósofos y pensadores.


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 12 28 08 11 009 9